



A movie poster for 'La Leyenda de Peripintres'. The background is a vibrant space scene with a large orange and blue planet in the upper left, a pinkish nebula in the center, and a starry blue sky. In the foreground, a woman with long, flowing pink hair and a determined expression stands on a dark, rocky surface. She is wearing a black long-sleeved top and black pants. She holds a young child with blonde hair and a black headband with goggles. The child is wearing a dark tank top and pants. The woman is holding a black handgun in her right hand. The title 'LA LEYENDA DE PERIPINTRES' is written in a bold, white, distressed font across the lower left.

LA LEYENDA DE PERIPINTRES

La Leyenda de Perpintres

La leyenda de Perpintres

Primera edición 2013



© Julio García Robles

© Bebuki Rock

Cualquier forma de reproducción, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

JULIO GARCÍA ROBLES

La Leyenda de Perpintres



éride ediciones



INTRODUCCIÓN

Las temperaturas extremas que sometieron a la Tierra en la última centuria supusieron el deshielo a escala universal y la alteración final de los ciclos de la vida dentro del orden natural. La configuración geográfica del planeta cambió violentamente y decenas de ciudades se inundaron; numerosos países vieron sus territorios extremadamente limitados y otros desaparecieron bajo el agua de océanos y mares. Por otra parte, los desiertos avanzaron notablemente y la tierra quemada sustituyó a bosques enteros. Millones de personas, arrastradas por la devastación, la contaminación y el hambre, trataron de salvar sus vidas desplazándose hacia las zonas menos afectadas. Pero las fronteras de la supervivencia se impusieron rápidamente por las armas, ante una avalancha humana imposible de contener de otra forma y que devoró países enteros.

Ante el inminente colapso de civilizaciones y el agotamiento de los recursos del planeta, la Conferencia de Johannesburgo, donde se reunieron los gobernantes de las naciones supervivientes más poderosas, culminó con el inicio de una nueva era donde la ciencia, acelerada por la imperiosa y vital necesidad, posó sus ojos en el espacio exterior como única alternativa al holocausto desatado, culminando con el descubrimiento de las rutas interestelares. Son los llamados vacíos atemporales de la 4ª dimensión, espacios estelares donde la nada se transforma en una veloz autopista acelerada por el desarrollo cualificado de los parámetros de Alcubierre. Un hallazgo que salvó a la especie humana de su propia voracidad y que la acercó a nuevos mundos con la colonización de lejanos planetas.

Entre miles de colonos, conquistadores y aventureros, también partieron sin alternativa millones de refugiados, en lo que se llamó la gran emigración de los desheredados. Mientras los planetas Pangea y Orión eran colonizados, en la Tierra, apenas poblada por unos trescientos millones de seres humanos, la contaminación fue diluyéndose poco a poco. Prados y bosques, flora y fauna, se expandieron cubriendo de vida antiguas naciones, antiguas ambiciones que todo lo destruyeron. Se trataba de un nuevo principio lleno de esperanza.

Pero en la distancia del olvido renació la vieja herencia humana: los valiosos metales como el platino, el coltan y el oro de pequeños astros y grandes planetas, unidos a la necesidad de agua y alimento en el espacio exterior, movieron ambiciones ciegas y disputas armadas de los que se sienten superiores, de los que son dueños de fronteras y gustan del poder. En nombre de una libertad maltrecha y olvidada, de los viejos y rancios nacionalismos, la guerra asoló el Universo conocido.

Ante el horror que significó la Batalla de Europa, en la Conferencia de Munich nació la Unión Interestelar de Naciones Democráticas: un parlamento formado por sabios, políticos y militares de las doce naciones más influyentes de todo el planeta y de las colonias predominantes en el espacio exterior, conocido popularmente como La Unión. Rápidamente promulgó la Constitución del Milenio e impuso un nuevo orden, erradicando militarmente el más mínimo atisbo de oposición y estableciendo la prioridad de la Humanidad ante cualquier ambición nacional, política o religiosa con el fin de evitar un nuevo retorno a los tiempos de oscuridad. Su poderoso ejército tenía como misión acabar con devociones y líderes, y mantener una paz regida por el riguroso control gubernamental del Consejo Supremo de La Unión.

En la Tierra prosperaron modernas ciudades basadas en el confort y la sostenibilidad; donde el trabajo era un bien común y la armonía una realidad impuesta. Pero solo los elegidos, aquellos más puros, los que lo daban todo por La Unión, los que eran merecedores de tal distinción y así se otorgaba, podían habitar estas nuevas poblaciones. Un sueño ambicionado para aquellos que vivían tan lejos del llamado Planeta Azul, la madre Tierra. Una leyenda

para esa Humanidad exiliada que sufre y añora sus raíces perdidas desde otros mundos tan diferentes y, en tantas ocasiones, tan hostiles y desconocidos. Un órdago para aquellos que discrepan, para los rebeldes y sus causas perdidas.



Capítulo 1

LLUVIA EN LOS ÁNGELES

La silenciosa noche ocultó el sol y cubrió por completo la tierra estéril de Zoë, un planeta situado en la órbita exterior de Pangea y de gran parecido con la luna terrestre, más conocido popularmente y por su pequeño tamaño como La Roca. Una inquieta paz, alterada por las rachas de viento estelar de una suave tormenta, colmaba el ambiente, levantando la arenisca y ocultando su verdadera naturaleza.

De pronto, una explosión devastadora sacudió los muros de la gran fortaleza de Bismark. Miles de misiles surcaron el cielo oscuro, consumido por el humo y la pestilencia mortal de la deflagración, impactando sobre el enorme complejo militar de 370 kilómetros cuadrados. Edificios, murallas, depósitos, hangares, naves y cañones volaron convertidos en piedra y metralla. El fuego, entre continuas explosiones y alimentado por el oxígeno que surgía del interior de las ruinas, devoraba cientos de kilómetros. El emblema político-militar de La Unión se reducía a volátiles cenizas que cubrían de gris la débil atmósfera y el suelo terroso.

Cientos de cruceros interestelares se posaron sobre aquel desolador paraje de tierra quemada, ruinas y metal retorcido, mientras las escuadrillas de cazas de combate recorrían la atmósfera sin cesar en su ofensiva. Oleadas de modernos CSA (Combat Soldier Android) fueron desembarcados en primer lugar; eran unas máquinas blindadas de dos metros de altura, sin apenas cabeza, capaces de actuar como el más fiel de los soldados y terriblemente armados en hombros y brazos.

Tras ellos, a una distancia preventiva, el poderoso ejército rebelde, compuesto por más de cien mil soldados, desembarcó en pleno, afianzando el territorio conquistado por los andróides. Con paso firme, las tropas regulares se dirigieron al centro neurálgico de la gran fortaleza de Bismark, arrasándolo todo, y rodearon el cinturón que delimitaba la llamada Acrópolis.

Tras el devastador ataque de los CSA y el despliegue de los soldados, los dispositivos mecánicos de autodefensa de la fortaleza, que todavía se mantenían activos, se desplegaron de pronto, eficazmente. Cañones inteligentes surgieron en las zonas más inesperadas, lanzando racimos imantados que destruían a los poderosos andróides y causaban abrumadoras bajas entre los combatientes rebeldes, obligando a las escuadrillas de cazas a emplearse a fondo para localizarlos y destruirlos.

Con el estallido del último de los cañones inteligentes, de pronto, el rugir de las armas desapareció y el silencio colmó aquel campo de batalla sembrado de metal y sangre. Las defensas de La Unión parecían haber sido totalmente neutralizadas. Tras cinco horas de tremendas explosiones, metralla y muerte, nada se movía ante el ejército invasor. Los batallones de los temidos centuriones de Orión penetraron por las derruidas murallas y comenzaron a recorrer el interior de la Acrópolis mientras el humo y el polvo se diluían.

El general Thomas Deliever comandaba aquella poderosa flota que estaba asolando Zoë. Su soberbia presencia producía un respeto y un temor que calaba en lo más profundo de cada ser. Una merecida fama de despiadado e inmisericorde acompañaba sus pasos y sus victoriosas batallas desde que Orión y sus aliados se alzaran en armas contra el Consejo Supremo de La Unión. Ladeó su larga capa, se levantó la gorra de plato que le cubría la cabeza calva y observó al frente. Dio una bocanada y retiró de su rostro la pequeña máscara que le proporcionaba el vital oxígeno. Su cara, mitad humana, mitad biónica, como su brazo derecho y parte del tórax, quedó al descubierto. Serio, impenetrable, transmitía una permanente sensación de insatisfacción y desconfianza. Su objetivo era destruir el grueso del poderoso ejército de La Unión en

La Roca y convertir aquel planeta en cabeza de puente de la gran invasión de Pangea. Durante años había estado preparando minuciosamente la ofensiva y, en aquel momento, aliado de la sorpresa y movilizandolos todos sus efectivos, buscaba la ansiada gloria de la victoria. Era el día de la verdad, su momento.

—Señor, el coronel Frederick, del 3º Batallón, comunica desde el interior de la fortaleza que no existe contacto alguno con el enemigo. La Acrópolis está vacía, sus centuriones están procediendo al registro. Los CSA han sido desactivados de la función de combate para evitar el fuego amigo. Esperan órdenes —escuchó el general Deliever a través de un diminuto auricular acoplado en su propio oído.

—¿Dónde están las tropas fascistas? —preguntó el general, con voz tétrica, cansada, y respiró a través de la mascarilla dos largas exhalaciones.

—Los CSA han culminado la Acrópolis. Los cinco batallones de centuriones están dentro. Las defensas fascistas no eran tan sólidas como pensamos. ¡La Roca es nuestra! —le transmitió el comandante Kevin, eufórico, a través de la frecuencia YUSA, desde el centro de operaciones situado en el crucero de combate interestelar *Mamba Negra*, en la órbita del pequeño planeta—. Hemos enviado los cruceros de apoyo con víveres y armas para proceder a la segunda fase del plan de ataque, deben estar al llegar. En dos días estaremos en Pangea. Enhorabuena, general. Una nueva victoria que añadir a su envidiable historial militar.

—Demasiado fácil. ¿Dónde está el Consejo Supremo de La Unión? —respondió el general, mientras revisaba en el cristal derecho de sus estrechas gafas inteligentes los datos procesados que le llegaban de los diferentes frentes conquistados—. Deberían estar en la Acrópolis y no he escuchado que hayan sido capturados ni aniquilados...

—Mi general, le habla el coronel Joey Hudson, de la 3ª División Acorazada. Acabamos de ocupar las pistas enemigas y los hangares del cuadrante norte. Mis oficiales me informan de que la mayoría de las defensas y todas naves de combate que han hallado son de cartón piedra. Señor, aquí no hay nadie. Son réplicas... —escuchó por el pequeño auricular.

—Mi general, aquí el capitán Thomas Queen, del 2º Batallón de Centuriones de Orión. Las defensas interiores de la Acrópolis han sido destruidas por completo. Me temo que las bajas son considerables. Se trataba de un fuerte complejo de armas inteligentes y robots de nueva generación. Los CSA también han recibido lo suyo. Pero aquí tampoco hay nadie y las instalaciones humanas parece que no hayan sido usadas nunca; no hay rastro de nada. Espero sus órdenes.

El general calló, consternado por lo que oía; respiró profundamente por la mascarilla, observó con su penetrante mirada los restos de la fortaleza, vio su ejército adentrándose entre las ruinas, se fijó en las naves de abastecimiento que estaban aterrizando y cerró los ojos, a la vez que negaba con la cabeza. Había comprendido. Al instante, numerosos crujidos metálicos comenzaron a resonar con fuerza tras el grueso de su ejército.

—¡Que salgan mis centuriones de ahí! ¡De inmediato! ¡Ya! ¡Que se replieguen todas las tropas hacia las naves! ¡Activen los CSA, actívenlos! —ordenó con fuertes gritos, como si se hubiera vuelto loco.

Un haz luminoso atravesó el pecho del general y otro le arrancó el brazo biónico de cuajo al paso de un caza con la bandera azul estrellada de La Unión tintada en su fuselaje. Con los ojos desorbitados cayó al suelo conforme una lluvia de destellos acababa con la vida de parte de la guardia que lo acompañaba. Apretando los ojos vio cómo toda la Acrópolis de la fortaleza volaba por los aires, llevándose su ejército de androides y a los batallones de centuriones que se encontraban en el interior. Se levantó sangrando su agonía, desconcertado. Tremendas explosiones volatilizaban sus cruceros y miles de rayos azulados se abatían sobre su confiado ejército. Aquella nave de combate que le había herido, un moderno *Spitfire UK 3000* de ovalada figura y estrechos alerones, sobrevoló su cabeza escupiendo fuego y pudo ver con claridad aquel emblema que odiaba tanto: la cabeza de un lobo rojo, de esclera blanca e iris rojos, impreso sobre un zarpazo.

—Maldita —murmuró con repugnancia y se dejó caer, tambaleando, entre los brazos de tres de sus hombres que corrieron para asistirle.

Cientos de naves con el emblema azul y las estrellas de La Unión surgieron de las plataformas que se abrían desde el interior de la tierra, cubriendo aquel cielo de humo negro y destellos azulados. Cayeron como un enjambre enfurecido sobre las enormes naves invasoras y se enfrentaron contra los cazas enemigos sin titubeo en una batalla que llenó el cielo de resplandores, explosiones y llamaradas. A su vez, tres grandes grietas desplazaron el suelo que pisaban los rebeldes, en toda su circunvalación. Miles de soldados con uniformes azules blindados y máscaras de oxígeno aparecieron dispuestos para la batalla.

Tras la calculada y estresante espera bajo la superficie, tras la llegada de las naves cargadas de provisiones del enemigo, el ejército de La Unión había iniciado una feroz contraofensiva, atenuando en un amplio perímetro al desgastado y sorprendido invasor en un triple y mortal frente orquestado para la victoria.

* * *

—¡Rápido! ¡Llévenselo, no podemos aguantar la posición! ¡Rápido! —gritó uno de los oficiales que rodeaban al malherido general, tratando de protegerle tras tres horas de brutal combate.

—Teniente Van der Haüssen, ¿qué espera? ¡Sáquelo de ahí de inmediato! —ordenó el comandante Kevin, disipada su euforia, por la frecuencia de mando de la *Mamba Negra*.

—Hemos tomado tierra... Lo veo, señor, lo tenemos —contestó el teniente Christopher van der Haüssen; un joven oficial, barbilampiño, de marcadas facciones, pelo corto moreno, ancho pecho y fuertes brazos; a través del pequeño microrreceptor que se alargaba desde su oído, mientras saltaba de su nave de combate y se colocaba una máscara de oxígeno.

—¡Tráigalo a la *Mamba Negra*! ¡Evacuación inmediata! —insistió el comandante Kevin.

—¡Sanpedro! ¡El general! ¡Súbelo al *Águila Negra*! ¡Eva y yo os cubrimos! —ordenó Van der Haüssen tras escuchar aquella orden, disparando junto a una mercenaria latina, de pelo corto, ojos avispados y mal uniformada, contra un batallón de soldados de La Unión que se les echaba encima.

—A la orden, teniente —contestó Sanpedro; un enorme, musculado y aguerrido centurión negro, de casi dos metros de altura, calvo, de grandes ojos, gruesos labios y nariz chata. Tomó al general con sus fuertes brazos, lo cargó sobre el hombro sin esfuerzo alguno y, con la otra mano, se hizo con el brazo biónico. A grandes zancadas lo trasladó, bajo el fuego enemigo, entre constantes quejidos y maldiciones, hasta aquel caza que tenía la figura de un águila negra impresa en la cabina de mando.

—¡Vamos, vamos! ¡Arriba, nos marchamos! —gritó el teniente Van der Haüssen, mientras subía a la nave de combate, protegiendo al resto de la tripulación con su fusil atomizador.

Con un destello y un zumbido ensordecedor, el caza salió del cinturón de la Acrópolis, custodiado por tres naves más, rehuuyendo la batalla, en busca del espacio exterior. En sus alerones destacaba la calavera crestada, de grandes colmillos, sobre las trece barras, emblema de los temidos centuriones de Orión.

—¡Mi brazo, mi brazo! —exclamaba el general sin parar, escupiendo sangre entre los dientes.

—Señor, no se preocupe. Tranquilícese, lo tenemos —le dijo Eva mientras le cambiaba los apósitos que le cubrían la herida del pecho y observaba, de soslayo, cómo aquel brazo biónico abría y cerraba la mano en una caja de metal.

—Nos esperaban, nos han traicionado... ¡Era una maldita trampa! ¡La Roca era un puto señuelo! —aseguró el general, a la vez que golpeó con su puño sano, con rabia, el suelo de la nave.

—Señor, por favor, ajústese el cinturón de seguridad y deje que le vende el brazo, está perdiendo mucha sangre —le insistió Eva.

Una fuerte explosión antes de llegar a la órbita de Zoë le hizo incorporarse de lado y, balbuceando sangre por la comisura de los labios, observó por la escotilla lateral. Una de las naves de custodia caía envuelta en pequeñas llamas.

—Aquí *Águila Negra*, tenemos un caza fascista en la cola. Henry, Ronald, ¿podéis acabar con la amenaza? —preguntó Van der Haüssen a los pilotos de los cazas que le acompañaban, mientras daba un fuerte viraje de lado para esquivar una descarga mortal.

—Sí, desde luego. Tú encarga... —alcanzó a decir Henry antes de que su nave explotara.

Como un haz kamikaze, el *Spitfire UK 3000* de La Unión pasó entre las dos naves rebeldes restantes, apenas a unos metros. El general y la tripulación del *Águila Negra* pudieron ver a través de los cristales superiores de nuevo aquel lobo de ojos rojos, y cómo la nave de Ronald reventaba también en mil pedazos.

—¡Ha acabado con los tres cazas! —exclamó Eva, atónita.

—¿Cómo es posible? —preguntó Sanpedro, asomándose a la escotilla.

—Maldita sea mi estampa —murmuró el sargento Frank Wuterich, copiloto del *Águila Negra*, con sus grandes ojos entrecerrados y el pelo enmarañado, tratando de serenarse—. Es la Loba Roja... ¡Esa puta cabrona nos está mordiendo el culo!

—Aquí Van der Haüssen, estación *Mamba Negra*. ¿Kevin? Estamos al descubierto, necesitamos cobertura de inmediato o nos freirán —solicitó el teniente, esquivando dos ráfagas mortales, tratando de dejar atrás a la amenaza que se cernía sobre ellos con una arriesgada maniobra que lanzó el brazo biónico del general de lado a lado de la cabina.

—¡Mierda, estamos jodidos! —exclamó el sargento Wuterich, al ver aquel temerario caza situarse de nuevo en la cola del *Águila Negra*.

Un haz de luz verde, como un devastador rayo proveniente del espacio, cortó en dos al incisivo *Spitfire UK 3000*. Una explosión desencadenó las llamas, consumiendo el oxígeno de una parte de la nave mientras se precipitaba al vacío. El teniente Van der Haüssen observó animado cómo se perdía en la distancia aquel emblema del lobo rojo, partido en dos. De pronto, vio un destello fugaz surgir de aquellos restos.

—¿La han derribado? —preguntó el general, desatándose el cinturón, y trató de incorporarse, de ver algo en la oscuridad del cielo, sangrando de nuevo por sus heridas debido al esfuerzo.

—Sí, señor —contestó Van der Haüssen.

—Pero... ¿Ella ha logrado huir? —apuntó el general Deliever, un tanto incrédulo y mostrándose firme en su interés.

—No creo, señor —dijo el teniente, dubitativo ante lo que había visto.

—¿Sargento? —insistió el general, volviendo su penetrante mirada hacia el copiloto del *Águila Negra*.

—No he visto saltar a nadie de la tripulación de ese jodido *Spitfire*, señor. Espero que esos fascistas estén bien fritos. Pero la visibilidad es escasa —contestó el sargento Wuterich.

—Creo que se la han fundido, mi general —apuntó Sanpedro, con una enorme sonrisa que mostró su enorme, blanca y perfecta dentadura.

—¡Síntese de una vez, señor! ¡Se va a desangrar si no se está quieto! —regañó Eva al general, colocándole de nuevo los apósitos.

El general la observó como si fuera una tierna cervatilla que devorar y, con un gesto de dolor, sonrió.

—Nos ha venido justito —murmuró Eva y tragó saliva, consciente de lo cerca que habían estado de morir y del grito que le había pegado a su temido general.

—Aquí *Mamba Negra*, tenéis el camino despejado —escucharon de la voz del comandante Kevin, a través de la frecuencia YUSA, desde el centro de operaciones—. Os venía observando desde el despegue, no podíamos hacer nada. Tuvimos que esperar a que el enemigo entrara en nuestro radio efectivo de alcance. No perdáis el tiempo.

—¿Qué ha fallado? —le preguntó el teniente Van der Haüssen, todavía perplejo ante el vuelco que había sufrido la ofensiva rebelde.

—El ejército de La Unión nos estaba esperando. Han acorralado a la 3ª y 5ª División en la fortaleza de Bismark. Las demás... Ahí abajo la cosa se ha complicado. Nos marchamos —contestó el comandante Kevin.

—¿Cómo que nos marchamos? —preguntó atónito Van der Haüssen.

—El Alto Mando ha ordenado el repliegue inmediato de todas las tropas al cinturón de Quelonia. Iniciamos protocolo de partida, entrada por el muelle 7. El equipo médico os está esperando.

—Debemos reorganizarnos y combatir, la batalla acaba de empezar. El grueso de nuestros hombres está ahí abajo, luchando. Las naves con provisiones han desembarcado, podrán rearmarse, contraatacar. Aún podemos vencer, señor.

—Las naves de provisiones no existen, fueron las primeras en caer. Nos han dado muy duro y hemos perdido el factor sorpresa. Salvaremos lo que podamos de este desastre. Mientras la batalla continúe en La Roca, nosotros aún tendremos tiempo para alejarnos.

—Pero eso dejará a nuestras tropas sin apoyo ni refuerzos, señor.

—Sé lo que significa, teniente; no tiene que explicármelo. No tenemos otra opción. No se retrase, detectamos la presencia de dos cruceros fascistas, se acercan rápido; debemos irnos antes de que nos alcancen.

El general Deliever, tras escuchar aquella conversación entre el teniente del *Águila Negra* y el comandante de la *Mamba Negra*, se quitó de un fuerte tirón el cinturón y se levantó gruñendo maldiciones. Su aspecto era aterrador, grotesco. Se encontraba desprovisto de los mecanismos biónicos de su pecho y cara, sin el brazo derecho y sangrando por sus heridas. Posó la mano sana en la escotilla, temblando, ayudado por Eva, que nada más dijo, y observó aquel pequeño planeta que estaba devorando a sus hombres, acabando con su valeroso ejército. Alzó la vista, más allá se encontraba Pangea, con su grandes manchas azules que recordaban a la Tierra.

—Volveré —susurró por tres veces, con una expresión lacónica llena de odio.

La poderosa nave interestelar *Mamba Negra*, enorme en su dimensión, les aguardaba en el espacio exterior. Aunque era el «buque insignia» del ejército rebelde, no podía enfrentarse a la amenaza que se les acercaba. Nada más recibir la llegada del *Águila Negra*, inició su trayectoria hacia el infinito, buscando el desconocido cinturón estelar de Quelonia, custodiada por otras naves llegadas desde La Roca, muchas de ellas alcanzadas por el fuego enemigo, y que se sumaban a su alrededor en la precipitada huida.

Capítulo 2

SIETE AÑOS DESPUÉS

El *Senator* surcaba sin novedad la pacífica oscuridad de la 7ª constelación en la Línea Sigfrido. Se trataba de un moderno crucero que, cada cuatro años, realizaba la ruta de ida y vuelta entre Pangea y la madre Tierra. Con capacidad para 1.668 pasajeros, sus futuristas instalaciones, tan asépticas como elegantes, eran las más apreciadas y cómodas de las naves, las más demandadas en los grandes viajes interestelares. En la cubierta principal, tras el centro comercial y de atención al cliente, disponía de una enorme bóveda acristalada, que se extendía por toda la popa y que permitía al pasaje recorrer la nave, como si se tratara de una enorme terraza suspendida en el espacio. Tres piscinas aclimatadas, de varios tamaños y en forma de círculo, eran unas de sus grandes atracciones; significaba disfrutar de un baño y tomar rayos UVA bajo la gran inmensidad de las estrellas. Los camarotes se distribuían entre los dos pisos intermedios, todos adecuados para un pasaje exigente, de calidad y adinerado. En los pisos inferiores, en dos sectores (Par e Impar) divididos por un pasillo central, se hallaban las zonas de trabajo y descanso de la tripulación; y las enormes bodegas criogénicas y de carga, en las cuales se almacenaban toneladas de productos de primera calidad, recolectados y adquiridos en la Tierra para ser vendidos como auténticas delicias, todo un privilegio en otros mundos: verduras y frutas selectas, vinos con denominación de origen, aceite puro de oliva, carnes de la pampa y la dehesa, filetes de salmón y atún de los mares del norte, sedas y telas preciosas de Oriente...

En la denominada quilla, la parte inferior del crucero, se encontraban los muelles de carga, las salas de máquinas, los talleres de mecanizados y un parqueadero que albergaba doce transbordadores *Sílice CL* con capacidad para 150 personas cada uno. Todos preparados para una eventual evacuación inmediata, aunque su principal labor era el traslado de los pasajeros desde el *Senator* hasta sus diferentes puntos de destino una vez alcanzadas las órbitas planetarias. Y cinco *Explorer*, antiguas naves de combate adaptadas como vehículos de policía y exploración exterior.

En el puente de mando, situado en la proa, el comandante Marvin, un hombre maduro, elegante, de rostro impenetrable y pelo cano, se asomó por la frontal de la nave; una gran ventana de cuatro metros de altura por siete de largo. Miles de pequeños puntos blancos y brillantes como diminutas cabezas de alfiler inundaban el infinito.

Con una leve mirada, revisó el trabajo de la tripulación en aquella sala, donde un equipo digital de avanzada tecnología, dirigido y supervisado por trece oficiales y suboficiales expertos en informática y navegación estelar, mantenía con seguridad al crucero en su rumbo. Y se fijó en Debra, una joven de ojos pequeños, muy delgada, de piel blanca y larga melena negra, que permanecía sentada en el puesto de control de frecuencias radar y recepción de señales, la cual mantenía con su mano, en una pequeña pantalla personal, la imagen de un niño de unos seis años; añorando el cariño de los días lejanos que lo tuvo entre sus brazos.

—¿Es su hijo, suboficial? —preguntó el comandante, sin observarla, acercándose a ella.

—Sí... Sí, señor —contestó Debra un tanto apurada, y guardó la imagen.

El comandante sonrió. Era la primera vez que se dirigía a ella directamente en toda la travesía y eso la desconcertó.

—Pronto llegaremos, en unos meses podrá verle de nuevo —le dijo para animarla.

—Sí, sí señor. Estoy deseando verle. Gracias. Tenía dos años cuando me despedí de él, antes de embarcar. Necesitaba el empleo

—afirmó Debra, como justificándose, volcando la mirada ante un monitor de pantalla esférica, negra, con circunferencias violáceas, sobre el que destacó, de pronto, un punto rojo, parpadeante.

—Habrá estado cuatro años de servicio y su historial es impecable, nada le impedirá criar a su hijo en Pangea. Incluso podría solicitar la domiciliación de su familia en la Tierra... ¿Quién sabe? —dijo el comandante, dando a entender que la apoyaría, y se volvió, sin dejar de revisar desde la distancia la labor de cada uno de los miembros de la tripulación.

—Señor, un objeto no identificado —informó Debra, atónita ante la visión de aquel punto rojo.

—¡Vaya...! ¡Una novedad! —exclamó el comandante, volviéndose hacia la joven suboficial.

Al escuchar aquellas palabras, Selene, la capitán al mando, piloto y dueña del timón del *Senator*, una mujer tan hermosa como sería y distante, se acercó de inmediato a Debra. Vestía un cómodo uniforme azul, de dos piezas y botas altas, con la insignia de La Unión en el brazo y tres estrellas de seis puntas en el pecho y las hombreras. Con cierta expresión de sorpresa, observó las directrices que ofrecía la pantalla y se sentó en el puesto de mando. Seguidamente, comenzó a investigar en su pantalla táctil, desplazando los dedos sobre aquel universo virtual que le ofrecía.

—Cuadrante suroeste, a 33° en la variante de Sigfrido —confirmó, ladeando su largo cabello, rojo como el iris destellante de sus ojos; y fijó su mirada penetrante en el comandante Marvin.

—¿No sabemos de qué se trata? —preguntó Marvin, mientras oficiales y suboficiales se acercaban a los monitores de rastreo y a las pantallas con cierta curiosidad.

—Parece una pequeña nave, señor —apuntó Debra.

—Pronto lo sabremos, ha entrado en la ruta establecida para el *Senator* y se acerca veloz. No creo que tardemos más de dos días en tomar contacto directo —aseguró Selene.

—Capitán, emite una repetitiva señal de socorro. Cada vez es más clara, es un código de rescate —expuso Tabu, la suboficial de transmisiones, una mujer joven de piel negra como el ébano y con la cabeza rapada, cubierta por dos grandes tatuajes azulados.

Y le ofreció un auricular inalámbrico, mientras apretaba en su oído derecho el suyo.

Selene se acercó y escuchó por unos largos segundos.

—Aseguraré que se trata de una cápsula de salvamento —apuntó. Acto seguido le ofreció el auricular al comandante Marvin.

—¡Mire, señor! —exclamó Danpier, señalando al exterior, a través de aquel enorme ventanal. Era el oficial al mando de la *Explorer 1*, un joven graduado en la Academia Militar de la Armada en Pangea, hombre de confianza del comandante Marvin. Se trataba de una persona atractiva, de fuerte complexión, marcadas facciones y sonrisa fácil. Su pelo de tonos azulados, como su uniforme, se mostraba erizado entre unas pequeñas coletas oscuras que descendían por su nuca.

A babor, un diminuto destello en la inmensa distancia delataba la presencia de aquella nave no identificada.

—Es un modelo *G4* de salvamento, fabricado en Pangea bajo licencia de *New World Space* para naves comerciales. No tiene un rango elevado de proyección, ni lleva armas, y solo tiene capacidad para una persona —aseguró Debra tras observar la información precisa que su ordenador le mostraba por medio de un haz de luz verde tridimensional, recreando la pequeña nave en su totalidad.

—Su velocidad desciende rápidamente, la propulsión le está fallando. Ha debido quedarse sin energía —expuso Selene, sin dejar de observar los datos de su monitor de navegación.

—Quedará a la deriva en nuestro camino —aseguró Debra.

—Bien, esperemos a ver qué nos trae —murmuró Marvin, mientras se alejaba de ellas con una ligera mueca de expectación.

—Algo de distracción nos vendrá bien en este largo viaje. ¿No opina lo mismo, capitán? —preguntó Danpier, con una sonrisa cómplice dirigida hacia Selene, intentando agradarla.

Marvin sonrió, levantando una ceja, y se volvió para salir del puente de mando. Selene realizó una mueca de resignación con los labios y fijó la vista en aquella desconocida nave, ignorando a Danpier.

Las horas fueron pasando lentamente ante la inquietud de la tripulación por saber más. Tras dos años de ruta hasta la Tierra y

cerca de otros dos de regreso, era la primera novedad que sacudía el monótono universo del crucero en su rumbo hacia Pangea.

En los días siguientes, Selene permaneció al frente de los paneles de control observando la trayectoria de la pequeña nave; revisando cada uno de los datos que le ofrecían las cámaras de rastreo espacial y la información contrastada que le proporcionaban puntualmente Debra y Tabu. El resto de la tripulación en el puente de mando continuó con sus labores al frente del crucero, siempre con una mirada puesta de soslayo en aquella nave.

Finalmente, una alargada cápsula blanca de apenas dos metros de ancho por tres de largo, sin escotillas, con alerones curvados y largas antenas, con el logotipo de *New World Space* y el número 293-SOS impreso en sus costados, apareció nítidamente en los monitores.

—Sí, sin duda es una cápsula espacial de salvamento —aseguró Selene.

—Danpier, tendremos que salir a por esa nevera. Que se prepare la tripulación de la *Explorer 1* —ordenó el comandante Marvin.

—A la orden, señor —contestó el joven oficial. Acto seguido, le guiñó un ojo a Selene, que le miró impávida, y salió del puente de mando.

—¿Qué opinas? —preguntó Marvin, situándose junto a Selene.

—Nos traerá problemas.

—¿Debemos dejar una cápsula de salvamento a su suerte? Selene no contestó.

—Puede que alguien esté en apuros, los sensores delatan un tripulante —aseguró Marvin fijándose en los controles de Debra. Acto seguido se acercó a Tabu, que permanecía atenta a cualquier sonido que sus auriculares pudieran delatarle.

—No se escucha actividad en su interior, señor. Pero está vivo, seguro. El pasajero debe permanecer inducido. Sus latidos son leves, muy débiles —apuntó Tabu.

Selene asintió, un tanto disconforme, y se dirigió a la puerta de salida del puente de mando.

—Bien, ahora solo queda esperar a ver qué nos trae el oficial Danpier —expuso Marvin.

—Es hora de cenar —comentó Selene y, después, levantó la mano, para ceder el paso a su comandante con una amable invitación.

—Parece que Danpier no se rinde, insiste en conquistarte —dijo Marvin, en voz baja, pasando ante ella.

—No, parece que no —murmuró Selene, con una sonrisa, acompañando el paso de su comandante.

Seis horas más tarde, la *Explorer 1* lograba remolcar la cápsula espacial hasta una cámara sellada de los parqueaderos del *Senator*, donde fue depositada. De forma inmediata comenzó a ser inspeccionada por varios miembros de la tripulación, bajo la atenta mirada del comandante Marvin, de la capitán Selene y de varios oficiales a través de los monitores del puente de mando.

—Está limpia, señor —dijo uno ellos, observando en una pequeña pantalla los datos que le proporcionaban los medidores ambientales con los que revisaban la estructura de la pequeña nave.

—Abridla —ordenó Marvin.

Danpier tiró de la palanca roja de apertura, situada sobre la zona de propulsión. Con un chasquido, seguida de la descompresión del interior de la cápsula, se levantó una pequeña nube de vapor alrededor de la puerta, conforme se abría lateralmente, lentamente. El oficial, protegido con su traje de aislamiento y una máscara, se acercó con precaución y se asomó.

—¡Señor, hay una niña! —exclamó.

—¿Una niña? —preguntó Marvin, ante la expectación de todos.

—Sí, quizás de unos ocho años, más o menos —confirmó Danpier.

Vestida con una suave camiseta crema de tirantes, unos anchos pantalones grises, un gorro de lana y con un pequeño zurrón de pieles a sus pies descalzos, aquella jovencita de abundante melena rubia, pómulos rosáceos y respingona nariz tiritaba su miedo y desconcierto conforme la nube de vapor desaparecía. Como salida de un profundo sueño, miraba a un lado y a otro con sus grandes e inquietos ojos verdes, con la boca entreabierta y sus manitas sujetas a ambos extremos de la apertura.

—Ven —le dijo Danpier, ofreciéndole las manos enguantadas de blanco.

Con un grito, seguido de un profundo llanto, la niña se volvió rápidamente, acurrucándose más y más, ocultando el rostro bajo los brazos, temerosa de todo; golpeando en la distancia y con fuerza el corazón de Selene. La capitán, de inmediato, clavó sus ojos rojos en aquella niña indefensa que despertó en ella trágicos recuerdos olvidados.

Marc Paopoolus, el doctor jefe del crucero, un hombre bajo y de aceleradas entradas que abundaban en su calvicie, enfundado en una gruesa bata blanca y con una mascarilla que le cubría la nariz y la boca, se acercó a la jovencita y le inyectó, con sumo cuidado, una solución tranquilizante mientras Danpier y dos enfermeros la sujetaban.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Selene, conmovida.

—Aparentemente, sí —contestó el doctor.

—Señor, en su camiseta hay un nombre inscrito: Sheila Walter —dijo Danpier, sacándola inconsciente en sus brazos.

—Sujétale bien la cabeza —apremió Selene.

—Doctor, ocúpese —ordenó el comandante—. Necesito saber si llega sana o si por el contrario sufre alguna infección o lesión. No quiero que, si está bien, esa niña pase mucho tiempo en cuarentena. Ni que pueda contaminar ninguna sección del *Senator*. Realice sus pruebas y análisis de inmediato.

—Señor, debemos averiguar a qué nave pertenecía y su procedencia. Puede que existan más personas en peligro, más cápsulas por ahí perdidas —expuso Danpier, tras dejar a la niña en brazos del doctor.

—Cuidado con ella —insistió Selene, mientras el doctor y los enfermeros la acomodaban en una estrecha camilla.

—Revise las coordenadas de la cápsula y compruebe su trayectoria estelar. Debra, rastree de nuevo la variante de Sigfrido que queda a nuestro alcance... Si hay alguna cápsula más ahí afuera, quiero saberlo ahora mismo —ordenó el comandante y fijó la vista en Selene, un tanto perplejo por el interés que había despertado en ella la desconocida niña.

—Cuadrante suroeste, a 33° —apuntó Selene, dirigiéndose a Debra.

Capítulo 3

CAÑONERO COSTNER

En la zona de ocio, ajenos a las novedades del rescate, numerosos pasajeros descansaban y paseaban entre las lujosas estancias de la proa, cerca de las piscinas. Otros nadaban entre juegos y risas. Era un enorme espacio concebido como centro comercial y de relax, de altas paredes adornadas de plantas verdes y decorados vanguardistas. Allí se hallaban cinco salas de cine, numerosos locales de música y alterne, restaurantes y pequeñas cafeterías, tiendas con una selecta oferta en alimentación, lencería, informática y souvenirs de la Tierra, Orión y Pangea. También, dentro del complejo de atención al cliente, se encontraba el centro médico, la enfermería y urgencias.

—Será un niño del espacio y yo el padre más feliz del mundo —dijo Costner, dejándose querer y sirviéndose un licor sin alcohol ante la alegría de un grupo de amigos, a los cuales había conocido en aquel largo viaje a Pangea. Se trataba de un famoso deportista, un héroe para niños y mayores. El delantero centro de los Coyotes de Nebraska, conocido como «Cañonero Costner», viajaba para disputar la Supercopa de Naciones Interestelar. Era la oportunidad de su vida para convertirse definitivamente en un mito, en una de las grandes figuras del deporte, de quedar inmortalizado para siempre.

—¡Niña, es una niña! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? —replicó Marian, su esposa, una joven morena de simpática sonrisa, embarazada de siete meses—. ¿Cuánto crees que falta para llegar a Pangea?

—A velocidad de crucero, menos de medio año. Pero el comandante me aseguró que usaría la propulsión de los ultrasónicos si veía el camino limpio de materia estelar.

—Ya tengo ganas de ver a mi madre, hace tanto que no la veo... —aseguró ella.

—¡Ea! Las mismas que yo —murmuró Costner y dio un trago de su bebida, seguido de un pequeño resoplido que despertó las risas de los que les rodeaban.

—Señor Costner, ¿puede firmarme un autógrafo? —le preguntó un niño que se acercó hasta él con una fotografía tamaño folio, donde el deportista posaba de lado con un guiño y marcando el símbolo del triunfo con sus dedos.

—¡Claro, muchacho! Ah... Los niños, ¡son el futuro! —asintió Costner mientras tomaba la imagen con una mano y con la otra buscaba su estilográfica de oro.

Marian observó las estrellas a través de los ventanales de la nave y sonrió con un pequeño gemido de dolor.

—¿Estás bien? —preguntó Costner.

—Sí, solo es una pequeña patadita... Sabe que estamos hablando de ella.

* * *

—Señor, la niña está bien —expuso el doctor Paopoolus, entrando en el puente de mando y acaparando la atención de todos—. No presenta síntomas anómalos ni se detecta infección alguna. La hemos alimentado y le ha sido inyectada, vía intravenosa, varias dosis de reconstituyente celular *Energy+*. Además le hemos administrado vitamina C y D y calcio; eran las únicas carencias que mostraba. Ha respondido satisfactoriamente. La doctora Pierre se encarga ahora de ella, está revisando sus pertenencias. Ella supervisará los ejercicios físicos de reconstitución, aunque apenas ha perdido masa muscular.

—¡Me alegro! —dijo el comandante Marvin, volteándose en su asiento, y se levantó para observar la cara alegre de Selene tras escuchar las novedades del doctor; sin recordar nunca haberla visto con aquel semblante tan hermoso que la hacía todavía más atractiva.

—Entonces puede abandonar la cuarentena... ¿Ha dicho algo?
—preguntó Selene.

—No ha dicho una palabra, solo observa con esos ojitos inquietos que Dios le ha dado. Pero creo que no hay motivo para que permanezca por más tiempo en cuarentena —respondió el doctor, alzando las dos manos.

—Es posible que esté traumatizada —aseguró Selene.

—Perdone, señor —interrumpió el oficial Danpier—. Quizás debería permanecer más tiempo aislada.

—¿Más tiempo? ¿Por qué? —preguntó Selene, sin poder ocultar su disconformidad.

—Hemos encontrado en la cápsula una pequeña urna con unos extraños seres —contestó Danpier, y se acercó a Selene. La observó durante unos segundos. Los suficientes para recrearse con aquella belleza divina por la que suspiraba y, también, para notar la penetrante mirada de arpía que se cernía sobre él—. Lo siento, Selene.

—¿A qué se refiere con extraños seres? Concrete, oficial —le ordenó Marvin.

—Son como unos diminutos himenópteros blancuzcos, de alas muy pequeñas, atrofiadas, cabeza y abdomen grueso, como termitas. No sabemos qué pueden ser. Quizás sean dípteros. Debemos asegurarnos de que esos insectos no son vectores de ninguna enfermedad como la malaria o el dengue.

—¿Insectos? En Pangea no hay insectos —dijo Marvin.

—Deben pertenecer a algún género de artrópodos o similar, señor —insistió Danpier.

—Entiendo. ¿Cree que pueden haber parasitado a la niña o que puedan transmitir algún virus? —preguntó el comandante.

—Debemos descartarlo, señor —afirmó Danpier.

—Sí, claro —respondió el comandante, observando la expresión disconforme de Selene.

—Yo lo descartaría en primera instancia. Los análisis realizados no relevan ningún agente externo —expuso el doctor.

—¿Seguro? —preguntó Marvin—. No podemos arriesgar a nuestros pasajeros y tripulantes ante ninguna clase de contagio. ¡Imagínese una epidemia desconocida a bordo!

—Además, resultaría fatal si unos bichos así desembarcan en Pangea y resultan ser parasitoides o vectores. Es un planeta de clima tropical en el que prosperarían notablemente, y ya hemos tenido problemas con la fauna invasora —añadió Danpier.

—Podemos analizar los riñones, el hígado y la médula de la niña —aseguró el doctor.

—¿Por qué no analizan a los bichos? —preguntó Selene.

—La doctora Pierre está en ello. No se preocupe, a la niña le inyectaremos un microdoctor electromagnético en la corriente sanguínea a ver si detecta alguna bacteria nociva o virus; no es nada doloroso ni conlleva riesgo alguno —expuso el doctor, con cierto tacto al ver el interés de la capitán.

—¿En la médula también?

—No, ahí tendremos que usar aguja y jeringuilla. Pero no se preocupe, apenas lo notará.

Ante el silencio y el gesto resignado de Selene, Danpier se acercó al comandante y le entregó una piedra de puro oro, enorme como un puño.

—Señor, hemos hallado en el morral de la niña varias pepitas como esta —le informó el oficial.

En ese momento, todos se miraron en silencio, iluminados por aquel destello metálico.

—¿Hay rastro de alguna cápsula más? —preguntó el comandante, dejándose deslumbrar por la pureza de la valiosa piedra.

—No señor, no hemos detectado la presencia de ninguna más; ni de otra nave espacial. Esa niña está sola —respondió Debra.

—Es muy extraño —apuntó Selene.

—¿Algún dato de su nave de procedencia? —preguntó Marvin.

—Sí, señor. Según los registros que hemos encontrado y la documentación que portaba la cápsula en su código de identificación, pertenece a la *Sirefox* —expuso Danpier.

—Se trata una nave de investigación científica de *National Science United*, señor —indicó Debra, ante su panel de mando, mientras seguía recabando información—. Hace un año que partió de Orión. Su destino era Zafiro. Al parecer, una expedición que pretendía documentar la biodiversidad de ese planeta y las posibilidades de vida para su colonización.

—Es un pequeño planeta más allá de la variante de Sigfrido, algo más pequeño que la Tierra. Su constelación es diminuta, no está muy alejado de aquí —aseguró el comandante—. ¿Es posible que esa niña proceda de allí?

—Es posible, señor. El planeta sigue ignorado de las rutas comerciales y turísticas. No existe una vía segura hasta allí. No se sabe mucho. Si esos científicos han sufrido un percance, posiblemente les resulte imposible comunicarse —contestó Debra.

—Zafiro dispone de agua y carbono, ríos y bosques; aunque su atmósfera es algo pobre en oxígeno. Sufre abruptos cambios de temperatura y está circundado por una masa estelar que se desenvuelve continuamente como tormenta —aseguró Selene—. Esa expedición solo buscaba las minas de Salomón citadas por el explorador Perpintres en sus «Leyendas Siderales y otros Relatos del Espacio».

—¿Sí? ¿No era una expedición científica? —preguntó el comandante con curiosidad.

—No. Llevaban armas y un grupo paramilitar... de seguridad —le confirmó Selene.

—¿Cómo lo sabes? —insistió Danpier.

—En su momento, los patrocinadores me ofrecieron pilotar la nave y comandar ese grupo. Aseguraban que ese pequeño planeta escondía un verdadero tesoro... ¡Oro! Pagaban muy bien —expuso Selene, volviendo su rostro ante el inmenso espacio.

—¿Y no aceptaste? —preguntó Danpier, perplejo.

—No, no me gustan las emociones fuertes —respondió Selene.

—¿Qué más sabes sobre ese planeta? —preguntó el comandante.

—No mucho, no me sedujo la idea. Así que no pregunté. Perpintres aseguró en sus antiguos textos que era un planeta muy hostil, demasiado para el ser humano. Además se encuentra en zona rebelde, desconocida; a las puertas del cinturón de Quelonia.

—¿Y lo de la expedición científica? —insistió Marvin.

—Sí, se supone que lo es. Debería serlo. Pero creo que no es más que una burda justificación de los patrocinadores ante las presiones del gobierno.

—Pero tú... ¡No entiendo cómo no fuiste! —exclamó Danpier, ávido de vivir aventuras y expediciones donde poder exhibir sus

artes militares, de emociones que rompieran su monótona vida civil como capitán de una nave de exploración en un crucero mercantil.

—Solo buscaban ese oro y siempre hay problemas con el oro, con la gente ambiciosa... y más con las armas —respondió Selene.

—Pues parece que encontraron ese oro —murmuró el comandante, sopesando el valioso metal con la mano.

—Podríamos acercarnos, señor. Si disparamos los ultrasónicos, podemos estar allí en unas semanas. Tenemos energía suficiente y vamos muy bien de tiempo —dijo Danpier, con una sonrisa contagiosa.

—No debemos desviarnos del rumbo sin un motivo serio —apuntó Selene de forma fría y contundente.

—Podrían encontrarse más personas en peligro —insistió Danpier y se acercó al comandante—. Señor, por algún motivo debieron lanzar a la niña en esa cápsula de salvamento; algo grave les ha ocurrido. No podemos abandonarles, no sabemos qué les ha podido pasar.

—Señor, ya sabe que un nuevo comandante se hará cargo de nuestro querido crucero muy pronto y traerá su propio equipo de confianza —murmuró el doctor Paopoolus, serio, acercándose hacia Marvin, sin apartar la vista de aquella enorme pepita de oro—. Es posible que este sea nuestro último viaje en el *Senator*. Quizás nos vendría bien saber qué pasó con esa expedición y de dónde sacó esa niña su pequeño botín.

—El doctor está en lo cierto. Podemos socorrer a esa gente y, también, asegurarnos un reconocimiento o incluso una pequeña indemnización —sonrió tímidamente Danpier ante el desconcierto de Selene.

El comandante se alejó de ellos, pensativo. Miró a su alrededor la inmensidad del espacio. Se sintió mayor, anciano, acabado. Ellos no lo sabían con seguridad, pero él sí. Era su último viaje en el *Senator*. Un nuevo comandante, más joven, le reemplazaría a su llegada a Pangea. Luego, fijó la vista en Selene, que negaba seria con la cabeza.

—No podemos alejarnos sin auxiliar a esa nave, la omisión de socorro es un grave delito —insistió Danpier.

—Doctor, haga sus análisis y haga hablar a esa niña —le instó Marvin—. ¿O es muda?

—No, no creo —contestó el doctor, dando un paso atrás.

—Sáquela de cuarentena y trasládela a la cámara sellada de la enfermería hasta que conozcamos qué ocurrió con la *Sirefox* y su tripulación. No quiero sorpresas. Ahí podrá ver gente y no se sentirá tan sola. Y esos animalillos, no quiero verlos fuera de aislamiento hasta que sepamos qué son y por qué los llevaba esa niña en la nave. Debra, haga una prospección y un protocolo de ruta de la variante de Sigfrido con dirección a Zafiro. Selene, haremos una pequeña parada en la órbita de ese planeta —ordenó Marvin y, seguidamente, le lanzó en alto la piedra de oro al oficial Danpier—. Guarde esto con los objetos personales de esa jovencita, es de ella.

En el laboratorio, la doctora Pierre, una mujer blanca, madura, de melena corta y morena; vestida con una bata azulada, y con sus gafas inteligentes en la punta de la nariz, observaba desconfiada por el microscopio el cuerpo viviseccionado de uno de los desconocidos animalillos; y volvió la vista hacia la pantalla digital que mostraba la imagen aumentada. Ella era toda una personalidad de prestigio internacional, en el ámbito científico, por sus avances en aplicación biológica en la medicina biónica. A su lado, en un pequeño terrario, permanecían el resto de aquellos seres. Por un momento los observó, atenta, sorprendida. Estaban amontonados, apoyados frontalmente contra el cristal, como observando a su congénere y cada movimiento que la doctora realizaba a pesar de carecer de ojos. Cuando acercó su rostro sobre ellos, todos levantaron la cabeza a la vez y levantaron sus potentes mandíbulas masticadoras, como un acto reflejo de protección.

—¿Qué haces? —preguntó Michael, asomándose a la puerta sin llamar, y entró en el laboratorio. Era un simpático enfermero, joven y atractivo, de pelo rizado y barba rasa; vestido con una bata blanca sobre la ropa de enfermería.

—La pregunta es: ¿qué haces tú aquí? —acertó a comentar ella, sin dejar de observar aquellos curiosos animales.

Michael cerró la puerta y le pasó el eslabón de seguridad.

—¿Has cerrado? Ahora no estoy para juegos —aseguró la doctora.

El enfermero se acercó tras ella, le retiró la melena y le besó el cuello. Luego, le posó las manos sobre los hombros y empezó a masajearlos.

—Estás tensa, cariño. Debes relajarte un poco. ¿Qué te pasa? —le preguntó conforme apretaba el cuerpo por detrás, contra el de ella, y bajó las manos hasta la cintura.

—Michael, estos animales... parecen inteligentes.

El enfermero la ignoró y le besó de nuevo el cuello, y le mordió suavemente el lóbulo de la oreja, mientras le alzaba la bata.

—A primera vista tienen un cuerpo similar al de una termita... Pero en verdad es muy diferente. Parece un cerebro con pulmones y estómago. Carece de ojos y está despigmentado, mira qué mandíbulas. Es un ser vivo especializado en respirar y consumir energía. Su cerebro es enorme comparado con...

—Yo también tengo un bicho enorme que necesita tu atención —le susurró Michael, por detrás, al oído, conforme apretaba su cuerpo contra el de la doctora.

—Pero... ¿Me estás escuchando? —tartamudeó ella, mientras sentía las fuertes manos de Michael, que no dejaba de besarle el cuello, sobre sus senos, acelerando en su impulso, para deslizarse entre sus prendas más íntimas. Atrapada por las caricias de aquel atractivo enfermero, suspiró dulcemente su placer, sin volverse.

Michael, decidido, ladeó a la doctora frente a él y la apoyó sobre la mesa del laboratorio. Pero, en su frenesí, golpeó ligeramente el pupitre de observación, que se levantó de un lado, por unos centímetros. El terrario cayó, rompiéndose en mil pedazos.

Un escueto «No» salió de la respiración entrecortada de la doctora, al ver cómo aquellos seres corrían veloces por el suelo y desaparecían, ocultándose entre las rendijas y los bajos de los muebles.

—¿Qué has hecho? —le espetó, separándose de él.

—Solo quiero hacerte feliz. No dirás que no lo deseas tanto como yo —contestó, acercándose a ella y abrazándola por la cintura.

—Inútil... Esos artrópodos se han escapado... Esto tiene que terminar —aseguró ella, despegándose de nuevo de él, tratando de ver por dónde habían huido los animalillos.

—Ya veo. Pronto llegaremos a Pangea y te olvidarás de mí —murmuró Michael, en tono sufrido, de víctima dolida.

—Michael, esto tiene que terminar y lo sabes.
—¿Es por tu marido?
—Sí... y no. También por tu mujer.
—No tienen por qué enterarse. Yo te quiero.
—¿Quién es esa jovencita con la que te ves en urgencias?
—¿Me estás espiando?
—Sal de aquí, por favor —le ordenó ella, poniéndose nerviosa.

—Nos vemos más tarde, cuando estés más calmada —contestó Michael y salió despacio, dándole vueltas a la cabeza.

Ella le vio marchar, resignada, y permaneció por unos minutos apoyada en la mesa, pensativa. Sabía bien que aquel joven, atractivo y simpático enfermero solo la usaba para tratar de alcanzar sus ambiciones profesionales, que nunca sería suyo; pero eso no la preocupaba. Lo que la molestaba era que tratara de engañarla de una manera tan simple. Dando un largo resoplido, se volvió ante aquel estropicio. Acto seguido, tomó unas pinzas, un pequeño bote de cristal y se dispuso a recuperar aquellos seres. De pronto, abrió los ojos atónita. El ejemplar que estaba estudiando no se encontraba en la base del microscopio, había desaparecido a pesar de tener su diminuto cuerpo abierto y estar sujeto por varios alfileres.

—No puede ser, no puede haberse liberado... solo, sin ayuda. ¿No estabas muerto? —murmuró, y volvió la vista hacia la rendija por donde habían desaparecido algunos de los pequeños seres.

* * *

—Señor, el camino está libre. ¿Informo del cambio de ruta a la unidad central de Pangea? En breve abandonaremos la Línea Sigfrido y estaremos fuera de sus receptores. Espero sus órdenes —dijo Selene y cruzó los brazos, desafiante.

—Bien. No, de momento mejor que no —respondió Marvin, con una mueca perspicaz.

—Podrían censurar la salida del *Senator* de su ruta establecida, ¿verdad? —preguntó Selene, de forma irónica.

—¿Algo más que deba saber? —dijo por respuesta Marvin.

—No se observan anomalías interestelares, ni tormentas, ni meteoritos de calado que puedan interferir en la ruta del oro; y no se detecta ninguna nave espacial en toda la variante, señor —aseguró Selene, con cierto aire despectivo y una evidente mueca de disconformidad.

—Selene... —le recriminó Marvin su tono.

—Bien, iremos a ese planeta a por el maldito oro —insistió Selene.

—No es por el oro. Puede que otra niña como esa necesite de nuestra ayuda —aseguró Marvin, acercándose a ella, justificando innecesariamente sus órdenes—. Si damos parte a Pangea, sabes que no iríamos; y hay personas que podrían pasarlo muy mal si se encuentran en peligro, pues quedarían totalmente abandonadas.

—Debra y Tabu han rastreado la trayectoria varias veces, en búsqueda de posibles cápsulas o de la *Sirefox*, en vano —expuso Selene.

—Esa cápsula de salvamento no ha podido surgir de la nada. No sabemos qué le ha podido ocurrir a la *Sirefox* y a su tripulación. Pero está claro que han tenido problemas —apuntó Marvin.

—No deberíamos salirnos de nuestra ruta —insistió Selene.

—Nadie envía una niña al infinito sin una causa grave —expuso Marvin.

—Entonces... ¿No vamos por el oro? —preguntó Selene, reticente.

—Necesitamos saber si hay otros supervivientes. No podemos abandonarlos. ¿Está usted de acuerdo, capitán? —le preguntó Marvin, un tanto malhumorado, dejando clara su intención y rango.

Selene dudó por unos momentos, apretó los labios y alzó su mirada desafiante ante el comandante.

—¡Sí, claro! ¡Estoy de acuerdo, señor! —confirmó finalmente, con una ligera exclamación, levantando una mano de lado como señal de protesta.

Capítulo 4

LA PEQUEÑA SHEILA

Una semana después, el *Senator* vislumbraba Zafiro y la brillante estrella que le daba calor. El planeta se hallaba cubierto por una estrecha y deslumbrante nebulosa rosácea. Dos pequeñas lunas, una azulada, la otra más blanca, y no muy alejadas entre sí, rotaban en su órbita. Desde el crucero interestelar se apreciaban las enormes extensiones rojizas que mostraban las zonas desérticas, salpicadas de diminutas manchas verdes, verdaderos oasis de vida concentrados alrededor de ríos y lagos.

—Todo parece estar en calma, señor —aseguró Selene, mientras observaba la nebulosa, casi transparente, sin oscilaciones ni tormentas que representaran un peligro.

—Que se prepare la tripulación de la *Explorer 1* —ordenó el comandante Marvin.

—No nos ha ayudado mucho esa niña, ¿sigue sin decir una palabra? —expuso Danpier, dirigiéndose hacia Selene.

—No ha dicho nada —respondió ella.

—No, ella no nos ha ayudado; pero la cápsula sí. Llevaba en su memoria la trayectoria de salida y destino aplicada por el protocolo de emergencia de la *Sirefox*. Sabemos desde qué punto exacto fue lanzada —contestó Debra.

—Su emplazamiento se sitúa en la parte norte de ese enorme lago, posiblemente en el interior del bosque que lo bordea. Fue enviada al espacio sin destino alguno, por lo que la cápsula aplicó la directriz estándar de emergencia y se dirigió por sí sola hacia la ruta interestelar —continuó Selene.

—Tarde o temprano alguien hubiera dado con ella —aseguró Danpier.

—O quizás no. Si nos hubiéramos retrasado o adelantado en nuestra ruta, algo que nos estábamos planteando, no la habríamos interceptado. La niña podría haber muerto de inanición, perdida en el infinito, antes de que otra nave la localizara —apuntó Selene.

—Pero no ha sido así —intervino Marvin—. Danpier, espero un buen trabajo.

—Selene, podrías bajar conmigo y estirar un poco las piernas fuera del puente de mando. Creo que un paseo por el exterior te sentaría bien —dijo Danpier amablemente, acercándose a ella con una tímida sonrisa.

Selene le observó con una mirada fría y volvió la vista sobre el comandante.

—Puedes acompañarle si lo deseas. Danpier tiene razón, en todo el viaje apenas has salido del puente de mando. Solo para comer y dormir. Pareces un androide de servicio. Te vendría bien relacionarte un poco, distraerte —le comentó Marvin.

—¿Me comparas con una ginoide, una máquina? —preguntó Selene, dolida. Acto seguido, se volvió lentamente hacia el panel de control y observó Zafiro a través del enorme ventanal de la nave—. Amanece en la zona objetivo, deberíais prepararos. No bajaré, quizás en otra ocasión. Gracias.

—Sí, ya veo —aseguró Danpier, contrariado.

Apenas transcurrida media hora, Selene había fijado el crucero cerca de la órbita de Zafiro. Con una mirada le indicó al comandante que todo estaba en su sitio.

—Ya está preparado el equipo, señor. Con su permiso, saldremos armados con los fusiles atomizadores por si tuviéramos algún contratiempo —informó Danpier, entrando en el puente de mando con el uniforme de campo y su pistola XR5 reglamentaria en la cintura.

—¿Armas? —preguntó Selene con cierta sorpresa.

—Estamos en zona rebelde —se justificó Danpier.

—No quiero más armas —replicó el comandante.

—No hay rastro de posibles rebeldes en todo el cuadrante, ni se aprecia amenaza alguna en ese planeta —le apoyó Selene.

—Señor... No sabemos qué nos encontraremos ahí abajo —insistió Danpier.

—Usen sus armas reglamentarias y lleven los aturridores *Beta* en sus incursiones. No puedo desprecintar el arsenal de una *Explorer* sin una causa hostil aparente. El *Senator* no es un cruce-ro de guerra, demasiados informes que rellenar. Ahora márchese, localice a la *Sirefox* y a su tripulación. Y no deje de informarme de todo —contestó Marvin.

—Sí, señor —contestó Danpier, mirando de lado a Selene.

—Y encuentre la procedencia de ese oro —añadió el comandante, de pronto, con un tono bajo, ante la atónita mirada de Selene.

Danpier se alejó con una sonrisa.

* * *

—Esto nos retrasará mucho —se expresó contrariado Costner, observando la salida de la nave de exploración por una de las enormes escotillas del centro comercial.

—Pero, querido, puede haber más gente que necesite nuestra ayuda. ¿No oíste las explicaciones del comandante? Pobrecita esa niña, ya tuvo suerte de cruzarse en nuestra ruta. Hubieran pasado meses hasta que otra nave la hubiera podido rescatar. No me lo puedo imaginar, tanto tiempo sola en esa cápsula —contestó Marian.

—¡Ah, no le hubiera pasado nada! En las cápsulas modernas no pasa apenas el tiempo, la gente se queda dormida hasta que se abren las compuertas. No son como las de antes, que si en unos meses no te rescataban, se convertían en ataúdes espaciales —aseguró Costner.

—Solo serán unos días y puede ser divertido. ¡A ver qué encuentran! —comentó Patrick, observando a sus hijos, una niña pecosa de seis años y un apuesto jovencito de ocho. Jugaban con un nuevo amigo, un pequeño de ojos saltones de su misma edad. Y sonrió a su esposa Leonor, una elegante mujer de estilizada figura y larga melena rubia, que los miraba embelesada.

—Así tendremos algo que contar al llegar a Pangea —dijo Borja mientras batía su refresco; uno de los amigos de crucero que rodeaban a Costner, un joven de barba rasa.

—No me gusta, estamos en territorio rebelde —añadió Lucía, su novia. Una joven bajita de facciones marcadas y pelo corto, con una sonrisa nerviosa.

—¡Qué emocionante! —exclamó Grasielle, otra de las amigas del grupo, la más mayor y de acicalada permanente, y tomó un largo trago.

—Hace años que no se ven rebeldes. Tras las Guerras de La Unión esos cobardes asesinos huyeron al inexplorado cinturón de Quelonia —apuntó Jeremías, su marido, ladeando una muleta. Un veterano jubilado que, vestido de militar, mostraba orgulloso las medallas prendidas en su chaqueta y su rango de teniente.

—Les dimos fuerte. ¿Eh, compañero? —preguntó retóricamente Costner.

—Pienso que tú no disparate ni un tiro —remugó Jeremías. Costner no contestó, levantó el mentón con orgullo.

—Los noticiarios dicen que los centuriones han realizado nuevas ofensivas, que han llegado tomar varias colonias y que han expulsado a nuestro ejército de Orión —apuntó Lucía.

—Esos sucios terroristas no tienen nada que hacer contra La Unión. Pronto les devolveremos a sus mundos oscuros de Quelonia, con sus aberraciones utópicas. ¿Verdad, mi amor? —se expresó Grasielle, dirigiendo la cara con cierta gracia hacia su marido.

—¿Cómo llamaréis a la niña? ¿Aún no lo habéis pensado? —dio por respuesta Jeremías, cambiando de tema.

—Marian, como mi madre —dijo ella.

—Elvira, como mi madre —aseguró Costner, simultáneamente.

Ambos se miraron con cierto enfado, frunciendo el entrecejo con una sonrisa esquiva, en silencio.

—¡Mirad! ¡Es la capitán Selene! —aseguró Lucía, emocionada—. Seguro que va otra vez a la enfermería a ver a esa niña.

—Sí, ¡vaya hembra! —exclamó Costner con cierta gracia, observando los pasos de mujer de Selene—. Dicen que ella sola acabó con más rebeldes que cualquier ejército de La Unión.

—Jeremías la conoció —aseguró orgullosa Grasielle—. Combatí a su lado.

—¿Sí? Cuéntanos —solicitó Lucía, con gran curiosidad.

—No hay mucho que contar, no me gusta hablar de la guerra —gruñó Jeremías.

—Pero sí que te gusta lucir sus medallas —le recriminó Costner, sonriente.

—Venga, cariño —le insistió Grasielle.

—Sí, por favor —apuntó Lucía, ávida de saber.

—Hum... Bueno, sí, la llamaban la Loba Roja —dijo Jeremías, finalmente—. Causó muchas bajas y propinó duros golpes al enemigo en los últimos años de la contienda. Dicen que su padre era un antiguo general español, que toda su familia fue asesinada en la Batalla de Europa. Huérfana, se alistó muy joven como mercenaria. Destacó pronto por su habilidad y eficacia como piloto. En tres años llegó a trabajar para el Alto Mando, en los comandos de élite *Europe's Wolves* y alcanzó el rango de capitán. No hablaba apenas con nadie...

—Dicen que es una mujer muy fría, distante y calculadora —expuso Lucía, con cierta devoción—. Una despiadada guerrera sin corazón.

—Aunque pueda parecerlo, yo creo que no —continuó Jeremías—. Ella participó en misiones muy peligrosas, las que nadie quería, donde pocos sobrevivían. Se limitó a dar y cumplir órdenes. No quería confraternizar con compañeros que, muy seguramente, iban a caer un día u otro. Las personas que no han combatido no saben lo que es una guerra, creen que es una aventura gloriosa. No saben lo que es el horror de ver a un amigo morir reventado ni lo que significa vivir con el temor constante a ser derribado, eventrado o desmembrado; y puede ocurrir en cualquier momento... Si quieres sobrevivir no te puedes permitir tener corazón, debes convertirte en un ser frío, distante y calculador. Y ella lo sabía. Combatí junto a Selene en el escuadrón *Seveinor*, en la batalla de La Roca.

—La última batalla de esa terrible guerra, ¡qué horror! —apuntó Grasielle.

—Cuéntenos algo más, usted que estuvo allí, por favor —insistió Lucía.

—Ante la feroz resistencia del grueso de las tropas rebeldes desembarcadas, la lucha se alargó sobre las ruinas de la fortaleza de Bismark durante dos sangrientas semanas. La mayoría de cruceros aterrizados no pudieron huir; cayeron bajo nuestro control y los que no, fueron destruidos. Perdido el control aéreo, desprovistos de sus poderosos androides y gravemente mermada su división de élite, el ejército rebelde sucumbió tras una resistencia... heroica, diría yo; combatiendo cada batallón, cada escuadrón; esperando unos refuerzos que nunca llegaron. Los centuriones de Orión eran soldados muy preparados, lucharon hasta agotar por completo sus víveres, el oxígeno y las municiones; tuvimos que emplearnos muy duro contra ellos. Muchos de nuestros muchachos murieron... Fue brutal.

—Más de 85.000 personas murieron combatiendo en aquella batalla —expuso Lucía—. La gran mayoría rebeldes.

—Sí, eso dicen los libros. Supuso el definitivo declive militar de la coalición rebelde y la hegemonía de La Unión en todo el Universo conocido. La guerra apenas continuó por dos meses más, con esporádicas batallas en Orión y en el cinturón de Quelonia, antes de firmarse el nuevo armisticio —aseguró Jeremías.

—Los rebeldes aseguraron que Selene había muerto, que su nave había sido abatida. Todo era mentira —dijo Lucía, animada por aquel relato.

—No todo es falso. Su caza de combate fue derribado. Escapó gracias a los propulsores personales de navegación, su paracaídas; el resto de su tripulación no tuvo tanta suerte. Saltó a tiempo y descendió sobre la batalla, cayó cerca de nuestras tropas. La hallé herida, apenas consciente, entre las rocas de la fortaleza, y la llevé a hombros hasta nuestro destacamento. Si la hubieran encontrado los rebeldes, la hubieran ajusticiado allí mismo. No quiso abandonar la batalla, apenas recuperada se unió al escuadrón *Seveinor*. Esa mujer es increíble, una máquina de matar incluso malherida. Y vencimos en La Roca. Luché junto a ella, codo a codo, durante cuatro largos días. Pero no llegué a conocerla personalmente.

—¿Cuatro días juntos y no hablaste con ella? —preguntó Costner, curioso.

—En batalla, entre mil gritos, disparos y explosiones, se escucha y actúa o se muere. Matar o morir. Y, como ya he dicho, ella apenas hablaba con nadie; solo luchaba, mataba. Allí quedé cojo, un láser me destrozó la rodilla. Tuve suerte, a mi compañero Miguel le volatilizó una granada de fragmentación... a siete metros de mi posición, por delante de mí. Solo encontré la parte superior de su cráneo, la mandíbula inferior, un brazo sin mano y una bota, fue todo lo que quedó de él.

—¡Dios! —exclamó Marian, cerrando los ojos al imaginarlo.

—Cuando todo acabó, Selene fue a despedirse de mí al hospital militar de campaña. Me dio la mano y me dijo una sola palabra: gracias.

—Decían que era una ginoide —susurró Marian.

—Si fuera así, tras la guerra la hubieran desmantelado. Prohibieron la fabricación de cualquier tipo de androide de combate en toda La Unión. Esos malditos rebeldes los utilizaban como soldados, realizaban auténticas matanzas —apuntó Lucía, negando tal posibilidad.

—Seguro que es una ginoide o un ser biónico —afirmó Costner— ¿Quién tiene los ojos rojos?

—No es un androide. Te lo puedo asegurar; sangra —afirmó Jeremías.

—Los rebeldes pusieron precio a su cabeza, era muy temida. Incluso entre las filas de La Unión —aseguró Grasielle, asintiendo repetidamente con la cabeza, emocionada, y calló, tragando saliva al verla aproximarse.

Selene pasó junto a ellos, con la vista posada al frente, dirección hacia la enfermería.

—Buenas tardes, capitán —susurró Lucía, extasiada, deseosa de conocerla.

—Buenas tardes, señorita —contestó Selene, con una mirada fija y una cortés sonrisa; sin parar en su camino.

Después, a su paso, en aquella mesa todos permanecieron sentados, degustando sus bebidas en silencio, observando cómo se alejaba la capitán.

En su camino por las anchas salas, los miembros de la tripulación que se cruzaban con ella la saludaban marcialmente; las

personas del pasaje que la reconocían se apartaban discretamente, entre cuchicheos, y la observaban con curiosidad, con orgullo y cierto temor. Su terrible fama de sanguinaria mercenaria en las Guerras de La Unión permanecía perenne incluso en tiempos de paz. Más cuando no era habitual verla fuera de su puesto de mando. Selene se dirigió al centro médico. En los últimos días frecuentaba la enfermería para visitar a la niña que habían rescatado; por lo que tenía que atravesar aquellas grandes salas de ocio y relax, levantando susurros y dichos.

—No será para tanto —apuntó Costner, y bebió.

—No todos los héroes de La Unión son futbolistas, los hay de verdad —aseguró Jeremías.

—Parece que tu heroína no tiene tan buena memoria como tú, no se acuerda de ti —le respondió Costner.

* * *

—¡Hola! —exclamó Selene, conforme entró en la habitación de aislamiento de la enfermería.

La niña se volvió y abrió sus grandes ojos verdes con una sonrisa. No dijo nada, solo rió. Estaba sentada sobre una camilla blanca, ancha y larga, y vestía un bonito pijama rosa con ositos impresos en blanco. En sus manos tenía un libro digital, un cuento.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Selene y se sentó junto a ella, en el borde de la camilla.

La niña siguió en silencio. Con un gesto alegre, de pronto, le mostró en la pantalla el libro.

—«El pequeño Budy y el Dragón Blanco». Es un cuento muy bonito, muy antiguo. Yo lo leí cuando era jovencita, como tú. Habla del bien y del mal, de la fuerza de la amistad, del amor. ¿Quieres que te lo lea?

La pequeña asintió repetidamente y la temida capitán del *Senator* comenzó a leer como si se tratara de una dulce niñera.

Selene pasó dos horas junto a la pequeña, leyendo, hasta que un enfermero entró en la habitación, desviando su atención.

—¡Hora de cenar! —exclamó aquel simpático joven con bata blanca, pelo rizado y barba rasa mientras mostraba una bandeja

con una sopa de pollo, un plato de merluza con verduras, un vaso con zumo de melocotón y un flan de huevo—. Buenas noches, capitán, ¿desea que le traiga algo para acompañar a nuestra princesita?

El enfermero, sin esperar respuesta, acomodó a la niña, haciéndole cosquillas en la cintura, y después le dio un pequeño golpecito sobre la barbilla con un dedo.

—Ahora, a comértelo todo; tienes que estar fuerte para poder salir de esta habitación y jugar con los demás niños. Además, en Pangea no podrás probar estas delicatessen traídas en exclusiva de la Tierra para mi princesita.

La niña le miró fijamente, alegre, y luego posó su visión sobre la deliciosa cena.

—Hum... ¡Qué bien huele! —se relamió el enfermero—. Estás muy guapa esta noche, ¿no estarás esperando a nadie o es que siempre estás tan linda?

La niña sonrió alegre, hizo una expresión de «no, tonto» bajando los ojos y tomó la cuchara.

Selene le observó, no había visto al citado enfermero durante toda la travesía. En verdad no conocía apenas a nadie de la tripulación fuera de la sala de mandos; menos del pasaje. Y le sorprendió cómo trataba a la niña, sus modales y esa chispa alegre que conectaba con aquella jovencita.

—No, no se preocupe. Gracias. Cenaré más tarde en el comedor de oficiales —comentó Selene, sin quitarle la vista de encima, leyendo en silencio el nombre inscrito sobre el lado derecho de la bata: Michael.

—Como quiera. Si necesita algo avísame, estoy en la sala de urgencias —dijo el enfermero y, con una gran sonrisa, se despidió de la pequeña.

Selene se levantó, dejó el libro digital sobre una mesita y con una expresión de interés se asomó a la puerta, para ver cómo se alejaba aquel hombre que había llamado su atención.

—Te gusta —afirmó la pequeña—. ¿Es tu novio?

Selene se volvió de golpe, tan sorprendida como agradada. Eran las primeras palabras que aquella pequeña expresaba desde que había sido rescatada.

—¡Hablas! —exclamó y volvió junto a ella. Se sentó y quedó en silencio observando cómo cenaba. Tenía cientos de preguntas que realizarle. No hizo ninguna.

Cuando la pequeña terminó su cena, Selene recogió la bandeja y la dejó sobre la mesilla. Le limpió suavemente la comisura de los labios con una fina servilleta de tela y se sentó de nuevo junto a ella. La miró con una sonrisa traviesa y extendió los brazos, invitándola a hablar. La niña bajó lentamente la cabeza y regresó a su silencio.

—No, no es mi novio. No tengo novio —aseguró Selene.

La niña levantó la cabeza y la miró con cierta tristeza.

—¿Por qué? Eres muy guapa —murmuró.

Selene levantó un poco ambos brazos, estirando los dedos de la mano, y apretó su labios, ladeando un poco la cabeza y alzando el entrecejo con una expresión de «pues no lo sé».

—Michael es muy guapo, podría ser tu novio —aseguró la pequeña.

—Sí, podría... ¿Tú no tienes un novio? ¿Y tu mamá? —preguntó Selene con toda la intención de averiguar algo.

La niña bajó de nuevo la cabeza, su expresión se tornó triste.

—No lo sé.

—¿Y tu papá? ¿No sabes dónde están? —le insistió Selene con cierto tacto, acariciándole el flequillo hacia atrás.

—No.

—Bueno, no pasa nada. Aquí estás bien con la doctora Pierre, con Michael y conmigo —comentó Selene y se alzó—. Me tengo que marchar, me estarán esperando. Se me ha hecho un poco tarde. Yo también ceno, ¿sabes?

La pequeña miró cómo se alejaba hacia la puerta, con cara de pena.

—Están muertos —murmuró de pronto.

Selene se paró, volvió la cabeza y anduvo hacia ella, seria. Se sentó de nuevo en el borde de la cama y observó aquellos grandes ojos verdes a punto de romper en lágrimas.

—¿Qué pasó? ¿Lo sabes? —le preguntó, y le acarició las sonrojadas mejillas.

—No.

Por unos momentos ambas permanecieron en silencio. Y la pequeña se le abrazó. Selene la apretó contra ella y le dio un beso en la frente, para recostarla sobre la camilla de nuevo.

—Descansa, ya es hora de dormir. Mañana vendré a verte. Me alegra mucho que puedas hablar... ¡No eres muda y tienes una voz muy bonita! También veré a Michael —le aseguró con un sonrisa tan pícara como maternal, tratando de hacerla sonreír de nuevo. Y se levantó.

—No sé qué pasó —aseguró la jovencita, tratando de evitar que Selene se marchara de su lado—. Estaba en la nave con mi papá, habíamos viajado a Zafiro. Es científico, como mi mamá, y estudian los animales de los lugares que visitamos. Saben mucho...

—¿De veras? ¡Qué interesante! ¡A mí también me gustan los animales! ¿Son biólogos?

—Sí. Mientras ellos exploraban el planeta, yo jugaba con mis hormiguitas, son muy listas. Escondía bolitas de cristal en mi habitación y ellas las encontraban y me las traían. Yo les daba tiras de carne cocida como premio... Les gusta mucho la carne.

—Ah... ¿Sí? —asintió Selene, pensando que los animalillos que habían encontrado en la cápsula podrían ser alguna especie de mascota para la pequeña, esas «hormiguitas».

—No sé qué pasó, de pronto entró mi papá en la habitación, me tomó de la muñeca y tiró de mí hasta la cápsula de salvamento. Solo pude llevarme a mis hormiguitas. Mi mamá dejó a mi lado un zurrón. Unos hombres entraron... —confesó la jovencita y quedó en silencio, con el mentón temblando.

Selene acarició sus manos y la animó en silencio a continuar con el relato.

—Iván, el capitán, entró en la sala y con él muchos hombres. Todos gritaban. Todos se pegaban. Todos caían, unos sobre otros. Yo chillaba y chillaba. ¿Por qué se peleaban? Entonces llegaron otros hombres y comenzaron a pegar tiros. Salté de la cápsula y corrí buscando a mis papás. El capitán me tomó en brazos, me introdujo en la nave, cerró la compuerta y ya no sé más... Me lancé al espacio. ¿Me llevarás con mi papá y mi mamá?

—Lo intentaré, trataremos de encontrarles —comentó Selene, sorprendida por el relato.

—No, están muertos —aseguró la niña rotundamente y, apenas terminó de decir aquellas palabras, rompió a llorar y se abrazó fuerte a Selene. La cual, conmovida, la apretó contra su pecho, estrechándola a la vez que le acariciaba su larga melena.

Capítulo 5

LA MARABUNTA

—Por cierto, ¿dónde está la doctora Pierre? No ha venido a cenar y tampoco la vi en la comida —preguntó el comandante Marvin, mientras degustaba la sabrosa carne estofada en el comedor de oficiales—. ¿Todavía no ha terminado el informe sobre esos bichos?

—Ahora que lo comenta, la verdad es que no sé nada de ella —contestó el doctor Paopoolus, que le acompañaba a la mesa, y se dirigió al camarero—. Por favor, un café bien cargado.

—¿No está con la niña? —preguntó Marvin, mientras tomaba una manzana del frutero.

—No —contestó Selene, levantándose de la silla—. Señor, tenemos que hablar.

—¿No tomas postre? ¿Un té sin estevia, quizás? —le preguntó Marvin y mordió la manzana, esperando una respuesta que no llegaba.

—A la doctora no la he visto desde anteayer —insistió el doctor.

—No es normal, la doctora Pierre es una persona muy responsable. ¿Me acompaña, comandante? Tomaré ese té en el puente de mando, la *Explorer 1* no tardará mucho en transmitir —contestó Selene.

—¿Cómo es posible que nadie sepa nada de la doctora? Búsquenla en sus aposentos, puede que se encuentre mal. Hace unos días tuvo una indigestión, malditos transgénicos. ¿Quién vigila a la niña? —insistió Marvin.

—Nadie en especial. La pequeña se encuentra muy bien y normalmente está con la doctora Pierre y con Michael, un enfermero de urgencias —contestó el doctor.

—¿De urgencias? —preguntó Marvin—. ¿Y qué sabe de niños un enfermero de urgencias?

—Le asigné el trabajo, pues la doctora Pierre le recomendó. En realidad ese joven está doctorado en pediatría, señor. Así ella puede centrarse más en esos animalillos y su trabajo.

—¿Es doctor? —preguntó Selene, sorprendida.

—Sí, necesitaba el empleo —respondió Paopoolus—. Bueno, la capitán Selene también la visita a menudo —apuntó de pronto, dirigiéndose al comandante.

—¿Selene visita a esa niña? ¿A menudo? —afirmó Marvin, con una sonrisa irritante, mientras ella levantaba ambas cejas y apretaba los labios.

—Sí —contestó el doctor, escuetamente.

—Inaudito, no me lo puedo creer. Si nuestra capitán es incapaz de tener sentimientos —afirmó Marvin—. ¿Qué hace con esa jovencita? ¿Le lee cuentos? ¿Le canta nanas?

—Algo así, señor. Creo que ha logrado crear un vínculo especial con la pequeña —afirmó el doctor.

Selene se alejó, como si no fuera con ella la cosa. El comandante sonrió, se limpió suavemente la boca y se levantó observándola. Después, la siguió.

—¿Cómo está la pequeña, doctor? —preguntó, volviendo la mirada hacia atrás.

—Ya camina y sabe valerse muy bien por sí misma. Todos los test salen negativos. Está sana como una manzana.

—Fantástico. No debe permanecer sola, encuentre a la doctora —aseguró el comandante y acompañó a Selene hacia el puente de mando.

—Me ocuparé de ello, señor —replicó el doctor.

El comandante Marvin y Selene llegaron al puente de mando. Ella ocupó su puesto y revisó los paneles de control. Las enormes pantallas digitales mostraban cada cuadrante espacial y sus gráficas

estelares. Él, a su lado, de pie, la observó trabajar durante unos minutos, en silencio.

—No te imagino de niñera, Selene —dijo el comandante, cambiando su tono autoritario por uno amistoso—. Una aguerrida pirata como tú haciendo de madre piadosa; me cuesta creerlo. ¿Esa jovencita ha despertado tu instinto maternal?

—No soy una pirata —aseguró ella, sin mirarle—. La niña me ha dado a entender que presencié una pequeña batalla; dice que...

—¿Ya habla? Me sorprendes, Selene. ¿Qué más dijo?

—Bueno, cree que sus padres murieron a tiros. Parece que no sabe mucho más.

—¿Qué opinas?

—No sé. Si encontraron oro puede que se trate de un motín, la codicia de la misma tripulación de la *Sirefox*. No sería la primera vez que ocurre algo parecido. Pero también es posible que sufrieran un ataque de fugitivos rebeldes.

—Es más probable que no se pusieran de acuerdo en el reparto del oro... No creo que fueran rebeldes. ¡Ah, aquellas malditas Guerras de La Unión! ¿Recuerdas?

—Esa guerra quedó atrás, con sus muertos —apuntó Selene.

—Hay que reconocerlo, todos fuimos algo piratas. ¿Sabes? No hay nadie que te supere al mando de una nave de combate y me alegró mucho que aceptaras luchar en mi escuadrilla de lobos, que dejaras ese grupo de mercenarios. Me salvaste la vida no sé cuantas veces. Los bravos centuriones de Orión te tenían verdadero horror.

—Solo cumplía con mi deber.

—Soy consciente de las crecientes noticias: los rebeldes se están organizando de nuevo y parece que van en serio. Espero que no tomaras la decisión de pilotar el *Senator* solo para alistarte de nuevo. Me hace más ilusión pensar que fue por el mero hecho de que echabas de menos mis órdenes o, quizás, porque buscabas una nueva vida en Pangea.

—Echaba de menos sus órdenes, señor.

—Nos conocemos desde que eras un cría. Sabes que te quiero con locura. Para mí eres como una hija, una bendición.

—Lo sé, señor.

—Tu madre fue una gran persona, una maestra. Y tu padre un héroe. Me pidió que cuidara de ti; fueron sus últimas palabras cuando os encontré en aquel barracón. Al final te ha tocado cuidar de mí. Nunca se me dio bien cumplir promesas.

—No se lo puse fácil, señor.

—El Consejo Supremo de La Unión está formando en Pangea un ejército para acabar con la resistencia de los rebeldes en Orión y en el cinturón de Quelonia. Nuestros políticos están demasiado confiados y no lo saben, pero se enfrentarán a un ejército de buenos soldados. No volverán a cometer el mismo error. Dicen que se han rearmado dos batallones de centuriones; son duros y despiadados, siempre lo fueron. Solo nos temían a nosotros... ¿Cómo te llamaban? La Loba Roja, ¿verdad? ¡Ja! ¡Mi bella matadora!

—Tienen una causa y buscan venganza, señor.

—Tú también y sé que no pararás... No te alistes.

—Asesinaron a mis padres y a mi hermana, señor.

—Será una batalla muy dura, una nueva sangría de miles de jóvenes. Muchos morirán. Ha transcurrido mucho tiempo desde las Guerras de La Unión. Hoy nadie te busca, eres un fantasma del pasado. Pero no te han olvidado, la fama que arrastras te precede, en cuanto entres en batalla los centuriones te reconocerán y pondrán precio a tu cabeza. Te buscarán e intentarán acabar contigo por todos los medios. Lo sabes... Y podrías dejar de llamarme señor; no te estoy hablando como comandante, sino como un amigo.

—Con cuatro años de servicio militar activo tienes derecho a una vivienda en la madre Tierra, un reconocimiento de por vida y la comida no es muy mala —contestó Selene, levantando la cabeza con un suspiro.

—Nadie sobrevive cuatro años en primera línea de combate —afirmó Marvin.

—Solo me faltan siete meses.

—La comida es una mierda.

—Pagan bien.

Marvin asintió con cara de pocos amigos, golpeó con las yemas de los dedos la superficie del cuadro de mandos y observó en la distancia aquel planeta.

—Selene, escúchame. Puede que resulte que la leyenda de Perpintres al final tenga algo de cierto y que en este planeta encontremos oro; de algún lugar esa niña sacó su pequeño tesoro. Seguramente por eso se mataron entre ellos, no estarían preparados para tal descubrimiento. Yo no necesito ese oro, ni lo quiero. Toma el que precises para iniciar una nueva vida, allá donde más te atraiga. ¡En la Tierra! Siempre ha sido tu sueño vivir en la madre Tierra, regresar a Europa, a España. Sabes que puedes comprar la autorización, no te faltarán valedores. Pero no te alistes. Eres joven, no malgastes tu vida. Esta guerra no tiene sentido ni final...

—Ninguna guerra tiene sentido, señor.

—Comprendo, solo te mueve la venganza.

—Perdón, señor, mi capitán. La *Explorer 1* ha entrado en la atmósfera sin novedad, aterrizará en Zafiro dentro diez minutos —interrumpió Debra.

—Espero que el oficial Danpier tenga suerte, cargue ese oro y podamos retomar nuestra ruta cuanto antes —dijo Selene, mientras regresaba a su puesto en el puente de mando, seguida por el comandante.

—¿Qué te ocurre con Danpier? No creas que no me he dado cuenta. Ese joven te idolatra y no haces más que abofetearle constantemente —le comentó el comandante.

—No me ocurre nada con el oficial Danpier.

—Cada vez que trata de ser amable contigo, le ignoras. Deberías abrirte un poco a los demás, salir de tu caparazón de acero. Búscate un hombre que te quiera y que te cuide, tienes mucho que ofrecer al mundo. Aléjate de la batalla. Danpier está enamorado, se nota a la legua. Y es un buen oficial, de clase alta, con una familia reconocida, un buen partido, un buen hombre.

Selene se volvió y clavó la mirada en el comandante. Bajó la vista y arrugó los labios con un respingo de nariz. Después se levantó y tomó el té que le ofrecía el camarero.

—El comandante tomará un café largo, con abundante estevia —dijo ella.

—Eres tan testaruda como tu madre. Harás lo que quieras, como siempre has hecho. No me gustaría que volvieras a combatir

y menos como mercenaria. Eres una gran piloto; con tu currículum y mis recomendaciones las compañías más prestigiosas se te rifarían. Para ser feliz no necesitas venganza, ni más batallas ni más dinero, sino algo de amor... Olvidar.

—Tengo buena memoria. No tengo solución, siempre lo has dicho.

—Te preocupas por esa niña, me has dado esperanzas; creo que tienes solución.

—Danpier solo busca una aventura... con la Loba Roja.

* * *

La *Explorer 1* dejó atrás la nebulosa rosácea que rodeaba parte del planeta y surcó velozmente la atmósfera de Zafiro, como un destello en llamas seguido de un ligero zumbido. Reconponiendo su estructura, atravesó las nubes blancas y comenzó a ralentizar la entrada mientras el amanecer destellaba sobre sus placas metálicas. Deslizó hacia delante sus potentes reactores y, finalmente, quedó suspendida a diez metros de la superficie.

—Señor, el perímetro está limpio —aseguró uno de los copilotos.

El oficial Danpier se acercó al panel de mandos y revisó personalmente la información proporcionada por los sistemas de prospección e identificación de la nave. Luego miró a los responsables del escáner informático y el radar de ecolocalización.

—Todo en orden, capitán —le aseguraron sus suboficiales.

Tras el exhaustivo rastreo de todo el perímetro, tal y como exigía el protocolo en zonas desconocidas o conflictivas, Danpier dio la orden de aterrizar con un simple gesto de cabeza.

Una fuerte polvareda acompañó el descenso de la *Explorer 1* sobre aquel terroso desierto rojo. Una vez estabilizada la nave, el portón exterior se abrió y dos motos blancas de anchas ruedas, potentes y silenciosas, saltaron buscando su destino, dejando un haz luminoso tras ellas.

—Señor, iniciamos una primera salida de reconocimiento —indicó Danpier a través del micrófono de su casco, conduciendo una de las motos.

—Informe, capitán —respondió Marvin, desde el *Senator*.

—Hemos aterrizado sin novedad. Siguiendo las coordenadas recibidas, nos introducimos en un bosque de vegetación espiral. Parecen rosáceas gigantes, de gruesos troncos y afiladas espinas. También abunda el matorral tipo *quercus*, con abundantes frutos parecidos a bellotas, alternan con grupos de árboles enormes, como las antiguas secuoyas de la Tierra

—¿Alguna huella humana? —preguntó el comandante.

—Hay varias sendas, señor. Parecen bien definidas, posiblemente producto del paso continuado de personas, quizás la tripulación de la *Sirefox*. Estamos avanzando por una de ellas, pero de momento no se ve ningún rastro que lo pueda confirmar.

—¿Hay vida animal?

—Estamos viendo numerosos seres parecidos a pájaros saltar entre las plantas. No sabría definir especie ni género, seguramente son nuevas para la ciencia. Son muy coloridos, con muchos tonos metálicos. Aparte de estos animalillos, no se escucha ni se ve nada que se mueva. El calor es sofocante, casi 30° grados a la sombra y el sol no está arriba. Si hay algo más vivo en este horno, creo que debe desarrollar su actividad con el crepúsculo o durante la noche. Hemos visto numerosas huellas bípedas de tres dedos, pequeñas... No sé.

—Muy bien, capitán. Diríjanse al objetivo, el punto indicado desde el que partió la niña, e informe de nuevo.

—Tiempo estimado: 20 minutos. Solicito vigilancia aérea y un retén médico por si hallamos más supervivientes —requirió Danpier—. Según los indicadores del equipo hay oxígeno, aunque los niveles no son muy altos. Señor, creo que la atmósfera es respirable. Está limpia de agentes tóxicos o patógenos, no parece en primera instancia que exista contaminación alguna.

—Mantengan las escafandras y el equipo de aislamiento. No nos arriesgaremos ante lo desconocido en esta primera incursión. Conecten sus cámaras frontales y no pierdan el contacto —ordenó el comandante.

—Selene, ¿me oyes? —preguntó Danpier—. Sé que me estás escuchando, deberías haber bajado. A ti que tanto te gusta la naturaleza, te encantaría.

—Sí, ¿en serio? —contestó Selene, levantando una ceja.

—Esto es precioso. ¿Cuánto hace que no pisas tierra de verdad, que ves un animal salvaje o bosques de vegetación? ¿O que puedes tocar el agua corriente? Aún estás a tiempo —aseguró Danpier, para sorpresa de la capitán.

El comandante Marvin sonrió y la miró. Luego alzó las cejas y abrió los brazos con un gesto clarividente.

—Te está invitando, una cita en el campo —le susurró a Selene.

—Oficial Danpier, continúe con su labor y esté atento —contestó ella—. Escuche, según la información que nos ha proporcionado la niña, la *Sirefox* podría haber sufrido un...

La transmisión se cortó de pronto con un ligero silbido.

—¿Danpier? —preguntó Selene.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Ha dejado de transmitir? —preguntó el comandante.

—He perdido toda señal con Danpier y con la *Explorer 1* —aseguró Tabu, atónita.

—¡Algo le ha ocurrido! —exclamó Selene, preocupada.

—Señor, no han sido ellos —dijo Tabu.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Marvin.

—Somos nosotros, hemos perdido toda comunicación exterior —apuntó Tabu, revisando los paneles, perpleja.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? —preguntó Selene y se fijó en ella.

Tabu ladeó la cara, extrañada, sin entender qué estaba ocurriendo.

—Ha caído toda la red —aseguró.

—Capitán, los dispositivos de exploración y los sensores comienzan a fallar, la mayoría no responden —aseguró Debra, sin salir de su asombro.

—No podemos contactar con la *Explorer 1* ni tampoco con las estaciones de la Línea Sigfrido. Estamos incomunicados —afirmó Tabu, rascando atónita los tatuajes de su calva.

—Eso no es posible, tendríamos que habernos quedado sin energía o debería producirse una avería general que afectara a todos los sistemas de navegación en su conjunto y a cada uno de ellos

en particular a la vez —intervino el comandante, tan expectante y perplejo como los demás.

—Señor, los paneles digitales de control... —apuntó un suboficial, al ver cómo dos de ellos se apagaban de golpe, sin más.

—¿Qué está pasando aquí? Los sistemas de navegación también están fallando —dijo Selene, sorprendida, tratando de descubrir cuál era el problema en el puente de mando.

La pantalla en tres dimensiones sobre la que trabajaba se apagó de pronto, con un destello, dejando a Selene con los dedos en el aire y una extraña sensación que no presagiaba nada bueno.

—Disculpe, señor, creo que es importante —comentó Paola, la sargento de policía, una mujer de pelo largo, moreno; penetrando en el puente con cierta prisa, acompañada del doctor Paopoolus.

—Dígame, sargento, ¿qué es tan importante para distraerme ahora? ¿No ve que estamos ocupados?

—El jefe Marco, de seguridad y control de pasajeros, me ha informado de que, entre ayer y hoy, ha recibido diecisiete denuncias de personas desaparecidas.

—¿Qué? —preguntó el comandante.

Selene se volvió tan sorprendida como Marvin.

—Han desaparecido diecisiete personas del pasaje. Seis ancianos, un matrimonio, dos comerciantes, cuatro niños, una niña y dos jóvenes adolescentes —aseguró Paola.

—No. ¿Está usted de broma, sargento? No se puede desaparecer de una nave espacial. No tienen a dónde ir, deben estar en algún lugar. Use el escáner de situación personal, sus huellas informáticas nos dirán dónde se hallan —dijo Selene.

—Por favor, sargento, busque a esas personas y encuéntruelas —ordenó el comandante.

—Señor, antes de notificárselo, me encargué personalmente de la búsqueda. Yo tampoco podía creerlo y no quería molestarle sin razón. Hemos escaneado todo el crucero. La huella informática de esas personas ha desaparecido por completo —informó Paola.

—No es posible, la huella informática se fija en cada muñeca al subir a bordo y se diluye al abandonar la nave. ¡No pueden haber dejado la nave! —exclamó Selene, acercándose hasta ella.

—Esto es muy serio, señor, capitán. La doctora Pierre también ha desaparecido. No está en su camarote, nadie sabe nada de ella —apuntó el doctor.

—Si no están en las cubiertas del pasaje, estarán en los almacenes —expuso el comandante.

—Los escáneres no las detectan y, excepto la doctora, todos son pasajeros. No tienen acceso a las zonas restringidas. Pero, con su permiso, revisaremos personalmente las plataformas de almacenaje, hangares y turbinas —contestó Paola.

—¡Oficial de navegación! ¡Señor! —exclamó Debra, de pronto, acaparando la atención de todos, señalando con su dedo.

Un pequeño animal, parecido a una termita de largas patas, grueso abdomen y una cabeza provista de grandes mandíbulas, asomó entre los botones de control y las pantallas de los equipos informáticos. Como disparado por un resorte, cruzó por encima del panel informático de navegación y se introdujo por una rendija. Le siguieron dos más. Y tres más.

—¡Bichos! ¿De dónde han salido? —preguntó el comandante, con cierta repulsión.

—La niña... Parece uno de esos artrópodos que traía con ella —susurró el doctor.

Apenas acabó la frase, diez más de aquellos animalillos cruzaron por los paneles y los controles digitales, apareciendo y desapareciendo mientras algunas lucecillas y dos pantallas más se apagaban de pronto.

—¡Dios, doctor! ¡Que acaben con esos bichos! —ordenó el comandante.

—¡Señor, estamos perdiendo potencia! —exclamó Debra, nerviosa.

Selene corrió de nuevo al puente de mando, trató de ver o controlar el timón y los reactores que estabilizaban el crucero. Nada funcionaba. Apretó los dientes al comprobar que aquella situación inusual les desbordaba por completo, no podían hacer nada por maniobrar el *Senator*.

—Pero... Esos bichos estaban en aislamiento, no puede ser que estén aquí afuera —contestó el doctor.

—Pues están aquí afuera. Doctor, ¿qué está pasando? —preguntó el comandante, irritado y perplejo.

—¡La nave pierde su rumbo, no puedo controlarla! —insistió Debra.

—¡Necesitamos potencia en las turbinas del Sector Impar! ¡Rápido, enviad a los mecánicos a la sala de turbinas! ¡Que las pongan en marcha como sea! ¡Y que vengan los informáticos! —ordenó Selene, revisando los alterados paneles del control central, tratando de hacerlos funcionar, tecleando directrices sobre las parpadeantes pantallas, esperando en vano que alguna respondiera a sus órdenes.

—¿Tenemos algún insecticida a bordo? —preguntó el comandante—. Y usted, doctor, vaya, infórmese y cuénteme qué ha pasado con esos bichos. Parece que están aquí afuera todos. Y dígame qué está ocurriendo de una vez, si esto es causa de ellos.

Las puertas de la enfermería se abrieron de par en par, para dar paso al doctor Paopoolus y a varios enfermeros, entre ellos Michael. Rápidamente se acercaron a la sala de aislamiento donde estaba la niña desconocida y entraron. La pequeña tenía entre las manos una caja con varios de aquellos animalillos.

—¡Son míos! —exclamó ella al ver que el doctor le quitaba la caja.

—Al fin hablas alto y claro —dijo el doctor, y observó que solo habían dentro tres ejemplares—. ¿Qué has hecho? ¿Y los demás?

—La doctora Pierre quería saber cosas de mis hormiguitas y se las llevó en un terrario. Cuando salí esta mañana al baño encontré estas en el pasillo. La puerta del laboratorio estaba abierta... Estaban comiendo. Tenían hambre —contestó ella.

—¿Has estado en el laboratorio de biónica? ¿Con la doctora? —preguntó Michael.

—No, ella ya no está —aseguró la pequeña.

El doctor posó la mirada dentro de la caja. Alrededor de unos trocitos de carne ensangrentada y unos coscurros de pan, en un

rincón, se apelonaban los tres animalillos. Su rostro se heló cuando comprobó que uno de aquellos pedacitos parecían restos humanos.

—¿Qué son estos bichos? —le preguntó a la niña.

—Son mis mascotas. Déjelas, pobrecitas —dijo ella, frunciendo el gesto con un puchero enfadado.

El doctor introdujo la mano con unas pinzas y extrajo aquel resto de carne que había hecho palidecer su rostro.

—¡Michael! Analiza inmediatamente esto y dime que estoy equivocado.

—Doctor, es un parcial de un dedo meñique; la uña está pintada de morado. Se ve a simple vista —murmuró Michael.

—¡Mierda! Llévatelo al laboratorio y que lo analicen de inmediato. Quiero su ADN y un nombre.

—La doctora Pierre se pintaba las uñas de morado —apuntó Michael, pálido, sin poder menearse.

—¿No me ha oído? ¡Dese prisa, joder! —le exclamó el doctor.

Michael salió corriendo hacia el laboratorio de urgencias, ante la llegada de varios agentes del equipo médico que, atónitos por lo que estaba ocurriendo, no quitaban la vista de la niña mientras las luces y dispositivos comenzaban a fallar en todo el crucero, despertando el desconcierto y el temor del pasaje.

—Dinos, pequeña... ¿Qué son esos animalitos tan bonitos? ¿Puedo hacerme con uno o me picará? ¿Me morderán? —preguntó el doctor, tratando de ser amable, de obtener información.

—Son como hormiguitas de esas que hay en los libros de animales de la Tierra.

—¿Qué les has dado de comer?

—Tenían hambre, trocitos de comida que encontré en el suelo —insistió ella, con cara de pena.

—¡Señor! —exclamó Paola, alarmada, regresando al puente de mando.

—¿Qué ocurre, sargento? ¿No encuentra un insecticida? Claro, ¿para qué diantres vamos a llevar un insecticida a bordo? —contestó el comandante Marvin, agobiado por los continuos fallos y apagones que estaban recorriendo el *Senator*.

—Necesitaremos algo más, señor —dijo y señaló las pantallas de vigilancia que todavía funcionaban.

Como si fuera una enorme mancha blanca de aceite, que se extendía rápidamente por el suelo y las paredes de la nave hacia todas direcciones, sembrando el pánico entre los pasajeros y la tripulación, millones de aquellos animalillos recorrían las instalaciones de la bodega, la plaza de ocio y el Sector Impar arrasando con plantas, muebles y todo aquello comestible que encontraban en su rápido avance, como si de una furiosa marabunta se tratara.

—¡Cámara 3! ¡Cámara 5! ¡Cámara7! —ordenó el comandante, alterándose más y más con cada terrorífica imagen que mostraban las pantallas.

—Dios mío —susurró Selene, acercándose.

Ante sus ojos, cientos de personas eran sorprendidas, arrolladas y devoradas rápidamente por aquella avalancha que penetraba en salas, almacenes y camarotes arrasando con todo; que apenas dejaba rastro de sangre y materia alguna a su paso. Los rostros de los miembros de la tripulación en el puente de mando se contrajeron, presas de la angustia y el horror. Atónitos, no podían responder ante la terrible realidad que los monitores les mostraban.

Capítulo 6

HORROR EN EL SENATOR

Con un grito de horror Borja cayó, retorciéndose en el suelo de la sala ante las miradas descompuestas de su novia Lucía y sus amigos. Mientras se levantaban rápidamente de sus asientos, cientos de aquellas diminutas fieras devoraban el lado izquierdo de su cuerpo, descarnándolo rápidamente hasta los huesos de las costillas y las caderas. Lucía se quedó paralizada, viendo cómo su novio quedaba reducido a la nada. Y de pronto vomitó.

Patrick la tomó del brazo empujándola hacia atrás, mientras su esposa Leonor corría con sus hijos y aquel niño de ojos saltones en busca de una salida. Grasielle y Jeremías les acompañaron, como pudieron, a saltos con la muleta.

—¡Vamos, Marian! ¡Debemos huir de prisa! ¡Corre! —gritó Costner, empujando a la gente que se cruzaba en su camino y tirando de ella con fuerza, hasta hacerla caer de rodillas.

—¡No puedo! ¡No puedo! —aseguró Marian, posando la mano en su enorme vientre, llorando y agitando la cabeza de lado a lado.

Costner siguió con su huida, arrastrándola tras él, haciéndola sangrar por las rodillas, ayudado por el niño de ojos saltones, que llorando y valiente, tiraba también de ella.

Solo unos pocos, los más rápidos en percatarse del peligro, pudieron salir en principio, para dirigirse hacia otros sectores de la nave. Dejaban atrás el horror, avisando a los demás pasajeros que encontraban en su camino. Guiados por el fatídico instinto de supervivencia, cientos de personas colapsaron las salidas de las salas, produciéndose tremendos empujones y avalanchas. Mientras

unos caían, otros les pisaban para caer encima y, a su vez, soportar los cuerpos que caían sobre ellos. La mayoría de salidas quedaron totalmente bloqueadas. Por las demás, la gente, aterrorizada, corría por encima de decenas de personas amontonadas, hundiéndose las botas sobre sus vientres y caras, a cuatro pies, arrastrándose entre llantos, notando el sudor, el pelo y la carne húmeda de los que quedaban bajo sus cuerpos.

Sin parar, los diminutos animales se echaron sobre las personas caídas y atrapadas que colapsaban las salidas y prosiguieron con la matanza, devorándolos entre gritos, sudor, lágrimas y heces.

—¡No, por ahí no! —gritó Jeremías a su grupo de amigos al ver el trágico final de aquellas personas, desviándolos de su camino, con la idea de retroceder, de encontrar una salida alternativa para huir de aquel horror que estaban presenciando, viviendo.

Entonces vio una pequeña puerta de acceso restringido para la tripulación, que aparentaba ser un escape propicio. Se encontraban muy cerca.

—Allí, vamos, vamos —les indicó a los demás.

En un momento, el grupo de amigos quedó apoyado contra la pared, acorralados por aquella marabunta que lo devoraba todo. Patrick y los niños empezaron a pisar los animalillos más cercanos, reventándolos como si fueran cucarachas; mientras, su esposa Leonor gritaba desesperada, buscando refugio tras él. Lucía, conmocionada, cayó de rodillas; con la imagen descompuesta en su mente del terrible final de su novio, cerró los ojos y se abandonó a la suerte.

La puerta de acceso se abrió de una fuerte patada que le propinó Costner; introdujo a su esposa y saltó al pasillo interior. Los niños les siguieron corriendo. Jeremías se deshizo de la muleta y arrastró a Lucía hacia aquella luz de esperanza, con ayuda de su esposa Grasielle. Costner saltó sin esperar más, empujándole, apremiándole, y selló la puerta con los sistemas manuales de cierre de seguridad, con dos vueltas rápidas de aquella manilla, y se apoyó en la pared de metal con un fuerte suspiro.

Al otro lado, Patrick y Leonor se miraron aterrorizados; no les habían dado ningún tiempo para poder huir. Costner había cerrado la puerta antes de que pudieran salir.

—¡No, esperad! —gritaron.

No hubo respuesta. Y se volvieron abrazados. Una marea blanca se desplazó veloz hacia ellos y se liaron a golpes contra la puerta.

—¡Abrid! ¡Socorro! —gritaron por una sola vez. Luego, silencio.

—¡Papá! ¡Mamá! —chillaron los niños.

—¡Patrick y Leonor están dentro! ¡Se quedaron dentro! —exclamó Marian.

—¡Los has dejado dentro! —le espetó Jeremías.

—¡Abre, rápido! —exigió Grasielle.

Costner miró a aquella pequeña de seis años y a aquel niño de ocho, con cara agria, desesperada, y tartamudeó.

—¡Vuestros padres están muertos! ¡Esa nube de bichos les envolvió! —exclamó Costner, de pronto, con la incerteza de lo ocurrido, con voz firme—. ¿No lo habéis visto?

Los niños se quedaron con la boca abierta, aterrorizados.

—Mejor que no lo hayáis visto... Lo siento, lo siento mucho, muchachos. Ahora tenéis que ser fuertes, valientes. Corramos, esos bichos pueden entrar en cualquier momento. Vamos, no hay tiempo —gritó Costner. Y tiró de su mujer con prisa en busca de una huida por aquel estrecho, oscuro y largo pasillo.

Jeremías se acercó a la puerta de acero, tomó en sus manos la manilla de seguridad y fue a abrir cuando notó un fuerte golpe. Un ensordecedor rugido parecía querer derruirla y vio cómo Grasielle negaba con la cabeza, suplicándole que no abriera. Agachó la cabeza y cerró los ojos, apoyando la frente sobre el metal; sabía que ya no se podía hacer nada. Tras un soplido, su mujer tomó entre sus brazos a la pequeña y corrió por el pasillo, tras Costner y Marian. Finalmente, el veterano militar soltó la manilla y ayudó a Lucía, que sonreía desquiciada, sin poder sobreponerse ante lo que estaba viviendo.

—¡Niños, corred! ¡Seguidnos! —gritó Grasielle.

—¡No, no, no! ¿Qué es esto? —se preguntó el comandante Marvin, sin poder apartar la vista de las terribles imágenes que mostraban las pantallas.

En apenas unos segundos, la avalancha de diminutas fieras descomponía la ropa y la carne, las entrañas y vísceras de todo aquel que alcanzaba; y, finalmente, el hueso, con el crepitar horroroso producido por cientos de pequeñas mandíbulas. Aquellos animalillos, cada vez más grandes, no dejaban rastro alguno de sus presas, tan solo unos diminutos y abundantes excrementos en forma de bolitas negras.

—Se ha desatado un plaga... ¿antropófaga? ¿Cómo es posible? —añadió Selene.

—¡Señor! —exclamó el doctor Paopoolus, penetrando aca-lorado y aterrorizado en el puente de mando—. Esos bichos se alimentan de materia orgánica y...

—¡Dígame algo que no sepa! —le replicó, instándole a que observara los monitores—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué son esos asquerosos bichos?

—Las personas desaparecidas... Creo que han sido devoradas... Esos bichos... La doctora Pierre, está muerta... —aseguró el doctor, entre angustiosos tartamudeos, sin dejar de observar los monitores.

—¿Muerta? ¡No! —exclamó el comandante.

—Hemos hallado un resto de su meñique. Esos bichos se lo comen todo. No dejan rastro alguno de nada que contenga una ligera composición orgánica, ni tan siquiera la ropa, los huesos o la sangre —expuso el doctor.

—¿Qué me está diciendo? —preguntó Marvin con cierta agresividad.

—La doctora Pierre estuvo estudiando esos bichos. He visto unos apuntes que los cita como seres troglobioformes. Su metabolismo debería ser lento debido a la falta de alimento y oxígeno en su medio. Pero en un ambiente cargado de proteínas y oxígeno como es el *Senator*, sus cuerpos han reaccionando de una forma increíble. Además hace mención a una capacidad cerebral muy desarrollada...

—¿Qué quiere decir? —insistió Marvin.

—Es como si a una linterna con pilas viejas, que apenas da luz, se las cambiaran por unas nuevas, llenas de energía —aseguró Selene, acercándose a él—. Y que esos bichos son muy listos.

—¡Esto no puede estar pasando de verdad! —exclamó el comandante.

—Debieron escaparse algunos ejemplares y, durante la travesía hasta Zafiro, se han estado reproduciendo en silencio, a millares, a millones, ocultos en los almacenes de víveres. Una vez agotadas las provisiones... —contestó el doctor, callándose de pronto, sin querer dar crédito a su propia respuesta.

—¡Buscan más alimento en los siguiente niveles! Hay que acabar con ellos de inmediato —exclamó Selene, observando a través de los monitores cómo eran devoradas las personas que caían envueltas por la nube mortal.

—¿Cómo? —preguntó el doctor.

—¡Control! ¡Cierre todas las compuertas del Sector Impar y de la proa! ¡Séllenlas de inmediato! Rápido, necesito un informe de daños... ¡Ya! —ordenó el comandante.

—Pero señor, morirán todos los pasajeros del sector —replicó Paola.

—¿Está usted ciega? No ve lo que está ocurriendo... ¡Los están devorando en este mismo momento! ¡Cierren esas malditas compuertas y gaséenlos de inmediato!

De pronto se apagaron todos los monitores laterales y de las mesas de trabajo.

—¡Señor, los circuitos! —exclamó Morgan, el jefe de mecánica de la tripulación, entrando en la sala—. Apenas han dejado unos cables pelados. ¡Esos bichos se han tragado hasta el ácido de las turbinas!

—La nave está sin control, nada responde —aseguró Selene, mostrándose tan fría como perpleja, comprendiendo la terrible realidad.

—El protocolo de seguridad no se activa —indicó Debra.

—Señor, me resisto a pensarlo. Pero creo que el *Senator* está perdido. Es como si esos bichos hubieran devorado todo su sistema nervioso, cualquier fuente de energía, sabiendo que la paralizarían por completo —aseguró Selene.

—¿Con que se alimentan de materia orgánica, eh? ¡Esos asquerosos bichos lo devoran todo! —estalló el comandante—. ¡Que evacuen todo el oxígeno del Sector Impar! ¡Y cierren de una maldita vez esas compuertas!

La tripulación ayudó a los pasajeros que pudieron huir de la mortal plaga que se había desatado en el Sector Impar, dirigiéndolos hacia los muelles de embarque de la nave. Los terribles animalillos avanzaban inundando cada sala sin nada que pudiera frenarlos, devorándolo todo con sus terribles mandíbulas masticadoras. Las compuertas de acero que separaban los sectores del crucero cayeron una tras otra, sellando cada compartimento, ante el horror de los que quedaban sin salida, presos de una muerte atroz que les recorría el cuerpo a pequeños mordiscos, tan acerados y profundos como dolorosos. En las puertas colapsadas por las avalanchas, el acero bajó implacable, sellando la salida, aplastando cuerpos inundados de aquellos terribles seres, entre crudos sonidos de agonía y muerte.

En las salas selladas, extinguida la vida, empezaron a devorar muebles y cables a una velocidad increíble, todo lo que no era metal puro, cualquier cosa compuesta de materia orgánica; y a buscar una salida, nuevas presas.

—Marvin, estamos a la deriva y esos bichos no tardarán en llegar hasta aquí —aseguró Selene, tratando de asimilar sus propias palabras, de escuchar una orden.

—Pero ahora están contenidos, el gas... —dijo el comandante, tratando de superar aquella terrible realidad.

—Los bichos se están introduciendo por los conductos del aire —le cortó Selene, observando una de las pantallas centrales que todavía permanecía en marcha.

—Pero podríamos...

—Señor, no hay gas que los mate, no funcionan los mandos. No podemos controlar los niveles de oxígeno. Las compuertas se han cerrado manualmente, dando al botón de bloqueo en persona, gracias a que en modo emergencia funcionan con gas comprimido —afirmó Paola, llegando hasta ellos entre arcadas, buscando aire.

Todos los paneles de iluminación, aparatos y monitores que aún permanecían en marcha se apagaron finalmente, disparando las autosuficientes luces rojas de emergencia y sacudiendo las dudas de la mente de Selene.

—Debemos abandonar el *Senator* cuanto antes o acabarán con todos nosotros. Esos bichos se mueven muy rápido —apuntó.

—Mi nave, no puede ser... Esos bichos... —murmuró el comandante, tratando de despertar de aquella pesadilla, quedando dubitativo, pensativo, fijo en la luz de emergencia.

—¡Marvin, reacciona! —le gritó Selene, olvidando las formalidades de la cadena de mando.

—¡Dios, Selene! ¿Qué está ocurriendo? ¡No puede ser cierto! ¡Dime que esto no está ocurriendo! —exclamó el comandante.

Con un pequeño grito y un salto, Debra se levantó de su puesto y cayó al suelo golpeándose fuerte con las manos en las piernas. Cientos de aquellos animalillos comenzaron surgir por las ranuras de los paneles de control y por los respiraderos, echándose sobre ella.

—¡Rápido! ¡Los lanzallamas! —ordenó el comandante sin dejar de mirar cómo Debra se retorció en el suelo cubierta por aquella masa blanca, salpicando sangre y gritando sin piernas.

Selene trató de ayudarla. Pero no pudo meter la mano en aquel furioso enjambre sanguinolento en que se había convertido su asistente en apenas unos segundos. Un horrible quejido la hizo girarse. El doctor Paopoolus ladeaba el cuello a la par que su cuerpo se convulsionaba y las piernas le temblaban. De pronto, le cayó la cabeza al suelo. La tripulación dio un paso atrás, horrorizada.

—¡Salgamos de aquí! —exclamó Selene, abalanzándose contra la salida.

Los demás la siguieron de inmediato.

—¡Cierren esa compuerta! —exclamó el comandante al salir.

En su carrera, Paola golpeó el botón de cierre manual y una ancha hoja de acero comenzó a cerrarse rápidamente. Con una mirada atrás, pudo ver cómo Morgan y dos compañeros más sucumbían devorados mientras intentaban huir. Con un sonoro sonido metálico, la compuerta se cerró.

Selene observó la mano de Tabu que, en su desesperación, había conseguido llegar, pero no salir. En el suelo quedó el brazo amputado por completo. Se agachó y vio una de aquellas terribles criaturas morder la carne, como una diminuta fiera, devorando a

una velocidad increíble, ella sola, dejando un pequeño rastro de excrementos.

De un fuerte pisotón, el comandante la aplastó. Al momento, Paola mataba a varios ejemplares más que salieron del interior de aquel brazo amputado. Una fuerte llamarada lo consumió todo por completo. Andreas, un hombre moreno, de experiencia, y oficial responsable de los transbordadores *Sílice CL*, había llegado junto a ellos con varios compañeros de la tripulación que huían con los lanzallamas a cuestas, protegiendo a los pasajeros.

—Señor, tenemos que abandonar el *Senator* de inmediato. ¡Síguenos! No podremos contener a esas fieras ni con cien lanzallamas —expuso Andreas.

—Marvin, debemos dirigirnos a las pistas inferiores del Sector Par. Las naves de evacuación están allí. Son nuestra única salida. El *Senator* no tiene rumbo, está perdido. Es posible que entre en órbita por un tiempo. Pero finalmente se verá atraído por la gravedad del planeta o, si la evita, de ese sol —expuso Selene ante el silencio del comandante, el cual se mostraba totalmente reacio a abandonar su nave.

—¿Y la tripulación, los supervivientes del Sector Impar y el pasaje del Sector Par? —preguntó Marvin.

—En el Sector Impar no queda nada vivo ni muerto. Solo esos bichos y cada vez son más, es desbordante —aseguró Andreas, esperando una respuesta de su comandante.

—Lo más probable es que el *Senator* atraviese la atmósfera de Zafiro y se estrelle contra el desierto, o contra esos lagos... Nada se puede hacer —insistió Selene.

—¡Si esos bichos no nos devoran antes, o nos estrellamos o nos abrasamos! ¡Debemos abandonar la nave! —exclamó Paola.

—Señor, todo el mundo se dirige hacia las naves de evacuación, corren hacia la zona de embarque... ¡Buscan una salvación! —apuntó Andreas.

—No hemos podido contactar con nadie. Ha sido todo muy rápido. Pero desde los transbordadores podremos reestablecer contacto. Señor, debemos apresurarnos —le apremió Selene.

—No, aquí estamos a salvo de esos bichos —dijo el comandante, ignorando las palabras de Selene y sus oficiales.

—¡Marvin! ¿Qué estás diciendo? —le exclamó Selene, a un palmo de su cara, incrédula ante la postura del comandante.

—¡Algo podremos hacer para acabar con ellos! No puede ser que unos bichos acaben con todo un crucero como el *Senator* —le espetó Marvin.

—¡Marvin, por Dios, reacciona! ¡Lo han devorado todo a su paso y nada funciona! ¡Es imposible frenar su avance, son millones y se meten por todos lados! ¿Cómo vamos a detenerlos? —le gritó Selene—. ¡Nos van a devorar!

—Las cámaras están selladas, señor. Pero se desplazan por los conductos de extracción y oxigenación que quedaron abiertos —murmuró Paola.

—Aquí no estamos a salvo, nadie está a salvo, señor —dijo Andreas.

—Si encuentran el centro de distribución de oxígeno, podrán alcanzar a todo ser viviente del crucero en cuestión de minutos —continuó Paola.

—Lo encontrarán, esos bichos son muy inteligentes —aseguró Selene, mostrándose seria, recordando las palabras de la pequeña Sheila y pensando en la cita de la doctora Pierre—. Debemos huir antes de que arrasen con el Sector Par... y con nosotros. ¿Marvin?

—¡Malditos bichos! ¡Debemos apresurarnos! Desde los transbordadores y las *Explorer* pediremos ayuda. ¡Rápido, vamos, vamos! —ordenó Marvin, aceptando finalmente el trágico destino del *Senator*.

Capítulo 7

EL RESCATE DE SHEILA

—¡La niña! —exclamó Selene—. Está en el centro médico, en la enfermería.

—No quedará nada de ella —aseguró Andreas, con cara amarga.

—No, permanece viva. Su compartimento está totalmente aislado. La ventilación es asistida por un generador interior, para evitar la propagación de posibles agentes patógenos llegados del exterior —replicó Selene.

—Estará allí, sola —asintió Paola.

—No podemos abandonarla —expuso Selene.

—¿Vas a ir en su busca? —preguntó el comandante Marvin, temiéndose la respuesta.

—Esos bichos no han podido entrar y no creo que ella les haya abierto la puerta, por más que le gusten sus hormiguitas... Sí, debo ir a por ella —contestó Selene.

—Lo habrá visto todo a través de los ventanales. Pobrecita, estará descompuesta de miedo —expuso Paola.

—¿Pobrecita? ¿Pero te das cuenta de lo que está pasando? —preguntó Andreas.

—Puede ser muy arriesgado. El Sector Impar está infectado de bichos, no funciona nada —dijo Marvin.

—No abriremos esas compuertas —aseguró Andreas, y bajó la cabeza.

Selene volvió la vista hacia el comandante, buscando su aprobación.

—No me mires así —le rogó Marvin—. Si abrimos la compuerta, no llegaremos ni al final del pasillo. Esos bichos se nos echarán encima.

—Daré un rodeo por el pasillo del Sector Central. Es un corredor de emergencia, así que no hay nada que devorar en todo su recorrido. Si esos bichos solo buscan carne, es posible que la zona esté despejada.

—Sí, conduce directamente hasta allí. Se puede acceder a la enfermería por la puerta auxiliar —apuntó Paola.

El comandante tomó un lanzallamas y se lo entregó a Selene.

—Que te acompañe Andreas, él te cubrirá —ordenó.

—¡Yo! —exclamó el oficial, horrorizado, y negó con la cabeza y las dos manos.

—¡He dicho que la acompañe!

—Lo siento, señor. Yo no voy, ¿quiere condenarme? ¿Ha visto lo que hacen esos bichos? ¡Se comen a la gente!

—Oficial, obedezca o le someteré a un consejo de guerra en cuanto salgamos de esta.

—Señor, con todo mi respeto, el *Senator* no es una de sus antiguas naves de guerra. No puede obligarme ni a mí ni a nadie a ir hasta allí; es un suicidio. Debemos salvar nuestras vidas y las del pasaje, correr hacia las pistas del Sector Par a toda prisa. Usted haga lo que le parezca, nosotros marchamos hacia allí —aseguró Andreas, hablando por todos los presentes, como si les representara, desplazando la autoridad de Marvin.

Nadie lo negó. Deseando huir lo antes posible y pensando que no tenían posibilidad alguna de rescatar aquella niña, los miembros de la tripulación apoyaron a Andreas sin argumentar palabra.

—No te preocupes, iré sola. No le necesito para nada —murmuró Selene.

—Yo te acompaño —se ofreció finalmente Paola.

—No, el oficial Andreas tiene razón. Es mejor que tratéis de llegar a los muelles de evacuación, vuestro deber es salvar a todos cuantos podáis —dijo Selene.

Con una mirada asesina hacia Andreas, seguida de un gesto de resignación, el comandante Marvin tomó otro lanzallamas, se lo colgó a la espalda y se acercó a Selene ofreciéndole una linterna.

—Le prometí a tu padre que cuidaría de su hija. No te dejaré sola —le dijo.

Selene dudó por un momento, luego asintió.

—Oficial Andreas, vuele a la zona de evacuación y organice una rápida salida del crucero. Si la gente trata de huir a lo loco y subir a las naves sin un orden, puede producirse una tragedia mayor —ordenó Marvin, recuperando su rango.

—A la orden, señor. No se preocupe, los sacaré a todos —respondió Andreas.

—Paola, pasad por la armería de policía antes de llegar a la zona de evacuación, la tenéis de camino por la cubierta inferior y adelantaréis —continuó Marvin—. Haceros con los lanzallamas y todas las armas que podáis. No sabemos qué podremos encontrarnos allí abajo, aunque podemos hacernos una idea; seguramente esos bichos los trajo la niña desde ese planeta.

—Venga, no tenemos mucho tiempo —apremió Andreas—. Una vez nos reunamos a salvo ahí abajo con los demás y carguemos de víveres las naves, saldremos hacia Pangea.

—Pero las naves de evacuación no tienen tanta autonomía —apuntó Paola.

—Ya lo sé. Pero alcanzaremos la Línea Sigfrido —replicó Andreas.

—Desde allí podremos lanzar una señal de socorro con éxito. Los equipos de transmisión de los transbordadores *Sílice LC* son muy potentes. En Pangea detectarán nuestros mensajes, si alcanzamos los repetidores de la ruta interestelar —confirmó Selene.

—Vendrán a rescatarnos, seguro —asintió Andreas, más tranquilo al verse apoyado por Selene, al sentirse a salvo.

—Andreas, debes ocuparte de sacar a toda esa gente del crucero, es tu deber. Usad cualquier nave disponible... y espéranos con una *Explorer* preparada para partir. Cuando rescatemos a esa niña nos dirigiremos directamente a la zona de evacuación —le ordenó Marvin, con una mirada severa.

—Por supuesto, señor. Les esperaré hasta que esos bichos lleguen a un metro de la última nave —asintió Andreas.

—Si nos dejáis abandonados, te mataré —aseguró Selene.

Marvin y Selene avanzaron en silencio, recorriendo con prisa el Sector Central que delimitaba los sectores Par e Impar de la nave. Las luces empezaron a fallar también en aquel pasillo, hasta quedar completamente a oscuras.

—Debemos aligerar —expuso Selene, dando luz a su linterna.

—Sí, ya no estamos lejos. ¡Mierda, acabo de pisar un bicho de esos! —exclamó el comandante, con cara de asco, y alumbró aquel animalillo aplastado.

Un fuerte zumbido colmó de pronto la oscuridad, acercándose veloz. Posando la rodilla en tierra, Selene y Marvin abrieron los lanzallamas y una bocanada de fuego inundó el pasillo hasta diez metros por delante de ellos, quemando y alumbrándolo todo. Allí no había nada. Miraron a todos lados para, finalmente, desviar su atención al techo. Cruzando sobre sus cabezas, por el interior de cuatro enormes conductos, resonó con fuerza aquel feroz rugido, como si un enorme avispero gigante se arrastrara por ellos.

—Avanzan por los sistemas de ventilación, llegarán hasta el último rincón del crucero —aseguró Selene.

—¿Es posible que esos bichos sepan que la tripulación está huyendo por el Sector Par? —preguntó Marvin, permaneciendo inmóvil, escuchando.

—Parece que se dirigen hacia allí.

—¿Crees que son inteligentes?

—No lo sé. Han permanecido ocultos, cazando sin provocar la alarma, alimentándose y procreando hasta que han sido suficientes para hacerse con nosotros. Lo que más me aterroriza es que atacaron de forma simultánea los sistemas de energía y comunicaciones, cuando nos hallábamos cerca de la órbita de su planeta... Como si supieran que no se quedarían vagando en el espacio.

—Sí, se hicieron con la nave e impidieron cualquier reacción por nuestra parte. Me cuesta creer que lo tuvieran preparado. Pero la doctora Pierre dejó escrito que tenían mucho «cerebro», demasiado; quizás lo descubrió de alguna forma y por eso la eliminaron la primera —reflexionó Marvin en voz baja.

—Es posible. Ahora creo que tratan de impedir que nadie escape —apuntó Selene.

—Quizás dispongan de alguna forma de inteligencia conjunta, jerárquica o sensorial que orqueste sus movimientos —murmuró Marvin, y volvió a pisar de inmediato aquel animalillo aplastado, temiendo que les delatara, asegurándose de que estaba bien muerto.

Pasados unos cien metros el zumbido cesó en la distancia. La enorme plaga se había trasladado al Sector Par, dirigiéndose hacia las zonas inferiores del crucero. Selene y Marvin caminaron por el estrecho pasillo de acero del Sector Central, envueltos en un silencio que solo rompían, levemente, con sus propios pasos; e iluminados intermitentemente por los destellos anaranjados de las luces de emergencia. Con cuidado, trataban de avanzar sin ser detectados. El temor y la precaución guiaban su camino, alumbrando cada metro con sus linternas, sin bajar el cañón del lanzallamas.

—Es aquí —dijo el comandante.

Selene asintió, posó la mano en una gruesa manilla y abrió lentamente la estrecha puerta de socorro. El capitán preparó el lanzallamas. Ambos se miraron, sudando. Se asomaron con cuidado, frente a ellos estaba el centro médico. No se veía rastro de aquellos animalillos, ni de nadie, ni de nada. La sala parecía un solar de piezas caídas, trozos de metal y alambres pelados, como si un violento huracán hubiera golpeado aquel lugar antes lleno de vida y todo se lo hubiera llevado.

Selene anduvo ligera, con la vista en todos lados, hasta la cámara de aislamiento de la enfermería, y se asomó por las cristalerías sin ver a nadie. Entró y, con amarga tristeza, halló la habitación vacía. Su mentón tembló.

El comandante permanecía al lado de la puerta de socorro, evitando que se cerrara y que pudieran quedar aislados. Inquieto, no paraba de mirar a todos lados y, después, a ella, apremiándola con la mirada.

—Estoy aquí —aseguró la pequeña Sheila, surgiendo bajo la camilla.

—¡Ah! ¡Qué susto me has dado! —exclamó Selene.

—Te estaba esperando. Ya me he preparado y recogido mis cosas. Sabía que no me abandonarías —apuntó la niña con una

increíble sonrisa, vestida con su camiseta de tirantes, sus pantalones grises, el gorro y su morral.

—No han podido entrar en la cámara de aislamiento, lo sabía —dijo Selene, observándola con alegría—. ¿Estás bien?

La niña asintió repetidamente.

—¡Vamos, debemos irnos! —le dijo Selene.

—Michael me escondió aquí, para que no me vieran las hormiguitas; está ahí abajo —le susurró al oído.

Selene volvió la vista y vio, bajo la camilla, asomar lentamente el rostro del enfermero, arrastrándose por el suelo envuelto en sábanas y mantas. El cual, al ver a la capitán, salió rápidamente, se asomó a la cristalera y miró hacia todos lados.

—¿Están fuera esos bichos? ¿Habéis acabado con ellos? —preguntó Michael, algo alterado, buscando respuestas.

—Rápido, recoja mi lanzallamas. Yo llevaré a la niña. Tenemos que irnos de inmediato —ordenó Selene, tomando a la pequeña en brazos e ignorando aquellas preguntas.

—¿Dónde están esos bichos? —insistió el enfermero, y agachó la cabeza al no encontrar respuesta, con una negación, comprendiendo—. Siguen ahí, ¿verdad? ¿A dónde vamos?

—Sígame, abandonamos el crucero. Tenemos que alcanzar las naves de evacuación antes que esos bichos —le respondió Selene, a la vez que comenzaba a correr cruzando la sala con la pequeña en brazos hacia la puerta del pasillo, donde esperaba impaciente Marvin.

Los cuatro avanzaron por aquel oscuro pasillo, de vuelta, con el temor de que en cualquier momento las linternas alumbraran ante ellos un enjambre de aquellos seres diminutos y feroces. Llegaron a la planta central. Todo estaba desolado y continuaron. Tras veinte minutos recorriendo la nave frenéticamente, alcanzaron su objetivo. Cruzaron a su derecha y alcanzaron el Sector Par, para descender rápidamente en busca de las pistas de evacuación. Pero al llegar, una algarabía tremenda de horribles gritos les frenó de inmediato, haciéndoles temblar el pulso y la voz. El comandante, la capitán y el enfermero se miraron angustiados, por unos momentos, mientras la niña, con los brazos rodeando el cuello de Selene, observaba al frente estirando el cuello, tratando de ver.

Una terrible realidad les esperaba. Las naves que se encontraban todavía allí estaban prácticamente cubiertas de pequeños animalillos, junto a los restos menguantes de la tripulación y el pasaje que habían logrado llegar hasta la zona. Aquella marabunta gigante lo devoraba todo, cubriendo personas y naves, y se extendía sin parar entre empujones y gritos agónicos. El caos reinaba en una huida desesperada, desorganizada. Dos naves iniciaron el despegue conforme una tercera y una cuarta las embestían en el mismo muelle. Otra se elevó con la puerta principal abierta, con decenas de personas cayendo, hasta que se estrelló contra el techo del crucero. Cientos de personas, hombres, mujeres y niños corrían de un lado a otro sin salida, saltaban por las escotillas y balcones de la nave o trataban, en vano, de salvarse subiendo sobre montículos, tratando de trepar por las altas vigas, agotando los lanzallamas entre gritos de horror.

Selene tapó los ojos a la muchacha para que no viera aquella carnicería, aquel caos que impedía cualquier opción de huida.

—Llegamos tarde —aseguró el comandante.

—Sí, parece que todos los bichos están ya aquí —confirmó Selene, apretando los labios contrariada, mientras cerraba los ojos, consciente de que no podrían huir.

—Dios mío, es horrible. ¿Qué vamos a hacer? —se preguntó Michael.

—Creo que tenías razón, esos bichos saben muy bien lo que se hacen —expuso Marvin.

—De algún modo detectaron que la tripulación pretendía huir por este muelle y les persiguieron de inmediato —asintió Selene.

—Son... muy... listas —tartamudeó la niña.

Con el entrecejo alzado, el comandante observó a la niña.

—¡Maldita sea! ¡Tú lo sabías! —la reprimió.

La niña se arremolinó entre las piernas de Selene y, mostrando una cara de pucheros lastimeros, comenzó a llorar.

—¡Comandante! ¡Marvin! ¡Solo es una niña! —exclamó Selene, abrazándola.

—¡Dios! ¿En qué momento decidí rescatar esa cápsula? Todo es culpa mía —se reprochó Marvin.

—No le reproches nada a ella, ni a ti mismo. Hiciste lo que debías —le animó Selene—. Pero esos bichos no tenían que haber salido nunca de aislamiento, tenían que estar bien custodiados. ¿Quién los extrajo de allí? ¡Bah, qué más dará ya!

—La doctora Pierre los sacó en un terrario. Quería hacerles fotos, aprender cosas —aseguró la niña y bajó la cabeza, triste.

—En su laboratorio, la doctora Pierre sufrió un pequeño traspié y se le cayó el terrario. Se rompió y varios de esos bichos lograron escapar. No pudimos recuperarlos todos —aseguró Michael, recordando, pensando con amargura que quizás la culpa de aquella tragedia era de él—. ¿Quién iba a pensar...?

—Ninguna nave más conseguirá abandonar el crucero... Si lo ha logrado alguna —aseguró Selene, notando el pesar de las palabras del enfermero. Y se preguntó en silencio qué hacía un pediatra que trabajaba como enfermero de urgencias en un laboratorio restringido de biónica avanzada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Michael, de pronto, dejando atrás sus pensamientos.

—De momento retrocedamos, no sea que nos detecten de alguna forma —indicó Selene.

—Es posible que alguna nave lo lograra, eso espero. Creo que algunos transbordadores no estaban. Pero, ¡a saber! Y ya no hay escape por este muelle —aseguró Marvin.

—Vámonos de aquí —insistió Selene.

Con paso decidido comenzaron el regreso, dejando atrás aquella terrible pesadilla que estaba devorando a los suyos, sin nada que poder hacer.

Durante media hora, los cuatro continuaron en silencio con la huida, recorriendo salas desoladas y estrechas galerías con los lanzallamas en alto, sin hallar a nadie, dirigiéndose al puente de mando, al otro extremo del crucero. Alumbrando con sus linternas el estrecho pasillo del Sector Central, temerosos de cada sonido, subieron hasta la cubierta principal, para tratar de alejarse lo máximo posible de aquella plaga.

De pronto, Marvin paró.

—Debemos bajar y alcanzar la zona de mecánica, o la de víveres. No estamos lejos —aseguró con un destello en sus ojos.

—Sí, es posible que aún quede alguna nave para nosotros en la zona de carga o en los talleres —dijo Selene, con una extraña sonrisa, poco confiada.

—Según el doctor Paopoolus, la zona de víveres fue asaltada por esas diminutas fieras, en sus almacenes se estuvieron reproduciendo. Debieron devorar todos los alimentos y a los desgraciados que encontraran allí. Si esos bichos son tan inteligentes como nos tememos, es muy posible que las naves de carga estén inutilizadas —expuso Marvin.

—Sí, pero es probable que no hayan pensado en el pequeño módulo de reparaciones exteriores. Está en los talleres de mecanizados. Si a esos bichos les atrae lo orgánico, no se habrán acercado por allí. Seguro que esos bichos la han ignorado —aseguró Selene.

—Es una zona desierta y no hay nada comestible, solo metal. Es nuestra única salvación. Además, el módulo está adosado en el exterior, espero. No pueden haber llegado hasta él sin abrir la compuerta de la pasarela —apuntó el comandante.

—Tranquila, princesita, saldremos de aquí, ya lo verás —dijo Michael, consolando a la niña bajo la atenta y desconfiada mirada de Selene.

—Vayamos al muelle 5 —indicó la capitán, apretando a la niña contra su pecho y echando a correr.

Capítulo 8

LA ZOZOBRA DEL SENATOR

—Puesto de mando del crucero *Senator*, aquí *Explorer 1*, respondan por favor —transmitió el suboficial de telecomunicaciones desde la nave aterrizada en Zafiro.

—¿Nada? —preguntó el oficial Danpier, extrañado—. Insiste, tienen que estar ahí arriba.

—Capitán, no contestan. Por algún motivo no les debe llegar nuestra señal.

—Sigue intentándolo. Tienen que ver esto. Necesitamos la autorización del comandante —aseguró Danpier, elevando un trozo de oro más grande que su puño.

Danpier se acicaló las mechas azules, se vistió con el traje de aislamiento, se ajustó unas gafas inteligentes y se colocó la escafandra. Salió de la *Explorer 1* y se apostó al lado de su tripulación, que permanecía casi por completo en el exterior de la nave. Con cierto agrado, observó las pesadas cajas de oro que transportaban sus hombres hasta allí con la intención de cargarlas en el *Senator*.

—¿Todavía nada? Deberíamos subirlas y regresar. Es posible que al salir de esta atmósfera recuperemos la transmisión —comentó el cabo Rex al verle salir de la nave.

—No, el comandante es muy suyo. Dejadlas ahí, al pie de la *Explorer*, junto a los anclajes. Haremos las cosas bien. Oficialmente no debemos cargar nada procedente de un planeta extraño sin la previa autorización. No daremos motivos a nadie para que puedan confiscarnos el oro —expuso Danpier.

—Sí, legítimamente es de quien lo encuentra. Pero antes hay que dar cuentas, esos ladrones nos quitarán una buena tajada en impuestos —interrumpió el piloto de la *Explorer 1*, sin poder parar de guardar oro en sus bolsillos.

—¡Somos ricos! —exclamó de pronto el cabo Rex, y se puso a bailar rodeando las cajas.

Los compañeros de tripulación sonrieron, viéndole tan acelerado, saltando, con el traje de aislamiento y la escafandra, alrededor del preciado tesoro que habían hallado.

—Capitán, no contesta nadie. Lo intentaremos en diez minutos, quizás el desplazamiento de la nebulosa por la atmósfera tenga algo que ver. Bajamos a ver ese oro —indicó el suboficial de telecomunicaciones, vestido con el traje de aislamiento, asomado a la escotilla principal. Y descendió con los últimos hombres que permanecían en el interior de la nave.

Finalmente, los siete hombres de la tripulación de la *Explorer 1* se reunieron alrededor de aquellas cajas colmadas de oro. Embelesados ante tanta riqueza, empezaron a bromear y reír. Entre las pertenencias y bolsillos de aquellos hombres, docenas de pepitas permanecían ocultas como preciado botín; una carga extraoficial.

—Bueno, mientras contestan, podríamos preparar unos embalajes más... ¿No? —apuntó el piloto, con una sonrisa irónica, preso de aquella especie de fiebre del oro.

—¿Qué es eso? —preguntó Danpier, de pronto.

Entre dos gruesos bloques de piedra cercanos, apenas visible por el polvo rojizo, asomaba la manga de una guerrera de cuero envuelta sobre sí misma. Danpier se agachó, la tomó y revisó detenidamente aquel emblema de la calavera crestada sobre una bandera con trece barras que llevaba cosido. Al abrirla, una piedra de oro en forma de ocho, enorme, brilló con fuerza ante sus ojos. Observó aquella maravilla y tragó saliva ante sus hermosos destellos, su divina pureza. Acto seguido, como movido por un resorte, fijó la mirada con desconfianza al frente y posó la mano sobre el arma de su cinto.

—Esas insignias... son de los centuriones de Orión. ¡Rebeldes! —apuntó el sargento de la *Explorer 1*, un veterano de las Guerras de La Unión.

—¿Rebeldes? —preguntó Danpier, un tanto preocupado, y le ofreció la guerrera, buscando una confirmación.

—No puede ser, estarían muy cerca de la Línea Sigfrido. Demasiado para pasar desapercibidos —aseguró el suboficial de telecomunicaciones.

—Aquí también estamos cerca de la entrada al cinturón de Quelonia, estamos en tierra de nadie. Deberíamos volver de inmediato al *Senator* —aseguró el sargento, dándole valor al hallazgo.

—Déjame ver esa piedra, creo que tengo aquí un hueco para ella —aseguró el piloto, abriendo la cremallera del bolsillo derecho del pantalón de su traje y restando cualquier importancia a las palabras del sargento—. Esos rebeldes estarán muy lejos, no hay que temer.

—Las últimas noticias no son muy alentadoras. Dicen que se están rearmando y que avanzan de nuevo —apuntó el sargento, preocupado, y tomó la guerrera entre sus manos.

—Son los rumores de siempre. La Unión tiene desplegado su ejército en el cinturón de Quelonia, no hay de qué preocuparse —expuso el piloto de la tripulación, embelesado con el oro.

—Deberíamos irnos de aquí —insistió el sargento, un tanto inquieto.

—No temas, el rebelde al que perteneció esa guerrera debió llegar hace tiempo. Quizás huyendo de las Guerras de La Unión. A saber por dónde estará ahora —apuntó el cabo Rex.

—Sí, seguramente es de un desertor que no pudo cargar con todo lo que halló —dijo el piloto y sonrió, insistiendo en colocar el oro en el bolsillo lateral del pantalón a pesar de que, claramente, no le cabía.

—Esta guerrera no es vieja. Debemos informar de inmediato y activar el arsenal de la *Explorer 1* —aseguró Danpier, desconfiado.

En ese mismo momento, el sargento soltó la prenda militar y abrió los ojos desorbitadamente, conforme la tripulación levantaba lentamente las manos. El cañón de una pistola láser se acercó a la parte trasera de la escafandra de Danpier para dar dos leves golpes, y este cerró los ojos, consciente de que habían sido sorprendidos.

—Quítate esta mierda de encima —escuchó a su espalda.

Danpier se levantó lentamente la escafandra, aspiró aquel aire enrarecido, y la soltó al suelo. Volvió la cabeza y vio a cuatro soldados rebeldes armados, que vestían con botas altas y piezas variopintas de antiguos uniformes de cuero. Vio cómo uno de ellos, un hombre barbilampiño, de marcadas facciones, pelo corto moreno, ancho pecho y fuertes brazos; y con insignias de capitán en las hombreras, una bandera barrada en el pecho y el emblema de la calavera crestada cosida en la manga de la guerrera, se le acercaba sonriendo. Y tragó saliva, sin apartarle la mirada.

—Vaya, tenemos visita. Pues creo que se les ha terminado la aventura —aseguró el capitán Van der Haÿssen, mientras le desarmaba.

El piloto y un tripulante más de la *Explorer 1*, que se encontraban cerca de la nave, de pronto, se volvieron y corrieron, y comenzaron a subir por la pasarela tratando de huir.

—¡Eh! ¡Alto! —gritó Eva, la mercenaria rebelde.

El piloto se volvió en su carrera y usó un aturdidor *Beta*, acertando de lleno contra el sargento rebelde, el cual cayó fulminado. El otro tripulante utilizó su arma reglamentaria, disparando aleatoriamente hacia atrás en su huida, acabando sin percatarse de ello con la vida de uno de sus propios compañeros. A su vez, aprovechando que se hallaban junto a las motos, el suboficial de telecomunicaciones y el cabo Rex saltaron sobre ellas y huyeron veloces hacia la senda que le introducía al bosque de espirales.

Varios destellos azules atravesaron los cuerpos del piloto y del otro tripulante, salpicando de espeso rojo sus trajes blancos y el suelo en el que cayeron rodando, entre agónicas convulsiones y palabras mudas. Sanpedro, el más grande de los soldados rebeldes, una enorme masa de músculo negro, disparó repetidamente su fusil de nuevo e hirió mortalmente a los dos motoristas momentos antes de que se perdieran en el espeso bosque.

—Sanpedro... ¿Esos motoristas...? —preguntó el capitán Van der Haÿssen, visiblemente contrariado, con un chasquido de lengua.

—No se preocupe capitán, están fundidos. No llegarán muy lejos —le contestó.

Sin decir nada más, el capitán rebelde continuó sacando del traje de aislamiento de Danpier el oro que llevaba encima, de cada

bolsillo, piedra a piedra, sin prisa, conforme las dejaba caer en tierra. Seguidamente le dio un pequeño empujón, apartándolo de su camino, y anduvo por unos metros, observándolo todo. Pasó la mano por la rasa barba de su mentón y miró vagamente los cadáveres. Dio dos pasos y se dirigió hacia los tres miembros de la tripulación apresados. Después se fijó en aquel joven oficial de mechas azules y apretó los labios.

—No intenten más tonterías. No quisiera tener que acabar con todos ustedes aquí mismo —comentó.

El oficial y el resto de la tripulación de la *Explorer 1* se sorprendieron de los aturdidores *Beta* y sus armas reglamentarias, se liberaron de la escafandra y de todo el oro que llevaban encima, dejándolo caer todo al suelo, bajo la atenta vigilancia de los rebeldes.

—¿Está bien el sargento? —preguntó el capitán Van der Haüssen, interesándose por Wuterich, su hombre abatido, víctima de la descarga del potente aturridor.

—Sí, se recuperará. Solo es un aturridor *Beta* —le contestó Eva, posándose a su lado con el arma, apuntando a los prisioneros.

—No debiste permitir que lo usara. Podría haber acabado con el sargento si hubiera sido su arma —le recriminó Van der Haussen.

Eva ladeó la cara, observando la enorme sonrisa de Sanpedro, y arrugó los labios.

—Lo siento capitán, no volverá a pasar; pensé que les queríamos vivos —se justificó.

—No es nada, no discutáis por mí; solo fue una pequeña descarga... ¡Ah! Se necesita algo más para acabar con este viejo coyote —tartamudeó el sargento Wuterich, tratando de levantarse, todavía algo conmocionado.

El capitán alzó el entrecejo y asintió aliviado. Acto seguido, guardó su arma y se volvió para fijar sus ojos castaños en la *Explorer 1*. De pronto, la puerta se cerró automáticamente y los sensores de autodefensa se activaron, quedando la nave totalmente aislada y protegida.

Sanpedro giró la cabeza ante Danpier, buscando una respuesta, y le puso el cañón del fusil en el vientre, apretando.

—Si no se cierran debidamente todas las compuertas y escotillas, pasados los quince minutos de abandonar el último hombre la nave, una *Explorer* activa sus sistemas de autodefensa —se justificó Danpier.

El soldado rebelde le miró incrédulo y volvió la vista hacia su propio piloto, el sargento Wuterich, que se recuperaba de la descarga. Y le vio asentir.

—Tiene razón. Es un caza de La Unión, un *Spitfire* UK 3000 último modelo. Parece reconvertido en una puta nave civil... —apuntó el sargento rebelde.

—¡Vaya sacrilegio! —interrumpió Van der Haüsssen.

—Vaya. Así que esta nave de exploración es en verdad un famoso *Spitfire*. ¡Un lobo con piel de cordero! —exclamó Sanpedro, y sonrió.

—Abre —ordenó Van der Haüsssen, dirigiéndose a Danpier.

—Solo el piloto conocía la clave para desactivarla.

—¿El capitán no conoce la clave? —preguntó el sargento Wuterich, totalmente reincorporado, observando las insignias de Danpier.

—¿Cómo es posible? —insistió Van der Haüsssen, alzando su arma contra Danpier.

—La clave solo la conoce el piloto y la oficial al mando de la escuadrilla *Explorer*, capitán del crucero *Senator*. Nadie más. Y si yo la supiera, no se la daría —respondió Danpier—. Libere a mis hombres, no son militares. ¿O piensa asesinarles también? Son buenas personas, no merecen este trato.

El capitán rebelde le observó, mostrándose atónito ante aquellas palabras. Aquel joven se sabía preso; aun así se mostraba valiente.

—Nosotros no hemos asesinado a nadie, fueron ustedes los que abrieron fuego primero y se resistieron —le contestó Van der Haüsssen. Anduvo dos pasos pensativos hacia él y le apuntó en la sien.

—Nunca nos había ocurrido algo parecido. Podríamos solicitar la clave a través de nuestros transmisores personales, pero hemos perdido la comunicación. No sabemos qué ocurre. Por favor, no nos haga daño. Solo somos la tripulación de un crucero comercial

—respondió el sargento de la *Explorer 1*, tratando de calmar aquella tensa situación.

El capitán Van der Haüssen bajó su arma.

—Sanpedro, los grilletes... Los indígenas no tardarán en aparecer, nos vamos —ordenó conforme se alejaba hacia el *Águila Negra*—. Eva, recoge sus armas.

* * *

En el interior del *Senator*, el comandante Marvin y Selene cruzaban con la pequeña Sheila y Michael un estrecho corredor que les trasladaba a los talleres de mecanizados. Bajaron temerosos por una larga escalera y llegaron a un muelle provisto de numerosas máquinas y herramientas de reparaciones. Todo parecía en su sitio. No había rastro alguno que indicara que por allí había pasado aquella plaga. La puerta principal estaba abierta, entornada ligeramente. Selene dejó a la niña en el suelo, al cuidado del enfermero, y se acercó despacio, tratando de comprobar que todo estaba despejado.

—Alguien ha abierto la puerta —le susurró Marvin—. ¿Crees que han sido esos bichos?

—No, no creo que puedan, por muy inteligentes que sean. Serían los mecánicos al huir hacia la zona de evacuación —respondió Selene.

Un gran crujido les paralizó. La inmensa *Senator* comenzó a desplazarse hacia el pequeño planeta. En su deriva osciló sobre ella misma, lentamente, sacudiéndolo todo en su interior, hasta quedar casi en vertical. Selene cayó sin soltar a la niña, golpeándose en los codos y la cara. Michel se agarró firmemente a una baranda y, con la otra mano, sujetó el brazo de la capitán, evitando que rodara. Marvin permaneció de pie, guardando el equilibrio apoyándose en una esquina. Varios muebles y objetos cruzaron ante ellos, de un lado a otro, desplazados por la inercia, y algunos les golpearon en su recorrido, sin poder hacer nada por evitarlo, hasta que la nave se estabilizó de nuevo horizontalmente.

—¿Estáis bien? —preguntó Marvin.

—Sí, parece que sí —respondió Michael, sin quitar la vista ni soltar a Selene.

Ella alzó la cara, magullada y con un pequeño corte sangrante en los labios, y vio a través de la escotilla horizontal la boca del muelle de evacuación. Varias naves y un nutrido grupo de personas quedaban inertes en el espacio, junto a una enorme mancha blanca formada por aquellos animalillos que, aún en el exterior, devoraban a las personas que alcanzaban hasta quedar suspendidas inmóviles en el espacio, muertas sin oxígeno.

—¿Qué son esos bichos? —preguntó Selene a la niña, y se levantó posando la mano en su labio.

—Son hormiguitas blancas —dijo ella, bajando la cabeza.

El comandante la miró, perdonándole la vida, y en verdad deseó no haberla rescatado nunca. Acto seguido se arrepintió de sus propios pensamientos con un chasquido de lengua y una maldición entre dientes.

—Tranquila, princesita —le susurró Michael a la pequeña.

—Vamos, debemos alcanzar el módulo de reparaciones. Estamos cerca —ordenó Marvin.

—El *Senator* está siendo arrastrado por la gravedad, nos acercamos a su atmósfera. No creo que se quede en la órbita.

—Cuando se estrelle, debemos estar a salvo en ese planeta. Tenemos que darnos prisa —aseguró Marvin.

—Si vamos a Zafiro, quizás deberíamos impedir que esos bichos lleguen también —expuso Selene.

—¿Hay muchas «hormiguitas» ahí abajo? —preguntó el comandante, agachándose frente a la niña, tratando de ser amable.

—Sí, pero no tantas ni tan gordotas —dijo ella, entrecortada.

—Bien, regresaré al puente de mando y destruiré el crucero; impediremos que lleguen a Zafiro... o que el *Senator* se convierta en un buque fantasma que contagie a otras naves que puedan llegar si se queda en la órbita.

—No hay mucha energía... Si hay. ¿Podrás hacerlo? —preguntó Selene.

—Sí, no te preocupes por eso. Activaré la autodestrucción del núcleo de seguridad y este armatoste se convertirá en un estrellá más por unos segundos.

—¿Hay gente ahí abajo, en ese planeta? —preguntó Selene, volcando su atención ante la pequeña.

—Mis papás —aseguró la niña.

—Espero que si no hay muchos bichos de estos, allí abajo, no sea por que no tengan demasiada comida —carrasqueó el comandante.

La niña sonrió levemente.

—Esto nos retrasará un poco. Podríais seguir con precaución hasta el módulo y esperarme, no estamos ya muy lejos. Esos bichos están en la popa, al otro extremo de la nave, no creo que os descubran —continuó Marvin.

—Son muy listos —dijo la pequeña, asintiendo repetidamente con los ojos muy abiertos.

—Pues no hagáis ningún ruido —apuntó Marvin, frunciendo el entrecejo.

—El puente de mando está sobre nosotros, a dos pisos —expuso Michael—. Podríamos quedarnos aquí en silencio mientras...

—Ni hablar, vamos todos juntos —le cortó Selene, tajante.

Tras quince minutos de tenso recorrido, con extremada precaución, entraron en el puente de mando. El lugar estaba desolado, a oscuras, bajo los tenues destellos de las luces de emergencia. No había rastro de la tripulación que había caído devorada ante sus ojos, ni de los bichos. El comandante sacó unas tarjetas de su bolsillo, se dirigió hasta su sillón y las introdujo en la rendija del ordenador central, por dos veces. No funcionó.

—¿No llega bastante energía? —preguntó Michael, nervioso.

—No hay energía —apuntó Selene.

—Habrá —aseguró el comandante y sacó de una cadena de su cuello una llave pequeña. La arrancó de un tirón y la introdujo en una cerradura oculta bajo una falsa cubierta.

Selene le miró sorprendida.

—Solo el comandante sabe cómo hacer volar su propio crucero interestelar. Tras la última infección que se trasladó a Pangea se pensó en todo. Una vez gire la llave, tendremos treinta minutos para alejarnos lo máximo posible. Se activa manualmente; el dispositivo de autodestrucción tiene su propia batería de emergencia.

Basta una ligera chispa, doce vatios. Es primitivo y simple, pero sumamente eficaz. Así que prepararos para correr.

—¿Quién hay ahí? —preguntó de pronto Michael, al escuchar un ruido tras ellos, y armó el lanzallamas.

—Soy Costner, un pasajero... y mi mujer Marian. Por favor, ayuda.

—Estoy embarazada, no puedo más —sollozó Marian, mostrándose entre llantos junto a Jeremías, Grasielle, Lucía y los tres niños.

—Encontramos las salidas taponadas y huimos por un pasillo de acceso restringido que nos ha traído hasta aquí —dijo Jeremías, apoyándose en una vara de acero que hacía las veces de bastón.

—¡Pues habéis tenido suerte! ¡A los demás se los han comido a todos! —exclamó Michael.

Consternada y dando un paso atrás, Lucía rompió a llorar de nuevo por la pérdida de su amado novio.

—¡No! ¡Qué barbaridad! —exclamó Grasielle, rodeándose de los niños.

—Pero alguien habrá podido escapar, ¿verdad? —preguntó Jeremías—. Mandarán a por nosotros.

—Puede que alguna nave consiguiera despegar —dijo Michael, comprendiendo la situación y tratando de consolar a aquellas personas.

—Es posible —contestó Selene, fijándose en Jeremías.

—Selene, llévatelos —ordenó Marvin, contrariado, ya que ahora necesitarían más tiempo; pero alegre por haber descubierto algún superviviente—. Estamos a unos veinte minutos del módulo de reparaciones, quizás algo más con los pasajeros. Esperaré quince minutos para activar el núcleo. Después no hay vuelta atrás, la nave se autodestruirá con una gran explosión.

Ella le miró de soslayo. No le gustó lo que oía.

—¿Y si no está esa nave? —preguntó Michael.

—Moriremos todos —contestó Marvin, tajante.

—No se preocupe, estará. Siempre está preparada para poder asistir cualquier reparación de emergencia —le tranquilizó Selene, sin apartar la mirada de su comandante.

—En marcha, largaos de una vez. Si esos bichos son tan listos como pensamos, creo que en cuanto active las cargas no tardarán en darse cuenta de que algo les va a ir muy mal —expuso Marvin—. ¡Venga, largaos!

Selene no dijo nada, le bastaba su mirada. Si el comandante tenía razón, como ella también se temía, sabía que no dispondría de mucho tiempo antes de que esos animalillos se les echaran encima. Marvin tenía muy pocas probabilidades de salir con vida si le dejaba allí, solo. Cualquier imprevisto podría retrasarle unos minutos y sería mortal. Pero no podían hacer otra cosa si tenían que llevar consigo a una embarazada, un cojo y cuatro niños; aquellas personas retrasarían en demasía la huida. Alguien debía quedarse para accionar la autodestrucción cuando los pasajeros hubieran avanzado lo suficiente.

—Me quedo contigo, Michael les llevará hasta allí —dijo Selene.

—No, si algo sale mal, alguien debe pilotar ese módulo de reparaciones. Selene, te necesitan. Y no me mires así. Os alcanzaré, seguro. Yo no estoy cojo. Llévatelos antes de que esos bichos los huelan y no dejen nada de ellos —ordenó el comandante, y se volvió para mirar al infinito a través de la escotilla principal del puente de mando.

—Dame un beso —le dijo ella, acercándose hasta él.

Por unos momentos, ambos quedaron abrazados; y se despidieron con dos besos en las mejillas y otro fuerte abrazo.

—Capitán, márchese de una vez, salve a esa gente —le ordenó él, emocionado. Ella nunca le había abrazado así, mostrándole su aprecio.

—Son treinta minutos, mi comandante. Esperaré hasta el último segundo de ellos —aseguró Selene.

—Bien, lo tendré en cuenta. Ahora, lléveselos. Daos toda la prisa que podáis. Si llegan hasta mí, activaré el núcleo de inmediato. Esos bichos no se saldrán con la suya.

Durante los quince minutos siguientes, Selene y los supervivientes corrieron como pudieron por los pasillos vacíos, casi a oscuras, bajo los tenues reflejos de las luces de emergencia, en dirección a

los talleres de mecanizados. Michael ayudaba a Jeremías con su cojera, Selene y Grasielle tiraban de Lucía, de los niños y sus llantos, y Costner se ocupaba de ayudar a su esposa, la cual no paraba de resoplar y sudar con la mano en el vientre.

El comandante Marvin observó su reloj, sus dígitos le mostraban cuatro ceros. Les había dado un margen de 15 minutos. El tiempo había acabado. Agachó la cabeza, la levantó de nuevo y miró el infinito estrellado. Con una sonora maldición se volvió e introdujo la llave y dio un fuerte giro, brusco, con rabia. Una chispa en el corazón de la nave activó un circuito interno protegido, una bomba de neutrones capaz de demoler en una décima de segundo aquella inmensa nave. Y corrió.

La marabunta de animalillos paró de pronto en su incesante y horroroso camino. Alzaron sus cabezas, con las mandíbulas al aire, y se volvieron. Como conscientes de que se había activado un potente peligro, corrieron por todo el crucero hacia el puente de mando.

Selene llegó la primera a los talleres de mecanizados. Allí estaba, adosado a la pared exterior del crucero, el módulo estelar de reparaciones. Resopló con alivio y luego, con su mirada, escudriñó todo el lugar, buscando alguna amenaza que no vio. Se giró y apremió a los demás. Con algún tropicón, atravesaron la amplia sala lo más rápido que pudieron, sorteando la maquinaria, y llegaron hasta la pasarela exterior que les conducía al módulo. Se introdujeron y se acomodaron entre prisas, gemidos y voces.

La capitán se sentó en la pequeña cabina, se colocó unas gafas inteligentes y aplicó rápidamente el protocolo de despegue. Con un silbido, el módulo se activó. Todo estaba en su sitio, la pequeña nave estaba preparada para partir.

—Gracias a Dios —murmuró con una sonrisa nerviosa. Y se lamió la herida del labio con la punta de la lengua. Seguidamente, se levantó y se colocó en el marco de la puerta, que permanecía abierta, esperando impaciente sobre la pequeña pasarela que unía el módulo con el crucero. De fondo se oía un murmullo inquietante, cada vez más cercano, más fuerte, frenético. Y miró el reloj de sus gafas.

—El comandante debe haber accionado el detonador —aseguró Michael, tras ella.

—No puede tardar —dijo Selene, mostrándose fría como un témpano a pie de la entrada del módulo.

—¡Ah! ¡Ya vienen! —exclamó Costner al ver una multitud de aquellos animalillos asomar por las paredes y el techo del taller de mecanizados.

—¡Dios mío! ¡Marvin! —gritó Selene al ver que no llegaba.

—No hay tiempo —dijo Michael.

—Suba y accione el escape, debemos huir —le apremió Costner.

Selene retiró la pasarela con un nudo enorme en el estómago y penetró en el módulo. Al ir a cerrar la escotilla, vio cómo una llamarada invadía la parte alta de la sala. Y se asomó de nuevo, con una enorme sonrisa.

—¡Marvin! ¡Vamos, vamos! —gritó una y otra vez.

El comandante apareció corriendo con un potente lanzallamas, abriéndose paso a través de aquella marabunta. Volviéndose continuamente, abrasando su entorno, llegó hasta la pasarela y puso un pie en el peldaño del módulo y una mano en la boca de la entrada. Con una fuerte llamarada hacia atrás mantuvo a los animalillos y sonrió a Selene.

—Tenías razón, esos bichos son muy inteligentes. Enseguida detectaron la descarga eléctrica y mis movimientos. Fueron al puente de mando a buscarme. Serán muy listos, pero no podrán parar la explosión, están jodidos. ¡Les hemos vencido! —exclamó Marvin.

—¡Arriba, mi comandante! —exclamó ella, sujetando su brazo para ayudarlo.

De pronto, ante el rostro desencajado de Selene, la parte derecha de la cara de Marvin se contrajo y perdió la sonrisa. Su espalda se cubrió de blanco y rojo entre violentas convulsiones. Abrió la boca, sus dientes cayeron al suelo y su cuerpo se dobló hacia atrás como una espiga seca.

Con una fuerte patada, Michael desplazó el cuerpo sin vida del comandante, cubierto de pequeñas fierecillas blancas, hacia atrás, haciéndole caer sobre aquel enjambre furioso. Selene se

quedó con la boca entreabierta, derrotada, sujetando el brazo desmembrado de Marvin, conforme algunos de aquellos animalillos trataban de saltar al interior de la nave.

—¡Capitán! —le gritó Michael.

En un acto reflejo, Selene soltó el brazo y cerró la puerta de golpe. Después corrió al control, se sentó, liberó los anclajes y dio máxima potencia a los reactores, mientras su rostro se llenaba de lágrimas. Accionó el escape y gritó sin parar, muy fuerte, desgarrada. Un fuerte fogonazo lanzó el módulo al espacio en apenas unas décimas de segundo, dejando atrás a las diminutas fieras.

Transcurridos unos minutos, los supervivientes corrieron a mirar en la distancia la zozobra del *Senator*, mientras Selene lloraba en silencio.

Michael observó a la capitán, se acercó y le puso la mano en su hombro. Con un pañuelo le limpió las lágrimas de la cara y la sangre de los labios y del mentón.

—Era un buen hombre. Lo siento —acertó a decir—. Ha sido horrible. Tanta gente, el *Senator*...

Selene levantó la vista y hundió su mirada en los ojos de aquel enfermero que trataba de consolarla.

—Sí, era un gran hombre —murmuró con un gesto de agradecimiento. Luego agachó su rostro.

Al momento, Selene comprobó los niveles y la trayectoria del módulo, y se levantó. Se asomó a la escotilla posterior. El *Senator* pareció tan distante como otro mundo. Apoyó la frente en el cristal y observó el crucero, tan grande y ahora tan diminuto como un dedal.

Una fuerte explosión lo fundió en la nada, como si nunca hubiera existido; envolviéndolo en una llamarada instantánea que consumió el oxígeno de su interior. Seguidamente, la onda expansiva, el calor generado y una fina tormenta de metal retorcido y restos carbonizados alcanzó el módulo estelar de reparaciones.

Selene se hizo con los mandos y equilibró la pequeña nave de su vaivén, sacándola con una decidida maniobra de aquella tormenta, ante el traqueteo, el temor y los gritos de sus tripulantes. Y se dirigió hacia la atmósfera rosácea de Zafiro. Volvió la vista y

vio los grandes ojos verdes de Sheila clavados en ella y aquella sonrisa tan especial que la hacía tan linda. La pequeña se sentía a salvo; los demás miraban esperando unas palabras que parecía que no llegaban, mientras los ojos de todos se empañaban.

—Estamos a salvo, hemos acabado con esos bichos. Nos dirigimos a Zafiro, manténganse en sus asientos —dijo finalmente y sonrió, con una delicada mueca de amargura.

Entre pequeños gemidos de ansiedad y llantos risueños, todos celebraron hallarse vivos.

UN PLANETA DESCONOCIDO

A bordo del módulo estelar de reparaciones, Selene marcó la ruta a seguir en el ordenador de navegación, y trató de ajustarla lo máximo posible a los parámetros ejecutados por la *Explorer 1*. Luego, se volvió para comprobar el estado del resto de supervivientes. Parecían dormitar tras el estrés y la ansiedad provocada por la huida. Habían estado tan cerca de la muerte, que apenas podía creer que seguían con vida. Entonces se percató de las lágrimas de Jeremías y ambos cruzaron sus ojos.

El veterano militar estaba sentado junto al cuerpo inerte de su esposa Grasielle, acariciándole el rostro delicadamente, deslizando la mano en aquella melena blanca que se rizaba entre sus dedos.

—Su corazón no ha podido resistirlo —murmuró Jeremías, sin dejar de abrazarla.

Un silencio conmovedor se hizo en el módulo por un momento, mientras los tripulantes parecían despedir a Grasielle con triste mirada.

Selene bajó los párpados.

—Prepárense, entramos en la atmósfera —ordenó, tratando de no pensar.

Michael comprobó que los niños estaban bien seguros, mientras los miembros de aquella improvisada tripulación se ajustaban bien los cinturones. Y, sentados, cerraron los ojos entre plegarias y sollozos.

Envuelto en una gran llamarada, entre temblores y sacudidas, el módulo penetró en la atmósfera y cruzó, como un meteorito seguido de una gran estela blanca, el cielo rosáceo de aquel desconocido planeta.

—Estamos en Zafiro, no debemos encontrarnos muy lejos de la *Explorer 1*—dijo Selene, monitorizando la superficie del pequeño planeta. Luego, trató repetidamente de ponerse en contacto con el oficial Danpier, sin resultado.

—¡Ahora sí que estamos a salvo! —exclamó Costner, abrazando a su mujer.

—Creí que este trasto se deshacía —murmuró Michael, sin poder esconder su felicidad.

Lucía y Jeremías no podían sonreír, gruesas lágrimas de pena recorrían sus rostros; los demás celebraron hallarse con vida, contagiando a los niños con su alegría.

Selene observó en sus monitores la superficie terrosa, cada vez más cercana, y voló hasta un enorme lago bordeado por el bosque de espirales que Danpier había descrito. En aquella zona debía estar la *Explorer 1*. No se apreciaba movimiento, y temió por lo que pudieran encontrar allí abajo. Nadie respondía a sus llamadas de auxilio, por más que insistía. Sobrevoló el lugar hasta encontrar un lugar que estimó adecuado para aterrizar.

—¿Has localizado la *Explorer 1*? —le preguntó Michael.

—No debe de estar muy lejos. Descenderemos aquí, parece un sitio seguro. Antes de acercarnos a buscar la *Explorer 1* quiero echar un vistazo. No contestan; me tienen preocupada y ya hemos sufrido bastantes sobresaltos —expuso Selene, desconfiada ante el silencio de Danpier.

Con un breve giro y un suave descenso, el módulo estelar de reparaciones descendió hasta posarse sobre cuatro largos soportes de pies anchos en la superficie del planeta, levantando una enorme polvareda.

—¿Cómo están los pasajeros? —preguntó Selene, acercándose a Michael.

—Bien, creo que bien... Dentro de lo que cabe —aseguró él.

—Está anocheciendo —dijo Jeremías, arrastrando su cojera y apoyando las manos en la escotilla principal—. Deberíamos dar digna sepultura a mi mujer.

—Sí, lo haremos. Michael, busca agua y alimento en este cacharro. Debe llevar su propia carga de supervivencia —ordenó Selene y se levantó del asiento, para rebuscar por la nave ante la expectativa mirada de todos.

—No habrá gran cosa. Estos módulos no suelen llevar muchos víveres. Tampoco habrá armas; quizás un martillo, un soldador o una llave inglesa —aseguró Jeremías, observador, percatándose de las intenciones de Selene.

La capitán dejó de rebuscar en cada estante y frunció el ceño. Sabía que Jeremías tenía razón. No tenía porqué encontrar un arma en aquella pequeña nave; es más, no debía haber ninguna. Solo era un pequeño módulo estelar de reparaciones.

—Miraré a ver si encuentro algo para Marian y los niños —dijo Michael, disponiéndose a revisar la carga de la nave.

—Voy a salir un momento, comprobaré el perímetro de seguridad —aseguró Selene, colocándose unas gafas inteligentes.

—¿Podremos respirar ahí afuera? —preguntó Costner, preocupado al verla sin protección junto a la escotilla.

—No se preocupe, los datos que tenemos indican que la atmósfera, aunque no es muy rica en oxígeno, es respirable y está limpia... Tendremos que comprobar si es cierto. Además, solo tenemos dos trajes aislantes y un par de escafandras —argumentó Selene mientras abría la escotilla principal, y salió al exterior, para respirar profundamente por tres ocasiones, inhalando aquel enrarecido aire.

Tras cerrar la escotilla bajó lentamente por las escaleras adosadas a un soporte del módulo, bajo la atenta mirada de todos. Caminó por la tierra crujiente. El sol se difuminaba y comenzó a sentir frío. Revisó los paneles de sus gafas, que indicaban un 20% de oxígeno menos disuelto en el aire, en comparación con las atmósfera creada en las naves interestelares y con la propia Tierra. La temperatura era de once grados centígrados y seguía bajando. Se alzó sobre una pequeña loma y divisó una enorme extensión de tierra vacía, de zonas rocosas como cárcavas. Más allá, los últimos

destellos del sol le descubrieron un reflejo metálico, posiblemente la *Explorer 1*. Se encontraba a unos treinta metros del bosque de espirales, quizás a unos cuatro kilómetros de ellos, bordeando el extenso lago. La oscuridad lo envolvió todo.

La puerta de la escotilla se abrió y Selene entró de nuevo en el módulo. Todos la miraban esperando novedades.

—Ayudadme —ordenó, acercándose al cuerpo de Grasielle—. Necesitamos ropa de abrigo, las mantas térmicas que encontréis, linternas... y unas palas.

Alumbrados por la luz del módulo estelar de reparaciones y de las linternas que portaban, Jeremías se despidió de su amada Grasielle, acompañado por Michael, Costner, Marian y Selene. La habían enterrado a diez metros de distancia, en un suave túmulo arenoso, sobre el que Jeremías había situado tres rocas y una serie de piedras en forma de crucifijo. Mientras los niños devoraban un paquete de galletas, Lucía observaba desde la escotilla de la nave, llorando.

—Hace frío, la temperatura descende. Deberíais regresar al interior —le dijo Selene a Marian, que se encontraba envuelta en mantas térmicas. Michael y Costner llevaban los trajes de aislamiento, un uniforme que no contemplaba el embarazo avanzado.

Jeremías se agachó sobre aquella tumba sin nombre y, con la mano, dibujó el nombre de su esposa y un «Te quiero por siempre».

—Michael, llévalos al módulo —ordenó tajante Selene, al comprobar en sus gafas inteligentes que la temperatura alcanzaba los cinco grados y seguía bajando.

—Un momento más, por favor —le rogó Jeremías.

Selene asintió, cubierta con una larga, calorífica y gruesa chaqueta de soldadura, negra, que tenía numerosas manchas y roturas. Michael se alejó hacia el módulo, con Marian y Costner.

Tras cuarenta minutos de rezos y lloros, Jeremías observó a Selene, que permanecía junto a él, inmutable. Estaba helada y él, por primera vez en toda la noche, sintió frío al verla.

—Vamos, regresemos. Gracias —le dijo a ella y, con la cabeza baja, se dirigió hacia el módulo.

Selene permaneció por unos segundos más ante aquella tumba, recordando con nostalgia al comandante Marvin. En cierta

forma, también había sido su funeral. Asintió y siguió los pasos de Jeremías.

Una vez dentro y cerrada la escotilla principal, Selene revisó todas las demás. Luego se sentó en el control, observó la energía que les quedaba y el receptor de señales. Trató de contactar de nuevo con la *Explorer 1*, sin lograrlo, y se levantó, tras estudiar cada dato que le habían proporcionado los ordenadores del módulo. Aquellas personas no dejaban de mirar cada uno de sus movimientos.

—Aquí estamos a salvo. Tenemos energía, no mucha. Pero suficiente para movernos por una semana y usar la calefacción, sin abusar. Fuera, parece que la temperatura se ha estabilizado en -4° C. Durante el día puede superar los 35° C, posiblemente más según los informes que nos proporcionó la *Explorer 1* antes de que ocurriera esta tragedia. Podremos recargar las baterías solares si fuera necesario.

—¿Será suficiente para regresar? —preguntó Costner, preocupado.

—Mi idea es volver al espacio con la *Explorer 1* —expuso Selene.

—Debemos dormir un poco, creo que mañana lo vamos a necesitar —apuntó Michael.

—En cuanto tengamos luz saldré en busca de la *Explorer 1* y de provisiones. Parece que este planeta dispone del agua y alimento que necesitamos. Sí, ahora descansen —ordenó Selene, transmitiendo cierta sensación de confianza.

—Tengo mucha sed —dijo uno de los niños, el pequeño de ojos saltones.

—Tendremos que racionarla, no hay apenas agua —apuntó Michael—. ¿Cómo te llamas?

—Rotti Marma —aseguró el niño, levantando sus ojitos cansados hacia el enfermero—. ¿Tienes algo para beber?

—Yo sé donde hay agua potable y fruta muy rica —dijo la pequeña Sheila, mientras Michael traía una botellita con un poco de agua.

—¿Ah, sí? Dinos como te llamas, princesita. Aún no me lo has dicho —le pidió el enfermero.

—Sheila Walter.

—Sheila, ¡qué nombre más bonito!

—Ya lo sabías —aseguró la pequeña, arrugando los labios.

—Sí es cierto. Mi princesita es muy lista.

—Sheila, ¿sabes donde está la gente que te acompañaba en la nave de tu papá? —le preguntó Selene.

La niña elevó los hombros, sin acabar de entender.

—¿Los amigos de tus papás? —le insistió Michael.

—A la señora Rosa y al señor Fisher, se los han comido...

—¿Se los han comido? —preguntó Costner, estupefacto.

—Sí, y a alguno más. Mi papá dice que hay que trabajar solo de noche y ocultarse de día —contestó Sheila ante la perplejidad de Selene y los demás.

—¿Cómo que se los han comido? —preguntó Michael, con semblante atónito.

—¿Aquí abajo? ¿Quién o qué? —insistió Costner, alarmado, alzando la voz demasiado.

La pequeña calló y se ocultó entre los brazos de Selene.

—No la inquiete, está traumatizada. Debe de haberlo pasado muy mal. Ha visto cosas terribles para su edad —le recriminó.

—¿Que no la inquiete? ¿La has oído, Marian? Dios mío, ¿dónde estamos? —preguntó Costner a gritos.

—¿Teníais un campamento o solo estabais en la nave? —prosiguió Selene con la niña.

No contestó, comenzó a sollozar entre sus brazos, apoyando la cabeza en su pecho, abrazándola fuerte. Y Selene no pudo hacer más que apretarla contra ella.

—Déjalo, no te preocupes. No pasa nada. Mañana saldremos a por el agua... ¿Eh? —le dijo, tratando de consolarla.

—Mejor será que descansemos —apuntó Michael, posándose la mano en la cabeza.

—En cuanto salga el sol localizaremos al resto de la tripulación. La *Explorer 1* no está lejos, así que ellos no lo estarán tampoco. Si encontramos algo peligroso, saldremos al espacio de inmediato —aseguró Selene.

—Deberíamos marcharnos ya mismo, ¿a qué espera? —exigió Costner.

—No sabemos lo que vamos a encontrarnos en este planeta, relájese. Está poniendo nerviosos a los niños —apuntó Michael.

—Haremos las cosas como ordene la capitán. Sin duda será lo mejor —insistió Jeremías.

—Si esa nave está cerca, no sé a qué esperamos, ni por qué ha aterrizado tan lejos de ella —insistió Costner.

—La *Explorer 1* no es mucho más grande que esta nave. No duraríamos ni un mes en el espacio. Necesitamos víveres —explicó brevemente Selene, sin dirigirle la mirada, atenta a la escotilla y al cuadro de mandos.

—Pero tiene dos cápsulas de salvamento. Podríamos ponernos en marcha y dos personas podrían ser enviadas a Pangea. El resto podrían sobrevivir hasta que vinieran a rescatarlos —argumentó con voz alta Costner.

—No llegarían, demasiado lejos. Se quedarían en la ruta, como pasó con la niña. Además, ¿quién le ha dicho que usted sería uno de los elegidos? —preguntó Selene, seria.

—Mi mujer está embarazada, iríamos ella y yo. Usted y ese enfermero deben conducir la nave. Lucía está desquiciada, no hace más que llorar. Los niños consumen mucho y no sabrían explicarse. Y el cojo... Es muy mayor, perdió a su mujer, está acabado —aseguró Costner, bajando el tono de su voz.

—¿Está acabado? —preguntó retóricamente Selene, incrédula ante lo que aquel deportista le decía.

—Podría desprenderse de él —le murmuró Costner, en voz muy baja, acercándose a ella.

—Vaya a dormir —le ordenó Selene, con un tono imperativo y una mirada asesina.

Selene acomodó a los niños y se preocupó por el estado de Marian. Después se acercó a Jeremías, y le arropó.

—Hacía tiempo que no le veía, teniente —le dijo ella, tratando de animarle, ante la mirada recelosa de Costner.

Jeremías se rehizo, orgulloso al ver que aquella intrépida y valiente mujer le recordaba.

—En La Roca. Una gran batalla —acertó a decir.

—Hicimos lo que pudimos —asintió Selene.

—No nos lo pusieron fácil, pero les dimos una buena paliza.

—Sí, desde luego. Fue muy duro. Ahora descanse, creo que mañana será otro día difícil.

—Tenga cuidado con ese hombre, mi capitán —susurró Jeremías, mirando de reojo a Costner.

Selene asintió con una mirada cómplice, y luego le ayudó a recostarse. Buscó otra manta y le cubrió. Se aseguró de nuevo de que todos estaban bien y se acercó hasta la escotilla frontal. La oscuridad de la noche lo envolvía todo. En el cielo se distinguían las dos lunas y miles de estrellas lejanas. Se sentó en la silla del piloto y, pasados unos minutos, comenzó a llorar en silencio.

Michael la observó embelesado. Nunca la había visto así. Sabía de su fama como feroz mercenaria para la causa de La Unión, pero nadie pensaba que fuera capaz de llorar o que ni tan siquiera tuviera corazón. Siempre había circulado el rumor de que se trataba en verdad de una ginoide. Pudo comprobar que no lo era. Deseó levantarse, hablarla, conocerla, acariciarla y besarla, consolarla en sus brazos. No supo reaccionar, temiendo un reproche.

—Eres buena —dijo la pequeña Sheila, acariciando la mecha roja de Selene—. Tienes un pelo muy bonito. ¿Vamos ahora a por el agua? De día hace mucho sol.

—Ven, princesita; es mejor que descansemos —dijo Selene, se levantó y la abrazó con fuerza. Seguidamente observó la mirada fija en ella de Michael y le sonrió escuetamente. Luego, buscó un espacio y colocó una colchoneta, tomó una manta térmica y se acostó con Sheila.

Pronto quedaron dormidas, abrazadas.

Apenas pasadas unas horas, unos pequeños golpes les despertaron a todos. Continuó otro más fuerte y otro más. Atemorizados, se acercaron lentamente a las escotillas.

—No pasa nada, son pollos —aseguró Sheila.

—¿Pollos? —preguntó Selene.

—Sí. Los pollos salen sobre todo de noche, cuando no hay luz ni calor. Así no los pillan los cazadores moohú.

—Sheila, dime, ¿quiénes son los cazadores moohú? —preguntó Selene, agachándose frente a ella, ladeándole la larga melena rubia.

—¡Oh! ¿No lo sabes? Son unos ogros grandes, azules, con la nariz muy ancha y con todo el cuerpo lleno de granos feos. Son muy malos. Mi papá dice que son como los lagartos de la Tierra. Necesitan calor para poder moverse, por eso salen de día. Cuando hay sol, solo los cazadores moohú caminan seguros por este planeta. Van al bosque a buscar pollos y fruta. Todos los demás animalitos se esconden, les tienen mucho miedo.

—¿Tú no, princesita? —le preguntó Michael, tratando de rebajar la tensión y el temor que aquellas palabras les habían suscitado.

—No... Pero es mejor esconderse de día.

—Sheila, debes contármelo todo. ¿Lo entiendes, verdad? ¿Quién se comió a los amigos de tus padres? —insistió Selene.

—Ellos, los ogros. Si te pillan, te comen.

—¿Hay muchos ogros de esos ahí afuera? —preguntó Costner, interesado.

—Sí... Pero no salen de noche, solo por el día, cuando hace más calor. Si te escondes bien y estás quietecito, pues no te ven. Me lo dijo mi papá.

—Dime, los hombres que se peleaban en la *Sirefox*, cuando el capitán te envió con nosotros... ¿Luchaban contra esos ogros? —preguntó Selene.

—No.

—Entonces eran personas, como nosotros. ¿Los conocías a todos?

—No... A algunos no los había visto nunca, parecían soldados.

—Esto cada vez me gusta menos —murmuró Michael.

—Deberíamos ir a la *Explorer 1* y huir ahora que todavía podemos —remugó Costner.

—¿Sabe pilotar? —preguntó Selene.

—No.

—Pues tendrá que esperar. Ni siquiera sabemos si podremos entrar. Debemos contactar con el oficial Danpier y aún no lo hemos conseguido. No puede andar lejos, espero. De momento hagamos de este módulo nuestro refugio, por si la niña no estuviera muy

equivocada. El módulo es pequeño, pero muy sólido. Aquí dentro están a salvo de cualquier amenaza exterior.

Selene desenganchó los anclajes de la nave y pilotó de nuevo para aterrizar entre dos pequeñas dumas terrosas, de abundante piedra. Era un lugar recogido y algo más cercano al bosque de espirales. Después, ante la mirada de todos, se vistió con la gruesa chaqueta negra, salió e inspeccionó el lugar. Por unos largos minutos permaneció de cuclillas fijándose en torno a ella, respirando lentamente, controlando cada sonido de la noche.

—¡Michael! —exclamó al regresar a las escaleras de la nave, alzando la cabeza hacia la escotilla.

—Sí, capitán.

—En el cuarto de herramientas debe de haber redes de carga y cuerda, bájalas... Y las palas —ordenó.

Al cabo de hora y media, el módulo estaba cubierto por las redes, aquella especie de maroma atada a la cúpula y a diversas rocas, para deformar visualmente su aspecto aeronáutico, y gran cantidad de tierra rojiza y rocas. Cuando Selene y Michael terminaron de camuflar su entorno, a veinte metros, apenas nada indicaba que allí había oculta una pequeña nave.

—Hemos terminado, regresemos dentro —expuso Selene, cansada.

—Tendremos que aclimatarnos un poco a este planeta —sonrió Michael. Luego, respiró profundamente y sacudió el polvo terroso de sus manos.

—Espero que no haga falta. De momento descansaremos un poco. Los párpados me pesan y la cabeza empieza a dolerme un poco.

—Debe ser la diferencia de oxígeno —expuso Michael, y se acercó a ella, observándole los ojos. Le levantó un poco la cabeza, con delicadeza, acariciándole el cabello, y asintió tras revisar su pupilas—. Se te pasará.

Pasadas dos horas, vencidos por el cansancio, los supervivientes del *Senator* dormían entre palpitos, sudores y pesadillas. Marian y los niños en las dos únicas literas que había, y los demás

en el suelo, sobre unas finas colchonetas y arropados con mantas térmicas.

Selene abrió los ojos de golpe, por un momento dudó de dónde se encontraba. Abrazada a ella permanecía la pequeña Sheila, que la miraba con sus grandes ojos verdes.

—¿No duermes? —le preguntó Selene.

—En Zafiro se duerme de día. No me escuchas —insistió ella, enfadada.

Selene se levantó y Sheila la siguió. Buscó en la cámara de herramientas de nuevo algún arma; para su desconsuelo no encontró nada. Se hizo con dos linternas y ropa de abrigo, la chaqueta negra de soldador y un grueso chaquetón.

—Michael, despierta —le susurró, agachada junto a él.

—Dime, no estoy dormido... No puedo dormir... Se me comen los bichos...

—Voy a salir, quiero localizar la *Explorer 1* antes de que se despierten y debo reconocer el terreno. Sheila se viene conmigo, conoce el planeta y sabrá guiarme. No quiere ir durante el día, dice que solo se puede caminar seguro por la noche. No me fio de lo que pueda encontrar ahí afuera y no quiero exponer a esa mujer embarazada y a los niños frente a un peligro serio.

—Esa gente que la niña no conocía eran rebeldes, ¿verdad?

—Es muy probable. Desde luego no podían ser de la tripulación de la *Sirefox*; era una nave de investigación. Una niña tan despierta como ella y durante tanto tiempo, se metería por todos lados y debería conocerlos a todos. Y parecían soldados, ya la has oído.

—Te acompaño, puede ser peligroso —aseguró Michael, hundiendo su mirada en los ojos de Selene.

—No, debes cuidar de esta gente —le ordenó ella—. Te necesitan. Buscaremos agua y víveres, y comprobaré que el camino hasta la *Explorer 1* está despejado. Supongo que tienes al menos el permiso Clase B para la conducción de naves estelares, o que sabes pilotar. ¿No?

—Sí, es obligatorio para acceder a un puesto en la tripulación, aunque sea en la enfermería.

—Bien. Si con el próximo anochecer no he regresado, marchaos con la nave hacia el sur. Allí hay un lago donde podrás llenar

las reservas de agua. Sheila dice que es potable y que hay abundante fruta, unos melones que cuelgan de los árboles...

—Si no regresas, saldré a buscarte. No os puedo abandonar —aseguró Michael.

—No se os ocurra salir ahí afuera hasta que regrese. ¡Que nadie salga de la nave por ningún motivo! —le ordenó tajantemente—. Escúchame, si pasan dos días y no hemos vuelto despega de inmediato de este planeta y trata de llegar hasta la Línea Sigfrido. Envía una señal de socorro. Seguramente os quedaréis sin energía, intenta mantener el rumbo hasta la ruta interestelar. Entonces, dispara las dos cápsulas de salvamento hacia Pangea. Manda a Marian y a Costner, su marido.

—Pero...

—No, escucha. Ese hombre puede ser un peligro si se queda en la nave, no es capaz de dominar su miedo. Envíalo a Pangea, si logran llegar disfrutará siendo todo un héroe y enviará ayuda. Si se queda es capaz de cualquier cosa con tal de sobrevivir.

—No quiero abandonarte —aseguró él y puso las manos sobre las de ella, acariciándolas cariñosamente hasta apretarlas suavemente.

Selene quedó en silencio, observando aquellas caricias. Apretó sus manos con las de él y le miró a los ojos.

—No lo harás —aseguró finalmente—. Si Costner lo consigue, cuando os rescaten, sabrás explicar lo ocurrido en este planeta y pondrán al corriente al Consejo Supremo de La Unión. Hay oro y rebeldes, y una serie de bichos que se comen a las personas. Que te pongan en contacto con el general Leonard Dieff, él se ocupará de enviar las tropas adecuadas en mi búsqueda.

—No me has convencido. Pueden pasar meses, años... —contestó Michael.

—No te preocupes por mí, sabré cuidarme. Preocúpate por esos niños, por esa mujer embarazada, por Lucía y por esos dos hombres; como es tu deber —le ordenó Selene y soltó sus manos, lentamente, para alzarse.

—Selene, yo... —saltó Michael, tratando de transmitirle lo que sentía por ella.

—¿Qué?

—No, nada. Te esperaremos.

La capitán se alejó ante la mirada de Michael, llevando de la mano a la jovencita. Decidido, el enfermero se levantó y anduvo ligero tras los pasos de Selene. La tomó del brazo y se puso ante ella. Sin mediar palabra, besó dulcemente sus labios. Ella quedó petrificada por un momento. La pequeña Sheila les observó con una gran sonrisa y apretó la mano de Selene.

—No tardes, te estaré esperando... No dudes de que saldré a buscarte —aseguró Michael.

—No cometas ninguna una locura, cumple mis órdenes —respondió ella, perpleja, sin saber bien cómo reaccionar, distanciándose de él con una mirada confusa.

LOS CAZADORES MOOHÚ

Los primeros rayos de sol comenzaron a bañar la tierra reseca y rojiza del lugar. La temperatura subía. Selene, cubierta con la larga chaqueta negra de soldador, y la pequeña Sheila, protegida del frío con un grueso chaquetón que apenas le dejaba al descubierto la cabeza y los pies, avanzaban entre salientes de roca y astillosa madera de antiguos bosques resecos. Bajando aquella montaña, se dirigían hacia la *Explorer 1* guiadas por un pequeño rastreador de emisiones radar. Pronto llegaron a una senda bien definida, y Selene se fijó en cada forma, en cada huella, en cada rastro.

—Parecen huellas de personas, son muchas —apuntó.

—No, son huellas de ogros —aseguró Sheila.

Selene alzó las cejas, en verdad sí que parecían demasiado grandes para ser de persona.

—Esos ogros, ¿llevan calzado?

—Sí... Pero no todos, muchos van descalzos.

—Sigamos —fue lo único que se le ocurrió a Selene responderle.

La diferencia de oxígeno disuelto en la atmósfera hacía que se detuvieran a menudo para respirar profundamente, especialmente cuando ascendían un monte descubierto, donde el aire estaba más enrarecido. El mal de altura parecía atacar a Selene apenas a mil quinientos metros de altitud, mientras la niña parecía estar acostumbrada a aquel ambiente.

En su camino, Sheila descendió notablemente conforme el sol aparecía y la guió hasta un pequeño lago rodeado de una selva

frondosa, de altos árboles de hojas carnosas y verdes, de tonos azulados en sus troncos leñosos, con formas de espiral, repletos de largas y aceradas púas, donde se respiraba mucho mejor.

—Aquí hay más oxígeno y el agua es buena. Mi papá lo llama el Lago del Esturión, pues hay unos animales muy parecidos a esos peces... ¡Pero no tienen agallas! ¡Salen a respirar como los delfines!

—Bien, cargaremos agua al regresar —dijo Selene, quitándose la larga chaqueta al notar el súbito calor del día. Luego la enrolló y la dejó sobre una roca. Se acercó a la pequeña y le quitó el grueso chaquetón.

—¿Dormimos? —preguntó Sheila, de pronto.

—Debemos continuar. La *Explorer 1* ya no debe estar muy lejos. En unas horas podemos llegar hasta ella —dijo Selene, consultando su rastreador; y fijó los ojos en un valle bañado por la luz matinal, que hacía brillar una nave lejana con destellos metálicos.

—No vamos a continuar —dijo la niña.

—¿Qué dices? Si ya estamos llegando, mírala —respondió Selene de forma simpática.

—Sale el sol, no me escuchas. Los ogros seguro que nos ven, lo rastrean todo. Nos comerán. Pronto saldrán de caza, tenemos que escondernos —aseguró la niña y estiró su brazo. Con un leve apretón de su manita, inculó el líquido de una cápsula inyectable en el cuerpo de Selene.

—¿Qué...? —tartamudeó Selene y cayó vencida al suelo.

* * *

—¿Dónde están? ¿Se han ido? —preguntó Costner, desconfiado, enfurecido, al despertar y ver que Selene y la niña habían abandonado la nave.

—Cálmese, han salido para localizar la *Explorer 1* y comprobar que el camino es seguro —contestó Michael, incorporándose.

—¡Nos han abandonado! ¡No cabemos todos en esa nave y nos han dejado aquí! ¡Tirados! —exclamó Costner.

—La capitán no ha abandonado nunca a nadie, siéntese y pórtese como un hombre —le exigió Jeremías, con entereza—. Está realizando un reconocimiento del terreno antes de exponernos ante

un posible peligro, es lo adecuado. Confíe en ella... Aunque creo que usted solo confía en usted.

—Esa nave es pequeña, pero tiene capacidad de carga para todos nosotros —apuntó Michael, atónito ante el estado de nerviosismo de Costner—. Tranquilícese, prepararé algo de almorzar. Tenemos agua, leche, sobres de sopa, galletas saladas y fruta deshidratada. Coma algo, se sentirá mejor.

Costner asintió con desconfianza, indignado, y se sentó junto a Marian, remugando.

En ese momento, un terrible rugido colmó el aire, encogiéndoles el corazón; dejándose llevar por el viento, resonando como ecos continuos por montañas, bosques y valles.

—¿Y eso? —preguntó Costner, acercándose a la escotilla, tratando de ver a través de las redes y la tierra que ocultaban el módulo.

—Ignóralo. Aquí estamos seguros —dijo Jeremías—. Yo tomaré algo de leche, gracias.

Nervioso, sin poder ver a través de aquellos cristales sucios, Costner se acercó hasta la puerta y, tras pensarlo unos segundos, la abrió.

—¿Qué haces? ¡No! —exclamó Jeremías.

—¡Calla, viejo loco! —respondió Costner y salió, alzándose por la escalerilla hasta alcanzar la escotilla frontal.

—Entra dentro y cierra, perdemos oxígeno y calor —le ordenó Michael, asomándose y mirando hacia arriba.

Costner, ignorando a sus compañeros, limpió de tierra y cuerda parte del cristal frontal, por fuera de la nave, y entró.

—Ahora podremos ver si se acerca algún peligro. Deberíamos irnos —expuso.

—Querido, ven conmigo —le pidió Marian, rodeada de los niños, tratando de serenarle. Y le ofreció un vaso con leche y una galleta.

—Yo haré guardia —se brindó Lucía, y se posó ante la escotilla principal, para ver aquel hermoso amanecer rosado.

Un nuevo rugido, más potente y cercano, hizo volver la vista de todos hacia Lucía.

Cerca de allí, con un salto, unas enormes criaturas bípedas e imberbes, semejantes a humanos; de tonos grises azulados, cuerpos rugosos, anchos torsos y musculosos miembros, ocupaban las cimas y atalayas de aquella extensa región. Vestían rústicas vestimentas de pieles; petos de gruesa malla, reforzados con placas metálicas adornadas de huesos y cráneos. Rugiendo como leones, mostraban sus poderosos colmillos; y alzaban sus brazos lentamente al sol, estirando sus manos de aceradas garras, armadas con enormes venablos. Sus grandes ojos de esclera negra tenían el iris y la pupila vertical, de un amarillento rojizo, como una delgada línea difusa. Ladeando sus cabezas, de largos filamentos trenzados como una larga melena, fijaron su mirada ante el horizonte, su territorio de caza, observando cualquier leve movimiento, venteando el aire con su ancha y chata nariz.

La vida parecía desaparecer conforme moría el crepúsculo del amanecer. Apenas ningún ser quedaba expuesto al calor del sol ni a las garras de los cazadores moohú, los ogros de la pequeña Sheila, los indígenas de Zafiro. Los cuales, en grupos de unos diez individuos, se diseminaban por todos lados, recorriendo prados y estepas a la caza de especies semejantes a gallinas de guinea, avestruces enanas, armadillos y liebres escamosas; así como de numerosos lacértidos, algunos enormes, como dragones de tres metros. En las zonas pantanosas de abundante vegetación acuática se hacían con animales parecidos a chigüiros y manatíes. En lagos y ríos capturaban extraños peces sin agallas, crustáceos y moluscos. Entrando en las espesas selvas, cazaban presas mayores, ocultas entre la densa vegetación, iguales a tapires. Pero lo que más ansiaban aquellos cazadores eran las sabrosas presas que llegaban del espacio, por ello observaban el cielo con interés y mantenían un amplio perímetro de vigilancia sobre las naves que caían o aterrizaban.

La pequeña Sheila arrastró, con el miedo atenazando su ser y un enorme esfuerzo, apenas dos metros, el cuerpo vencido de Selene hasta una sombra, bajo una roca que mostraba una hendidura bajo su base. La volteó dentro. Después, introdujo las prendas de abrigo, posándolas como cojines. Con varias ramas borró los rastros

dejados en la arena y anduvo sobre las rocas, para evitar dejar huellas, hasta la estrecha hendidura. Un fuerte rugido resonó cerca y, temblando, la pequeña se introdujo en ella. Desde dentro, ocultó la entrada casi por entero, como pudo, con tierra y ramas secas. Luego, se tumbó al lado de la capitán y, por un momento, se quedó mirando su respiración, lenta, intensa. Le dio un cálido beso en la cara y se dispuso a dormir. De nuevo, escuchó los fuertes rugidos, muy cerca, y tiritó su miedo cerrando los ojos y abrazándose a Selene.

Dos botas de piel, amarradas con tendones y reforzadas con suelas de metal, se posaron con fuerza frente a la hendidura, levantado polvo y sembrando el pánico en la pequeña Sheila que, con los ojos cerrados, notó el golpe que había producido aquel salto desde lo alto de la roca que las ocultaba. Y no quiso abrirlos.

Varios indígenas escudriñaban la zona. Algunos de ellos se agacharon alrededor de una pequeña huella de Sheila, difusa. Otros buscaban con la vista a la persona que la había podido marcar, su posible presa. Entre voces extrañas recorrían los senderos cercanos, venteando y sacudiendo los bosquetes de matorral. Uno de ellos se acercó y observó la hendidura, que parecía estar prácticamente colmada de tierra, y frunció el gesto.

Sheila abrió un solo ojo y vio, por la pequeña abertura, cómo una rodilla azul se posaba ante ellas. Le tembló el mentón cuando observó cómo se introducía una mano con uñas como garras dentro, palpando, buscando. Y cerró el ojo para apretarse con más fuerza a Selene. Notó una punzada en el brazo y miró. Un animal alargado, parecido a una escolopendra gigante, y grueso como una culebra, mordía con sus enormes piezas bucales su vestimenta. En un instante lo tomó del costado, apretando los dientes, y levantó el entrecejo. Y lo lanzó contra aquella mano.

El indígena, al notar el contacto, cerró el puño y sacó fuera aquel animal que, de inmediato, le mordió en un dedo. Con un gruñido ingrato, aquel ser azulado se quejó para, después, devorarlo de dos tremendos bocados.

Un fuerte rugido, seguido de numerosas voces excitadas, «moohú, moohú, moohú», atrajo la atención de aquellas criaturas. El cazador se levantó de golpe, ignorando la hendidura de la

roca, y escupió la cabeza de aquel animal, las portentosas piezas bucales. Y tragó el resto mientras escuchaba. La excitación recorrió al grupo e iniciaron de inmediato la carrera. Aquellas voces lejanas les indicaban un hallazgo, posiblemente nuevas presas. Sheila lo sabía. La pequeña retiró con dos dedos unas hojas y algo de tierra, para ver cómo aquellas feroces criaturas se alejaban. Las mandíbulas de aquel animal aún se abrían y cerraban en el suelo. Con un pequeño suspiro volvió a colocar algo de tierra y unas piedras, y se acurrucó con Selene sin querer pensar en qué presas habrían descubierto.

El día fue pasando y, en el módulo, Costner rondaba de lado a lado, mirando a través del cristal que, impaciente, había limpiado. Lucía había sido relevada.

—Querido, deberías descansar. Nos estás poniendo nerviosos a todos —le dijo Marian.

—No me gusta, tardan mucho. La *Explorer 1* no debía estar tan lejos. Se han ido. Nos han dejado aquí tirados, somos un sobrepeso —dijo nervioso. Y acercó la cara al cristal.

Con un fuerte golpe, un rostro azul, grotesco, se colocó ante él, chocando desde el exterior. Le miró fijamente, frente contra frente, separados por el cristal, y levantó los labios grises, mostrando los abundantes colmillos y dientes carniceros que completaban aquella dentadura depredadora. Luego pasó una mano de aceradas garras, haciendo rechinar el cristal.

—¡Mierda! —exclamó Costner, aterrorizado, saltando hacia atrás.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jeremías, alarmado.

El indígena comenzó a golpear con una roca enorme el cristal, duro, con fuerza, a la vez que rugía. Numerosos golpes por todos lados comenzaron a sacudir el pequeño módulo estelar de reparaciones.

—¡Aaah! ¿Qué son esos monstruos? —gritó horrorizada Lucía al verlos a través de la escotilla.

—¡Nos han descubierto! —aseguró Michael.

—¡Dios, no tenías que haber limpiado ese cristal! —dijo Marian.

—¡Maldito imbécil! ¡Te dije que no lo hicieras! Con este sol cualquiera puede ver los reflejos del cristal desde lejos —aseguró Jeremías.

—¿Por qué crees que Selene los cubrió de tierra? —le preguntó Michael, reprochándole la acción y su comportamiento.

—Esa mujer es la que nos ha metido aquí, debió escucharme —gritó Costner, presa del pánico.

—Parecen los ogros de los que hablaba esa niña, nos comerán —murmuró Lucía, temblando.

—No podrán entrar —expuso Jeremías, tratando de tranquilizarla.

—No dejaré que devoren a mi esposa. No, eso nunca —dijo Costner y saltó sobre el cuadro de mandos. Se sentó y conectó las turbinas.

—¿Qué vas ha hacer? —preguntó Jeremías.

—No sé pilotar una *Explorer*, pero sí una pequeña chatarra como esta.

—¡No! ¡Déjalo! ¡No podrán entrar! —ordenó Michael.

—¡Esperemos a Selene! —exclamó Jeremías.

—Ella nos sacará de aquí. Seguro que sabrá cómo —dijo Michael acercándose a él, rogándole calma.

—¡Una mierda! —exclamó Costner, y se levantó.

Michael, sorprendido ante aquella agresiva reacción, trató de detenerle. No pudo. Con dos fuertes puñetazos, traidores e inesperados, y un golpe en el estómago, cayó vencido, sin sentido. Jeremías golpeó a Costner con su bastón de acero, abriéndole una ligera brecha en la frente. Y el deportista le devolvió el golpe con el puño, reventándole el pómulo derecho y haciéndole caer. Los niños comenzaron a llorar, en brazos de Lucía, sin entender qué estaba pasando, por qué se pegaban aquellos hombres.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó Marian.

Costner tomó a Jeremías de la pechera y corrió con él hacia la puerta de la nave.

—¿Qué vas ha hacer? —preguntó Marian, alarmada.

—Aligerar la carga, tenemos que llegar hasta las rutas de navegación. Allí pondremos rumbo a Pangea y esperaremos que

nos rescaten —aseguró Costner, con los ojos henchidos de furia, enloquecido.

Acto seguido, golpeó el botón de apertura de la escotilla principal.

—¡No! ¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? —le gritó Lucía, echándose sobre él, tratando de cerrar la escotilla.

Costner la empujó fuera. Acto seguido, lanzó a Jeremías desde la altura. Y cerró.

Apenas tocó tierra Lucía, los enormes indígenas se le echaron encima a dentelladas. Como brutales depredadores, tres de ellos hicieron presa en su rostro, cuello y brazo, mientras otro la fijaba en el suelo atravesándole el vientre con un enorme venablo. En cuestión de segundos, fue desmembrada ante la mirada descompuesta de Jeremías, el cual se alzó rodeado de aquellos seres azulados. Un terrible golpe en el cráneo acabó con su vida.

—¿Qué has hecho? —sollozó Marian.

Costner observó la matanza a través del cristal y tartamudeó unas palabras incomprensibles, tratando de justificarse. Después, se volvió rápidamente y, entre gritos, a empujones, esquivando arañazos y patadas, agarró del cuello y del pecho al mayor de los niños.

—¡Los críos no! —gritó Marian.

Abrió y lo lanzó al exterior.

—¡Por favor, los críos no! —insistió Marian, rompiendo a llorar.

Por un momento, Costner dudó. Miró angustiado al pequeño de ojos saltones y a la niña, y volvió la vista hacia aquellos seres que estaban devorando los cuerpos de Lucía, de Jeremías y del niño. Aquella sangrienta visión y el crujido de los huesos astillándose en las fauces de aquellos monstruos golpeó su mente. Tembló de horror y sonrió cínicamente. Corrió y atrapó a la niña, y seguidamente al niño, apresando a cada uno bajo un brazo. Entre gritos descompuestos, inocentes patadas al aire y tirones desesperados se acercó de nuevo a la escotilla, la abrió con un golpe de pie y lanzó al niño. La pequeña, aterrorizada, se agarró con fuerza al cabello del deportista y a un brazo, hundiendo sus pequeñas uñas, chillando desesperada con su aguda vocecilla, sin soltar, temblando el mentón. Costner la tomó de la muñeca y tiró fuerte,

cediendo un mechón de su cabello, que quedó entre aquellos dedos cerrados con un nervio tremendo. Miró aquellos ojos colmados de lágrimas y la soltó con un fuerte empujón, sin mirar fuera; y cerró la puerta, rápido, sudando, con el corazón desbocado, unos arañazos en el brazo y un pequeño pelón en la cabeza.

Marian le miró sin palabras, no podía creer lo que había visto, ni asimilarlo.

—No hubiéramos tenido ninguna oportunidad, entiéndelo. Primero somos nosotros y nuestra hija —le dijo, posando una rodilla en el suelo, junto a ella; y le acarició el vientre. Buscando su aprobación, su complicidad.

—¿Qué has hecho? Los has matado. ¡Has matado a Lucía, a ese hombre y a los niños!

—Era necesario. Eran ellos o nosotros. Ahora podremos huir. Tendremos suficientes víveres para la travesía. Muchos han muerto...

—No, no... Déjame —sollozó Marian, esquivando la mirada de su marido, y ocultó su rostro con las manos, cabizbaja, llorando.

—Salgamos de aquí antes de que esas fieras destrocen los cristales y penetren en la nave.

—Esos cristales resisten meteoritos... No hubieran podido entrar nunca.

Costner se levantó, susurrando maldiciones, sin entender los reproches de su esposa. Pensó que todo lo hacía por ella y por la hija que llevaba en el vientre. Se acercó a Michael, observó a su alrededor y agarró una fina cinta. Marian le miró preocupada, temiendo que también lo lanzara al exterior, negando con la cabeza y una mirada piadosa.

—No te preocupes por él, no es el momento... Deberías preocuparte por nosotros, por nuestra hija —le recriminó Costner.

Seguidamente ató de pies y manos al enfermero inconsciente. Luego, buscó una cuerda más gruesa y se la pasó por dos veces por el cuello y la cintura, y la anudó con fuerza contra un poste de acero de la nave.

—El viaje será largo y posiblemente le necesites. No quiero que, si te pones de parto, no tengas quién te atienda como se deba —le indicó serio, de forma agresiva.

—No ha visto nada —aseguró Marian, intercediendo por él.

—No me fío, puede intentar cualquier cosa. Nosotros iremos en esas cápsulas de salvamento, solo nosotros. Sabes que antes de salir para Pangea tendremos que deshacernos de él... ¿Verdad? ¡Podría acusarnos de cualquier cosa! ¡Inventarse cualquier locura para quitarnos a nuestra hija!

Marian asintió temerosa.

—Bien. Necesitamos para nosotros todos los víveres de la nave. ¡Solo hay galletas saladas y fruta deshidratada! ¡Y apenas agua! Pero creo que tendremos suficiente para los dos. Él no comerá mientras no sea preciso, no lo necesitará.

Marian bajó la cabeza, sin dejar de llorar.

—¿No quieres entenderlo? Es por nuestra hija, por nosotros. Lo entenderás —aseguró Costner, y se alejó de ella. Se sentó en el panel de mandos de forma decidida, revisando los cuadros, y ajustó la ruta de la nave con los escasos conocimientos que tenía de pilotaje.

Las turbinas se pusieron en marcha, desplazando con un golpe de aire caliente a aquellos seres azulados que rodeaban la nave y los restos humanos del desdichado Jeremías, de Lucía y de los tres niños. Entre cortos vaivenes, el módulo comenzó a levitar, alzándose cinco metros de la superficie. Costner sonrió, considerándose a salvo. Pero un fuerte tirón desequilibró la nave, la cual se golpeó el lado derecho contra la enorme pared de roca. Saltaron grandes chispas y grava, la turbina rotó y el deportista perdió totalmente el control.

—¡Maldita chatarra! —gritó Costner.

—¡No has quitado los anclajes! ¡Nos vamos a matar! —exclamó Marian.

Costner miró el panel de mandos y comprendió su grave error. Se había elevado sin retirar los anclajes del suelo. Al despegar, varios de ellos se desprendieron rompiendo las argollas de tierra. Pero otros quedaron bien sujetos entre las gruesas rocas, evitando la maniobra y desestabilizando la nave, la cual cayó entre colisiones y chirriantes crujidos, con un fuerte golpe final que levantó un enorme polvareda. La turbina principal se colapsó y la secundaria explotó, llevándose por delante parte de la duna, las rocas

del costado derecho y a numerosos cazadores moohú; convirtiendo la nave en un amasijo de metal y cristales, humo y cables chispeantes.

Conforme el humo se fue desvaneciendo, docenas de indígenas comenzaron a rodear los restos del módulo, con prudencia, ojeando sin acercarse demasiado y venteando el aire.

—Moohú, moohú, moohú —susurraban y gritaban constantemente, excitados, dando vueltas a los restos del módulo.

Finalmente, dos de ellos saltaron y anduvieron buscando entre los hierros retorcidos, y hallaron el cuerpo de Marian, inconsciente y con numerosos cortes por todo el cuerpo. Sin parar de exclamar y susurrar aquel «moohú» que les había valido su denominación, uno de los cazadores cargó a la mujer embarazada al hombro, como si se tratara de un venado abatido.

A veinte metros se levantó Costner, tambaleándose ante aquellos seres, nervioso, mordiéndose los labios, con los ojos hendididos de furia, con numerosos cortes y hematomas por todo el cuerpo y la ropa desgarrada; valiente con una barra de acero en la mano, agitándola de lado como arma. Cruzó su mirada con la de aquel enorme indígena que avanzaba hacia él y, de pronto, tiró la barra y echó a correr.

Una explosión en la turbina de la nave, seguida de una tremenda llamarada, hizo que los cazadores retrocedieran más y más conforme se declaraba un incendio, seguido de pequeñas explosiones y numerosos escapes de gases y vapores.

Michael, que había caído a unos treinta metros, entre numerosos restos de la nave, despertó y observó sin comprender qué estaba pasando. Desde la distancia, maniatado, y bajo la plancha de metal que lo ocultaba, vio cómo algunos de aquellos seres salían corriendo. Los demás recogían entre lastimosos gemidos a sus muertos y otro de ellos andaba cargado con el cuerpo de Marian, para finalmente alejarse todos del lugar. Sopló hacia arriba el aire desplazando su flequillo y cerró el ojo derecho, notando un fino reguero de sangre que recorría su frente y le bajaba hasta la comisura de los labios. Con una expresión amarga de pesar, se golpeó la cabeza contra el suelo, pensando que Selene le había advertido

sobre aquel hombre. Se había dejado sorprender y se sintió, de nuevo, responsable de lo ocurrido, aunque no sabía qué había pasado en verdad.

El sol caía fuerte, calentando sobremanera la plancha de metal. Michael se quemaba, se estaba asando vivo. Sudando y todavía conmocionado, trató de desatarse y levantarse, de huir de aquella trampa mortal, por varias veces. No pudo y comenzó a llorar de rabia.

Capítulo 11

FENTALINO PARA CABALLOS

La noche cayó sobre aquella inhóspita tierra, llevándose los rugidos y temores del día. Nuevos ecos se oían en la espesura de la selva y en la oscuridad del llano, como si fueran cantos de aves y chillidos de murciélagos, acompañados por pequeños crujidos sin nombre.

Selene despertó. Entreabrió los ojos sin saber dónde estaba, presa de un pequeño sopor que la impedía recordar. Aturdida, salió de la hendidura donde estaba, arrastrándose. La noche lo cubría todo, notó la helada. Se levantó y se cubrió con la larga chaqueta negra. Observó una pequeña hoguera. Sheila estaba allí sentada, envuelta en su chaquetón, sonriéndole, con un cuenco de agua hecho de hojas y numerosos animalillos asados. Y recordó.

—Te he preparado el desayuno —dijo la pequeña, con una sonrisa inocente.

—¿Por qué? —preguntó Selene, golpeándose ligeramente la cabeza con la mano abierta.

—No escuchas.

—No vuelvas a hacerlo.

—No, claro que no.

—¿Qué era? ¿Un somnífero para niños?

—No, fentanilo para caballos.

—¿Tienes más ampollas de esas? —preguntó Selene, levantando una ceja y estirando la mano con la palma hacia arriba.

—No.

—¿De dónde la has sacado?

—De mi zurrón. Mi padre me la dio por si veía que me comían los ogros, que me la pusiera. Me dijo que así dormiría y no pasaría nada. Cuando estás dormida no te ven, por eso te la inyecté. No quiero que te coman. Eres buena, cuidas de mí. Ten, come, las hormiguitas están muy sabrosas.

Selene la observó sin saber qué decirle. Luego dirigió su mirada hacia aquella especie de artrópodo «devoralotodo» que le ofrecía la niña pinchado en una rama. Era como los que habían hecho sucumbir el crucero interestelar, pero algo más pequeño.

—Las hormiguitas aquí son más chiquititas. Y caminan lento. Mi papá dice que es porque hay poco oxígeno. Están muy ricas. Solo salen de noche para comer plantas, lo que pillen y carroña. Viven en las cuevas más profundas, se organizan en clanes y cuando encuentran comida se llaman unas a otras. Mi papá no sabe cómo lo hacen, dice que son unos animales muy inteligentes. Pobrecitas, todos los bichos se las quieren comer —aseguró Sheila. Seguidamente se comió uno de aquellos animalillos, y luego otro, y otro.

Selene se quedó perpleja, mirando cómo asomaban las patas tostadas de aquellos bichos entre los labios de la pequeña.

—No vuelvas ha hacerlo... o me enfadaré —le dijo.

—Come —insistió la niña, con una sonrisa—. No lo haré más.

Selene tomó uno de los animalillos y lo miró de nuevo. Su aspecto de insecto le daba cierto asco. Cerró los ojos y lo mordió. Era crujiente por fuera y carnoso por dentro. Su gusto se podía situar entre el pollo y el rape, aunque con un ligero y agradable picor que le recorrió todo el paladar, hasta la punta de la lengua.

—¿Cómo has prendido el fuego?

—Con dos piedras —contestó la niña, mostrándole con la mano un pequeño encendedor láser que sacó de su zurrón.

Tras aquel inesperado almuerzo, Selene consultó el pequeño rastreador de emisiones radar un tanto confusa. La señal se había dividido en dos puntos bien definidos. Uno de ellos parecía más cercano; el otro, de señal más potente, permanecía alejado del lago. Con un gesto clarividente observó una pequeña duna, las lunas y arrugó la

nariz. Respiró con fuerza y se levantó. En la zona baja, cubierta de vegetación, le era más fácil respirar; por lo que prefería evitar ascender cualquier cima o separarse mucho de la vegetación.

—¡En marcha, princesita! —exclamó.

Mujer y niña reemprendieron el camino hacia la *Explorer 1*, bajo la blanca luz de aquellas dos grandes lunas, iluminando sus pasos cercanos con las linternas. Se alejaron del lugar y recorrieron la selva que rodeaba el lago, para internarse en un prado reseco que se alzaba sobre guijarros y roca, salpicado de plantas bajas y espinosas.

Llegada a la duna que había divisado, un resplandor en la oscuridad, descubierto por la luz de las lunas, llamó la atención de Selene. Se acercaron rápidamente, pensando que podría ser una nave. Con cierta alegría, contenida por la precaución, comprobó en la distancia que se trataba de un transbordador *Sílice CL* que había podido huir del *Senator* y permanecía sobre aquel terreno baldío, junto a una enorme piedra que bordeaba el tenebroso lago.

Bajaron las pequeñas cuestas que les separaban del lugar y se acercaron lentamente. La desolación se reflejó en el rostro de Selene al ver que el transbordador se había estrellado fatalmente. Ante ellas solo se encontraban la cabina y parte de la zona anterior del pasaje. Numerosos cadáveres se hallaban extendidos en el entorno. Más abajo, en la orilla, se observaba la parte derecha de un alerón y demás restos. Con curiosidad, alumbró hacia el interior del lago. Enseguida observó la cola de lo que parecía ser una *Explorer*, que asomaba levemente por encima de la superficie, sobre la cual se habían posado unos animales semejantes a marabúes de grandes ojos. Volvió la vista sobre el transbordador, acercándose a él sin comprender.

—No han debido aplicar bien los protocolos de emergencia —murmuró Selene, observando las palas de aterrizaje en paralelo a los alerones y las turbinas volteadas a la inversa.

Entonces observó, incrustado en la parte derecha, restos de la *Explorer 5*.

—¡En su huida ha colisionado con una *Explorer*! —exclamó al comprender.

Selene y la pequeña Sheila investigaron la zona sin hallar a nadie con vida. La cabina y parte de la nave todavía disponían de los reactores de emergencia en marcha; se distinguía luz en su interior. Entraron y fueron revisando los departamentos, uno a uno. Estaban vacíos, ni un solo cuerpo permanecía en su interior. No se apreciaban daños ajenos al golpe en el mobiliario, pero había numerosos restos de sangre fresca por todos lados.

—Parece que algunos sobrevivieron... ¿Les fue a peor? —se preguntó Selene.

—Han sido ellos —dijo la pequeña, recogiendo un enorme venablo—. Se los han comido.

—Los transbordadores *Sílice* son mucho más grandes que nuestro módulo, pueden albergar más de ciento cincuenta personas... ¿Se las han comido a todas?

La niña asintió con la cabeza y Selene cerró los ojos con un lamento.

—Cazan en grupos y almacenan en cuevas lo que no pueden comerse —aseguró la niña.

Selene abrió los ojos y los fijó en la pequeña Sheila. Se agachó, tomó el venablo con sus manos y resopló. Sabía lo que todo aquello que le contaba la muchacha significaba que esos ogros azules eran seres inteligentes capaces de organizarse y fabricar armas.

—¿Por qué no se han llevado los cadáveres que hay fuera? —le preguntó, observando aquella rústica arma.

—No les daría tiempo. Evitan la noche —respondió la pequeña—. Cuando se enfrían apenas pueden correr... y se quedan quietos. ¡Se los comerían las hormiguitas! Por eso se esconden por la noche, sin emitir calor ni ruidos.

—Vaya... Entonces, ¿vendrán mañana a recoger a los demás?

—No, mañana no quedará nada. Se los habrán comido las hormiguitas.

—Hum... Malditas hormiguitas —murmuró Selene, con un respingo de nariz. Luego, se alzó, observando a su alrededor, y tomó varias linternas de la cabina, más potentes.

Selene y Sheila salieron de los restos del transbordador, alumbrando la noche con las potentes linternas.

—Ooohh —susurró Selene, de forma desagradable, al comprobar que los cuerpos de la tripulación que se hallaban esparcidos alrededor de la nave ya estaban cubiertos por aquellas «hormiguitas». Alumbró a su alrededor y vio miles de aquellos seres extenderse por el lugar, tal y como ocurriera en el *Senator*. De una forma lenta, aunque igual de voraz. Y dio un paso atrás.

—Mira: ¡pollos! —exclamó Sheila.

—¿Dónde?

—¡Allí! —aseguró la niña, alumbrando al frente con la linterna—. Están muy ricos, pero corren mucho.

Selene vio curiosa cómo se acercaban al lugar unos animales semejantes a gallinas de guinea, picoteando y esquivando con cortos vuelos los intentos de aquella marabunta por envolverlos. Y otros parecidos a avestruces enanas, azulados, de cortas plumas, que se alimentaban precipitadamente golpeando y atrapando con sus fuertes picos dentados las pequeñas presas. Volteando la linterna, vio otros extraños seres, escamados como iguanas, que devoraban a las «hormiguitas» sin parar en su camino, sacudiéndose a menudo y dando grandes carreras para cambiar de lugar.

—Son lagartos fugu. Se pueden comer, pero hay que cocinarlos bien. Son venenosos, como los peces globo... Por eso mi papá les llama así —le explicó Sheila.

Un graznido de alarma calló a la pequeña, que se acercó a Selene con un salto.

—Deberíamos irnos —aseguró, tirando de ella.

—Sí, vámonos... Pero antes tengo que nadar un poco. El agua debe estar helada, pero necesito un arma. ¿No quieres que cacemos un pollo?

—No. Mejor nos vamos.

—¿A qué viene tanta prisa? ¿De verdad no quieres que te cocine un pollo de esos que tanto te gustan?

—No.

—Tenemos que irnos —asumió Selene, como exigiendo una explicación.

—Mi papá dice que donde hay mucha carroña hay hormiguitas, que donde hay muchas hormiguitas hay pollos, y donde

hay muchos pollos hay gatos carniceros. Es la cadena trófica. Yo también seré bióloga, y cuando grazna el pollo...

—No quiero saber qué son esos gatos carniceros, seguro que también se comen a la gente —expuso Selene, mientras escuchaba una especie de rugido lejano, entre graves maullidos que se repetían cada vez más cercanos—. Nos vamos, sí. Pero el arsenal está ahí, en la parte trasera de la *Explorer*. Solo será un momento.

—¡No! —exclamó con fuerza la pequeña, al ver las intenciones de Selene de sumergirse en la oscuridad del lago.

La capitán la miró y la vio negar con la cabeza. Volvió la cabeza y un ligero chapoteo, seguido de una gran columna de burbujas, llamó su atención entre la bruma que recorría la superficie.

—No me digas... En el agua también hay unos bichos que se comen a la gente —le comentó.

La pequeña Sheila asintió, apretando los labios con una rara sonrisa y con los ojos muy abiertos.

Finalmente, mujer y niña, fijando su camino con el pequeño rastreador, se dirigieron hacia la *Explorer 1*, acelerando su paso para alejarse lo antes posible del transbordador y la nave siniestrada, de la bruma del lago, de las «hormiguitas», los pollos, los lagartos fuga y de los gatos carniceros.

* * *

La llegada de la noche había salvado providencialmente la vida de Michael. La temperatura bajó considerablemente y el peligro de morir quemado por aquella plancha de metal que le aprisionaba había desaparecido. Pero seguía atrapado, sin poder liberarse, y comenzaba a sentir un frío intenso que le hacía castañetear los dientes.

—¡Ah! —exclamó el enfermero al notar una pequeña punzada en el brazo y en la pierna, seguida de otra en la espalda.

Con un enorme esfuerzo trató de salir. No pudo. Era imposible. La barra de acero a la que estaba atado del cuello y el abdomen se incrustaba entre dos enormes piedras, y la plancha presionaba su cuerpo contra el suelo. Sabía que si lograba vencer el frío de la noche, no resistiría un nuevo día preso de aquella tram-

pa mortal. Trató de liberarse las manos. Las ligaduras se tensaron aún más, ahondando en la carne, hasta hacerle sangrar. Un nueva punzada le alertó. Volvió el rostro tratando de ver y se horrorizó. Varias de aquellas pequeñas «hormiguitas» estaban devorando sus vestimentas y algunas alcanzaban su cuerpo, la carne. Tiró y tiró con ganas, y gritó desesperado al comprobar que su esfuerzo era inútil. Cerró los ojos por un momento y, al abrirlos, vio en la distancia cientos de aquellos animalillos, que se acercaban lentamente hacia él. Cerró de nuevo los ojos y los abrió, apoyó la frente contra la tierra reseca y apretó los dientes para tirar con más fuerza. Sus ojos parecían estallar y las venas de su cuello reventar, el sudor y la sangre de sus muñecas humedeció sus brazos y manos. No pudo. Quedó jadeando, observando cómo aquella marabunta se acercaba hasta él, sin escape posible.

Una potente llamarada frenó el avance de aquellos voraces seres. Michael pudo ver unas botas altas acercarse a él y una increíble sensación de júbilo colmó todo su ser. Y sonrió con una expresiva exhalación.

—Mi capitán, parece que los fascistas llevaban un preso. Aquí abajo hay un hombre atado —escuchó Michael. Y borró la sonrisa de su boca.

—Sacadlo de ahí —ordenó el capitán Van der Haüssen.

Entre Sanpedro, el sargento Wuterich y Eva levantaron la plancha de metal que aprisionaba a Michael, y con un pequeño láser le liberaron de sus amarras. El enfermero salió a gatas de aquella trampa y se irguió penosamente, sacudiéndose los animalillos que aún recorrían su cuerpo.

—Habla, ¿quién eres? —preguntó el capitán rebelde.

—Soy Michael... —acertó a decir antes de que un ligero sopor le venciera. Mareado, cayó sin sentido, presa de la deshidratación y los nervios, rebotando en el suelo como tronco hueco.

—Está hecho polvo, capitán —aseguró Sanpedro, alzándose el visor térmico y agachándose junto al enfermero.

—Revisadlo todo, a ver qué encontramos entre esta chatarra... ¡Y mantened a raya a esos bichos! —ordenó el capitán.

—Capitán, los bichos están limpiando varios charcos de sangre ahí abajo y hemos visto restos humanos. Creo que los indígenas

se han dado un buen banquete —dijo el sargento Wuterich, un tanto descuidado, con los pelos alborotados, barbilampiño y luciendo tres galones deshilachados sobre las hombreras de su guerrera.

Eva, rascando el pelo corto de su cuello un tanto perpleja, se acercó con un potente fusil al hombro.

—Hum... Creo que eran niños —apuntó.

—¿Niños? —preguntó el capitán, con cierta sorpresa.

—Sí, mi capitán. Hay tres pequeños cráneos descarnados a mordiscos, y varios huesos astillados que solo pueden pertenecer a niños —respondió Eva.

—Y dos adultos. Por los restos de sus vestimentas parece que eran un teniente fascista y una mujer —aseguró el sargento.

—No se aprecia ningún movimiento en todo el perímetro, capitán —expuso Sanpedro, cargando en su hombro el cuerpo de Michael, como si fuera un saco de patatas—. Aquí no hay nadie más.

—¿Qué opinas, Eva? —preguntó el capitán, dirigiéndose a la mujer.

—Era un simple módulo estelar de reparaciones. No sé qué pretendían reparar. Es posible que la *Explorer 1* necesite algún apaño, aunque aparentemente está en condiciones de volar. Y no sé qué pintan los restos de unos niños y una civil junto a los de un militar —contestó ella, fijándose en Michael—. Él nos lo dirá.

—Quizás pretendieran dejarles en este planeta y algo salió mal. Si llevaban prisioneros cabe esa posibilidad. Esos fascistas son capaces de todo —respondió Sanpedro, cargando sobre su hombro al malogrado enfermero.

—Tal vez eran familia —opinó el sargento.

—Sí, es posible. Quizás estaban huyendo y se estrellaron. No hay armas —apuntó Eva.

—Debía ser la mujer que trataba de contactar con la *Explorer 1* —aseguró el sargento.

—Debimos pasar de las órdenes y salir a por ellos antes del anochecer —murmuró Eva.

—Llevalle al campamento, que le limpien esas heridas y le curen las quemaduras. Veremos qué nos cuenta cuando despierte —ordenó el capitán—. Sargento, comuníqueme a la *Cerval*

la presencia de este módulo... De lo que queda de él. Que manden una nueva prospección espacial; la nave de la que partieron debe de estar en algún lugar

—No hay nave. Ya mandaron la información. La *Explorer 1* pertenece a un crucero comercial que se dirige a Pangea, el *Senator*. Pero en las rutas interestelares no se divisa tránsito alguno, ni presencia del enemigo. Así que no creo que nos hayan descubierto —respondió el sargento.

—Creo, creo, creo... Sargento Wuterich, insista. De algún lugar deben haber salido —ordenó el capitán.

—A la orden, señor.

* * *

Pasadas dos horas de marcha y tras frecuentes paradas para respirar despacio y oxigenarse, Selene y la pequeña Sheila se plantaron finalmente ante la *Explorer 1*.

—¡Ay, que no llegábamos nunca! ¡Parecía más cerca! —se quejó la pequeña Sheila.

—Estas distancias engañan mucho. Veamos qué nos encontramos y descansaremos un poco. ¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Vamos, que ya estamos —la animó Selene.

Al llegar junto a la nave, una sorpresa les esperaba.

—¿Qué es esto? —se preguntó Selene, alumbrando con la linterna.

—Oro, mis papás me pusieron un poco en mi morral. Pero ya no está. ¿Lo tienes tú? —dijo la pequeña.

—No, creo que se quedó en el *Senator* —contestó Selene, y se preguntó por qué Danpier no lo había devuelto al morral de la niña, como le había sido ordenado; sin apartar la vista de aquellos tres grandes embalajes repletos del precioso metal, listos para ser embarcados.

La niña, curiosa, se dirigió hacia la *Explorer 1*.

—¡Espera! —ordenó Selene.

La capitán, desconfiada, tomó a la pequeña de la mano y se acercó a la nave alumbrándolo todo en su camino. Enseguida vio

el rastro de sangre y los dos cuerpos de la tripulación abatidos por Sanpedro. Se agachó y comprobó si alguno tenía vida. Pero las heridas eran mortales. Habían sido producidas por armas modernas, humanas. Saltó sobre el alerón y se posó junto a la puerta de entrada. Alzó un pequeño panel digital e introdujo una clave. El protocolo automático de seguridad se desactivó, la puerta se abrió a la par que descendió la pasarela; y las luces se encendieron, iluminando su interior.

—¡Danpier! —exclamó por varias veces, asomándose precavida, aunque sabía que no estaba, ya que el protocolo de seguridad se había activado.

Nadie respondió. Entró en la nave, seguida de la niña, y cerró la puerta. Activó el núcleo central y el control de mandos, y se sentó ante una pantalla virtual. Durante una larga hora estuvo revisando todos los datos que había almacenados, los últimos recogidos por Danpier y sus hombres. Pudo ver cómo se dirigieron en moto por las sendas de aquel bosque de espirales hasta aproximarse a lo que parecían los restos de una nave, quizás la *Sirefox*. Al llegar ante lo que parecía una enorme sima, bajaron de la moto, se asomaron y apagaron las cámaras de inmediato. No había nada más grabado.

—¿Por qué las desconectasteis? —se preguntó. Entonces pensó y arrugó la nariz—. Encontrasteis ese oro y no queríais que quedara grabado un hallazgo así. Y menos cómo lo cargabais hasta la *Explorer 1*. ¡Ah, maldito oro!

Selene se ladeó hacia atrás, ya no tenía más información válida. No hablaban de la nave científica siniestrada, ni del oro, ni de los cazadores moohú, ni de ningún ataque o novedad. Tras cerrar las cámaras, el ordenador de la nave solo había registrado las numerosas llamadas que habían hecho al *Senator*, tratando de contactar. Y las que ella misma había realizado desde el módulo de reparaciones. Por un momento observó el monitor de transmisiones y pensó en contactar con Michael. Fue a pulsar el mando de acceso al panel digital del radiotransmisor y paró de pronto. Observó en el monitor una tercera entrada, en blanco. Una llamada sin respuesta, en una frecuencia ajena que sin duda les había escuchado a ellos, en la *Explorer 1*, y a ella, desde el módulo. Si retransmitía

un mensaje, otra u otras naves la recibirían y sabrían que en la nave había alguien. ¿Rebeldes? Se preguntó. Y retiró la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó la pequeña Sheila.

—Nada, princesita. Espérame aquí. Si ves acercarse a alguien o cualquier cosa que nos pueda comer, avísame —le indicó a la pequeña, situándola en la escotilla frontal del puente de mando.

Mientras Selene recorría cada pequeño departamento de la nave, la pequeña Sheila observaba con interés los mandos de la *Explorer 1*. Y corría a mirar por la escotilla, una y otra vez, vigilante. La capitán comprobó que no había nadie, sección por sección. Ni sangre, ni rastros de lucha. Luego, fue al puente de mando, vio que la pequeña estaba bien, conectó varios interruptores e iluminó la despensa. Y se alejó de nuevo.

Selene regresó con una bolsa de frutos secos fritos y se la lanzó a la niña.

—¡Come! —exclamó—. Aquí tenemos comida y agua suficiente para todos. Debemos regresar al módulo de reparaciones. Costner estará nervioso y no me fio nada de él.

—Deja que le coman, es un hombre malo —aseguró la pequeña.

—No me tientes. De momento aguantaré sus impertinencias —dijo Selene mostrando una rara mueca.

—Fuera hay algo —murmuró la niña, posando el dedo en el cristal de la escotilla.

Selene se asomó. Un pequeño movimiento había llamado la atención de Sheila. Activó el panel digital y, con una pulsación, un destello alumbró todo el perímetro por unos segundos. Los suficientes para ver una multitud de pequeños animalitos sobre los cadáveres que habían dejado atrás. Y la cámara frontal de la *Explorer 1*, adosada a la escotilla del piloto.

—¡La cámara! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó la niña al verla regresar corriendo al panel central.

—La *Explorer 1* activó el protocolo de seguridad automático. Todos debían estar fuera, algo ocurrió. La cámara también se activa con el protocolo para registrar cualquier situación durante cinco minutos. A ver si hay suerte.

—¡Ah! —exclamó la niña—. ¿Las hormiguitas se están comiendo a esos hombres? No me ha dado tiempo a verlo.

—Hum... Sí, pero mejor que no lo veas —contestó Selene, y se colocó ante una pantalla táctil, buscando la información de la cámara frontal de la *Explorer 1*.

Un enorme hombre, negro y musculado, embutido en una especie de uniforme rebelde, apareció en la grabación, colocando unos grilletes a Danpier y a los demás tripulantes, los cuales eran empujados por una mujer de pelo corto, con pinta de mercenaria. Entonces un oficial, barbilampiño, de marcadas facciones, pelo corto moreno, ancho pecho y fuertes brazos cubrió parte de la pantalla, mirando fijo a la nave, y alzó la vista hacia la cámara. Selene sintió como si la mirara a ella y ladeó un poco su cuerpo, sin dejar de escrutarle. Era un atractivo capitán rebelde, con las insignias de los centuriones de Orión. Sin planteárselo, se recreó observándolo.

—¿Quién es? —preguntó la pequeña Sheila.

—¿Le habías visto antes?

—No, ¿es tu novio?

—Estás empeñada en buscarme un novio... ¿Eh? Es muy guapo, me gusta. Pero con ese uniforme no creo que lleguemos a congeniar mucho —respondió Selene, de forma simpática.

La pequeña Sheila hizo un gesto tonto, escondiendo la cabeza entre los hombros, y sonrió.

—Así tú podrías ser mi mamá y él mi papá —dijo con una mueca vergonzosa, cubriéndose los ojos con las manos.

Selene no supo qué decir. Para superar la terrible pérdida, parecía que aquella pequeña trataba de reemplazar el amor perdido de su madre por el de otra persona, y que había encontrado en ella la mamá ideal. Le faltaba un papá.

De pronto, se cortó la imagen. No había nada más grabado.

Selene tecleó una contraseña en el panel de mando, activó el protocolo de seguridad Nivel 3 y la puerta de la armería se abrió. Entró, se colocó una linterna frontal de gran potencia en la frente y se armó con un fusil atomizador en la espalda, y tres pistolas láser, ajustándose dos en las caderas y una en el pecho. Luego,

acompañada por Sheila, salió al exterior y comprobó si había algún vehículo.

—Se llevaron las motos. Puede que alguien lograra escapar —expuso Selene.

—Se los han comido, como a ellos —dijo la niña, observando los restos de los dos tripulantes abatidos.

—No, no creo —murmuró Selene—. ¿O esos ogros van en moto?

La pequeña Sheila negó con la cabeza, abriendo los ojos como platos y encogiendo los hombros.

—¿Nos vamos ya? —preguntó.

—Antes de regresar, investigaremos un poco más. Aún faltan unas horas para que salga el sol, para que los ogros salgan en busca de comida... ¿No?

La pequeña asintió, mientras se chupaba la sal de los dedos que le habían dejado aquellos deliciosos fritos.

* * *

El zumbido plateado de una nave de combate recorrió la oscuridad de la noche, llegando hasta una enorme formación rocosa que destacaba por disponer una pared vertical de más de 300 metros, un gran cañón que estaba fondeado por un ancho río de aguas ferruginosas. La boca de una enorme gruta se dejó ver al abrirse los portones que la ocultaban. Penetró en la oscuridad hasta alcanzar una enorme sala iluminada y se posó sobre una plataforma. En los alerones de sus propulsores destacaban impresas las banderas de las trece barras y la calavera crestada. En la cabina el nombre *Águila Negra*.

El capitán rebelde bajó la pasarela y observó ante él una inmensa nave interestelar, la *Cerval*. Decenas de hombres acarreaban cajas y cajas de oro, como una procesión que no paraba. Otros se ocupaban de los víveres y el agua.

—¿Cómo está nuestro invitado? —preguntó al ver cómo descendía Michael acompañado por Eva.

—Algo conmovido, pero bien —contestó ella.

Michael observó boquiabierto aquella escena. Una nave enorme era abastecida por los rebeldes en Zafiro, apenas a unas millas

galácticas de las rutas interestelares que conectaban la Tierra con Pangea. Millares de androides CSA permanecían en formación, perfectamente alineados y armados. A su alrededor, una escuadrilla de cazas *Aquila* descansaba, mientras sus respectivas tripulaciones revisaban cada nave. Una nueva guerra entre mundos, con toda su crudeza, parecía inevitable. Continuó caminando, con dificultad, observándolo todo, al lado de la tripulación del *Águila Negra*, ayudado por aquella desconocida mercenaria, hasta llegar a un moderno campamento construido en el interior de la inmensa gruta. Las asistencias sanitarias se hicieron cargo de él, bajo la atenta mirada de Eva.

—¿Pasarás a verme? —le preguntó Michael, tímidamente, dándole la mano.

—Sí, claro —dijo ella, meciendo la cabeza—. Tienes mucho que contarme, espero.

El enfermero asintió con un quejido, dolorido de sus heridas, y le sonrió, soltándole la mano con una cariñosa caricia que levantó la ceja derecha de la mercenaria. Rápidamente fue trasladado al interior de aquella fortaleza en una camilla robotizada.

—¿Qué haces, Eva? —le preguntó el capitán Van der Haüssen.

—¿Yo? Nada, ¿por qué?

—Me había parecido que estabas flirteando con ese hombre —sonrió el capitán.

Entonces, un aviso en el transmisor de las gafas inteligentes de Van der Haüssen evitó respuesta alguna por parte de Eva. El capitán bajó los cristales oscuros y lo leyó.

—El viejo me llama —le dijo a su tripulación, con cierto malestar.

—Que le sea leve, capitán —sonrió Eva.

—Déle recuerdos —murmuró Sanpedro, jocoso.

—¡Y recuérdale nuestro aumento! —exclamó el sargento Wuterich, mientras Van der Haüssen se alejaba meciendo una mano en alto.

El capitán rebelde recorrió un largo pasillo de luces blancas, como las paredes metálicas que le daban forma, hasta llegar a una puerta ante la que se hallaban dos androides CSA. Y se colocó frente a

una cámara, que le reconoció el rostro con un haz luminoso verde. Con un leve zumbido, la puerta se abrió

—Capitán Van der Haÿssen, pase, por favor. Me han informado de que nos ha traído un nuevo regalo —le dijo un alto mando, de presencia notable, elegante capa larga y ancha gorra, con un brazo biónico y una máscara metálica de oro cubriéndole media cara: el general Thomas Deliever.

—Mi general —saludó marcialmente el capitán, y le estrechó su mano.

—¿Cómo fue la patrulla? No debería arriesgarse tanto ahí fuera, podría caer en manos de los nativos o, lo que es peor, delatar nuestra posición.

—Tratamos de salir cuando se pone el sol, señor. Creo que tenemos demasiadas visitas últimamente. No podemos ignorarlo.

—Ya veo, ¿otro prisionero?

—No lo sé, mi general. Lo encontremos atado entre los restos de un módulo estelar de reparaciones. Parece que no gozaba ya de mucha libertad.

—Vaya, quizás sea uno de los nuestros... o un delincuente común.

—Mi general, creo que deberíamos salir a interceptar a los visitantes en cuanto recibimos sus señales de alarma. Los indígenas devoraron a tres niños y dos personas, al menos, durante el día, mientras esperábamos a que anoheciera. Quizás podríamos haberlo evitado.

—Interesante postura. ¿Tres niños? ¡Qué tragedia! ¿Y de la otra nave, del transbordador que se estrelló, sabemos algo?

—Los indígenas se nos adelantaron. Si hay algún superviviente no quisiera estar en su pellejo. No encontré nada de valor, ni que nos tenga que preocupar.

—¿Qué han averiguado de los miembros de la *Explorer 1*?

—No parecen militares y no tienen idea de nada, mi general. No creo que mientan, aseguran que fueron enviados desde el crucero *Senator* en búsqueda de posibles supervivientes de la *Sirefox*. Parece ser que una niña logró huir en una cápsula de salvamento.

—¿Eso les ha traído hasta aquí?

—Eso y el oro que la pequeña llevaba encima. Desconocían nuestra posición y no tenían idea de lo que se iban a encontrar aquí.

—Los sensores no desvelan ningún movimiento —expuso el general.

—No. Esa es la cuestión —apuntó el capitán—. Esa nave parece haber desaparecido, aunque ya sabe que los sensores de nuestros cazas son limitados. Quizás nos descubriera y ha huido o, por otro lado, es posible que aún esté ahí arriba, fuera de nuestro alcance, tras la nebulosa.

—La *Mamba Negra* sí que debería detectar su presencia. Ha llegado esta mañana, está ahí, en la órbita —contestó el general—. Y desde allá arriba, insisten en que no hay nada.

—La *Cerval* tampoco registró nada en su entrada en Zafiro, ninguna presencia. Pero de algún sitio deben haber partido, no son naves autónomas.

—Curioso, ¿verdad? ¿Es posible que llegaran desde la Línea Sigfrido?

—No lo sé. Pero cuatro naves del *Senator* con tripulantes han llegado hasta nosotros: un transbordador, dos *Explorer* y un módulo de reparaciones. Ese crucero debería estar ahí arriba, no creo que regresara y las dejaran abandonadas.

—Tres de ellas parece que se han estrellado, solo una aterrizó. ¿Qué sentido tiene? —se preguntó el general, y dio media vuelta para sentarse en un cómodo sillón.

—Señor, creo que deberíamos aligerar. El gran día se acerca y si el *Senator* está en la órbita, puede lanzar una señal de alarma en cualquier momento.

—No lo ha hecho; la *Mamba Negra* hubiera interceptado esa transmisión —aseguró el general—. Aunque usted no lo crea, ahí arriba no hay nada. Y eso me preocupa.

—Quisiera hablar de nuevo con el oficial de la *Explorer 1*, en otro contexto más confortable. Quizás nos diga algo que no sepamos.

—Sí, claro... Interróguelo como crea conveniente. No creo que confiese nada, es algo testarudo. Los demás están tan asustados que serían capaces de vender a sus respectivas madres. Pero ese oficial parece estar hecho de otra pasta.

—¿Qué piensa hacer con ellos, mi general?

—Hum, difícil respuesta. No podemos llevarlos con nosotros, sería arriesgado, muy arriesgado; podrían delatar nuestras intenciones. Tampoco podemos dejarles aquí, con vida. No sabemos nada de ese crucero. Además, si sobreviven a los indígenas, otra *Explorer* salida de la nada podría localizarles antes de tiempo. Estaríamos en las mismas, vendidos.

—Nadie sobrevive ahí fuera, mi general —aseguró el capitán.

—Perpintres sobrevivió durante dos años, hasta que le rescatamos —indicó el general.

—Es una leyenda, en verdad apenas estuvo un mes.

—Su oro no es leyenda.

—No, su oro no —confirmó el capitán.

—Gracias a ese oro hemos podido rearmar un ejército y sobrevivir, aquí, ocultos en esta fortaleza. Cinco años de duro trabajo. No me gusta que naves salidas de la nada aparezcan en nuestro planeta porque sí. De alguna forma ese crucero está burlando nuestros escáneres, nos es imposible localizarles. ¡Es invisible! Si no está ahí arriba, estará aquí abajo. Debe localizar la amenaza y destruirla. Por eso le he mandado llamar. ¡Encuéntrelos! ¡Elimínelos!

Por un momento ambos quedaron en silencio.

—Mi querido Van der Haüssen, ¿por qué me trae usted prisioneros? —le preguntó finalmente el general, con cierto reproche.

El capitán apretó los labios y volvió la cabeza hacia una ventana desde la que se veía aquella gran nave, la *Cerval*. Observó el continuo vaivén de la tripulación, los androides, y asintió con cierta resignación.

—Trato de obtener información, señor. Me ocuparé de ellos.

Capítulo 12

CENA DE OFICIALES

Alumbrando sus pasos con las linternas, Selene y la niña recorrieron la noche adentrándose en el bosque de altos árboles con formas espirales. Atentas a cada sonido, se guiaban por el ancho rastro que los neumáticos de las motos habían dejado. Pronto se encontraron con una de ellas, volteada contra un árbol. Una mancha de sangre, cubierta de aquellos animalillos, delataba el trágico final de su ocupante.

—Vamos, sube. Iremos más rápido —aseguró Selene tras limpiar de bichos la moto.

Apenas habían avanzado quince minutos cuando encontraron los restos de la *Sirefox*, cubiertos de vegetación, desmantelados y oxidados por el tiempo. La pequeña bajó, corrió desesperada por sus alrededores y entró en la cabina.

—¡Papá! ¡Mamá! —gritó.

Selene, apenada por lo que veía, dejó la moto y, con el fusil preparado, siguió a Sheila. Perdió de vista la luz de la linterna que llevaba la pequeña y aceleró su paso. El silencio se hizo en el lugar, ante la inquietud de la capitán.

—¿Sheila? —preguntó.

Nadie contestó.

Alarmada, comenzó a recorrer el interior de los restos de la nave. Dos grandes boquetes en el fuselaje permitían ver desde su interior las dos lunas que orbitaban el planeta. La luz blanca se reflejó en el rostro de la pequeña Sheila. Sentada en un rincón, lloraba en silencio. En su mano mostraba un collar con una delicada cruz de plata.

—Era de mamá, siempre la llevaba en el cuello. Decía que el Señor cuidaba de nosotras —sollozó la niña.

Selene se acercó y lo tomó con delicadeza. El brillo del metal se reflejó en sus ojos y una inquietante sensación de llanto colmó su corazón.

—Se los han comido —murmuró la niña.

—Deja que te lo ponga, quizás tu madre no se equivocaba y lo dejó aquí porque sabía que volverías. Quería que lo encontraras, que fuera tuyo. Ahora el Señor cuidará de mi pequeña princesita —dijo Selene, mientras colocaba aquella joya en el cuello de la pequeña, y le recogió las lágrimas de las mejillas con una suave caricia.

Selene salió de la *Sirefox* y montó a la pequeña Sheila en sus hombros.

—Aquí no hay nadie —dijo, desilusionada.

—Allí está el oro —aseguró la pequeña.

—¿El oro? —preguntó Selene.

—Sí. Hay mucho oro. La tripulación se peleaba siempre por el oro. Todos lo querían todo.

Mujer y niña avanzaron un poco. Selene observó la otra moto, con unas pequeñas manchas de sangre, volteada entre la maleza. Escuchó un crujido, como de un paso cauto, y se volvió rápidamente, apuntando con el arma. No se veía nada en aquella oscura selva. El paso de tres de aquellas raras aves agitando la vegetación calmó sus ánimos. Alzó el cañón de su arma al cielo y se preguntó dónde estarían los rebeldes y si quedaría alguien con vida allí. Seguía sin encontrar rastro de nadie.

Poco más al sur, una especie de sima se dejó ver ante ella. Era enorme, con una boca de diez metros y una profundidad de seis. Selene abrió los ojos de forma estrepitosa. Acto seguido, apretó los labios y asintió con un respingo de nariz. El fondo estaba repleto de grandes piedras que brillaban a la luz de las dos lunas. Era la ventana de una enorme veta de oro que profundizaba en el suelo que pisaban. A sus pies, un escalonado muro en forma de camino recorría el precipicio hacia abajo.

—Esto no es natural —murmuró.

—¡Y no lo es! —exclamó una voz tras ella.

—Señor Costner, ¿qué hace aquí? —preguntó Selene, volviéndose ante él. Y bajó a la pequeña de sus hombros.

—Hace años oí una leyenda —se expresó Costner, acercándose a ellas, helado de frío.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Selene—. ¡Está lleno de heridas!

—La leyenda hablaba de un pequeño mundo donde sus feroces habitantes ofrecen oro a los dioses del cielo para que les manden comida abundante. Y sus dioses son generosos. Solo deben esperar y recolectar la cosecha que llega de fuera —aseguró Costner—. ¡Un mundo de oro!

—Yo también he oído ese cuento, es de Perpintres. ¿Qué ha pasado?

—No es un cuento, ¡mira ahí abajo!

—¿Y los demás? ¿Dónde están? ¿Por qué ha abandonado el módulo de reparaciones?

—¡Todos muertos! —exclamó Costner, descompuesto.

—¿Cómo? —preguntó espontáneamente Selene, sin apenas poder creerle; mientras la pequeña Sheila, desconfiada, se escondía entre sus piernas.

—Unos horribles seres azules, medio hombres, medio bestias, asaltaron la nave y los devoraron a todos...

—¿Azules? ¿Los han devorado a todos? —preguntó Selene, atónita por lo que oía.

—Los cazadores moohú, los ogros —asintió Sheila, estremecida.

—No... No puede ser... —tartamudeó Selene.

—¡Mi querida esposa! ¡Mi hija! —sollozó Costner, para caer derrotado en brazos de Selene.

—¿Cómo descubrieron la nave? ¿Cómo entraron? —le preguntó tratando de separarle de ella, de saber qué había ocurrido.

—¡Tú! ¡Tú tienes la culpa! ¡Maldita! ¡Te dije que debíamos marchar y no me hiciste caso! —gritó, robándole la pistola que llevaba en el pecho.

En un instante, la empujó hacia atrás y la apuntó, limpiándose las lágrimas con la manga, temblando la mano y mordiendo los labios.

—¿Qué hace? Costner, tranquilo... Debemos mirar si hay...

—¡No! Ahora me harás caso. Todos están muertos por tu culpa. Montaremos en la *Explorer 1* y nos alejaremos de este maldito planeta. ¡Y será ya mismo! —le ordenó, apuntándole a la cabeza.

—Primero cálmese. Si me mata no irá a ningún lugar.

Costner dejó de apuntarla y levantó las manos, meneándolas sin sentido, con cara angustiada, entre lamentos.

—Lo siento, lo siento —sollozó.

—Deme el arma —susurró Selene, acercándose a él con prudencia, mientras estiraba la mano.

—¡No! ¡Debemos marcharnos! ¡Esos monstruos nos devoraran! ¡Tengo oro de sobra para los dos! En mis bolsillos, mire —aseguró Costner, apuntándola de nuevo y mostrando en su mano algunas piedras de oro. Luego, dio dos pasos al frente y agarró del brazo a la niña—. ¡Venga, nos vamos!

La pequeña Sheila le miró con cara de inocencia bendita, con sus grandes ojos verdes y un enorme puchero. A su vez apretó con la manita el muslo de Costner y, en un segundo, el desquiciado deportista cayó vencido.

Selene miró a la niña.

—¿No decías que no tenías más? —le preguntó.

—Te mentí.

—¿Por qué?

—Para que no me quitaras la otra.

—¿Tienes más?

—No.

—¿Tengo que registrarte?

La jovencita levantó sus brazos al aire y giró lentamente, ofreciéndose para el registro.

—Venga, vamos. Atemos a este tipo y llevémosle a la nave. Tenemos que regresar cuanto antes a ver qué ha ocurrido —dijo Selene.

—Déjalo, que se lo coman.

—No podemos hacer eso...

—¿Por qué?

—Es inhumano. Ayúdame a cargarlo en la moto, tú te agarrarás a mí por delante.

—Podemos dejarle e irnos, es un hombre malo.

—No, te he dicho que no podemos hacer eso. Solo es un hombre con miedo.

—Está amaneciendo, no llegaremos a tiempo.

—Con la moto iremos deprisa. Tenemos que ver qué ha pasado. No podemos...

—No, no hay tiempo. No estamos tan cerca. Aquí, las distancias engañan. El sol saldrá enseguida —le interrumpió la niña, nerviosa, señalando la línea naranja que asomaba en el horizonte.

—Comprendo, no uses otra de tus ampollas. Buscaremos un lugar seguro.

—El sol sale, amanece. ¡Debemos escondernos! —exclamó la pequeña.

—Hum... ¿Dónde? —murmuró Selene, observando su entorno, buscando un lugar donde guarecerse.

—Aquí cerca hay una gruta. La utilizaba mi padre para escondernos de día —apuntó la pequeña, indicando con el haz de luz de la linterna una gran pared cubierta de espesa vegetación.

—¿Estás segura? No se ve nada.

—Sí. Por eso. Los ogros no saben que está ahí. Es muy profunda y húmeda. No se acercan porque siempre está en sombra y hace frío. Además, en su interior tiene agua y hay muchas hormiguitas para comer.

Selene levantó la mirada más allá del verde del bosque, ante un horizonte rojizo que empezaba a desplazar rápidamente la oscuridad de la noche.

—¿Michael? ¿Volveremos con él? —preguntó de pronto la pequeña.

—Sí, le buscaré. No te preocupes, estará bien —respondió Selene, con cierta pena ante la incerteza de lo acontecido.

—Te gusta Michael. Te dio un beso.

Selene no supo qué decir. Pero se angustió ante la posible suerte de aquel alegre enfermero y pensó que le hubiera gustado conocerle, saber más de él. O quizás no. Solo encontraba un motivo por el que Michael visitara a la doctora Pierre.

—¿Sois novios? —preguntó la niña.

—¿Otra vez? No, no somos novios. En cuanto salga el sol les buscaremos a todos: Michael, Lucía, Marian, Jeremías y a los niños.

Debemos comprobar si están bien. No me fío de ese hombre ni de sus palabras.

Sheila asintió con una sonrisa, montada sobre la moto, mientras Selene arrastraba el cuerpo de Costner hacia la cueva. De un salto, la pequeña bajó y siguió sus pasos.

—Pasaremos el día aquí. Luego, cuando encontremos a los demás y sepamos qué ha ocurrido, llenaremos la despensa y abandonaremos este lugar. Creo que aquí no queda nadie más con vida y me temo que si queda alguien, será mejor no hallarlo —aseguró Selene, pensando en el capitán rebelde y en la posible arma de combate que había acabado con los tripulantes de la *Explorer 1* y, seguramente, con los motoristas.

—Sois novios —insistió la niña, y ayudó a Selene, tirando de una de las piernas de Costner—. Pero Michael tiene muchas novias.

Selene la miró perpleja.

* * *

—¿A qué se debe tanta hospitalidad? —preguntó Danpier, con cierta sorpresa, ante la mesa del comedor de oficiales de la *Cerval*. Su rostro y uniforme mostraban las numerosas señales de un severo interrogatorio.

—Siéntese, por favor —le indicó el capitán Van der Haÿssen—. Lo siento, no sé qué decir. Yo no estoy a favor de esos sistemas de... entrevistas. Desgraciadamente no puedo hacer nada por evitarlo.

—¿Tengo que creerle? Esos sistemas se llaman tortura —aseguró Danpier. Acto seguido recorrió la estancia, recto, con paso firme, manteniendo su maltrecho orgullo, y se sentó en la silla, desconfiado, observando a todos lados.

—Es usted un oficial, por su rango no merece estar con la tropa —apuntó el capitán.

—Es mi tripulación. Más bien, lo que queda de ella tras su acción terrorista, y mi nave no es militar —respondió Danpier.

—Sí, es su tripulación... Y está en lo cierto; el crucero del que habla no es militar. Pero usted sí lo es, capitán. Y la *Explorer 1*... Los dos sabemos que en realidad es un caza de combate: nada

menos que un *Spitfire UK 3000*. Y todo eso conlleva una responsabilidad y unas consecuencias que debe asumir.

En ese momento llegó Michael, escoltado amablemente por Eva. Y cambió su sonrisa encantadora, con la que agasajaba a la mercenaria, por una escueta mueca de amarga sorpresa al ver a Danpier.

—¿Se conocen? —preguntó Van der Haüssen.

—No —respondió Michael, tratando de minar cualquier conexión con un oficial de la Armada de La Unión en aquella situación tan peligrosa.

Danpier le observó los vendajes y apósitos. Por un momento se preguntó: ¿qué hacía allí un enfermero del *Senator*? ¿Cómo era posible? Y optó por la prudencia.

—No, no le había visto nunca... ¿Quién es? —respondió.

El capitán rebelde les observó a ambos con perspicacia.

—Por favor, doctor Michael, siéntese, acompáñenos. La cena se servirá en unos instantes. Tengo entendido que es usted doctor, ¿es así?

—Sí, así es. Estoy doctorado en pediatría. Pero mi puesto en el *Senator* estaba en urgencias; estoy interesado en la cirugía interna y la biónica... —contestó Michael.

—Ya —le cortó Van der Haüssen—. Según nos ha comentado, el crucero interestelar *Senator* sufrió una especie de plaga que lo devoró por completo. ¡Bichos! Y solo ustedes lograron huir...

—Sí, así es. Son esos bichos blancos, devoraron a las personas... ¡Todo!

—¡El *Senator* explotó, se autodestruyó! —exclamó Van der Haüssen, y les sirvió un poco de vino en unas copas altas, de cristal.

—El comandante activó el sistema de autodestrucción y logramos escapar en el módulo de reparaciones.

Danpier les escuchaba, incrédulo ante lo que oía.

—Bien, eso explica cómo llegó hasta aquí. Pero no por qué estaba atado como un prisionero entre los restos del módulo, ni por qué no puede decirnos qué ocurrió después.

—Solo recuerdo que tuve una fuerte discusión con un pasajero... Cuando recobré la conciencia, llegaron ustedes. Le debo dar las gracias; salvaron mi vida.

El capitán Van der Haüssen cató el vino y asintió.

—Y según sus hombres, el *Senator* está ahí arriba, esperándoles tan tranquilamente —continuó, dirigiéndose hacia el oficial Danpier.

—Ya le dije a sus gorilas que perdimos el contacto con el *Senator* antes de llegar a la veta de oro; no sabemos nada más. No puedo decirle, ni lo haría, si este señor miente o no... Pues no lo sé. Si es eso lo que pretende —respondió Danpier, doliéndose del ojo amoratado.

Por unos momentos se hizo el silencio, mientras un camare-ro entraba en el comedor y les ofrecía la cena.

—Oficial Danpier, debido a su rango sabe perfectamente a lo que me expongo si les dejo marchar después de lo que han visto aquí. Se han convertido en un serio problema para mí. Debería colaborar; es posible que así pueda disponer de alguna posibilidad de interceder por ustedes. Pero por favor, cenén, tendrán ganas. No es la buena comida a la que estarán acostumbrados, pero alimenta. Háblenme del *Senator* y de su destino.

—No nos dejará con vida. Los rebeldes no hacen prisioneros —aseguró Danpier, observando aquella especie de gachas con tropezones indecibles.

—Hum... Veo que cree estar bien informado. Eso no es del todo cierto. No solemos hacer prisioneros, que no es lo mismo; menos entre los soldados fascistas de La Unión. Es una guerra y hemos aprendido mucho de nuestro enemigo. Pero sus hombres no son militares de carrera ni de armas, más bien son civiles. Deles una oportunidad —le dijo el capitán, alzando el entrecejo.

—La guerra terminó —contestó Danpier.

—Bueno, para algunos parece que sí... Para usted y para mí, ya ve. Pues no. Nuestra gente sigue esclavizada en sus dominios totalitarios y nuestros derechos sobre la Tierra, Orion y Pangea sin reconocer.

—¿Usted habla de derechos? No tienen ningún derecho a tratarnos como sus prisioneros, ni a disponer así de nuestras vidas. Es un crimen y usted lo sabe. Los tratados interestelares no les reconocen ninguna autoridad, las Naciones Americanas y sus aliados

de Orión firmaron el armisticio con La Unión tras la batalla de La Roca. La guerra terminó, los presos fueron liberados, el comercio entre naciones intergalácticas se reestableció y la Humanidad prospera de nuevo. Ustedes se empeñan en alargar una agonía innecesaria para millones de personas, una guerra que se llevó por delante medio mundo. No son más que terroristas, no les quieren ni en su propia casa —expuso Danpier, rechazando la cena que le habían servido.

—Vaya, veo que tiene bien aprendida la lección. Y usted, ¿qué opina, doctor Michael? —le preguntó Van der Haüssen, sin molestarle lo más mínimo.

—Yo no entiendo de política, ni de guerras. Como bien sabe, soy pediatra y mi deber profesional es otro diferente a quitar vidas. Ustedes son soldados, militares; no entiendo su idioma, ni quiero. Pero me gustaría que algún día reinara la paz y que un cruceiro o una nación no tuviera que temer constantemente el ataque de un ejército... o de unos piratas, terroristas o rebeldes, como quieran llamarlo —expuso Michael y, acto seguido, comenzó a comer de aquellas gachas con hambre.

—¡Vaya! Por un lado tenemos un capitán típico prototipo de la Academia; como es la norma, con el cerebro bien lavado, todo un héroe. Y por el otro, a un médico, un enfermero moralista al que no le gustan las armas, un cobarde que se esconde tras su bisturí. Ambos miembros de la tripulación de una nave que misteriosamente ha desaparecido. ¡Se la han comido los bichos! Y aseguran que no se conocen —dijo el capitán rebelde, dirigiéndose a Eva con una sonrisa condescendiente.

—No te metas con mi enfermero —susurró ella con una mueca de advertencia y media sonrisa.

—El *Senator* era una nave muy grande, no tendríamos por qué conocernos aunque ambos formáramos parte de su tripulación, ¿señor...? —apuntó Michael.

—Christopher van der Haüssen; pero llámeme capitán. Pueden acusarme de confraternizar con el enemigo —bromeó el capitán.

—Yo no soy enemigo de nadie —aseguró Michael.

—Y yo, como me considera su prisionero, no tengo nada más que comentarle —continuó Danpier—. Aunque creo que

mis hombres ya le informaron de todo. No entiendo qué hago aquí sentado a su mesa. No soy un héroe y nadie me ha lavado el cerebro.

—Le diré qué hace aquí: espero que me diga dónde se oculta el *Senator*; es la única esperanza de vida que le queda a usted y a su tripulación. Mi intención es dejarles libres, pero necesito saber dónde está ese crucero o si es verdad que estalló.

—Puede jurarlo —aseguró Michael—. El comandante activó un simple circuito interno con una antigua llave de metal, que la reventó en millones de partículas. Parece ser que esos bichos reaccionan a la abundancia de oxígeno de una forma abrumadora. Lo devoran todo a una velocidad increíble.

El capitán Van der Haüssen observó cómo Michael era capaz de hablar sin dejar de comer y ladeó la cara ante el oficial de la *Explorer 1*, que le miraba tan atónito como él mismo. Luego volvió a dirigirse al enfermero.

—Quiero creerles; les haré ese favor de momento. Mandaré una nave allí arriba. Si tiene razón, en la órbita seguro que encontraremos algunos restos, aunque sean pocos.

—Encontrarán, seguro —expuso Michael, terminando su comida, y observó de reojo a Eva, la veía tan hermosa vestida de rebelde mercenaria, con esas armas en el cinto.

—Les diré qué vamos a hacer: si me han mentido, es simple: les mataré. Y si me han dicho la verdad, me lo pondrán un poco más complicado —continuó hablando Van der Haüssen—. A usted, capitán, le mandaré junto con sus hombres a Orión. Supongo que con el tiempo regresarán a Pangea, a menudo hay intercambios de prisioneros; aunque La Unión nunca lo reconozca. No puedo hacer más y seguro que me cuesta una reprimenda. Pero no se preocupe, estoy acostumbrado.

—No me preocupo —expuso Danpier y probó aquella especie de sopa, un poco más tranquilo, queriendo confiar en aquel capitán rebelde extrañamente amable.

—¿Yo no marcharé a Orión? —preguntó Michael.

—No. Eva asegura que tiene buenas manos para todo, que puede sernos muy útil. Andamos escasos de médicos, sus amigos nos privan de todo. Seguro que en los campos de refugiados de

Quelonia se sentirá realizado, entenderá su idioma, hay muchas vidas que atender.

Michael cambió la expresión de su rostro y dejó de comer. No le gustaba lo que oía.

—Es pediatra, podrá atender a cientos de niños comidos por la miseria y las enfermedades —continuó el capitán—. Allí trabajará con personas que tienen que luchar día a día por un bocado de pan duro. Además, Eva tiene una casita pequeña, muy bonita, por aquellas montañas.

—Orión y el cinturón de Quelonia están dentro de los planes de solidaridad de La Unión. Se destina un gran capital a su atención y desarrollo. Hace años que se erradicó el hambre —expuso Danpier.

—En Orión y Quelonia no hay ningún proyecto de solidaridad, sino de explotación y vejación. Veo que usted no está tan bien informado como piensa. Las multinacionales intergalácticas de La Unión roban el coltan, el platino y los metales nobles. Sus soldados matan a los hombres, violan a las mujeres y esclavizan a los jóvenes. Hace décadas que no se trasladan alimentos frescos a las personas que trabajan allí, ni llegan esos fondos de los que habla. Tienen que contentarse con los despojos militares y con lo que ellos mismos producen en esa tierra. ¿Sabe usted lo que eso significa? Y en los campamentos del cinturón de Quelonia, sus amigos no se atreven ni a entrar.

—No le creo. Puede que sea a usted a quien le hayan lavado el cerebro. La Unión terminará por hallar sus escondites y acabará con todos los rebeldes terroristas que impiden una paz sincera. Entonces todo cambiará para mejor, incluidos Orión y el cinturón de Quelonia.

—No me haga reír. Nosotros nunca podremos vivir en su mundo de fascistas.

—No me llame fascista.

—¿Qué son esos monstruos azules de ahí fuera? —preguntó Michael, de pronto, desentendiéndose de las palabras de ambos oficiales.

—No se preocupe, aquí está a salvo. Esos seres no pueden llegar hasta nosotros, les separan cien metros de precipicio en vertical, el río y muchos más de altura.

—¿Qué monstruos? —preguntó Danpier.

—Supongo que el doctor Michael se refiere a los indígenas. Una especie curiosa. Son como homínidos de sangre fría, como herpetos. Pero en verdad son mamíferos. Se distribuyen por gran parte del planeta. Son inteligentes...; no mucho. Quizás como los prehistóricos neanderthales de las cavernas de la Tierra. Eso sí, les encanta la carne humana y son muy buenos cazadores. Piensan que somos el maná de los dioses o algo así, nos llaman moohús.

Michael abrió los ojos exageradamente, perplejo por aquella respuesta, y volvió su mirada hacia Eva, con la duda en su mente.

—Durante el día nadie está seguro ahí afuera, especialmente si no va bien armado —le confirmó la mercenaria, respondiendo a su extraña reacción.

—¡Debemos salir antes de que amanezca! —exclamó Michael, levantándose airado, como activado por un resorte tras escuchar aquellas palabras, ante la sorpresa del capitán rebelde, de Eva y de Danpier.

—Siéntese —ordenó fríamente el capitán Van der Haüssen y, con un gesto de mano, calmó la mirada de los dos guardias armados que custodiaban la velada. Luego, tomó la botella de vino y sirvió a ambos invitados antes rellenar de nuevo su copa.

—¿Qué te ocurre, Michael? —le preguntó Eva, con una confianza que desconcertó a Danpier y al propio Van der Haüssen.

—Eso, díganos, ¿qué le inquieta, doctor? —preguntó van der Haüssen.

—Hay una mujer y una niña ahí afuera. Están solas, sin armas... ¡Debemos rescatarlas antes de que esos monstruos las devoren!

Capítulo 13

EN MANOS REBELDES

En las profundidades de una cueva, entre dos piedras que daban forma a una pequeña cavidad, Selene se encontraba acurrucada junto a la pequeña Sheila. Costner permanecía atado fuertemente de pies y manos con unas lianas de espirales, frente a ellas. El sonido de un pequeño arroyo subterráneo mecía sus sueños en la más absoluta oscuridad.

De pronto, un ruido, seguido de varios destellos, despertó de inmediato la vigilia de Selene. Una procesión de aquellos seres azulados avanzaba frente a ellos, al otro lado del arroyo, a unos treinta metros, con numerosas antorchas prendidas.

Selene les observó con detenimiento. En verdad parecían tan fuertes y feroces como la pequeña les había descrito, quizás mucho más.

—¿Qué hacen? ¿No decías que no conocían este lugar? —susurró.

—Salen de caza. Nunca los había visto aquí. Será una nueva colonia —contestó Sheila—. Pero... Ellos no hacían fuego.

—Pues han aprendido. Es posible que antes hiciera frío en esta cueva, ahora hace calor. Creo que han encendido una hoguera en su interior. Debemos permanecer quietas, sin hacer ningún ruido. Si no se acercan, no nos verán en esta oscuridad.

—Ellos ven algo en la oscuridad —murmuró Sheila.

Selene miró hacia la niña y alzó la mirada en un acto reflejo, un ruido había llamado su atención. Alumbró de inmediato con su linterna frontal, a la vez que desenfundó las armas de su

cintura, y disparó sobre dos de aquellos seres que, surgidos de la oscuridad, se les echaban encima. Los destellos azulados, mortales, del arma llamaron de inmediato la atención de los demás indígenas, los cuales, gritando y rugiendo «moohú, moohú», saltaron al arroyo para atravesarlo, para darles caza.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó Costner.

Selene saltó hacia él, guardó las pistolas y le liberó de inmediato de sus ataduras. Acto seguido tomó de la mano a la pequeña Sheila y corrió en busca de la salida, resbalando y tropezando, alumbrando con su linterna frontal, huyendo de aquellos rugidos de muerte.

—¡Vamos! —gritaba conforme se volvía disparando con el fusil atomizador, manteniendo a distancia a sus perseguidores.

—¡Deme un arma, yo la ayudaré! —exclamó Costner.

Selene corrió como si no hubiera oído nada, pero en aquel terreno resbaladizo por el barro y la piedra húmeda no podía proteger a la pequeña y huir a la vez, mantener el equilibrio y a todos aquellos monstruos alejados. Un golpe en su muslo con una arista la hizo gritar de dolor y sangrar. Alzó la vista y vio muy cerca a aquellas bestias, y comprendió que sin ayuda nunca podría salir de allí.

—¿Te encuentras bien ya? ¿Has recuperado el juicio? —le preguntó a Costner.

Costner asintió rápidamente con las manos y la cabeza.

—¡Sí, por Dios, dame un arma! —exclamó.

—¿Sabes cómo funciona?

Costner negó repetidamente con la cabeza.

—Retiras el seguro, activas la carga, apuntas y disparas —le dijo mientras le mostraba cada paso, abatiendo a uno de los cazadores moohús más cercanos con una de sus pistolas. Y se la entregó.

Costner la observó y se volvió para disparar. Por unos momentos descargó toda su ira, sin dejar de apretar aquel gatillo, de matar con aquella potente arma que le hacía sentirse superior, aniquilando a los feroces seres. Se sintió vivo como nunca, llegando a olvidar su preocupante posición y a disfrutar.

—¡Costner, vamos! —le llamó Selene, alejándose de él tirando de Sheila, dejándolo a oscuras entre los destellos azulados de aquella potente arma.

El deportista la observó, disparó dos ráfagas más y corrió tras ella, volviéndose a menudo para disparar a la oscuridad, hasta que alcanzaron la salida de la cueva. Pararon un momento, para respirar, sin dejar de mirar atrás.

—¡La moto! —exclamó Selene —Costner, cúbrenos mientras la ponemos en marcha.

En ese momento, un desafortunado resbalón de Sheila en la boca de la gruta hizo caer a Selene, que se golpeó en la frente. La pequeña cayó hacia atrás e introdujo su pierna en un pequeño agujero, entre una gruesa rama y dos rocas que aprisionaban su pierna hasta la altura de la rodilla.

—¡Ayúdanos! —le ordenó Selene, tratando de desenganchar a la niña entre disparos y tirones, con la cara manchada de barro y sangre, con la visión borrosa y sin apenas poder respirar.

—¡Mierda, nos alcanzan! —gritó Costner y fue a disparar, pero el arma no funcionó. Enmudecido y con la cara pálida, soltó la pistola y corrió veloz, aspirando con fuerza, hacia la selva de espirales, ignorando las palabras de Selene.

—¡Maldito idiota! ¡Será cobarde! —gritó ella al verle huir.

—¡Vete! ¡Si no te vas, te comerán! —exclamó la niña, entre temblores y lágrimas.

Selene se limpió la sangre con la manga, se alejó dos pasos, apuntó con el fusil y disparó contra aquella gruesa rama, partiéndola en astillas. Y trató de liberar a Sheila, alzándola; pero el tobillo no cedía. Levantó la mirada, angustiada al escuchar los gemidos de la niña y aquellos cercanos «moohús, moohús, moohús». Tragó saliva y descargó una potente ráfaga azulada hacia la entrada de la cueva y luego, de nuevo, disparó sobre la base de la roca que la aprisionaba; la cual se agrietó con un crujido sordo; acto seguido le propinó una fuerte patada haciendo rodar varios trozos de piedra y tierra, los suficientes para que Sheila liberara su pierna con alguna quemazón y numerosas rozaduras. La pequeña se echó sobre la cintura de Selene, conforme ella dirigía los disparos contra los indígenas que aparecían rugiendo.

—La moto, actívala; el botón verde de la derecha... ¡Corre! —gritó Selene.

La pequeña, olvidándose de su tobillo, saltó sobre la moto, y la activó mientras Selene mantenía a las bestias en la boca de la gruta. El fusil dejó de disparar, agotada la carga. La capitán soltó el arma, arrugando los labios, y corrió hasta la moto. Apenas se había sentado, aceleró, saliendo veloz de aquel lugar, seguida por decenas de venablos y estremecedores rugidos.

Los ecos de los rugidos las acompañaban en su huida, por todo el bosque, como si fueran mensajes que se transmitían de unos a otros. De pronto dejaron de escucharse. Y la moto avanzó por las sendas de aquel bosque que les llevaban al desierto.

—¡Debemos llegar a la *Explorer 1*, no puede faltar mucho! —exclamó Selene, tras quince minutos de aventurada marcha.

—Sí, allí se ve la salida de la selva... La nave está cerca —aseguró la pequeña, con una sonrisa al ver que habían dejado atrás a los cazadores moohús.

Una enorme red se cruzó en el camino, alzada entre los últimos árboles que crecían ante el llano terroso. Selene volteó la moto, haciéndola deslizarse por el suelo, hasta perder el equilibrio y caer. Evitó aquella trampa por muy poco. Se levantó con un fuerte dolor en el hombro derecho, una herida en la espalda y con el muslo magullado, sangrando. Se arrancó del cuerpo los tallos espinosos que la cubrían, corrió para recoger a la pequeña Sheila y la acurrucó entre sus brazos, liberándola de espinas.

Una docena de indígenas salieron tras los árboles, con sus venablos. Selene se llevó las manos a la cadera, en busca de unas armas que había perdido en la caída, junto a una de sus botas. Desarmada y con la pequeña en brazos, salió corriendo por aquel desierto rojo, buscando una salida en medio de la desolación de la nada. El oxígeno le faltaba, el sol abrasador la golpeaba con fuerza, el corte del muslo le dolía y la sangre de su frente la impedía ver con claridad. Con la boca reseca, sin soltar a la niña, volvió la vista atrás para ver cómo aquellas criaturas se acercaban cada vez más y más. La *Explorer 1* se divisaba a poco más de cien metros. Una distancia escasa, pero quizás insalvable. Cerró los ojos y apretó en su carrera, sacando fuerzas de la nada, asfixiándose.

Una de aquellas bestias la alcanzó del pelo y, tirando de ella hacia atrás, la desequilibró.

En su caída, Selene pudo ver cómo las demás criaturas se acercaban veloces y cómo la pequeña rodaba en la tierra rojiza produciéndose, con una afilada arista rocosa, una herida sangrante en el brazo. Se rehizo rápidamente, tomó una gran roca y, de un salto, se apoyó en la propia rodilla del cazador que la acosaba para estrellársela en su cráneo, gritando con fuerza. Aquel indígena cayó lanzando espesos golpes de sangre, con la cabeza aplastada, levantando una fuerte polvareda.

Los demás pararon atónitos.

—¡Moohú, moohú, moohú! —comenzaron a gritar, dando pequeños pasos atrás.

Selene tomó otra piedra, más pequeña, y alzó su brazo. Entonces, los cazadores salieron huyendo. La capitán sonrió incrédula: huían ante ella y su miserable piedra. Agotada, cayó hacia atrás, sentada.

Un fino silbido, seguido de un destello azulado, la hizo comprender. Una nave de combate pasó por encima de ella, a unos metros, disparando contra los indígenas. Su sonrisa se tornó incierta al observar el modelo de aquel caza, sus distintivos y aquella calavera crestada. Se volvió a cuatro patas, se levantó y corrió a tomar en sus brazos a la pequeña Sheila. Nerviosa, le taponó la herida del brazo con un harapo que arrancó de su propia camisa desgarrada.

Resignada, vio cómo la nave aterrizaba cerca de ellas. Y vio desembarcar a dos hombres: uno negro, enorme; el otro era aquel atractivo oficial desconocido para ella, pero que ya había visto en la grabación de la *Explorer 1*, un seguro enemigo: un centurión de Orión. Junto a ellos, saltó de la nave una mujer morena, una mercenaria, sin duda. Se acercaron con las armas preparadas, observando cualquier movimiento que procediera de la selva de espirales.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó el capitán Van der Häussen.

—Sí. La pequeña, por favor, está sangrando—le rogó ella, alzando su rostro y fijando sus ojos rojos en él mientras apretaba a la pequeña contra su pecho.

El capitán no contestó, se quedó como atónito y la observó detenidamente, embelesado por su belleza, enamorado ante aquella escena y temiéndose a quién podría tener ante él.

—Necesita un médico urgentemente, hay que parar la hemorragia —insistió Selene, rehuyendo su mirada para volver a ella como un imán penetrante.

—No se preocupe, la sangre es muy escandalosa, solo es una herida superficial —dijo Eva, revisando el brazo de la pequeña Sheila y haciéndose cargo de ella—. Vamos a subirla, en la nave disponemos de un botiquín de urgencias; valdrá hasta que lleguemos al campamento.

—¿Ha sido usted? —le preguntó el capitán Van der Haüssen, lanzando una mirada sobre el cazador moohú muerto, con el cráneo aplastado. Y luego a las diversas heridas y al pie desnudo de Selene.

—Sí.

—David contra Goliath. Ha perdido una bota y se la ve muy magullada. ¿Está bien? —insistió con una sonrisa el capitán, amablemente, sorprendido y ciertamente atraído por aquella hermosa, cariñosa y valiente mujer.

—Estoy bien —dijo Selene, tratando de alzarse con orgullo.

—Suba a la nave. Este lugar no tardará en congregar a todos los indígenas de la zona.

—Gracias por su ayuda —murmuró ella, doliéndose de la cabeza, del hombro, de la espalda y de la pierna magullada.

—Ah, no me dé las gracias. Seguro que usted hubiera hecho lo mismo en nuestro lugar. ¿Verdad? Su cara me resulta familiar. ¿Nos conocemos de algo? —le preguntó, mientras la ayudaba a caminar bajo la mirada perspicaz de Sanpedro.

—No creo... Pero, ¿quién sabe? El mundo es un pañuelo —contestó ella, flaqueando en sus fuerzas hasta apoyarse en el hombro del capitán, con un pequeño gemido.

—Un pañuelo cada vez más grande —apuntó él, sujetándola por la cintura. Y notó la mano húmeda al apoyarla en su espalda—. Está sangrando mucho... ¡Eva!

La mercenaria se acercó, tanteó la espalda de Selene y colocó sobre el corte un apósito que desprecintó allí mismo.

—¡Listo! ¡En la enfermería revisaremos la herida y miraremos ese hombro! ¡Y esa pierna! —exclamó satisfecha y, por un momento, se quedó como petrificada al ver de cerca la cara y los ojos rojos de Selene.

—¿Es de Pangea o tal vez Orión? ¿Podemos habernos visto en el cinturón de Quelonia? —insistió el capitán.

—No, nací en Europa... En la Tierra.

—Vaya, una terrícola. Creí que nadie nacía ya allí.

—Las cosas han cambiado. Espero volver un día.

—Yo también —aseguró el capitán.

—¿Sí? ¿En serio? —sonrió Selene, con una mueca de dolor, sabiendo que tenía las mismas y escasísimas posibilidades que ella de pisar de nuevo la Tierra.

—Yo soy de Manhattan... Nueva York. O de lo que quede. Americano, ¿sabe? De los antiguos...

—Sí, una gran raza. Ya vi en su caza las insignias rebeldes.

—No tema, no somos esos bárbaros terroristas que su gobierno les dice —se justificó el capitán al comprobar, como se temía, que esa mujer sabía distinguir una nave de guerra y un bando: el enemigo.

—¿No? —preguntó ella.

—¡Ah! ¡La Estatua de la Libertad! ¡Cuanto daría por volver a verla! —exclamó el capitán, cambiando de tema, mientras la ayudaba a subir al *Águila Negra*.

—Su marido nos avisó de que andaba perdida con su hija por esta zona. ¿Pensaba pilotar esa nave? Es más complicado de lo que usted piensa, no basta con unas simples nociones de vuelo —le dijo Eva, con cierta amabilidad y perspicacia, sentándose a su lado, embelesada ante ella.

—¿Mi marido? —preguntó asombrada Selene.

—Sí, ha sobrevivido —afirmó el capitán—. Estaba entablado relaciones matrimoniales con Eva, mi segundo de a bordo. Pero cuando le comenté de ir al cinturón de Quelonia, a los campos de refugiados, recordó que estaba casado.

—Es un picaflor —sonrió Sanpedro.

—No se preocupe, señora. No estábamos entablado relaciones, solo era una aventura —contestó Eva, de forma descarada,

sin dejar de observarla anonadada—. Su marido es un golfo, pero está al querer.

Selene les miraba sin comprender nada.

—¡Ayuda, espérenme! —gritó Costner, surgiendo de pronto entre las espirales de la selva, corriendo desesperado hacia ellos.

—¿Y ese? —preguntó Sanpedro, sorprendido.

—Es un pasajero del *Senator*, otro superviviente; ayúdenle, por favor —contestó Selene.

—Sanpedro, Eva, cubrid a ese hombre por si le siguen los indígenas y subidle al *Águila Negra* —ordenó el capitán con cierta perplejidad—. ¿Hay alguien más?

—Me temo que no —murmuró Selene.

Sobrevolando el desierto, Selene observaba las facciones de aquel capitán, sus fuertes brazos, su guerrera militar y ese emblema que odiaba profundamente: la calavera encrestada. Pero a pesar de ello se sintió tan atraída, o algo más, por aquel hombre que la había salvado, a ella y a la niña, como cuando lo vio por primera vez en aquellas imágenes. No dijo nada más. Sabía que su vida no valdría nada en cuanto descubrieran quién había sido ella, quién era en realidad. Pensó que era su fin, que solo era cuestión de tiempo. En sus brazos llevaba a la pequeña Sheila dormida, acariciándole su larga melena rubia. Y aquel hombre le sonrió.

—Tranquila, está usted a salvo y ella también —aseguró el capitán Van der Haüssen.

Selene le devolvió la sonrisa, y volvió la vista al frente, cruzándose con la mirada temerosa y esquiva de Costner, y supo que, más pronto que tarde, la delataría.

—Usted... Usted es Costner, «Cañonero Costner», de los Coyotes de Nebraska, ¿verdad? —preguntó Sanpedro, de forma animosa.

—¿El «Cañonero Costner»? —insistieron el sargento Wuterich y Eva, a la vez, volteando la mirada ante la perplejidad del capitán Van der Haüssen.

Costner sonrió, asintiendo de forma gozosa, pero un tanto humilde.

—¡Guauuuu...! Ya verás cuando se lo diga a mis hijos, acabamos de rescatar a un dios. ¡Nada menos que al «Cañonero Costner»! Me tiene que firmar un autógrafo —dijo Sanpedro.

—Sí, claro —afirmó el jugador, con cierto orgullo—. Aún no les he dado las gracias por salvarnos de esas bestias. Ha estado muy cerca.

—En esta nave todos somos hinchas de los Coyotes..., menos el capitán —afirmó Eva.

De pronto, Costner sollozó emocionado y rompió a llorar. Rápidamente ocultó entre sus manos la cara. La tripulación del caza se quedó perpleja, sin comprender.

—Me comentó que ha perdido a su mujer. Esos seres azulados... Viajaba con nosotros... No sé qué ha pasado. Esperaban una hija —apuntó Selene, conmovida.

—Es terrible —aseguró Sanpedro, y lo abrazó entre su enorme torso negro para que sollozara en su hombro.

El *Águila Negra* cruzó el desierto rojizo y los bosques de litoral que seguían los diferentes cauces de ríos y lagos, dejando una pequeña estela plateada y anticipándose al agudo silbido de sus reactores. Ocultos en aquellas selvas, cientos de miradas se clavaron en su dirección y aullaron al viento «moohú, moohú, moohú», alzando bravos sus venablos.

Selene, sentada en la parte de atrás del caza, observaba cada resquicio de la nave, a la tripulación, y finalmente su mirada se perdía, una y otra vez, en el rostro de aquel capitán rebelde.

—¿Por qué iba atado su marido en ese módulo espacial? —le preguntó Eva.

—¿Atado? ¿Mi marido...? —respondió ella, sin entender nada.

—Sí, el doctor Michael —apuntó Van der Haüssen.

Costner tragó saliva, temió que descubrieran sus crímenes, su cobardía. Él sí comprendía aquellas palabras. Michael había sobrevivido y aquellos hombres lo tenían en su poder. Pensó que poco podría haber dicho, lo dejó inconsciente antes de que todo ocurriera. Y se fijó en los ojos rojos de Selene.

—Pero la capitán no tiene esposo... ¿A quién han recogido? —preguntó con toda la intención, entre tartamudeos lastimeros y sollozos—. Oh, mi querida Marian. ¡Marian! ¡Mi hijita!

La nave quedó en silencio y las miradas se clavaron en Selene.

La pequeña Sheila despertó y abrió los ojos, desconcertada, y mirando a todos se abrazó a ella, reptando hasta su cuello. Apoyó la cabeza en su hombro, mientras se fijaba en su entorno, observando a aquellos hombres desconocidos.

—¿Dónde estamos?

—A salvo, mi princesita —respondió Selene.

—¿Se fueron los cazadores moohú? —preguntó con cierta timidez.

—Ya se fueron todos los ogros azules. Estos señores y esta señora tan amable nos salvaron —contestó Selene y la besó tiernamente, mientras le acariciaba la cabeza con una mano y, con la otra, la apretaba contra su pecho.

—Hola, pequeña, ¿cómo te llamas? —preguntó el capitán Van der Haüssen, volviéndose desde su asiento. Y apretó levemente con su dedo índice la nariz de la niña. Ella volvió su cara y la escondió rápidamente en el cuello de Selene.

—Se llama Sheila, es muy vergonzosa —aseguró ella, temiendo que una pregunta llevara a otra; sabiendo que Costner no tardaría en delatarla en cualquier momento, si no lo había hecho ya.

—Es muy grande —aseguró Sheila, estirando el cuello y observando el torso, el cuello y la cabeza de Sanpedro, que sobresalía por encima del respaldo.

—Sí, de pequeño su mamá le daba enormes chuletones para desayunar y a mediodía se comía el bisonte entero —bromeó Van der Haüssen.

—No le hagas caso, eran de vaca —sonrió Sanpedro.

—¡Es él, el chico que te gusta! —exclamó Sheila, mirando al capitán de nuevo, al reconocerle, dirigiéndose hacia Selene y señalándole sin parar con su dedito.

—¿Cómo? —preguntó Van der Haüssen, desconcertado.

—Ella dice que eres muy guapo —le aseguró Sheila, mientras asentía repetidamente con su cabecita.

Selene sonrió sin saber qué decir ante la mirada atónita de Van der Haüssen y del resto de la tripulación.

—Así que eres una niña muy vergonzosa —le dijo el capitán, guiñándole un ojo.

—Ya llegamos —aseguró el sargento, e inició la maniobra de descenso.

—Aquí *Águila Negra*, llegamos con tres nuevos inquilinos —aseguró Eva, transmitiendo para el campamento rebelde.

—Recibido. Protocolo abierto. Esperamos más información —se escuchó en el caza.

—Necesitan atención médica. Preparen dos camillas, un equipo de reanimación T5 para dos adultos y un T3 para una niña; presenta un corte algo profundo en un brazo. Solicitamos también escolta CS-USAF clase D. No parecen hostiles, pero envíen también dos CSA para que les escolten, traemos un deportista de élite —concluyó Eva.

Sobrevolaron el gran cañón y el inmenso río que lo formaba. Selene se fijó en aquel muro que se abría en la pared vertical y volvió la vista atrás. Numerosos indígenas se congregaban en la orilla, rugiendo.

—Hace días que están llegando de todas partes de este asqueroso planeta. Desaparecen con la noche y con el día regresan —aseguró el capitán inclinándose un poco sobre ella, observando por la misma escotilla.

Selene volvió su rostro, quedando apenas sus labios a un dedo de los del capitán, y sus miradas profundizaron las del uno en las del otro.

—¿No pueden cruzar? —preguntó la pequeña Sheila, tomando con su manita el distintivo americano de la guerrera del capitán, y tiró de él.

—No.

—De momento —apuntó Selene—. Parece que aprenden rápido.

—Tranquila, tendrían que descender el acantilado, atravesar el río y escalar más de doscientos metros en vertical.

—Parecen fuertes, están buscando la forma —aseguró Selene. El capitán acarició la melena de la pequeña y le sonrió.

—Cuando la encuentren, ya no estaremos aquí. Nos marcharemos en unos días. Con nosotros estás a salvo. Dile a tu mamá que no sufra tanto por tu suerte.

La pequeña Sheila se volvió con la boca abierta y cara de sorpresa hacia Selene, sin comprender.

—Ten, mira lo que encontré. Es azúcar tostado, te gustará —le dijo Sanpedro, ofreciéndole un caramelo—. Ahí abajo tengo más, y tu padre está esperándote con los brazos abiertos.

—¿Mi papá está vivo?! —preguntó con un grito de sorpresa.

—Sí, claro, pequeña... ¡Ten!

La pequeña Sheila tomó el caramelo y se lo metió en la boca con alegría, luego se volvió hacia Selene.

—¡Mi papá está vivo! —exclamó, incrédula.

Selene la abrazó bajo la atenta mirada del capitán Van der Haüssen, mientras la nave de combate se internaba en aquella gruta, para llegar hasta la zona de aterrizaje.

—Señores, señoras, hemos llegado —dijo el sargento.

Varios enfermeros les esperaban, con dos camillas robot, una dispuesta para la niña y otra para Selene. En unos momentos las tumbaron sobre ellas y revisaron sus heridas, después las cubrieron con una sábana blanca y se las llevaron hacia el interior de la fortaleza. La capitán se incorporó un poco, para ver cómo la alejaban del *Águila Negra* y de su tripulación. Con una mirada confusa se despidió de aquel capitán rebelde que la había salvado. Costner las acompañaba, observando por todos lados, mientras varios de aquellos hombres que trabajaban allí se le acercaban y exclamaban su nombre, el de un héroe de la liga profesional intergaláctica. Se sentía de nuevo famoso, poderoso, escoltado por aquellos androides.

—¿Una escolta CS-USAF clase D y dos CSA? —preguntó el capitán Van der Haüssen, con cierta sorna—. No creo que escapen a ningún lugar.

—Nos han mentido —dijo Eva.

—Esa mujer... tiene los ojos rojos —apuntó Sanpedro.

—Lo sé. Es una variación genética de algunos de los últimos indígenas supervivientes de la Tierra, se dio en algunas zonas del sur de Europa —explicó el capitán.

—Creía que se habían extinguido todos los mutantes —expuso Sanpedro.

—No son mutantes... Ni demonios. Pensad que ordenaron matarles a todos. Solo tienen el iris rojo, como otros lo pueden tener azul o verde —continuó el capitán.

—¿Hay humanos de verdad con los ojos azules? —preguntó Sanpedro, extrañado.

—Yo solo sabía de una persona con los ojos rojos, y más a la que llamaran capitán. No era precisamente de los nuestros —apuntó Eva, con una sonrisa inquieta.

—Yo también. Pero, ¿no era una ginoide? —preguntó Sanpedro.

—No, eso son rumores —respondió Eva.

—Pues eso decían —insistió Sanpedro.

—Porque no había forma humana de vencerla —aseguró Eva, con cierto orgullo.

—¿Quieres decir que es ella? —preguntó Sanpedro.

—Sí, creo que hemos cazado a la mismísima Loba Roja —expuso Eva, extasiada.

—No lo sabemos ciertamente —comentó el capitán, levantando la mano, despidiéndose de Selene en la distancia, con una sonrisa difusa.

—Señor, nos han mentido... ¿Por qué, si no? —insistió Eva.

—La Loba Roja fue abatida por la *Mamba Negra* ante nuestros ojos —replicó el capitán.

—Sí, lo recuerdo. Casi nos fríe —apuntó Sanpedro.

—Pero pudo saltar; siempre se ha dicho que la muy zorra participó en la batalla hasta la victoria —insistió Eva.

—Pues sí, y hay quien dice que fue desmantelada junto con los demás androides; otros que fue abatida en tierra; y algunos afirman que, acabada la guerra, dejó el uniforme para siempre. Lo cierto es que desapareció tras la batalla de La Roca. Esa mujer que hoy hemos rescatado no es una militar. Yo solo he visto una joven temerosa, que acurruca en sus brazos a una niña —expuso el capitán, para sorpresa de Eva y Sanpedro.

—Vaya, parece que esa mujer ha calado en el solitario corazón de nuestro capitán —dijo Eva, con cierta dejadez—. ¿Vas a proponerle ir a Quelonia como a mi enfermero?

—Es ella —aseguró rotundamente el sargento Wuterich, saltando del caza y colocándose junto a sus compañeros de tripulación.

—La niña ha dicho que le gustas a esa mujer, que le pareces muy guapo. ¿O quizás me lo ha parecido a mí? —preguntó Eva con cierta languidez y una sonrisa pecaminosa.

—Ocúpate de su ingreso, que no desate alarmas. Nadie debe saberlo. ¿Tú no tenías unas lentillas verdes? —le ordenó el capitán, con una extraña mueca—. No quiero un linchamiento, ¿te ocuparás?

—Eso está hecho, quiero conocer a la leyenda... Me debes otra —contestó Eva, y se alejó tras la camilla—. Y las lentillas son marrones, ¡mis ojos son verdes!

VIENTOS DE GUERRA

Selene pasó dos días en una blanca habitación de la enfermería, tumbada en una cómoda camilla, recuperándose de sus heridas. No era una celda, ni estaba aislada de las demás, sino que permanecía en una zona aparentemente común. A través del cristal de la ventana de la puerta, veía a menudo al capitán Van der Haüssen, interesándose por ella, junto a Eva, su guardia. Aunque llegó a desearlo con el corazón, nunca entró mientras permanecía despierta. Cuando las luces se apagaban y parecía dormir, la mercenaria se alejaba y una figura entraba en la habitación, para sentarse a su lado. Siempre se marchaba antes del amanecer. Ella nunca preguntó quién era, ni se volvió para verle. No sabía cómo reaccionar, ni qué decir; solo tenía por cierto que él estaba ahí para que nadie la molestara o se la llevaran a una celda, o para que no pudiera huir. Por algo se había preocupado de darle aquellas lentes que camuflaban su verdadera identidad.

Al tercer día, bastante recuperada, Selene fue trasladada a una especie de habitación sin puerta, custodiada por dos androides CSA. Era una ancha sala, iluminada por dos aros de energía blanca; con un armario, una mesa grande, dos mesitas, unas sillas, un mueble escritorio, una cama de cómodos cojines, y que disponía de un pequeño baño con ducha. En su mediana había una ventana que daba al cortado, y ella se asomó para ver aquel nuevo anochecer.

Miles de indígenas, que se habían concentrado ante la gruta durante el día, al borde del profundo cañón, regresaban a la oscuridad. La terrible algarabía de gritos y aullidos tocaba a su fin.

Desde la vertical del acantilado, sobre la repisa de la grieta que hacía de ventanal, Selene les observaba. Se sabía presa y se inclinó al vacío, buscando una posible salida por donde huir. Fuera hacía mucho frío y la bata, una especie de chitón blanco abierto por la espalda, única prenda con la que la habían vestido en la enfermería tras sanar sus heridas, no era la ropa más adecuada. Unas estrechas chanclas de gruesa tela le hacían de calzado. Una venda cubría todavía la herida de su cabeza, otra la espalda y su muslo, y algunos apósitos los pequeños cortes de su cuerpo.

El capitán Van der Haüssen entró en la estancia y sonrió al ver la escena. Se acercó con paso lento hasta ella y se puso a su lado, observando el cuerpo de Selene parcialmente colgado en la repisa de aquella especie de ventana. Apenas las piernas permanecían dentro de la estancia.

—Hay doscientos metros de altura en vertical. La profundidad del río apenas es de tres metros y su lecho es pura de roca, de hierro. Además, la noche en Zafiro es helada, las temperaturas pueden bajar en ocasiones hasta los 10° bajo cero —dijo el capitán, asomándose a su lado, colgando también, apoyado sobre aquella repisa de piedra.

—Ya veo —dijo ella, sorprendida, mientras volvía todo el cuerpo hacia dentro y trataba de cerrar, apurada, la apertura trasera de aquella bata.

Van der Haüssen se incorporó a su lado. Por unos momentos ambos permanecieron en silencio, mirando al frente, observando los movimientos de los últimos cazadores moohús.

—Regresan a las grutas de sus selvas, como cada noche. Volverán al mediodía, tras alimentarse —aseguró finalmente el capitán.

—Yo no estaría tan tranquila.

El capitán observó detenidamente a los indígenas, desaparecían entre las sendas del bosque. Y asintió con una mueca contrariada. Luego retrocedió, bajo la mirada curiosa y expectante de Selene.

—Veo que te encuentras muy bien, me alegro —le dijo.

—Sí, gracias. En la enfermería han realizado un buen trabajo, se han preocupado mucho. Parecía que tuviera un ángel de la

guarda velando por mí. ¿Cómo está mi pequeña Sheila? —preguntó Selene.

—La niña está estupenda, habla por los codos. Se ve que te quiere mucho.

—¿Por qué no se me permite verla? ¿Salir de esta habitación? ¿Soy tu prisionera? —insistió Selene, dejando ver su lado autoritario.

—Son muchas preguntas las que haces y creo que ya sabes todas las respuestas. Ya puedes quitarte esas lentillas, no es necesario que las lleves. Este es mi alojamiento, nadie te molestará.

Selene volvió a mirar aquellas paredes y comenzó a quitarse las lentillas.

—¿Por qué? —preguntó.

—A la niña la verás pronto, no te preocupes. Ya veremos cómo lo arreglo —aseguró Van der Haÿssen, sin responder a la pregunta—. Ese enfermero, Michael, nos mintió. No es tu hija, ¿verdad?

—No, no es mi hija.

—Vuestro ADN no se parece en nada.

—Es como si lo fuera, no te atrevas a dañarla.

—Veo que tienes carácter. ¿Cómo iba hacerle daño a una niña?

Selene se le acercó, dubitativa, recelosa.

—¿Para qué quieres mi ADN? —preguntó, preocupada.

—No tienes por qué temer nada. Eva se ha encargado de destruir todos tus análisis, nunca has estado en la enfermería. Y la niña está a salvo —insistió Van der Haÿssen—. ¿Sabes? Mi sargento cree que eres Selene, la Loba Roja. Eva y Sanpedro, también.

—Esos cazadores moohú... Han aprendido cómo hacer fuego, a tallar la piedra, a fabricar armas... Evolucionan rápido, demasiado rápido. Pronto, un pequeño cortado no será un problema para ellos —aseguró Selene, cambiando de tono, de tema de conversación—. Deben de haber cientos de miles en esas cuevas; asimilan y aprenden. Encontrarán la forma de llegar hasta aquí.

—Sí, eso es verdad. Espero que tarden unos días más. Pronto nos iremos y no sé cuándo volveremos; si volvemos.

—Hay agua, alimentos, oxígeno... y oro. Volveréis —aseguró ella—. ¿Y tú qué crees?

En ese momento entró en la estancia Eva, con un paquete, un uniforme negro y unas botas en sus manos. El capitán se levantó y anduvo hacia ella, acercándose a la mesa, sobre la que había un cuenco transparente con agua y unas copas.

—Te he traído ropa limpia. Es mía. Espero que estés cómoda. Creo que usamos la misma talla —dijo Eva, con cierta camaradería. Selene la revisó por encima, sin entender qué estaba pasando. —Gracias —contestó.

Eva asintió y se acercó al capitán, mientras se servía un poco de agua.

—Espero que sepas lo que haces —le apuntó Eva, alzando la ceja con un gesto clarividente. Y salió de la sala.

El capitán se acercó a Selene, con una copa de agua, ofreciéndosela.

—Yo creo que la Loba Roja murió en La Roca —contestó, retomando la pregunta de Selene—. He pensado que necesitarías ropa. La que llevabas estaba algo maltrecha. Eva se ha brindado para prestártela. Ya se ha ocupado de quitar las insignias militares. Ha supuesto que no te gustaría llevar nuestros emblemas —aseguró.

Selene dejó la ropa sobre el sofá, tomó la copa y bebió. Y sin decir nada, se quedó mirando al capitán, como esperando más.

—Mañana salgo en busca de ese transbordador —le aseguró el capitán—. El que se estrelló en los lagos del norte. Dime qué pasó allá arriba.

—Hubo una invasión de esos bichos blancos que hay en este planeta. La niña los llevaba en su cápsula de salvamento. En una semana se desarrollaron a miles, quizás millones... Nos sorprendieron, mucha gente murió y no pudimos hacer nada por evitarlo.

—¿Las termitas necrófagas? —preguntó el capitán, con interés, dando credibilidad a aquella versión que ya había oído de la boca de Michael y, con sorpresa, de la pequeña Sheila—. ¿Cómo es posible? Son animales muy glotones, pero también lentos.

—Es difícil de explicar, de comprender. Creo que la abundancia de oxígeno influyó en el desarrollo de su metabolismo, lo acelera vorazmente. Devoraron a toda la tripulación... Se tragan cualquier cosa que incluya carbono orgánico en su composición.

Fue horrible —aseguró Selene, y su mentón tembló pensando en el comandante Marvin.

—¿Te apetecería acompañarme? —le preguntó Van der Haüssen, de pronto, como si ella no estuviera presa.

Selene le miró extrañada, aquel hombre cada vez la cautivaba más. Y levantó las manos levemente, como pidiendo una explicación, mientras asentía.

—¡Eres mi invitada! —exclamó el capitán, irónicamente, con una sonrisa gamberra.

—¿Por qué no vamos ahora? Durante el día están activas esas criaturas.

—Se aproxima tormenta.

Un pequeño zumbido sonó y una lucecilla roja se encendió en la muñequera del capitán, interrumpiendo la conversación. Él la observó y, con la otra mano, la desactivó.

—Debo marchar, me están buscando. Estamos activando los protocolos y comprobando la carga. Como te he dicho, en unos días dejaremos Zafiro.

—Capitán, los androides que he visto son militares, ¿verdad? ¿Estáis preparando una invasión? —preguntó Selene.

El capitán sonrió de nuevo, le guiñó un ojo y se alejó sin revelar nada de los planes del ejército rebelde.

—Descansa y no intentes nada. No hay donde huir y los CSA no tienen mucho corazón —aseguró, mientras salía de la estancia y se cruzaba con los dos androides que hacían guardia.

—¡Capitán! Si este es tu alojamiento, ¿dónde descansas ahora? —preguntó Selene, tratando de retenerle.

—Con Sanpedro; el sargento ronca demasiado y Eva está liada con ese enfermero —le contestó Van der Haüssen, mientras se alejaba por un ancho pasillo.

Selene realizó una mueca extraña de resignación. Tan preocupada como atónita por lo que estaba viviendo, y más por lo que comenzaba a sentir de forma tan latente en su interior por aquel hombre. Con una expresión de sorpresa, revisó de nuevo aquella ropa. Unas braguitas rosa, a juego con un sujetador de aros y una camiseta blanca; un uniforme térmico de combate, sin insignias; unos guantes, unas gafas inteligentes, una linterna frontal,

un cinturón y unas botas altas, resistentes. Luego, terminó de beber el agua y regresó al ventanal, para volver su mirada hacia las lunas de Zafiro, las cuales, brillantes en la noche con el reflejo de su sol, iluminaban con una suave luz blanca el inmenso cañón que rodeaba la gruta.

—¿Qué quiere de mí? ¿Por qué no me ha delatado? —murmuró, con una mueca de curiosidad, mientras se vestía con las braguitas, el sujetador y la camisa—. ¿Sentirá lo mismo que yo? Tendré que matarle... para huir... ¡Dios, me sentía desnuda con esta ridícula bata ante él!

No había rastro de los cazadores moohú. Pero un continuo movimiento llamó la atención de Selene. Aquellos feroces animalitos, parecidos a hormigas, descendían por miles los acantilados del cañón hasta llegar a la orilla del río. Y abrió levemente la boca al comprobar que estaban cruzando. Uniéndose por las patas y las mandíbulas, aquellos seres formaron enormes bolas de miles de ellos, que retenían el aire bajo la superficie y flotaban en el agua. Aquellas balsas orgánicas desembarcaron e iniciaron lentamente la escalada.

Selene se sintió nerviosa, recordando la terrible marabunta que había arrasado el *Senator*, y pensó en la pequeña Sheila. Anduvo dando vueltas por la habitación y se asomó de nuevo al ventanal. Las criaturas se introducían por las grietas de la montaña. ¿A dónde irán a parar?, se preguntó. Se vistió por completo con aquel uniforme y se dirigió decidida a la salida, con la intención de buscarla e intentar huir hasta la *Explorer 1*. Pero apenas se había acercado lo bastante cuando los CSA se interpusieron en su camino, desplegando en sus brazos dos cañones láser, que se armaron en un segundo, con un sonido metálico y un haz luminoso rojo que apuntaba directo a su corazón.

—Acceso denegado. Por favor, retroceda —ordenaron ambas máquinas a la vez.

Rápidamente regresó al ventanal; sabía bien de la eficacia de aquellos androides. Unas oscuras nubes comenzaban a ocultar ambas lunas. La oscuridad más absoluta se abatió sobre aquel desierto y unos tremendos truenos, seguidos de destellantes rayos,

resonaron con fuerza. Una lluvia torrencial cayó de pronto, y aquellos seres desaparecieron entre las grietas del cañón, ocultándose de la tormenta, y dejaron de cruzar el río turbulento. Por un momento se sintió a salvo. Anduvo hasta la cama y se tumbó, pensando en todo lo ocurrido, en dónde se encontraba, en aquel capitán rebelde. El cansancio acumulado venció pronto sus temores e inquietudes, y quedó dormida entre los cojines acolchados.

* * *

Un destello recorrió el cielo de Zafiro. La nave de combate del capitán Van der Haüssen, el *Águila Negra*, sobrevolaba el desierto en aquel limpio amanecer. En su interior, la tripulación apenas había dicho palabra alguna. La presencia de Selene les confundía a todos, excepto al capitán.

—No encontraréis nada —aseguró Selene.

—Bueno, lo comprobaremos —contestó van der Haüssen.

—Antes de alcanzar la *Explorer 1* estuve revisando esa nave. El impacto la partió. Parte de ella cayó al lago, el resto permanece en tierra —insistió Selene.

—Lo sabemos —añadió Eva.

—No hay supervivientes, están todos muertos —apuntó Selene.

—No buscamos supervivientes —aseguró el capitán.

Selene observó por las escotillas. Se aproximaban al lugar. El caza comenzó a descender.

—Comprendo, buscáis el arsenal de la *Explorer 5* —dijo, con cierta resignación—. Está sumergido.

—No —replicó el capitán.

—Entonces, ¿qué buscamos?

—Queremos los planes de ruta del *Senator*. Sus permisos de ataque, su memoria interestelar; sin duda deben permanecer en la cabina de mando del transbordador espacial. Si es cierto que el crucero se autodestruyó, pueden valernos para la *Cerval* —aseguró el capitán.

—Nunca se sabe, pero creemos que sí que están ahí —apuntó Eva.

—Comprendo —murmuró Selene—. No os valdrá, cada crucero tiene su código de navegación. No se puede alterar, ni modificar.

—No lo alteraremos, ni lo modificaremos. Simplemente sustituiremos la entrada del *Senator* por la *Cerval*; eso nos permitirá desembarcar en los puertos de La Unión —aseguró Eva.

Selene calló. Sabía que eso sí era posible, y también lo que significaba. Miles de androides y soldados podrían iniciar una ofensiva desde el mismo corazón de Pangea sin ser detectados por las fuerzas de La Unión.

—No os puedo ayudar —aseguró ella.

—No lo necesitamos.

—Entonces, ¿para qué me habéis traído hasta aquí?

—El capitán no se fía de dejarte sola en la base. Si alguien sospecha quién eres, serás ajusticiada de inmediato. Son las órdenes —aseguró Eva, ante la perplejidad de Selene, quien, sin palabras, cruzó la mirada con la del capitán, y después, desconcertada, sobre el paisaje que se abría ante ellos.

—¿Y la niña? —preguntó de pronto.

—Está bien, en la enfermería —dijo el capitán.

—No te preocupes. Michael cuida de ella, aún sigue con su juego. Quiere hacernos creer que es su hija y tú su mujer —contestó Eva—. Duerme en mi lecho, pero no quiere ir a los campamentos de refugiados de Quelonia.

—Ese picaflor piensa que así no irá, ignorante —aseguró Sanpedro—. ¿Eres de verdad la Loba Roja? ¿La Loba, Loba?

—Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba así. Soy Selene, piloto jefe del *Senator*, capitán del puesto de mando... La Loba Roja murió en La Roca.

—¿Dejaste la milicia? —preguntó Eva—. Una amazona siempre es una amazona.

—La guerra terminó —contestó Selene.

—Parece que no —comentó van der Haüssen.

—Ya veo.

—Vamos, está amaneciendo. Los indígenas no tardarán en salir al sol como los lagartos —apremió el sargento Wuterich, iniciando los protocolos de aterrizaje del caza.

Con una fuerte polvareda, el *Águila Negra* se posó junto a los restos del transbordador. La tripulación se armó y descendió.

—No hay peligro, capitán. Esos bichos aún estarán durmiendo —dijo Sanpedro, y se colocó sus gafas inteligentes para revisar el área con el escáner.

De pronto, ante su sorpresa, vio numerosas manchas naranjas en movimiento a través sus gafas. Un enorme indígena cayó sobre él, sin darle tiempo a reaccionar y asestándole un terrible golpe en la espalda con los pies; y, de todas direcciones, aparecieron corriendo hacia ellos muchos de aquellos seres.

Con un instinto asesino, Selene se revolvió, tomó del suelo una vara metálica de la nave siniestrada, afilada en su extremo, y atravesó la cabeza de aquella criatura, evitando en el último momento que despedazara la garganta de Sanpedro. Con un rápido giro evitó el zarpazo mortal de otro de aquellos cazadores y con el pie le golpeó en la entrepierna; conforme se agachó en su dolor, le hundió el improvisado venablo en la espalda. Volvió su mirada y vio al capitán Van der Haüssen en el suelo; sobre él, un cazador trataba de atravesarle mientras la baba le caía sobre el mentón.

Selene saltó sobre la espalda de uno de aquellos seres, volteó su cuerpo en el aire y hundió la vara en la espalda del cazador que sometía a Van der Haüssen. La afilada punta, como medida en su fuerza, paró a unos centímetros del pecho del capitán rebelde. Sin tiempo para nada, tomó el venablo de aquel ser vencido, y arrancó la vara de acero, para lanzarla con fuerza sobre dos más que se le echaban encima, atravesándoles a ambos el pecho a la altura del corazón; quedando desarmada.

Eva se colocó junto a ella y descargó su arma sin piedad sobre los indígenas. El sargento Wuterich cubrió con su pistola láser a Sanpedro. El capitán Van der Haüssen, liberado del cadáver de aquel ser, retomó su arma del suelo y comenzó a disparar. En unos segundos, los cazadores indígenas había sido rechazados.

Por un momento se hizo el silencio. Las miradas de la tripulación del *Águila Negra* se intercambiaban entre la distancia que les separaba del follaje y ante aquella sorprendente mujer.

—Estaban calientes... ¿tan pronto? ¿Cómo es posible? —se justificó Sanpedro, recogiendo su arma y las gafas inteligentes del suelo.

—Esos seres aprenden. Algunos se calientan en sus cuevas, junto a las hogueras que prenden. La noche pronto dejará de ser un impedimento para ellos.

—¿Saben hacer fuego? No es posible... —murmuró Van der Haüssen.

—Créeme, he visto sus antorchas. Me podríais dar un arma, me sentiría más cómoda —aseguró Selene.

Eva sonrió, mientras negaba con la cabeza, levantando las cejas.

—No quiero saber de lo que eres capaz con un arma de verdad —le dijo.

—Sanpedro, te quiero en el *Águila Negra*; activa los cañones y estate atento. Si algo sale de esa maleza, abátelo de inmediato. Sargento, Eva, ese módem... ¡Vamos, no hay tiempo! ¡Volverán y serán muchos más! —ordenó Van der Haüssen.

El sargento y Eva entraron en los restos del transbordador. El capitán avanzó hacia el agua. Observó los primeros rayos del amanecer, la punta del ala y la turbina de la *Explorer 5*, que rompían la tranquila superficie del lago, destellando entre la bruma.

Selene se vio sola, sin vigilancia ni guardia que la retuviera. Pensó en salir corriendo, pero no huyó. Por fin comprendió. Por algún motivo, aquel capitán y su tripulación no querían entregarla a sus superiores. Deseaban que huyera con posibilidades de llegar hasta la *Explorer 1*. Se acercó a él y se colocó a su lado.

—¿Aún estás aquí? —preguntó Van der Haüssen.

—Tendrás serios problemas —replicó Selene.

—Nadie sabe en la base que eras nuestra invitada.

—Prisionera —le corrigió—. ¿Por qué?

—No lo sé... Quizás sea tu día de suerte.

—Será difícil sobrevivir aquí.

—En la base morirás y tu cuerpo será exhibido como trofeo en Quelonia.

—Dame un arma.

—En el arsenal de esta nave seguro que encuentras algo.

—Está sumergido. Hay grandes depredadores bajo la superficie.

—Siempre te quedará la *Explorer 1*. Lo sabes.

Selene calló y miró al horizonte. Sintió que no deseaba marchar, alejarse de aquel hombre. Algo en él la fascinaba. Se sentó en la orilla, alzó la cara y le observó fijamente.

—Cuando llegamos a Europa, en las Guerra de la Unión, creímos en verdad que estábamos liberando al pueblo de la tiranía de los señores de la guerra y de aquella unión fascista que empezaba a atenazar al mundo. La gente debía recibirnos como héroes. No fue así —comentó con cierta nostalgia Van der Haüssen.

—Pudo ser así. Ganasteis una batalla, pero perdisteis la guerra —aseguró Selene.

—No fue una batalla; sino una matanza. No creas que no soy consciente. Los CSA acabaron con todo y nuestros mandos no estuvieron a la altura. Lo permitieron, no sé cómo ni por qué. Yo era un joven tripulante, un muchacho recién alistado, sin galones; cuando aterrizamos, comprendí lo que habíamos hecho, la maldad de la guerra. No había vida en aquella ciudad destruida, solo muertos. Dicen que eres una superviviente de aquel horror. Aún sueño con paredes tintadas de sangre, calles repletas de cascotes, vísceras y restos; con aquella pequeña pierna amputada que mantenía su zapatito immaculado, con unos calcetines blancos, con dos rayas azules...

—¿Por qué no me has entregado? Te ascenderían, seguro.

—No deseo entregarte para que te maten. Hoy no eres mi enemiga.

—¿No soy hoy tu enemiga? Sabes bien que mañana lo seré. Vais a invadir Pangea, a desatar otra guerra.

—Lo sé... Para nosotros, la guerra nunca terminó.

Selene no respondió. Van der Haüssen le sonrió tímidamente, sin palabras, y volvió la vista hacia el lago. No sabían qué más decir, pero querían contarse todo. Ambos permanecieron mirando al frente, en silencio. Con el deseo de un abrazo, de un beso, como cómplice secreto.

—No cargues a la niña y a mi tripulación en esa nave con el oro y los andróides. Ni a tus hombres. Nunca saldrá de la órbita

de este planeta —confesó Selene, rompiendo aquel silencio, y se sentó en la orilla.

El capitán Van der Haüssen la miró sorprendido y se sentó junto a ella.

—Esos bichos, tus termitas necrófagas, están cruzando el río por la noche, en balsas que forman con sus propios cuerpos. A saber cuánto tiempo llevan haciéndolo. Los cazadores moohú los atraen con sus gritos hasta que os detectan. Por eso se concentran allí. En la nave hay abundante oxígeno y materia orgánica, energía suficiente para sentirse atraídos. Se desarrollarán rápidamente y no permitirán que salgáis del planeta. Son inteligentes y están esperando el momento oportuno para atacar, como hicieron con el *Senator*.

—No sé si creerte, esos bichos parecen inofensivos —contestó el capitán.

—Seguro que ya has comprobado nuestra versión —replicó Selene.

—La *Mamba Negra* envió una nave de exploración. Sí, hallaron los restos de una gran explosión. Seguramente el *Senator*.

—Esos bichos ya habrán ocupado las bodegas de la *Cerval*, las fuentes de alimentación y los conductos de aire. Será un ataque rápido y en masa. El oxígeno acelerará su metabolismo y devorarán cualquier ser o cosa que encuentren en su camino. Si la nave se eleva, no podréis hacer nada por evitarlo. Por favor, deja a la niña y a mis hombres conmigo —le rogó—. Y tú no andes muy lejos de tu *Águila Negra*.

—Ahora te preocupas tú por mi suerte. ¿Por qué?

—No sé... Será tu día de suerte. Estamos en paz.

El capitán Van der Haüssen colocó suavemente sus manos sobre las de Selene, atreviéndose finalmente a romper esa barrera de hielo que les separaba; y ella le correspondió, tímidamente, hasta quedar con los dedos entrelazados. Por un momento ambos se miraron sin palabras. No hacía falta; sobraban. Van der Haüssen le acarició su larga melena roja hacia atrás, pasó las yemas de los dedos sobre sus sonrojadas mejillas, le alzó suavemente la barbilla y posó los labios en su boca. Selene cerró los ojos, mordiendo suavemente...

—¡Capitán! —exclamó el sargento Wuterich, saliendo de golpe, junto a Eva, de entre los restos del transbordador con un pequeño equipo informático—. ¡Ya lo tenemos! ¡Copia y original!

Selene y el capitán rebelde se separaron de inmediato, como si nada hubiera ocurrido entre ellos, ante la mirada interesada del sargento y la sonrisa locuaz de Eva.

—Los indígenas se acercan, están a menos de veinte minutos —indicó Sanpedro desde la nave, observando en la pantalla de su escáner rastreador numerosos puntos rojos que se acercaban veloces—. Ya han calentado sus cuerpos, se mueven rápido.

—Debemos marcharnos, tenemos lo que buscábamos —aseguró Eva.

—Si ese crucero activa los inductores de oxígeno para la navegación... —apuntó Selene.

—Tranquilízate, mandaré revisar la *Cerval* por completo. Si esos bichos están ahí, los eliminaremos. La niña estará a salvo.

—Será una masacre —murmuró Selene, cambiando el tono de su voz—. Si los CSA desembarcan en Pangea, matarán a todo el mundo. No puedo permitirlo.

—Están programados. Solo luchan contra soldados y personas armadas u hostiles —aseguró Eva.

—Veo que no habéis aprendido... No distinguen el miedo de un niño del rostro de un soldado, ni lo que es un arma peligrosa o no, ni un militar con un fusil de un civil con una escoba.

El capitán Van der Haüssen quedó en silencio, al igual que su tripulación. Era algo que sabían, aunque no lo querían aceptar.

—Su objetivo es el Capitolio y la nueva sede de reclutamiento; no la población civil. Debemos frenar ese intento fascista de La Unión por crear un nuevo ejército que invada el cinturón de Orión y nos acose en Quelonia —indicó, justificando el ataque.

—La Unión no recluta un ejército para invadir nada, sino para defenderse de vuestros ataques terroristas. Seguro que tus mandos no desembarcarán con los CSA, ni mandarán sus tropas al mismo punto, ni habrá centuriones que les acompañen... Lo harán en una segunda oleada. No te preguntas por qué. En batalla, las máquinas siempre acaban por aplicar su código rojo: exterminio de toda presencia humana, sea del bando que sea, pues las

consideran a todas como un peligro potencial. Por eso el ejército de La Unión dejó de emplear androides, por eso ordenó la dismantelación de todos los modelos de combate.

—Los nuevos modelos están muy perfeccionados. No somos asesinos. Nuestro gobierno no permitiría tal holocausto de nuevo. No somos conquistadores, sino libertadores. No pasará como en Europa —aseguró Sanpedro.

—Esas mismas palabras las oí hace mucho tiempo. Llegaban los centuriones de Orión, no teníamos nada que temer, nos liberarían de la tiranía. Era una niña... Solo llegaron androides, acabaron con casi toda la población de Europa, amigos y enemigos. Entre ellos, mis padres y mi hermana pequeña... tan joven, tan linda...

Selene quedó en silencio, pensativa, triste, recordando aquel fatídico día.

—Cuando se fueron, solo quedaba de ella un amasijo de carne —tartamudeó con los ojos velados por unas lágrimas que no caían.

—Lo siento —dijo el capitán, atrapado por la congoja que transmitía Selene; y pensó en la pequeña Sheila, comprendiendo aquel sentimiento que las unía.

—Luego llegó ese general y sus centuriones, matando a quienes sobrevivieron a los CSA... No lo sientas. Haz algo por evitar que la tragedia se repita. Asesinaron a todo el mundo: hombres, mujeres, ancianos, niños, bebés... Estuviste allí; lo sabes. Si no haces nada por evitarlo, no serás más que otro asesino sin escrúpulos —aseguró Selene, seria.

El capitán Van der Haussen la observó sin poder evitar su mirada, dolido. Vio en el interior de los ojos rojos de Selene el destello hermoso de una humanidad desconocida para él, una fragilidad que lo hacía suyo, una entereza que le atraía sin poder evitarlo. Y deseó abrazarla. Pero aquellas palabras y la destreza que había mostrado en combate contra aquellos seres también le recordaron que se trataba de una terrible enemiga de su causa, la causa.

—No vuelvas a cruzarte en mi camino —murmuró, y subió a la nave.

—Siempre lamenté no haber podido abatir el caza rebelde en el que huyó el general Thomas Deliever... Ese asesino cobarde.

Me faltó un segundo, quizás menos, en La Roca. Hoy me alegro de que esa *Águila Negra* lograra escapar —le dijo ella.

El capitán le dedicó una sonrisa seria, agradeciéndole sus palabras, y penetró en el caza. La tripulación subió y Selene quedó al pie de la estrecha pasarela, observando cómo se replegaba, sin saber qué decir, sin poder hacer más.

—Los indígenas se acercan por el norte. Tienes que dar un rodeo por el sur; en el cauce del afluente que abastece el lago hay numerosas grutas donde podrás ocultarte con seguridad. Usa las gafas inteligentes para rastrear su rastro, su escáner es muy potente —comentó Sanpedro.

—Cuando anochezca, podrás llegar a la *Explorer 1* sin peligro alguno. Aprovecha las sombras y no te dejes ver —le dijo Eva.

—No despegues hasta que la *Cerval* abandone la órbita, ni se te ocurra transmitir un mensaje por su emisora. Saldremos en uno o dos días a lo sumo. Mantente a la espera. Si la *Mamba Negra* detecta el movimiento de tu nave, la destruirá con sus sistemas de defensa antes de que logres salir de la atmósfera de Zafiro —apuntó el capitán, serio como nunca lo había visto Selene.

Por un minuto ambos se miraron de nuevo, con una mirada de reproche que ambicionaba fundirse en un apasionado beso.

—Si vas a dejarla marchar, por lo menos dale una oportunidad —aseguró Eva, lanzando al suelo una pistola.

—Ten, un arma de verdad. La necesitarás —dijo Sanpedro, ofreciéndole su fusil atomizador—. Cuidaremos de la pequeña Sheila.

Selene lo tomó sin decir nada, con un gesto de agradecimiento, y se llevó dos dedos a la sien, realizando un pequeño saludo militar como despedida.

El caza se elevó y se alejó dejando una estela luminosa tras su paso. Selene observó por un momento la trayectoria, colgó el fusil a su espalda y se agachó a recoger la pistola. Después, observó a ambos lados y salió corriendo hacia el follaje que recorría el lago por el sur.

Unos terribles ruidos comenzaron a resonar desde las profundidades de aquel hostil y hermoso paisaje. Los cazadores

moohú ocupaban sus atalayas. El nuevo día se alzaba, el sol calentaba el tórrido desierto y la temperatura ascendía. Pero Selene no se dirigió hacia la *Explorer 1*, sino hacia aquella veta de oro, donde debía estar la moto espacial.

Capítulo 15

LA LOBA ROJA

—Pase, capitán Van der Haüssen —dijo el general Thomas Deliever, sentado en su cómodo despacho acondicionado en la nave *Cerval*. Una estancia apropiada para un alto mando de su distinción, adornada con antiguos detalles de la milicia y cuadros, distinciones e insignias militares de otros tiempos; donde no faltaban imágenes de los Marines USA en las antiquísimas guerras que les hicieran famosos, ni de los centuriones de Orión, su réplica estelar.

—Me ha mandado llamar, señor —contestó Van der Haüssen, presentándose junto con su segundo al mando del *Águila Negra*, Eva.

—Sí, el coronel Fritz me ha hecho saber que han conseguido los códigos de ese crucero, el *Senator*. Luego parece que es cierto que se autodestruyó.

—Por lo visto sufrió una infección, una plaga. Tres supervivientes, sin posibilidad de haberlo acordado, así lo afirman. Y coinciden en su descripción. La *Mamba Negra* lo ha certificado por medio de una nave de exploración. Tenemos los códigos.

—Bien, pues ya no tenemos que preocuparnos más por ese crucero. Ha sido un golpe de suerte que debemos aprovechar. Ahora podremos llegar hasta el corazón de Pangea y desembarcar 20.000 androides que acabarán con cualquier resistencia. Arrasaremos ese maldito planeta con sus fascistas y los borregos que los apoyan. No dejaremos pie con cabeza. Quiero que forme el ala norte del ataque con el escuadrón de cazas que guiará la entrada de la *Mamba Negra* tras el desembarco de la *Cerval*. Los

capitanes Zacarías y Helmunt se harán cargo de los centros de comunicación del sur y de inutilizar las vías de comunicación con Zoë y sus satélites.

—Pero señor, eso aislará a millones de civiles... ¿Y los centuriones de Orión?

—Cuando los CSA acaben con su misión, desembarcarán en el centro de reclutamiento enemigo para acabar con la resistencia que puedan encontrar. Ustedes se ocuparán también de custodiarles en su viaje; viajarán en el destructor *Markus*. En la *Cerval* hemos sustituido a todos nuestros soldados por tres batallones más de androides. Debemos evitar al máximo cualquier baja humana en nuestro ejército. Bastante castigado está ya. Poder llegar hasta los puertos de Pangea sin ser descubiertos nos ha dado una ventaja que no esperábamos. Tendrán que negociar...

—Será una carnicería, morirán muchos civiles... Incluso simpatizantes de nuestra causa o comunidades no humanas, como los iwookis o los carpemtianos —replicó el capitán, con un haz de disconformidad.

—El Alto Mando y la Unión de Naciones Americanas recomendó evitar cualquier ofensiva que repercutiera en muertes de civiles, mucho más en Pangea. No nos beneficia esa imagen, nos crearemos más enemigos, señor —apuntó Eva, apoyando a su capitán.

El general les observó serio.

—Saben que estamos en guerra, ¿verdad? Esos «civiles» viven a costa de la sangre de nuestro pueblo, explotado y violado sistemáticamente por sus leyes y gobernantes. Ellos son los que mantienen las cadenas sobre nuestra gente... y no hacen nada por impedirlo. En Pangea nadie es inocente, todos son culpables.

—Lo siento, mi general. Pensé que los CSA realizarían una incursión a gran escala en la zona militar... —insistió el capitán.

—Empiezo a estar harto de sus prejuicios —le interrumpió el general— ¿Acaso no sabe el índice de mortalidad de los niños en todo el cinturón de Quelonia o en Orión? ¡Sargento!

—Sí, señor —contestó el suboficial de la guardia.

—Traiga a los prisioneros.

El capitán Van der Haÿssen y Eva se miraron por un momento. Selene no se equivocaba. El centro neurálgico de Pangea y toda

su población iba a ser arrasada por los CSA. Un verdadero holocausto se cernía sobre el tranquilo planeta.

—Es un crimen de guerra que sacudirá la conciencia de todo el universo —susurró Eva, conforme se alejó el general hacia una gran mesa iluminada por un campo de batalla virtual.

—El general está cada día más obtuso, viejo y loco. No pretende conquistar Pangea, sino destruirla, arrasarla con su población —respondió el capitán. Después, apretó los labios y miró a Eva. No dijo nada más.

Michael, Costner, Danpier y la tripulación apresada del *Explorer 1* entraron esposados. Tras ellos pasó Sheila, acompañada por una enfermera.

—La pequeña no debería estar aquí, señor —aseguró Van der Haüssen, rápidamente, temiendo cualquier acción represiva—. No es una prisionera, solo una niña.

—Necesitamos médicos, señor. Ese civil es doctor en medicina, no es un soldado —apuntó Eva.

El general les observó.

—Bien. Sargento, llévase a esa niña y al doctor —ordenó, condescendiente.

Los miembros de la tripulación del *Explorer 1* observaban aquella oficina, grande y aséptica, blanca; y sus cuadros e insignias, inquietos ante lo que pudiera ocurrir. Costner sonreía, tratando de ser amistoso, observando nervioso cómo Michael y la pequeña salían del despacho acompañados por el sargento y la enfermera.

—Los demás, ¿qué hacemos con ellos? —preguntó de pronto el general—. Usted es oficial de La Unión, capitán de la *Explorer 1*... Un militar enemigo, un fascista —aseguró, dirigiéndose hacia Danpier.

De pronto, sacó su arma del cinto y disparó. Un destello azul atravesó el pecho de Danpier. El oficial del *Senator* cayó al suelo y, antes de cerrar los ojos, en su agonía, vio caer a sus hombros. Costner tragó saliva, sintiéndose muerto ante los asesinatos que estaba presenciando.

—¡No! ¡Yo no soy militar...! ¡Soy deportista! ¡Soy rebelde! ¡Juego con los Coyotes de Nebraska! ¡Soy el gran Costner! ¡«Cañonero Costner»! ¡No tengo nada que ver con esta gente! —exclamó.

—¿Quién es este payaso? —preguntó el general, y apoyó el cañón de su arma en la frente de Costner.

—No es un militar. Es Costner, un jugador de fútbol profesional de las naciones americanas de la Tierra. Los nuestros adoran a los Coyotes de Nebraska, les motiva. ¡Un héroe! —exclamó Eva, intercediendo por él.

—Yo podría serle útil, señor general. Usted me ha salvado de esos seres terribles que se comen a la gente... y a ese doctor, y a una niña... ¡Nos ha rescatado! —apuntó Costner.

El general sonrió estupefacto.

—Usted también será un héroe —continuó Costner—. Yo lo contaré todo en cada entrevista, en cada programa, en toda las naciones de la Vía Láctea, Andrómeda, Pangea, Orión y en todo el cinturón de Quelonía. Todo el mundo sabrá que es un verdadero héroe.

—No me gusta el fútbol, aborrega a las masas —aseguró el general, serio y rígido como una estatua de mármol.

—Pero... Yo... Yo soy rebelde, siempre lo he sido. Tuve que luchar con ese doctor para defenderme, por eso estaba atado. Querían acabar conmigo por ser americano. Y esa capitán, Selene, la mujer pelirroja que me acompañaba, la de los ojos rojos. Es ella, la Loba Roja, deben acabar con ella, es una fascista muy peligrosa.

El general le alzó de un tirón de inmediato, agarrándolo de la pechera, y se lo acercó hasta un dedo de su cara, clavando su ojo biónico en él.

—¿Qué pelirroja? ¿De quién me está hablando?

—Es la Loba Roja, esa fascista... —murmuró Costner, amedrentado.

—¿Sabe lo que está diciendo? —le espetó el general.

—Es Selene, la capitán Selene, la Loba Roja. Se ha hecho pasar por la madre de esa chiquilla. Pero no lo es... Ni ese doctor es doctor, solo es un enfermero y no es su marido. Tratan de engañarles.

—¿Es eso posible? ¿Qué mujer? ¿Por qué no lo dijo antes? —le preguntó el general, intercambiando su mirada con la de Van der Haüssen.

—No he tenido oportunidad de hablar con nadie... que me escuche de verdad, como usted ahora —aseguró Costner, cabizbajo.

El general le soltó y Costner cayó al suelo. Y le dio un fuerte puntapié en el estómago. Con tres rápidos pasos se posó ante el capitán Van der Haüssen.

—¿Dónde está? —le preguntó.

—Si habla de la mujer pelirroja, la expulsamos al desierto, con los indígenas.

—Repítamelo. No le he oído bien.

—El control de seguridad saltó con un código ámbar al pasar sus huellas, no eran identificables, y decidimos no introducirla dentro de la fortaleza, señor. No sabíamos... —trató de disculparse Van der Haüssen.

—Señor, soy la responsable. Yo me ocupé de la prisionera —contestó Eva, intercediendo ante su capitán—. No tengo acceso a la base de códigos, solo podía saber que era una persona *non grata* o peligrosa para la causa, así que decidí expulsarla al exterior. Ignoraba de quién se trataba y no sé si se trata o no de la Loba Roja, pero sí que este hombre no nos dijo nada cuando le rescatamos.

—¿No reconocieron a la Loba Roja? —preguntó incrédulo el general.

—Nadie en la base la reconoció como a tal, señor —respondió Eva ante el silencio del capitán.

—¡Estoy rodeado de ineptos! —exclamó el general.

—Nadie sabía nada de ella desde hacía años, ni tan siquiera que fuera humana o estuviera viva. Eva, mi segundo de a bordo, me informó de que esa mujer había disparado un código ámbar y apoyé su decisión de expulsarla al desierto para evitar cualquier riesgo, mi general. Usted no quería más prisioneros —certificó el capitán Van der Haüssen.

El general bajó la cabeza, apoyó su mentón en el puño y el puño en el brazo. Dio dos vueltas a la estancia, pensativo, bajo la piadosa mirada de Costner, que seguía doblado en el suelo.

—Los indígenas se encargarán de ella —murmuró Eva.

—Capitán, salga de inmediato y tráigamela —reaccionó el general—. Quiero, al menos, su cabeza, una mano, un dedo... Algo que nuestros escáneres puedan reconocer y certificar. Eso sí que sería un duro golpe para La Unión, la heroína de La Roca en nuestras manos... ¡Muerta!

En ese momento, varios de aquellos animalillos blancos cruzaron rápidamente por detrás del general, penetrando entre los módulos de la pared y el conducto de ventilación. Van der Haÿssen los observó detenidamente, nunca los había visto tan veloces. Entonces cayó en la cuenta del abundante oxígeno que se distribuía en el interior de la nave mientras se preparaba para su salida al espacio y pensó en las palabras de Selene. Con una mirada silenciosa, Eva siguió de soslayo la vista de su capitán para descubrir a tres bichos más. En un instante, los animalillos desaparecieron.

—Llévense a ese patético deportista. Sáquenlo de mi vista. Y al enfermero y a la niña. No son de los nuestros. Que Dios se apia-de de ellos... en ese desierto —ordenó.

—No —murmuró Costner.

—Señor Costner, espero que se divierta jugando al fútbol con los indígenas —le contestó el general—. Si hay algo que detesto más que al enemigo, es a un cobarde traidor.

—Eva, lléveselos, saldremos de inmediato —ordenó el capitán Van der Haÿssen.

—Capitán, nosotros partiremos con el alba —le dijo el general—. Tras apresar a esa mujer, quiero que la lleve a la *Mamba Negra* y se la entregue personalmente al comandante Kevin. El coronel Fritz ocupará su lugar, él se encargará de armar a los centuriones de Orión y organizar la entrada triunfal en Pangea. Zacarías y Helmunt seguirán con la *Cerval* en la distancia, no quiero que les detecten y se arruine el plan. Si todo sale según lo acordado, podremos evitar que desplieguen sus misiles. El grueso del ejército de La Unión todavía nos busca en las estelas de Quelonia, es el momento.

—¿Y usted, mi general? —preguntó el capitán.

—Yo viajaré aquí, en la *Cerval*, con mi guardia personal.

—Pero si le descubren... Quizás sería mejor que desembarcara con la *Mamba Negra*, protegido por el escuadrón *Aquila*.

—No. Quiero ser el primero que pise Pangea tras tantos años de humillaciones.

—Pero... Nosotros siempre hemos cuidado de su seguridad y...

—Capitán, tras el valor que demostró en La Roca, confié en usted y le entregué una estrella más. Hoy me ha decepcionado. El

escuadrón *Puma* del capitán Zacarías me escoltará. ¡Ha dejado escapar a la Loba Roja! ¿Cómo es posible tal necedad en uno de mis mejores capitanes? ¡La tenía en sus manos! —exclamó el general, sin dejarle hablar.

—No puedo abandonarle; el escuadrón *Aquila* se ocupa de la seguridad de su general. Señor, es nuestro deber —insistió el capitán.

—Su deber es obedecer mis órdenes. ¡Vaya a por esa fascista! —le instó el general.

—A la orden, señor —saludó el capitán y dio un paso atrás, comprendiendo que había sido relegado de sus funciones de escolta, que había perdido la confianza de su general.

—Quiero decirle al mundo que la Loba Roja ha muerto, que esa despiadada asesina ha sido ajusticiada. No lo olvide... ¡Tráigamela!

—Así será, señor —respondió Van der Haussen y dio media vuelta, para alejarse acompañado por Eva.

—Perfecto, ahora ya sabe lo que tiene que hacer y, por favor, no me traiga más prisioneros —le ordenó el general, con voz alta, mientras salían del despacho.

El *Águila Negra* sobrevoló el desierto, a escasos veinte metros de la rocosa superficie, levantado una polvareda estelar a su veloz paso. En tierra, cientos de ojos negros se fijaban en su destello, mientras rugían feroces.

—Selene tenía razón... Será una masacre. Los CSA desembarcarán en una primera oleada y acabarán con todo aquel que encuentren en su camino. Las naciones de las demás constelaciones nos odian —dijo Eva, rompiendo el silencio que reinaba en la nave.

—El general quiere una victoria aplastante en Pangea que desestabilice a La Unión, que amedrente a la Tierra y a las fuerzas que están en Orion; cree que así lo conseguirá —aseguró el sargento Wuterich, a los mandos del caza.

—Capitán, yo no entiendo mucho de estrategias... Lo mío es la acción, ya sabe. Pero sí sé que tras la Batalla de Europa, todas las naciones de la Tierra se unieron para acabar con nosotros. Fue una victoria que finalizó con nuestra derrota en La Roca —argumentó Sanpedro.

—Es una ofensiva al estilo fascista, indigna de nuestro ejército —apuntó el sargento—. Capitán, debería informar al Alto Mando de los planes del general.

—Thomas Deliever controla totalmente nuestro ejército, nadie le tose. Encontraría su justificación... y acabaría con nosotros. Todos le temen —asintió el capitán Van der Haüssen, y se reclinó en su asiento, pensativo—. Eva, ¿has visto esos bichos?

—No, ¿qué bichos? —respondió ella.

—No nos dejen ahí abajo, por favor, nos devorarán esos monstruos —sollozó Costner, de pronto, interrumpiendo la conversación con un murmullo amargo.

—¡Ah, esos bichos! ¿Son los que te comentó Selene? No informaste al general de esos bichos —apuntó Eva, cayendo en los animalillos que habían visto en la *Cerval*, ignorando a Costner.

—¿Muestran algo las pantallas? —preguntó el capitán Van der Haüssen.

—Nada, capitán. Solo indígenas —contestó Sanpedro—. ¿Cree que lo habrá conseguido?

—Sin duda. Es Selene, la Loba Roja —afirmó rotundo Van der Haüssen.

En la base rebelde los preparativos para la invasión no cesaban. Cargada la *Cerval* de abundantes víveres, oro y reservas, preparados los batallones de androides, iniciaba el protocolo de despegue. El oxígeno abundaba en cada rincón del enorme crucero de combate simulado como nave comercial. En el puente de mando, el general Deliever dirigía personalmente la maniobra a golpe de voz. Orgulloso, portaba en sus manos los códigos que le permitirían atracar y desembarcar en el centro neurálgico de Pangea sin ser descubierto. En las cubiertas inferiores, permanecían formados y preparados los CSA y las armas que le darían la victoria; y en las bodegas, el oro que afianzaría su poder. Tras su paso, las escuadras que formaban la *Mamba Negra* y el destructor *Markus*, con sus respectivas formaciones de naves y cazas de combate.

La *Cerval* abandonó la gruta, levitando sobre el profundo cañón, y se alzó lentamente hacia el cielo rosáceo, buscando la nebulosa que le daba color, acompañada de los rugidos de los caza-

dores moohús, que saltaban y gritaban lanzando sus venablos inútilmente. Los escuadrones *Puma* y *Jaguar*, de los capitanes Zacarías y Helmunt, respectivamente, salieron tras su estela, para desaparecer con un fuerte resplandor.

El capitán Van der Haüssen observaba desde la distancia. El *Águila Negra* se había posado en una pequeña duna, cerca del lago y su bosque de ribera. Los prisioneros abandonaban la nave.

—No, no, por favor —gemía Costner.

—La *Explorer 1* no está lejos. Deberéis ir hasta ella, no podemos acercarnos más. Si la *Cerval* nos detecta cerca de vuestra nave, la destruirán y posiblemente a nosotros también. Es mejor que os acerquéis por el bosque que bordea el lago y os ocultéis en las grutas cercanas hasta que caiga la noche —dijo Van der Haüssen, serio.

—Espero que lo comprendas, no podía permitir que Selene y la pequeña Sheila cayeran en las garras de esos monstruos; ni que fuera reconocida, aunque veo que ya sabéis quién es. Lo siento, no quise mentirte —le aseguró Michael a Eva, acercándose de forma intencionada.

—Entonces..., ¿vienes conmigo a Quelonía? —preguntó ella, aun sabiendo que no sería posible, curiosa por su respuesta.

—No, no es posible. Quiero regresar a Pangea, con mi mujer y mi hijo. Creo que nunca debí separarme de ellos. Ahora solo deseo verles una vez más. Decirle a Pamela que siempre la quise, y a mi pequeño Michael darle los besos que nunca le dí... y no sé si será posible. Pero tengo que intentarlo —contestó Michael.

Eva asintió, decepcionada por la mentira, ciertamente sorprendida por la verdad, un poco dolida por el rechazo.

—Espero que lo consigas —le dijo.

—Nos comerán —aseguró la pequeña Sheila, con un gran puchero.

—Nosotros nos dirigiremos al norte, atraeremos la atención de los indígenas mientras os ocultáis —le aseguró Eva, con una pequeña caricia en su larga melena rubia, sin dejar de observar a Michael.

—Debéis marcharos ya, los indígenas no tardarán en llegar —dijo Van der Haüssen.

—¡Vamos! ¡Corred! ¡Selene debe de estar por allí! —exclamó Sanpedro, conmovido por la mirada de la pequeña.

Michael se despidió con una triste mirada de Eva, observó a Sanpedro y al capitán, tomó a Sheila en brazos y salió corriendo, veloz, sin mirar atrás, buscando la seguridad de la espesa selva.

—Pero ese general te espera con Selene o con... «algo» que demuestre que está muerta. Llévame con vosotros. Yo os la entregaré, ella confía en mí, podremos atraparla fácilmente. No me dejéis aquí —suplicó Costner, reticente, negándose a marcharse.

—¡Cállese! —ordenó Eva—. Estoy harta de oírle llorar.

—¿Y usted? ¡Soy el «Cañonero Costner»! ¡No pueden dejarme aquí! —se dirigió a Sanpedro.

El centurión negro le observó por un momento, se metió la mano en el bolsillo y sacó la fotografía donde le había firmado el autógrafo. La rompió, convirtiéndola en varios trocitos de papel, y los dejó caer al suelo.

—Vaya un héroe de mierda —murmuró.

Costner tartamudeó unas palabras sin sentido y, tras una sonora maldición, se volvió y echó a correr tras los pasos de Michael.

Presa de la desesperación, Costner perdía a menudo el equilibrio en su carrera, cayendo para avanzar a cuatro pies, lanzando tierra y polvo tras sus indecisos y rápidos pasos. Con un potente salto, desmedido, atravesó la maleza que separaba la roja tierra del bosque de ribera que circundaba el inmenso lago. Se golpeó con varias ramas espinosas y su cuerpo magullado rodó hasta quedar empotrado contra la base de un enorme árbol. Por un momento cesó en su loca carrera, observó en torno suyo y tragó saliva. El sudor le recorría la frente y la humedad reinante en aquel claroscuro apenas le dejaba respirar sin dejar de tragar pequeños artrópodos, como diminutos mosquitos. Notó tres punzadas en su muslo y se irguió inmediatamente, golpeándose el pantalón para desprenderse de unos animalillos negros, parecidos a enormes tábanos. Alzó la vista y la sangre se heló en sus venas; con un temblor del mentón cayó hacia atrás.

Un poderoso animal, de aspecto felino, con largos y afilados colmillos, negro y esbelto como una pantera y enorme y potente como un tigre de Siberia, rugió ante su alma petrificada. Hundió

su ojos de pupilas verticales verde esmeralda en aquella extraña presa y con dos ágiles saltos se lanzó sobre Costner.

El suave zumbido de un láser azul atravesó al depredador, el cual cayó rodando al suelo, con un rugido hecho maullido, sangrando por su vientre.

—Costner, rápido, aquí —gritó Michael, con una pequeña arma en la mano, en forma de estilográfica, y asomando entre dos árboles. Tras él, la pequeña Sheila miraba aterrorizada al gato carnívoros.

Apenas el deportista salió corriendo, la fiera se rehizo rápidamente. Con un estiramiento, se sacudió y buscó con sus ojos al enfermero, alzando los bellos y mostrando sus poderosos colmillos. Y trotó hacia él, quien disparó por dos veces más, sin suerte, hasta que un zarpazo le arrancó tres dedos y el arma de la mano. Y cayó rodando, notando las zarpas y colmillos de la bestia lacerar su cuerpo.

Costner paró en su carrera y miró hacia todos lados, buscando una huida, ignorando los gritos de Michael. La pequeña Sheila tomó el láser del suelo, separándolo de los dedos amputados. Acto seguido, se acercó temblando y apretando los dientes y disparó a bocajarro, una y otra vez, sin parar, sobre el cráneo de aquel formidable depredador que mantenía preso entre sus fauces al enfermero.

Tras unos breves segundos, Michael, entre gritos, se quitó como pudo el cuerpo abatido de aquella bestia de encima. Costner se acercó, precavidamente, y observó a su alrededor. Luego se agachó junto a él.

—¿Estás bien, enfermero? —le preguntó.

—Sí, maldita fiera... Casi me despedaza —murmuró, ignorando los profundos cortes y marcas de colmillos que tenía y, con un harapo que arrancó de su propia camisa, envolvió su mano, tapando la herida, tratando de cortar la hemorragia.

—Pierdes mucha sangre, dime qué puedo hacer —le dijo Costner.

—No te preocupes, solo son tres dedos —aseguró Michael.

Costner observó en silencio las graves heridas que mostraba el enfermero por todo el cuerpo, así como en el cráneo, con parte del cuero cabelludo arrancado y colgando hacia atrás.

Michael trató de levantarse y quedó sentado, mareado. Se quitó del todo la camisa e hizo dos trozos. Con el primero hizo un torniquete a la altura de la muñeca, ayudándose con una rama. Con el segundo se vendó la mano dejando al descubierto los dedos índice y pulgar, cubriendo la herida y el otro harapo ya impregnado de sangre. Inconscientemente, dejó las profundas heridas de su pecho y vientre abiertas, sin cura, y miró al deportista, como si ya estuviera listo para continuar.

—Me has salvado la vida. No lo olvidaré —dijo Costner, ayudándole a levantarse.

—Los gritos habrán alertado a los ogros —aseguró la pequeña, horrorizada ante el aspecto de Michael.

—Creo que me voy a marear —apuntó el enfermero.

—Aguenta, parecen heridas superficiales —le respondió Costner, observando asomar las entrañas de Michael por el vientre—. Debemos llegar a la nave; es posible que Selene esté allí. Dispondrá de un botiquín..., apósitos, de una cura para coserte.

—Sí, vamos, estamos muy cerca —asintió Michael, entre temblores.

—Esta zona ya la conozco, ahí cerca está la gruta y esa veta de oro. La *Explorer 1* debe de hallarse hacia el sur —aseguró Costner.

—Está al norte —dijo la pequeña.

—Dame el arma, ¿de dónde la has sacado? —le ordenó Costner.

—Me la dio el tío Sanpedro.

—¡Dámela!

Ella negó con la cabeza e hizo un gesto rebelde, para ofrecérsela a Michael. Pero Costner le echó la mano encima y trató de quitársela. Con un fuerte tirón, la diminuta arma cayó por un estrecho barranco, perdiéndose de la vista en un arroyo de aguas rápidas. Y los tres se quedaron mirando desde la altura.

Al momento, en silencio, emprendieron el camino entre las sendas de aquella tupida jungla de espirales. Michael se apoyaba en Costner, dejando un reguero de machas de sangre tras él, y la pequeña corría unos metros por delante, vigilante.

Capítulo 16

EL DOCTOR WALTER

Entre saltos y rápidas carreras, Selene se ocultó tras una enorme roca. Siete de aquellos seres azules pasaron corriendo por encima, con sus venablos, venteando el aire como lobos hambrientos. El viento arrastraba hasta sus olfatos el delicioso aroma de la sangre humana, y se alejaron excitados, entre rugidos y lanzando escuetos «moohús» al aire.

De repente, el suelo que pisaba la capitán cedió. Sin lanzar un gemido para no ser descubierta, se precipitó por una pequeña sima, cayendo sobre un ancho y poco caudaloso río subterráneo. Recuperó de inmediato su arma y se colocó en guardia, aguantando el dolor del golpe, revisando en torno a ella. Sacó la linterna frontal de su cinturón y alumbró aquella galería. Después, se la ajustó sobre la frente, se irguió con un amargo quejido y caminó, siguiendo la corriente, buscando una salida.

El cauce finalizó en una pequeña laguna subterránea. Numerosas galerías le ofrecían caminos estrechos e inciertos por los que aventurarse. Se encontró perdida en aquel laberinto húmedo, embarrado y ciego. Ladeó la cabeza, desconcertada, y resopló. Entonces, en la profunda oscuridad de la cueva escuchó un sonido familiar, sorprendente.

—¡Música! —exclamó.

La suave melodía de un violín llegó hasta su oído, de forma clara. Y quedó en silencio, escuchando con los ojos cerrados. Hacía mucho tiempo que no escuchaba algo tan bello. Cada nota llegaba hasta lo más profundo de su corazón, calmando sus nervios,

acelerando su curiosidad. Con precaución anduvo por las galerías, arrastrándose por momentos, confundida ante aquella especie de laberinto, que a menudo la alejaba de su objetivo, para luego encontrar una nueva opción que la acercara; consiguió llegar hasta una cima rocosa. Desde aquella posición, la música se oía muy cercana y un destello vivo, amarillento, le indicó la presencia de una hoguera.

Con paso firme, casi sin darse cuenta, salió de la oscuridad para entrar en una cavidad espaciosa, iluminada por las cálidas llamas de una hoguera central, frente a la cual un hombre de gran barba y melena gris, con una bata blanca, sentado al lado del fuego, mecía con los ojos cerrados, embelesado, entre sus manos aquel maravilloso y arcaico instrumento.

—¿Doctor Walter? —preguntó Selene, a leer la identificación inscrita en el bolsillo de la bata.

Aquel hombre dejó de tocar y abrió los ojos. Se quedó petrificado al ver a Selene allí, ante él, armada y con la linterna frontal iluminándole la cara, deslumbrándole.

—Doctor Walter, ¿es usted? —insistió ella.

El doctor se levantó y la miró de soslayo, alzando el mentón, desconfiado. Tomó una rama prendida de la hoguera y anduvo por dos metros hacia una roca plana que hacía de mesa, dejó el violín y dio fuego a varias teas que rodeaban la estancia.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Selene pudo ver aquella especie de habitación de roca, personalizada con muebles compuestos por los restos de diferentes naves, incluso de la *Explorer 5* y del transbordador del *Senator*. Algo que la sorprendió. Disponía de ordenador, aparatos digitales, baterías, armarios, mesillas, diversos útiles e incluso de una litera, con una cómoda almohadilla.

—¿Está usted solo? —preguntó Selene.

Aquel hombre no respondió, se limitó a observarla detenidamente y, en un momento, dirigió su vista atrás, hacia una estrecha obertura que separaba la estancia de lo que parecía ser otra sala acondicionada. Como buscando una huida, desconfiado.

Selene volvió la vista sobre aquella mesa y observó junto al violín una servilleta de tela, cubiertos de plata y un plato con

comida preparada, un apetitoso trozo de carne, una botella negra, una jarra con agua y una copa grande de cristal con vino tinto.

—¿Doctor Walter? —insistió Selene.

Aquel hombre siguió sin contestar, alejándose lentamente de ella con leves pasos hacia atrás.

—No, no tema. Doctor Walter, no voy a hacerle ningún daño. Tiene que venir conmigo, su hija está viva. Ella me trajo hasta aquí —afirmó Selene al verle tan inquieto.

—¡Mi hija está muerta! ¡Malditos rebeldes, vosotros la matasteis! —exclamó, y se precipitó por la abertura gritando con fuerza—. ¡Moohú! ¡Moohú! ¡Moohú!

Selene, atónita, comprendió en ese momento quiénes habían ayudado al doctor a trasladar hasta allí todo aquel material, quién había enseñado a los cazadores a prender fuego, de dónde había sacado la carne de aquel plato y lo que significaba la palabra «moohú». Y corrió, alcanzándolo de un salto a sus pies.

—¡Silencio! ¡No grite! —le instó Selene, echándose sobre él, y trató de amordazarle la boca con la mano.

Entonces notó el frío del acero hundirse en su carne y, rápidamente, frenó la cuchillada que buscaba su vida sujetando la muñeca de aquel hombre. El metal ahondó en su vientre un dedo; con un fuerte golpe propinado con la cabeza en la cara del doctor, salvó la vida. Taponó la herida con la mano mientras, jadeando, observaba aquel pasillo iluminado. No se veía llegar a nadie, y suspiró notando el calor de la sangre resbalar por su cintura. Observó el rostro inconsciente del doctor y lo ladeó para evitar que pudiera ahogarse con su propia lengua. Luego, retrocedió y tomó de la mesa la servilleta y se cubrió la herida, fijándosela bajo la camiseta. De un manotazo lanzó al suelo aquel trozo de carne humana asada. Se acercó al doctor y lo arrastró hasta el lado de la hoguera. Buscó en aquella habitación hasta que halló dos cuerdas, y le ató. Después se sentó, lamentándose de la herida, y observó el vino. Se acercó y pegó un corto sorbo. Lo saboreó y suspiró. Y, de un trago, bebió por completo el resto que colmaba la copa.

Por unos momentos permaneció sentada, descansado, pensativa, observando aquel lugar. Luego, se levantó, respiró profundamente, tomó la jarra con agua y llenó la copa. Y la vertió sobre

el rostro de aquel hombre, el cual, con un brusco espasmo, abrió los ojos y la boca, inhalando profundamente. Por unos momentos ambos quedaron mirándose.

—Doctor Walter, la pequeña Sheila se encuentra a salvo —dijo Selene, tratando de ganarse la confianza de aquel hombre que la miraba de forma desquiciada—. Si vuelve a gritar, no tendré más remedio que meterle en la boca este trapo. Quiero que entienda que no le voy a hacer daño. Solo deseo salir de aquí y que, si lo desea, me acompañe; su hija le está esperando. Dígame si lo ha comprendido.

El doctor parecía no entender nada. La miró fijamente, entrecerrando los ojos, hasta que finalmente bajó la cabeza con un pequeño suspiro y asintió repetidamente.

—Lo siento, lo siento mucho, lamento haberla herido. Ese uniforme... —murmuró vagamente, como si le costara hablar.

—No soy su enemiga, ni un centurión de Orión. Este uniforme es... prestado. Es una larga historia —le interrumpió Selene.

—Déjeme que vea su herida —le solicitó el doctor, con voz más templada—. En aquel cajón tengo un botiquín, debería desinfectarla e inyectarle unos antibióticos. En estas cuevas hay muchos gérmenes, con este calor y el grado de humedad podría infectarse fácilmente. De verdad, lo siento. Creí que era una de ellos, de esos malditos rebeldes asesinos.

Selene se levantó, sin apartarle la vista, y se dirigió al mueble que había señalado el doctor. Dentro estaba el botiquín, lo tomó y regresó junto a él.

—Debería marcharse de aquí cuanto antes, si la descubren los indígenas será su fin —afirmó el doctor, conforme era desatado.

Selene se alzó la camiseta y dejó al desnudo la herida, mientras el doctor abría el botiquín y se hacía con un desinfectante y unas gasas. Con extrema suavidad, aquel hombre acarició el cuerpo de la capitán y limpió la herida. Pasó un lápiz térmico que desinfectó el corte y, con un pequeño instrumento, le puso dos grapas.

—Solo es una pequeña incisión, no es nada; mejor prevenir —expuso el doctor.

—Dígame, ¿cómo se salvó? ¿Por qué estos seres no acabaron con su vida? —preguntó Selene.

—Les gusta la música —aseguró con una sonrisa—. Ya sabe lo que se dice: la música amansa a las fieras.

—Usted les enseñó cómo hacer fuego...

—Y muchas más cosas. ¡Tienen tanto que aprender!

—¿Asaltaron la *Sirefox*?

—No; no fueron ellos. Fueron los rebeldes. Nos vieron y pensaron que podríamos descubrir su escondite, arrebatarles el oro que les alimenta. Ese maldito general, esa maldita fortaleza. Aparecieron una noche, sin más. Primero acabaron con nuestra gente de seguridad y, después, con todos los demás.

—¿No hay más supervivientes?

—Solo yo logré escapar, quedé inconsciente de un golpe y me dieron por muerto. A la mañana siguiente, no podía ver a los indígenas. Pero sabía que ya estaban allí, para devorar a los muertos. Era tarde para ocultarme.

—¿Y qué hizo? ¿Cómo logró contactar con ellos? —preguntó Selene, intrigada.

—Conmocionado por la tragedia, sin saber qué hacer, ni por qué, me senté frente a la *Sirefox* y comencé a tocar mi violín, esperando mi final.

—¿No le atacaron?

—No, se limitaron a escucharme... Abrí los ojos y me vi rodeado de ellos, disfrutaban con la música, con mi música —aseguró el doctor con cierto orgullo—. Recogieron a los muertos y los cargaron sobre sus hombros. Después, uno de ellos, Muarak, el gran cazador, se acercó a mí y me invitó a seguirle con su brazo extendido. Creo que sabía que yo podría ayudarles a luchar contra esos malditos rebeldes... Son muy inteligentes, como todo lo que habita este hermoso planeta.

—No fue el único superviviente; su hija sobrevivió. El capitán de la *Sirefox* logró enviarla a nuestro encuentro en la cápsula espacial.

—¿Mi hija?

—Sí, la pequeña Sheila.

—¿Sheila está viva?

—Sí, y a salvo de esos monstruos.

—No son monstruos... Saben que un día vendrán otras naves, con muchos moohús, para hacerse con las riquezas de su planeta, para someterlos y exterminarlos. Ahora aprenden cómo defenderse, se están preparando. No tardarán en usar armas modernas; aprenden muy rápido y pronto dispondrán de ellas. No son tan diferentes a nosotros. Sienten, sufren y aman... y matan.

Selene le observó, algo desconcertada por aquellas palabras. Pero mucho más por la mano que descendía por su vientre. No parecían las palpaciones de un doctor, sino las cálidas caricias de quien busca más.

—Doctor... la herida ya está limpia. Gracias —dijo ella, parando aquella incómoda situación, sujetando la muñeca de aquel hombre.

—Sí, disculpe —le contestó, pasando la lengua por los labios y la mano por la densa barba. Y se volvió para tomar del botiquín una cápsula inyectable—. Le pondré un antibiótico de amplio espectro para detener cualquier infección. Es usted muy hermosa. No se ofenda, hacía mucho que no hablaba con una mujer tan bella como usted. Sí, es muy linda. Déjeme el brazo, solo notará un leve pinchazo.

Selene asintió, un tanto desconcertada por la actitud de aquel hombre, y volvió la vista al frente. Se fijó en un perchero y alzó el entrecejo, vio ropa interior de mujer y una falda rasgada. Allí parecía colgar un uniforme femenino de policía, de una suboficial. Se fijó en la identificación que había inscrita en el bolsillo superior: Sgto. Paola Mech. Y volvió a mirar aquellas braguitas y sujetadores. Pensó en las palabras de Sheila: «me las dio mi padre» y, como un relámpago, tomó de la muñeca al doctor y se la dobló hacia arriba para ver qué pretendía inyectarle.

—¡Fentanilo! —exclamó perpleja.

El doctor, descubiertas sus intenciones, retrocedió bruscamente sin poder justificarse y gritó con fuerza palabras extrañas, como si pidiera ayuda. Selene volvió la vista y vio sombras acercarse rápido por aquella gruta.

—¡Moohú, moohú, moohú! —exclamó el doctor, sin dejar de señalarla conforme llegaban varios cazadores indígenas.

De un salto, sin tiempo para asimilar nada, Selene tomó su fusil, se lo colgó en la espalda y se perdió en las grutas, regresando por donde había llegado, a pasos acelerados y seguida por dos de aquellos seres. En la oscuridad, dio luz a su linterna frontal y sacó su arma del cinto. Se volvió y alumbró de lleno a uno de ellos, que se le echaba encima. Con un disparo le atravesó el cráneo. Entonces notó el cuerpo del otro caer sobre ella y rodó por el suelo sujeta por el cuello, notando aquellas garras rasgar su piel. Asfixiándose, apoyó el cañón de la pistola en el costado del cazador y disparó por tres veces seguidas. Los destellos azulados atravesaron aquel cuerpo musculoso, salpicando de sangre oscura las húmedas paredes de la cueva. La capitánladeó al indígena vencido y se alzó con un gemido, pasando la mano por su cuello, tratando de recuperar el resuello. Necesitaba oxigenarse y respiró profundamente por unos momentos, para apretar los dientes y seguir con la huida.

Las sombras de numerosos indígenas se proyectaron por las galerías, al amparo de las antorchas que todo lo alumbraban. Buscaban sus huellas y aquel hombre de ojos desquiciados, el doctor, encabezaba la cacería con un afilado venablo en su mano derecha y una potente linterna en la izquierda, como si fuera un cazador indígena más.

En su huida, Selene se golpeó en la cabeza con un pequeño saliente y cayó al suelo embarrado. Dolorida, reptó hasta la laguna. Se palpó la frente, notó la sangre que volvía a manar y se apoyó contra la pared. Sentada, revisó cada bolsillo de su uniforme. Encontró un pañuelo rojo y se lo anudó, presionando la herida. Después, con la luz de su linterna frontal, buscó una salida que no encontraba. Los cazadores estaban cada vez más cerca.

Observó que el agua plácida de la laguna se encauzaba bajo un saliente, formando un pequeño remolino. No se lo pensó. Se aseguró el fusil en la espalda y se sumergió buscando el origen de aquella pequeña corriente, tratando de dejar atrás a aquel doctor desquiciado y a los cazadores moohú. La linterna le descubrió a Selene una estrecha galería por la que el agua se encauzaba, aumentando la velocidad de la corriente. Rezó por un segundo para que la gruta la llevara a alguna parte antes de quedarse sin aire, se introdujo y nadó con fuerza.

Cuando los indígenas pasaron junto la orilla, solo vieron las tranquilas aguas de la laguna. El doctor alumbró la superficie y las rocas del alrededor sin sospechar que su deseada presa se había zambullido allí mismo. Al momento, se alejaron y continuaron buscando, dividiéndose entre las numerosas galerías.

Nerviosa y aguantando la respiración, Selene continuó por dos larguísimos minutos nadando por aquella gruta inundada, notando los roces de la pared resbaladiza, tropezando con las pequeñas aristas y salientes. De pronto, la bombilla dejó de alumbrar con uno de los pequeños golpes que recibió en la cabeza. En la más absoluta oscuridad, sacudió varias veces la linterna; no funcionó. Sintió miedo y palpó por todos lados mientras avanzaba en el líquido elemento, sin poder respirar, rodeada de piedra, buscando a ciegas una salida que no hallaba. Entonces, al alzar una mano, sin encontrar obstáculos por los lados ni por delante, perdió el contacto con las paredes. Rápidamente se impulsó con los pies, comprendiendo que estaba entrando en otra galería más grande. Notó cómo su cuerpo se aceleraba vertiginosamente, empujado por una violenta corriente, y cerró los ojos, para dejarse arrastrar con las manos por delante.

De pronto, la corriente desapareció. Abrió los ojos. El agua parecía completamente negra. No veía nada, parecía estar flotando, sumergida en la nada infinita. Sin poder aguantar por mucho más, tragó un poco de agua. Exhausta, evitando el efecto reflejo de respirar bajo el agua, se sintió desfallecer, morir. Entonces, al volverse sobre sí misma, vio una lejana claridad que le dio esperanzas, una esfera brillante, difusa, hacia la cual se dirigió con un esfuerzo sobrecogedor. Conforme el aire de sus pulmones desaparecía totalmente, la claridad era más visible. Aquella forma luminosa se hizo notar y, llorando por la emoción y el esfuerzo, nadó con más fuerza aún hacia la luz. Era el sol que alumbraba aquel planeta, podía vislumbrarlo cada vez mejor y su entorno se aclaraba conforme ascendía. Al fin, a punto de reventar, rompió la superficie tragando agua y gritó ensanchando los pulmones.

Selene aspiró con fuerza, por varias veces, llenando sus pulmones de oxígeno mientras se estabilizaba verticalmente, sin parar

de agitar las piernas. Se pasó las manos por la cara, limpiándose el agua de los ojos, y observó a su alrededor, sin parar de respirar aceleradamente. Estaba fuera, cerca de la orilla, en el lago exterior, junto a los restos sumergidos de la *Explorer 5*. Había conseguido salir de aquella cueva, la corriente subterránea la había arrasado hasta allí.

Varios tirones en sus vestimentas y un roce inesperado en las piernas alertaron sus instintos. Notó pequeñas mordidas en el abdomen y la espalda y una más grande, que la hizo estremecerse, en el muslo. Con numerosos gemidos y cortos gritos, se puso a nadar angustiada en busca de la orilla. Un fuerte tirón en la bota la hundió momentáneamente, y otro la hundió de nuevo hacia las profundidades del lago. En un acto reflejo, lanzó una fuerte patada con la otra pierna contra la enorme boca dentada que la atenazaba por el tobillo. Se sintió liberada, salió a la superficie sin mirar atrás, notando pequeños mordiscos por todo su cuerpo, y nadó todo lo rápido que pudo hasta tierra firme. Salió arrastrándose y volvió la mirada hacia el lago. Una cola ondulada, cubierta de gruesas escamas y aletas, se deslizó sobre la superficie, para desaparecer seguida de numerosas burbujas. Selene dejó escapar una risa incrédula y se miró aquellas marcas de dientes afilados en su cuerpo; su pantalón estaba desgarrado en algunas zonas, al igual que la guerrera. Atónita y agotada, gateó penosamente hasta ocultarse en la maleza.

De pronto, el cielo pareció crujir sobre ella con un enorme resplandor. Abrió los ojos deslumbrada y sonrió al comprender. Como un enorme meteorito, la *Cerval* rompía la atmósfera y se precipitaba contra la tierra reseca de Zafiro. Con un brutal choque la enorme nave impactó contra el suelo, elevando una densa capa de polvo y una lluvia de piedra, descomponiéndose en miles de piezas, entre explosiones y llamaradas.

—Las malditas hormiguitas han hecho rápido su trabajo —murmuró y pensó, satisfecha, casi con orgullo, en el capitán rebelde. No solo la había escuchado, sino que había permitido que la nave partiera sabiendo lo que ocurriría si ella estaba en lo cierto. Se dejó caer entre la vegetación palustre, boca arriba, y sonrió maliciosa, alegre a pesar de todo.

Selene quedó en silencio, descansando, pensando en Van der Haÿssen, con una gran sonrisa, mientras veía surcar el cielo a numerosos cazas rebeldes que pretendían descender para socorrer a los posibles supervivientes de la *Cerval*. Pero miles de indígenas se echaron sobre los restos de la nave buscando presas, alimento; y cada vez llegaban más y más. No vio al *Águila Negra* por más que la buscó en el aire. Con un ligero quejido, la capitán inclinó la cabeza y quedó dormitando sin fuerzas.

El tiempo pasó sin poder controlarlo. Oculta, un murmullo llamó su atención y alzó la cabeza levemente entre la vegetación. Vio a un nutrido grupo de cazadores indígenas correr hacia la zona donde se había estrellado la *Cerval*, entre rugidos y empujones.

—Eso les mantendrá ocupados —dijo, y se incorporó para alejarse del lago con precaución. Y pensó que el doctor sabía que la nave estaba infectada, que caería en manos de los indígenas; sin duda, pensaban adquirir las modernas armas de entre los restos de la nave, él les enseñaría a usarlas. Al amparo del calor del fuego y armados con potentes fusiles, ningún ser humano podría vivir tranquilo en aquel planeta ni tan siquiera en la noche.

Tras una larga hora de marcha, Selene llegó hasta la veta de oro y se fijó en la moto que permanecía allí tumbada, cerca de la entrada de la gruta, entre unas extrañas plantas que cubrían en parte la máquina. Se acercó con precaución; un fuerte olor a carne muerta la hizo extremar su atención. Se agachó y apartó las hojas, sin dejar de observar en torno suyo.

De pronto, una especie de liana espinosa surgida de aquella mata la atrapó del brazo y tiró fuerte de ella. Otra, disparada como un resorte, se enrolló en su cintura; y otra más en el cuello. En décimas de segundo, entre la maleza, surgieron cuatro enormes hojas que empezaron a envolverla por los pies, a la vez que la arrastraban hasta una especie de vaina con numerosas espinas, largas y pringosas.

Selene estiró los brazos por el suelo, buscando sujetarse, y se agarró con ambas manos a una gruesa raíz que asomaba. Se estiró desesperadamente tratando de romper la presión, pero la liana que la apresaba no cedía. A punto de ser engullida, cubierta

hasta la cintura, observó su pistola en la cintura y se soltó de una mano. La tomó y disparó incesantemente contra aquella boca vegetal, sin resultado. La fuerza de succión la hizo soltarse lentamente de la raíz y lanzó su mano contra unas ramas, soltándolas de inmediato al sentir las profundas heridas de sus acerdas espinas. Siguió con la mirada la trayectoria de las hojas que la envolvían y de las lianas hasta su base, un bulbo semienterrado del cual crecían. Soltó la pistola, agarró el fusil atomizador de su espalda y disparó ráfagas continuas hasta que, de pronto, cesó la fuerza absorbente sobre su cuerpo. Aquella especie de planta carnívora, envuelta en humo, se dobló sobre sí misma, marchita y abrasada.

Un enorme artrópodo, parecido a una avispa gigante, se posó volando en su brazo. Selene lo observó perpleja y, apretando los labios, meneó el brazo instintivamente, tratando de quitárselo de encima. El animalillo le introdujo un aguijón venenoso que la hizo gemir de dolor hasta hacerle saltar las lágrimas. De un fuerte manotazo lo aplastó.

—Asco de planeta —murmuró Selene, con rabia.

Apenas se había deshecho de las lianas y hojas que la habían apesado, un grito llamó su atención. Se irguió rápidamente, frotándose la picadura del brazo, y quedó alerta. Una repetida voz la sobresaltó.

—¡Michael! —exclamó al reconocer la voz, y echó a correr.

* * *

En un claro de tierra con arbustos dispersos, entre dos grandes árboles y maltrecho por sus numerosas heridas, Michael colgaba bocabajo, preso del lazo de una trampa que había disparado con el pie. Costner paró en su carrera y se volvió. Corrió hasta él y saltó, tratando de agarrarle de las manos. Sheila saltaba sin poder hacer más, lanzando las manos al aire y gritando su nombre.

—¡Calla! ¡Atraerás a esos monstruos hasta nosotros! —le gritó Costner.

La pequeña dejó de saltar y gritar, y quedó con los puños cerrados, temerosa; mientras, Costner daba vueltas bajo Michael,

con la cabeza en alto, tratando de hallar alguna forma de liberarle, dudando.

—Sube a mi espalda —ordenó tajante.

La pequeña saltó sobre él y, sujeta de los tobillos por Costner, se agarró de la mano de Michael.

—Libérale, trepa sobre él y desata esa cuerda —insistió Costner.

La pequeña asintió y, ayudada por el propio Michael, consiguió subir hasta la cintura. Manchándose de la sangre de las numerosas heridas del enfermero, y apoyando los piecitos en las costillas, trepó abrazada hasta alcanzar la rodilla. Y comenzó a tirar de la cuerda de hebras vegetales que lo mantenía preso por el tobillo.

—Date prisa, date prisa —la apremió Costner, sin dejar de mirar hacia todos lados.

La pequeña tiraba, tratando de desatarle. Pero el peso del propio Michael, más el de la niña, impedía que pudiera liberarle de la presión. Al contrario, la cuerda se estrechó fuertemente, enrojeciendo la piel y ahondando en la carne hasta hacerle sangrar. Sheila mordió y estiró con sus dedos. Se rompió una uña y comenzó a llorar de rabia, dolor e impotencia.

Un rumor comenzó a llegar hasta ellos.

Costner bordeó los arbustos y vio cuatro de aquellos cazadores avanzar corriendo, venteando el aroma de la sangre de Michael en el aire, siguiendo el rastro dejado en tierra. Tembló todo su cuerpo con un castaño de dientes y regresó bajo el enfermero.

—Date prisa, ya están ahí... ¡Vamos! —exclamó.

La pequeña Sheila insistió, mordió y mordió con fuerza la cuerda, deshilachando varios pedazos. Su boca se tornó verdosa, con un intenso sabor amargo; e insistió en vano.

—¡Es inútil! ¡Salta! ¡Huye! —exclamó Michael al ver desde la altura, muy cerca, a los cazadores.

Costner salió corriendo. La pequeña le observó en su huida y apretó los dientes, gimiendo y llorando. Y mordió de nuevo la cuerda, sin poder hacer nada.

—¡Vamos, salta! ¡Huye con él! —insistió el enfermero.

Sheila se registró los bolsillos, sin dejar de llorar. Sacó la mano de uno de ellos y la apretó con fuerza sobre el tobillo de Michael,

el cual notó un leve pinchazo y, de pronto, nada. Quedó desvanecido, preso de aquella trampa. La pequeña reptó por su cuerpo hacia abajo, quedó colgando de su brazo y se soltó. Cayó rodando al suelo y salió corriendo, sin mirar atrás, llorando sin parar.

Costner paró de pronto, sorprendido. Frente a él, vio acercarse entre la maleza a Selene, armada y sin un rumbo fijo, llamando a Michael. Sin pensarlo, regresó y, al ver a la pequeña correr hacia él, la tomó en brazos y se dirigió corriendo en busca de la capitán.

—¡Selene! —gritó.

Ella fijó su mirada de inmediato en él, suspiró al ver a Sheila en sus brazos y corrió a su encuentro.

—¡Michael ha caído en una trampa! —exclamó Sheila, sin más preámbulos.

—Por más que lo hemos intentado, no hemos podido liberarle —aseguró Costner apenas tenerla enfrente, mientras dejaba a la pequeña en el suelo.

—¿Dónde? —preguntó ella.

—Allí, entre aquellos dos árboles —le indicó Sheila, y se abrazó a las piernas de Selene.

—Es tarde, la sangre de sus heridas atrae a esas fieras; lo habrán alcanzado ya —jadeó el deportista—. Estaban sobre él, tuvimos que abandonarle.

—Pero le puse un calmante. Está dormido, no le pueden ver —aseguró la pequeña.

—Quédate con Costner, voy a por él —le ordenó ella, separándola suavemente.

—¡No vayas! ¡No podemos hacer nada! —exclamó el deportista.

—Enseguida vuelvo —contestó Selene.

—¡Está muerto! ¡Corramos a la *Explorer 1*!

—Protegeos en la cueva de la veta, esperadme ocultos tras la roca de la entrada.

Costner apretó los labios con enfado. Consciente de que no conseguiría convencerla, asintió ante la mirada fija de Selene. Acto seguido, tomó a la niña en brazos y corrió en dirección hacia aquella gruta.

Selene les observó alejarse por un instante, revisó sus armas y se dirigió rápidamente hacia donde le había indicado Sheila. Al momento, un fuerte rugido la hizo parar. Se agachó y se acercó reptando por el suelo, oculta entre la maleza hasta que alcanzó aquel claro entre arbustos.

Michael colgaba de aquellos árboles. Una fuerte racha de viento lo ladeó un poco, meciendo su maltrecho cuerpo. Debajo, tres indígenas levantaban la cara al cielo. Otro de ellos trepaba por la cima de aquel árbol, hasta alcanzar el tobillo del enfermero. Con un piedra afilada comenzó a cortar la cuerda que le apresaba. Selene bajó la cabeza y cerró los ojos consumida por la tristeza. Nada podía hacer. La cabeza de Michael permanecía sujeta, por los cabellos, entre los dedos de uno de aquellos feroces cazadores.

Selene regresó tras sus pasos, escuchando aquel sangriento festín y el crujir de huesos, hasta que dejó atrás el horror. Se apoyó en un grueso tronco, desde el que se divisaba la entrada de la gruta, y sollozó por unos momentos. Le dolía todo el cuerpo, le faltaba el aire y se sentía desfallecer. Respiró profundamente, se miró las heridas de la mano, propiciadas por las espinas, y suspiró de dolor, viéndose temblar. Su brazo le quemaba, el escozor de aquella picadura se hacía insoportable. Tragó saliva y apretó los labios. Luego, limpió con la manga la sangre que recorría su frente y las lágrimas que se deslizaban por su cara y aceleró su paso, buscando a Costner y la pequeña Sheila.

—Aquí —susurró Costner, en la boca de la gruta, al verla llegar.

—¿Y Michael? —preguntó de inmediato la pequeña.

—Está dormido, no pueden verle —respondió Selene.

La pequeña Sheila sonrió y se le abrazó. Costner observó serio, mientras Selene negaba con la cabeza.

—Cuando anochezca le despertaremos —aseguró Sheila.

—Sí, ahora vamos a escondernos. Aquí pueden vernos —le contestó Selene.

Alumbrándose con la linterna de Sheila, anduvieron internándose por la gruta durante una media hora, hasta que hallaron una cavidad propicia, la cual tenía delante una roca que la ocultaba.

Se encontraba entre el recodo de un pequeño barranco y una pared vertical cubierta por largas estalactitas.

—Este parece ser un buen sitio. No está muy alejado de la entrada y, si no nos buscan aquí específicamente, no podrán encontrarnos —aseguró Selene—. Y si lo hacen, podremos defendernos.

—Sí, vamos, vamos —confirmó Costner observando el fusil atomizador de la capitán, y se introdujo hasta el fondo.

Sheila le siguió, se acurrucó en un rincón y esperó a Selene, que permanecía oculta tras la roca, vigilante. Hurgó en su morral y sacó, envueltos en unas hojas, numerosos de los animalillos parecidos a hormigas, tostados.

—Te guardé unos pocos... por si tenías hambre. ¿Quieres? —dijo la pequeña.

Selene se le acercó, dando un traspiés. No sabía si tenía hambre o no, pero pensó que debía comer algo. Tomó un puñado y se los mostró a Costner. Vio cómo el deportista negaba con un gesto de repugnancia, y se los introdujo ella en la boca. Después, puso la mano sobre la frente de Sheila, acarició su cara y le apagó la linterna, y la abrazó en la más absoluta oscuridad. Pensó en el terrible fin que había tenido Michael y su mente voló, recordando a la sargento Paola Mech, posiblemente ultrajada por el doctor Walter y, después, devorada. ¿Cómo decirle a la pequeña que su padre estaba vivo, pero que se había convertido en un abominable monstruo? Mejor no. Cerró los ojos y, sin más, quedó dormida notando las cálidas caricias de las manitas de Sheila en el cabello.

Capítulo 17

EL RESCATE DE MARIAN

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Costner, alarmado, con voz baja, ladeando el hombro de Selene.

Ella despertó de inmediato, desplazó un poco a Sheila y se arrastró en la tierra húmeda, a oscuras, hasta palpar la roca que ocultaba la entrada. Un ligero resplandor surgía tras aquella enorme piedra. Y se asomó con precaución. Costner la siguió y, de inmediato, apareció tras ellos Sheila, tan curiosa como asustada.

—Son esos monstruos, están entrando —murmuró Costner.

—¡Los ogros! —exclamó la pequeña.

Uno de los indígenas volvió la mirada hacia la roca. De inmediato, los tres se agacharon.

—¿Nos ha visto? —preguntó Costner.

—No creo. Ya estarían corriendo hacia aquí —murmuró Selene, sacando el arma de su cinto.

—Parece que continúan —aseguró Costner, al ver alejarse el destello de las antorchas en la oscuridad de la cueva.

Selene asomó levemente la vista y, en ese momento, vio a tres de aquellos seres pasar tirando del oficial Andreas, y a tres pasajeros más del *Senator*, completamente exhaustos y atados por el cuello, posibles supervivientes del transbordador o de la *Explorer 5*. En el último lugar arrastraban a Marian, que no paraba de llorar y gemir con ambas manos sobre su abultado vientre. Aquella visión la llenó de esperanza y de temor.

—¡Dios mío! ¡Es Marian! —murmuró Costner.

—Debo hacer algo por ellos —expuso Selene, tomando su fusil.

—No, te comerán a ti también —aseguró la niña.

—Debo hacerlo, sé que lo comprendes —le dijo Selene—. Déjame la linterna.

Con un pronunciado silencio y un gesto de pena, la niña asintió.

—Ten cuidado —murmuró.

—Han salido de caza, están alborotados con la caída de esa enorme nave rebelde. No deben de haber muchos cuidando de su «ganado» —respondió Selene.

—Parece que esa galería conduce a su madriguera. Debemos actuar antes de que anochezca y la gruta se llene de bestias —aseguró Costner.

—Iré yo sola. Si no regreso al anoecer, huya a la *Explorer 1*. El código de entrada es 666S. Llévese a la niña, allí encontrará comida y agua. Espero llegar antes del nuevo amanecer. Si pasan dos días y no he llegado a la nave, trate de salir de este planeta —le ordenó Selene.

—Pero... Mi mujer está ahí... No sabré pilotar una nave como esa. Deme un arma, déjeme acompañarla.

Selene inclinó la cabeza, pensativa.

—Usted quédese con la pequeña, yo me encargaré. Solo tenemos una linterna, actuaré mejor sola. Confíe en mí, le traeré a su esposa —le dijo a Costner, posando las manos sobre sus hombros, tranquilizándole.

El deportista se mostró disconforme, pero finalmente asintió con una mueca de rabia. Sheila miró con grandes ojos cómo la capitán se alejaba, hasta que la luz de la linterna desapareció y la oscuridad les envolvió de nuevo por completo.

Selene salió del barranco y se encaminó, guiándose por un pequeño haz luminoso que se apreciaba al fondo de una estrecha y larga galería. Llegó a un osario, una enorme sala alumbrada por grandes antorchas, donde se apilaban cientos de cráneos humanos, costillas y demás restos óseos. Con una mezcla de horror y gallardía observó los restos durante un largo tiempo, eclipsada.

—Dios, son cientos de personas —murmuró.

Continuando por la galería, pudo comprobar que había más dependencias iluminadas, diferentes espacios adecuados como estancias, incluso lo que parecían ser dormitorios, acondicionados con uno o varios camastros de madera y abundantes hojas, unas mesitas de tosca madera y numerosos restos y muebles de naves espaciales. Vio varias armas modernas encima de una especie de entrador y las estuvo observando detenidamente. La mayoría pertenecían al ejército rebelde; las demás a diferentes modelos de defensa civil de La Unión.

—Parece que ya usan las armas con las que se hacen hasta agotar su energía, solo les falta un atomizador para cargarlas de nuevo. Seguro que lo encuentran entre los restos de la *Cerval* —asintió, confirmando sus sospechas mientras dejaba un moderno fusil en el lugar del que lo había tomado.

Un distante rumor la puso en guardia. Se posó pegada a la pared, entre las sombras, sin respirar. Por delante de ella pasaron cuatro indígenas, con cierta prisa y dos cántaros de barro cada uno de ellos. Selene tragó saliva y salió de la oscuridad con un respigo de nariz. Con paso rápido, en silencio, se dirigió tras ellos hasta perderlos de vista en la distancia. Finalmente, llegó a una gran sala con una hoguera en el centro, donde contempló, alzando una ceja, una gran piedra, a modo de altar, manchada de abundante sangre. Pero allí no había nadie. La dejó atrás y se asomó, junto a una escalera, a una sala muy fría que permanecía en la oscuridad, al menos a diez metros de profundidad. Pensó que allí podrían estar los prisioneros y decidió bajar. Tras descender, alumbró con la linterna y, sobrecogida, pudo comprobar la cantidad de miembros, torsos y filetes de carne humana que había apilados en perfecto orden, sobre grandes bloques de hielo. Apagó la linterna y salió temblado, un sudor frío comenzó a recorrer su cuerpo.

—La nevera. El doctor les ha enseñado a conservar bien los alimentos —murmuró.

Un grito la sacó de sus pensamientos. Subió las escaleras y, con precaución, retrocedió por la galería hasta aquella gran sala iluminada por el fuego. Una hombre, sujeto de manos y pies, tumbado boca arriba, estaba siendo sacrificado, como si de una res se

tratara, sobre aquel altar que momentos antes había dejado atrás. El carnicero le había cortado la aorta con un enorme cuchillo y la sangre colmaba un cántaro de barro sujeto por dos indígenas. Una precisa cuchillada le abrió el vientre. Le arrancaron las entrañas en vida y las tiraron a un contenedor donde cientos de aquellas «hormiguitas» devoraban con ansiedad numerosos restos humanos. Después, le cortaron la cabeza de un brutal golpe de hacha y comenzaron a desmembrar el cuerpo con diversos instrumentos de rústica piedra y moderno metal, bajo la mirada de media docena más de aquellas criaturas azules, las cuales observaban atentas alrededor de la hoguera y de aquella ancha losa de sacrificios. Le filetearon en apenas unos minutos; para seguir descarnando los huesos y extrayendo el tuétano a golpe de piedra.

El horrible carnicero era aquel hombre amante de la música que Selene había conocido, el doctor que había tratado de inyectarle el Fentanilo.

—Dios, es Walter, el padre de Sheila —murmuró con un gesto amargo.

Angustiada, observó la mirada desquiciada del doctor, mientras dos de los indígenas limpiaban el altar de restos y sangre. Abrió la boca al ver entrar a Andreas y cómo, entre cuatro indígenas, lo colocaban, a empujones, gritos y golpes, sobre la roca de sacrificios.

El doctor Walter, dirigiéndole una mirada cotidiana e inexpressiva al oficial preso, le acercó la punta del cuchillo al cuello, sin escuchar sus desesperadas súplicas. En fila esperaban su terrible final dos hombres más y Marian.

Selene disparó con el fusil atomizador atravesando el pecho del doctor ante la sorpresa de cazadores y cazados. Los rápidos destellos azulados de la potente arma de combate iluminaron la gruta sobremanera, acabando con los indígenas antes de que pudieran reaccionar. La capitán saltó sobre las rocas y se acercó hasta Andreas, comprobando a cada paso que no había peligro, que aquellos seres estaban muertos. Seguidamente le liberó y corrió a soltar a los demás.

—¡Vamos, debemos salir de aquí! —gritó Selene.

—¡Capitán, gracias a Dios! —exclamó Andreas, sintiéndose renacer—. Deme un arma.

Selene le pasó la pistola y, vigilante, comenzó a retroceder.

Un sonido llamó su atención en una especie de sala contigua. Tomó una antorcha y se volvió rápidamente sobre un pequeño saliente iluminado. Apuntó con su arma y fue a disparar cuando vio a uno de aquellos terribles cazadores ante ella. No pudo. Se trataba de un espécimen esbelto, de facciones hermosas, más bajo, con pechos, y en sus brazos llevaba una pequeña criatura de cara redondeada, grandes ojos y una sonrisa bendita. Iluminó la estancia y vio numerosas literas, donde dormitaban varios bebés azulados.

Selene cruzó los ojos con los de aquella indígena que, en silencio y temblando de miedo, parecía implorar piedad para su hijo, para aquellas criaturas inocentes. Y bajó el arma. Por unos momentos, ambas se miraron. Y vio cómo las lágrimas colmaban aquellos extraños ojos negros a punto de romper. Dio media vuelta y corrió, pensando que el doctor podría haber tenido razón, que aquellas bestias antropófagas realmente no eran tan diferentes a los seres humanos.

Aquella hembra, que portaba a su cría en brazos, al ver alejarse el peligro, cayó de rodillas rompiendo a llorar, apretando el bebé contra su pecho, y empezó a gritar entre temblores. La capitán se estremeció, aquellos gritos eran como aullidos humanos de dolor, miedo y rabia por sus muertos.

Guiándose con la linterna de Selene y varias antorchas, entre resbalones y pequeños golpes, Andreas, Marian y los dos supervivientes se alejaron lo más rápido que pudieron, recorriendo aquellas grutas y salas hasta llegar al barranco. Lo cruzaron y llegaron a la gruta donde habían quedado con la pequeña Sheila y Costner. Allí no había nadie.

—¡Maldita sea! —exclamó Selene.

—¿Qué? —preguntó Andreas, tratando de ver algo en aquella oscuridad.

—¡No ha podido esperar ni a que anoheciera!

—¿Qué pasa?

—¡Se ha largado y se la ha llevado!

—¿Quién? —insistió Andreas.

—Costner, el marido de la señora Marian, estaba con la pequeña Sheila. Tenían que estar aquí, esperando.

—No se preocupe, capitán; estarán fuera. Pero, dígame, ¿cómo ha llegado hasta aquí? Bueno, no importa... ¡Menos mal que nos encontramos! —exclamó Andreas.

—No esperaste a nadie en el *Senator*, ¿verdad? Saliste por patas en cuanto llegaste al muelle. Por eso se armó aquel caos, no iniciaste ningún protocolo de evacuación —le recriminó Selene.

—Cuando llegamos ya estaban partiendo las naves, nadie esperó a nadie. Yo tuve que buscarme la vida y logré subir a la *Explorer 5* —se justificó Andreas.

—¿Qué pasó? Con las prisas por salir, colisionaste con el transbordador, ¿no?

—Se nos echó encima. Estaban inundados de bichos... y nos arrastró en su deriva hasta este planeta.

—No te creo, huiste y te lo llevaste por delante.

—¿Vas a matarme?

Por un momento, Selene le miró fijamente en silencio.

—¿Logró salir algún transbordador? —le preguntó después.

—Creo que cuatro o cinco, abarrotados de pasajeros.

Selene alzó el entrecejo.

—No hay ninguna nave más del *Senator* en este planeta —aseguró, incrédula.

—Seguramente partieron hacia la Línea Sigfrido. Cuando los transbordadores evacúan un crucero sin protocolo alguno, se establecen automáticamente los códigos de salvamento y se orientan hacia la ruta estelar más cercana. Ellos lo lograrán.

—¡Al fin una noticia buena! —exclamó Selene. Tras aquellos terribles días, no pudo evitar una sonrisa emotiva. Y asintió con el mentón temblando.

—Lamento mucho no haberte esperado, sé que hice mal —se disculpó Andreas—. Pero me alegró haberte desobedecido. Piénsalo por un momento, solo por un momento. Si hubiera realizado un protocolo de evacuación y les hubiera traído hasta aquí, como me ordenaste, seguramente estarían todos muertos. Esos monstruos les habrían devorado.

—No, no te mataré —aseguró Selene, con una mirada de reojo. Sabía que tenía razón—. ¿Y Jeremías y Lucía? ¿Y los demás niños? ¿Sabes algo de ellos?

—¿Quién es Jeremías? ¿Lucía? ¿De qué niños hablas? —preguntó Andreas.

—Estaban con Marian, lleguemos juntos a este asqueroso planeta en el módulo estelar de reparaciones —expuso Selene.

—Creo que no hay más supervivientes. Esas bestias los mataron a todos. Nosotros éramos los últimos tripulantes de la *Explorer 5* que quedábamos ahí abajo. Después solo trajeron a esa señora embarazada, Marian... y no ha dicho nada, permanece como ausente —apuntó Andreas.

—¿No queda nadie más con vida? —insistió Selene.

—Esas bestias descarnaron primero a los muertos que cargaron del transbordador y, después, empezaron con nosotros... Selene, gracias a Dios que llegaste —le agradeció de nuevo Andreas—. Siento mucho no haberte esperado. Debes disculparme, compréndelo, esos bichos...

—¿Y Paola? —preguntó la capitán, cortando sus palabras y dejando paso a la esperanza.

—Fue la primera en desaparecer. ¿Cómo sabes que estaba con nosotros? ¿La has visto? Se la llevó ese hombre —confirmó Andreas.

Selene agachó la cabeza, triste, amargada, confirmando sus terribles sospechas.

—Vamos, debemos salir de aquí. Creo que esto se pondrá demasiado caliente muy pronto —ordenó.

El grupo inició el camino hacia el exterior con prisa, en fila india y sujetos por las manos, con Selene a la cabeza. Dañándose los pies y tobillos con los golpes contra las piedras, resbalando mientras oían, como ecos lejanos, los rugidos de aquellas criaturas. Cuando alcanzaron la salida, se apoyaron por un momento en los árboles cercanos, respirando con fuerza, tratando de oxigenar sus cuerpos.

De pronto, Marian sollozó sin poder reprimir su tristeza.

—Señora, no se preocupe. No correremos la misma suerte. Su marido está vivo, está esperándola. Vamos, un pequeño esfuerzo más. Pronto abandonaremos este horrible lugar —la animó Selene.

Marian la miró, temblando el mentón.

—¿Dónde está? —preguntó finalmente.

—Está con Sheila, les dije que nos esperaran hasta el anoche-
cer. No habrán podido soportar la tensión y han salido al exterior.

—¿Y dónde crees que se ocultan? —preguntó Andreas.

—Conociendo un poco a Costner, creo que se dirigen hacia
la *Explorer 1* —dijo Selene—. La nave permanece intacta y está
preparada para despegar.

—Seguro; y es posible que ese loco intente volar —aseguró
Marian.

—No creo, me comentó que no se atrevía a pilotar una *Explorer*
—expuso Selene.

—Corran o ese canalla les dejará aquí, no lo duden... Yo no
puedo, me duele todo el cuerpo y creo que en cualquier momen-
to romperé aguas. Estoy condenada, lo sé. Me quedará aquí. Solo
soy un estorbo, esos monstruos les alcanzarán si les sigo retra-
sando —sollozó Marian, sujetando su abultado vientre.

—No la dejaremos, señora. Todo saldrá bien, aún le quedan
unos meses de carga. No tenga tanta prisa en traer a ese bebé y menos
en este planeta —la animó de nuevo Selene, tomándola del brazo.

—No, no. Usted no lo comprende —gimió Marian.

—Nos esconderemos cerca de las vetas de oro hasta que caiga
el sol, ya no debe faltar mucho; después continuaremos con las motos,
aún deben estar ahí. Su marido sabe que está viva, que fui a inten-
tar rescatarlos. Nos esperará hasta mañana al alba como mínimo.

—Mi marido mató a Jeremías, a Lucía y a los niños y me aban-
donó a mí para poder escapar —sollozó Marian, rompiendo a llo-
rar—. Los lanzó por la escotilla, vivos, para que esas bestias los
devoraran. Trató de volar, pero olvidó elevar los anclajes. Nos estre-
llamos. ¡Pobres niños! Y esa gente... Decía que era necesario, nece-
sario... era necesario...

Selene se quedó petrificada, seria, sin poder reaccionar. Al
cabo de unos instantes, volvió la vista hacia Andreas y los demás
tripulantes, que se encontraban atónitos al igual que ella.

—No podemos esperar, tenemos que alcanzarles —acertó a
decir.

Capítulo 18

ES EL FIN

—En marcha, el sol comienza a descender. No estamos lejos. Pero me temo que no será fácil —aseguró Selene, animando a los demás a continuar, a salir de allí rápidamente.

—Preparad las armas, creo que las vamos a necesitar —dijo Andreas, escuchando el eco de una algarabía en la profunda oscuridad de la gruta.

—Ahí está el arma que le dejé a ese cobarde, no se aclaró ni para quitarle el seguro —dijo Selene, observando entre la maleza una pistola abandonada—. Usted, hágase cargo de ella. ¿Sabe usarla? ¿Cuál es su nombre?

—Hans, llámeme Hans, mi capitán. Sé usarla, fui cabo en las Guerras de La Unión —aseguró aquel tripulante, recogiendo la pistola del suelo rápidamente.

—Pues bienvenido de nuevo a la batalla, Hans —le respondió ella—. ¿Y usted? —preguntó al otro tripulante.

—Mel, me llaman Mel.

—Mel, muy bien, por favor, hágase cargo de ayudar a la señora.

Con un destellante zumbido, Andreas disparó de pronto y quedó en guardia. Marian se estremeció con los ojos muy abiertos. Selene se volvió y vio a uno de aquellos seres fulminado en el suelo. De la oscuridad surgieron varios venablos; dos de ellos volaron, astillándole el esternón y atravesando el cráneo a Mel, el cual cayó a los pies de Marian, que gritaba encogiéndose sobre ella misma.

Decenas de indígenas comenzaron salir de la gruta, con portentosos rugidos.

—¡Las motos! —exclamó Selene.

Avanzaron hacia la sima donde se hallaba la veta de oro, rápidamente, sin parar de voltearse hacia atrás para frenar la persecución con sus armas. Selene y Marian montaron en una de las motos. Andreas y Hans en la otra. Atemorizados ante la avalancha de seres que les perseguían, aceleraron de inmediato por aquella senda del bosque en busca de la *Explorer 1*.

Un venablo sobrevoló el hombro de Andreas, hiriéndole en su roce. Con el impacto, perdió la dirección por un momento y realizó un ligero derrape seguido de una brusca maniobra. Hans se desequilibró y cayó. El oficial, entre constantes maldiciones, paró y, al ir a recogerle, vio cómo corrían aquellas fieras hacia él. Estremeció su rostro y aceleró.

—No, ¿qué haces? ¡Vuelve! ¡Recógele! —ordenó Selene.

—¡Vamos, vamos, vamos! —exclamó Andreas, aterrorizado, adelantándola, sin hacerle caso.

Surgiendo tras un inmenso árbol, uno de aquellos seres le cortó el cuello de un brutal hachazo. Un fuerte golpe de sangre manchó el rostro de Selene conforme la cabeza Andreas y la moto rodaban por delante de ella hasta estrellarse contra un tronco de grandes espinas. Mientras Selene frenaba la moto, Hans se levantó y disparó su arma repetidamente contra el indígena, acabando con él. Acto seguido tomó el arma de Andreas e incorporó la moto, alzándola del suelo rápidamente, para soltarla de nuevo, desesperado.

—¡Está inutilizada! ¡Se partió la dirección! —gritó.

Selene retrocedió y le recogió, sin apartar la vista de los cazadores que se acercaban velozmente. Disparó con su fusil varias ráfagas, frenando el avance. Luego, aceleró de inmediato para introducirse en el desierto, distanciándose velozmente. Hans, sentado detrás, sujeto con una mano a Marian, disparaba sin parar con la otra.

La velocidad de la moto espacial les alejó momentáneamente del peligro. Aventurándose por la senda con un zumbido que les llevaba hasta la *Explorer 1*, salieron de la espesa selva para avanzar sobre la polvorienta tierra quemada.

Pronto, frente a ella, Selene distinguió las figuras de Costner y de la pequeña Sheila. Poco más allá se encontraba la nave.

—¡Están ahí! —exclamó.

Con un largo frenazo, seguido de una polvareda, se detuvo junto a ellos.

—¡Selene! —gritó de alegría la pequeña Sheila al verla.

—¡Vamos! ¡Ya vienen! —exclamó Costner, horrorizado, observando la polvareda levantada por un numeroso grupo de aquellos seres, que salían de la selva y corrían tras ellos.

—Marian, llévate a la niña. Nosotros marcharemos a pie. Les frenaremos con nuestras armas —le pidió Selene, bajando de la moto—. Solo tienes que mantener recto el manillar y dirigirte rápido hasta la nave. Aceleras y frenas con los mandos de la derecha. Marca el 6665 en el código, al lado de la puerta de entrada. Que te ayude Sheila en la pasarela.

—¡Cuidado! —exclamó Hans, conforme dos venablos se hundían ante sus pies.

Selene y Hans dispararon a discreción contra aquellos seres, mientras Marian maniobraba con la moto.

—¡Dame un arma, os ayudaré! ¡Son muchos, se acercan veloces! ¡Nos devorarán! —exclamó Costner.

Hans se volvió y le lanzó una de las dos pistolas con las que disparaba.

—¡No! —exclamó Selene.

Costner tomó el arma y disparó al brazo armado de Hans, destrozándoselo. Y apuntó a la cabeza de Selene.

—¡Marian! —gritó con fuerza inquisitiva el deportista.

Marian se quedó quieta, asustada, comenzando a llorar.

—Suelta el fusil y sube a esa moto con mi mujer y deja a la niña —dijo Costner.

—No —contestó Selene.

Costner, en un rápido movimiento, descabalgó a Sheila agarrándola y tirando de los pelos, y la apuntó en la cabeza con la pistola.

—¡Sube de una vez! —gritó Costner, a punto de ser consumido por sus propios nervios al ver cómo los indígenas estaban cada vez más cerca, apenas a unos veinte metros.

Selene obedeció de inmediato y montó tras Marian. Acto seguido subió Costner apuntando a la cabeza de Selene.

—La niña corre mucho. No te preocupes, por su bien llegará a tiempo. ¡Vamos, acelera, no hay tiempo! —le ordenó Costner a su mujer.

—¡Corre! —gritó Selene a la pequeña, la cual salió veloz hacia la nave, tropezándose con sus piecitos.

Entonces, una gruesa piedra impactó fuerte en el rostro de Marian y cayó al suelo conmocionada, lanzando al aire un fino y largo chorro de sangre por la sien.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Acelera! —gritó Costner, empujando a Selene hacia el manillar con el arma apoyada en su espalda, mirando de soslayo a su mujer agonizando en el suelo.

Selene aceleró con toda la potencia, levantando la rueda anterior. La moto se alzó y volcó hacia atrás. Ambos cayeron y rodaron al suelo. Selene se levantó y tomó el fusil. Decenas de indígenas comenzaron a llegar y varios se lanzaron sobre Hans, que gritaba horrorizado, notando los terribles mordiscos que comenzaba a recibir en todo su cuerpo. Selene disparó una y otra vez, largas ráfagas. Pero no podía frenar la llegada de todos los cazadores.

—¡Ah! ¡Maldita! —exclamó Costner, levantándose con el arma y mirando a todos lados.

—¡Selene, corre! ¡Tenemos que irnos o nos comerán! —gritó la niña, volviendo la cabeza.

—¡No! —gritó Selene y corrió hacia Marian.

Un gran ser saltó sobre Marian. La atenazó del cuello, la levantó en el aire y le propinó un certero zarpazo en el vientre. La sangre salió a borbotones conforme la garra de aquella bestia se hundía en ella. Con los ojos desorbitados y la boca abierta hasta el infinito, Marian vio cómo le arrancaban a su fruto del vientre, con una fuerte sacudida. El indígena la lanzó al suelo y observó el tierno feto. De un mordisco tragó parte de la cabeza. Marian, desventrada, gritaba viendo cómo su hija nonata era devorada.

Selene disparó y el cráneo de aquel cazador voló por los aires. Marian agonizó unas incomprensibles palabras, llorando, y murió. Selene se volvió enfurecida y comenzó a disparar sobre los numerosos indígenas que corrían hacia ella, hasta que la energía del

arma se agotó. La lanzó contra ellos, corrió veloz hacia la nave, tomó a la niña en brazos y apretó los dientes, acelerando duro su carrera.

Costner disparó por tres veces más y saltó corriendo. Solo miró atrás por un momento, y vio cómo aquellos seres se abalanzaban sobre los cuerpos de Hans y Marian para devorarlos por completo. Y sonrió amargamente, pensando que aquello le daría el tiempo necesario para huir.

El deportista alcanzó a Selene muy cerca de la *Explorer 1*, y se alzó sobre la pasarela con tres saltos, tecleó la clave, nervioso, y entró en la nave. Luego, estiró el brazo para ayudar a la pequeña Sheila y a Selene a subir.

—¡Deprisa! ¡Cierra el portón! ¡Ya llegan! —exclamó Costner, viendo a los indígenas apenas a dos metros, y comenzó a disparar sobre ellos.

Un segundo antes de ser alcanzados por los indígenas, la *Explorer 1* cerró sus compuertas. Cientos de golpes, pedradas y venablos comenzaron a sacudirla. La capitán se dirigió de inmediato al puesto de mando y observó los paneles. Desde la escotilla de cabina podía ver a los cazadores moohús y activó los sistemas de seguridad de la nave. Computó todos los mandos e inició el protocolo de despegue.

—¡No! —exclamó Selene, con rabia, estirándose de su largo cabello rojo.

—¡Despega! ¡Despega! ¿Qué ocurre?—preguntó Costner.

—¡Los anclajes de tierra! ¡Tenemos que retirarlos o no podremos maniobrar en el aire!

Costner recordó lo ocurrido con el módulo de reparaciones y se lanzó contra las cristalerías de la escotilla principal. Observó los cincelados anclajes hundidos en aquella tierra rojiza y maldijo fuerte, conforme aquellos seres comenzaban a subir por encima de la nave, golpeando duro con grandes piedras el metal de la nave.

—¿No puedes recogerlos desde el control? ¿Cómo es posible? —exclamó.

—Uno de ellos está sujeto a esos embalajes de oro. ¡Maldito oro! —respondió Selene, remugando.

—¿Y...? —insistió Costner.

—Si levantamos el vuelo nos desequilibrará y caeremos a tierra.

Los indígenas comenzaron a golpear duro las escotillas, con grandes rocas y mazas de metal, cruzando sus miradas con las de Selene, Sheila y Costner.

—¡Nos están machacando, acabarán por abrir una brecha! —gritó Costner, nervioso, con su arma fija hacia todas partes.

Selene levantó diez centímetros la *Explorer 1* y activó los protocolos de seguridad al Nivel 5, el máximo. Luego, pulsó un mando y miró por la escotilla principal. Los seres que permanecían sobre la nave salieron despedidos con una brutal descarga de energía que recorrió toda la superficie exterior. Después, tomó el mando de armas y activó los cañones láser. Tras dos descargas de miles de ráfagas azuladas, los indígenas retrocedieron brutalmente diezmados y se ocultaron en el bosque.

—¡Tienes que salir y liberar el lastre! —ordenó Selene.

—¡No, que salga ella! —aseguró Costner, señalando a la niña.

—Salid los dos, solo será un momento y están lejos. Mientras Sheila desengancha los garfios de los embalajes, tú podrías acarrear unas cajas de oro dentro de la nave.

Costner la miró de lado, sorprendido, desconfiado, pensativo, tentado.

—Vamos, ella es muy pequeña, no tiene fuerzas, no podrá —insistió Selene—. Yo os cubriré con el cañón. No dejaré que se acerquen. ¡Vamos, no hay tiempo! ¡No hay energía para una segunda descarga! ¡Y ya hemos pasado bastantes calamidades!

El deportista miró por la escotilla, allí estaban los tres cajones colmados de oro.

—¡Costner, no me jodas, coño! ¡Nos merecemos regresar a Pangea con algo bueno en nuestras manos! ¡Carga ese oro de una puta vez, joder! —le espetó ella, perdiendo totalmente la compostura.

—Sí, tienes razón. Nos merecemos esas riquezas para iniciar una nueva vida.

—¡Vamos, yo os cubro! ¡Les freiré si se acercan!

—¡Abre, pero la niña viene conmigo!

—¡Ya estáis tardando! —insistió Selene.

Abrió con un golpe de mano sobre el botón la compuerta del exterior y saltó de su silla para acercarse a la niña, que la miraba boquiabierta.

—¡Los anclajes! ¡Cuando Costner retire las cajas, tira hacia arriba del resorte! —le ordenó Selene a la pequeña.

—¡Vamos! —dijo Costner.

Ambos se acercaron a la puerta de salida, esperando que la nave volviera a tomar tierra, sin dejar de mirar al frente por si aparecían los indígenas.

De pronto, Selene saltó sobre el marco de la puerta, agarrándose a una barra metálica, y empujó con los dos pies golpeando con fuerza en la espalda de Costner, lanzándole fuera de la nave. Él cayó rodando a la tierra roja, con el arma en la mano y una mirada desencajada.

Selene y la pequeña le miraron levemente, una mirada seria. La pequeña alzó su manita y dobló los dedos repetidamente, despidiéndose de él. La capitán golpeó el mando de cierre.

—¡Putá! —exclamó Costner, se levantó y corrió disparando hacia la puerta, que se cerraba inexorablemente.

Con un suave giro en el panel de mandos, los lastres y anclajes se soltaron. La *Explorer 1* comenzó a elevarse ante el desespero de Costner, que seguía disparando entre maldiciones y exabruptos. Finalmente, se posó de rodillas viendo cómo la nave desaparecía de su vista; y comenzó a llorar, al verse rodeado por aquellos seres azulados que caminaban hacia él, castañeando los dientes entre leves rugidos.

—Es el fin —murmuró.

Levantó la cara, les observó mientras sus pantalones se manchaban de orina y cerró los ojos, con un gesto cobarde de resignación. Alzó el arma sobre su sien y disparó. Un zumbido débil y un pequeño destello le indicó que el láser del arma estaba agotado. Levantó los ojos al cielo, entreabriendo los labios aterrorizado.

—No —murmuró con extrema debilidad, dando un paso atrás.

Un enorme bocado le arrancó medio brazo y tres dentelladas abrieron su pecho y vientre mientras portentosas garras tiraban

de sus piernas, entrañas y cabeza. Notó el olor nauseabundo de aquellas fauces atenazar su cuello y el calor de la sangre salpicar su cuerpo, mientras se retorció de dolor y angustia entre gritos descarnados. Sintió cómo crujían los huesos de su cráneo, aplastados por las tremendas fauces de una de aquellas bestias, y luego nada más.

EPÍLOGO

En la enorme boca de la cueva de los rebeldes, el capitán Van der Haüssen revisaba la carga de su nave de combate, junto a Eva, preocupado. La *Mamba Negra* y las escuadrillas de cazas penetraban en la gruta. La operación de rescate había sido anulada; no había a nadie que rescatar. Anduvo por unos metros, posándose en la orilla del cortado; al momento le acompañaba su tripulación. Ante ellos, al otro lado del río, los restos de la *Cerval* se consumían entre pequeñas explosiones. Cientos de miles de aquellos animalillos, gordos como puños, se alejaban de aquel cementerio de acero, androides y hierros retorcidos, desapareciendo lentamente entre las grietas de la tierra reseca. Los indígenas de toda la región recorrían las entrañas de la nave, buscando posibles supervivientes, cargando cada arma que localizaban en sus anchas espaldas. Las «hormiguitas» habían hecho su trabajo. Una máscara de oro, media cara, y los restos metálicos de un brazo biónico brillaban al sol con intensidad; era todo lo que quedaba del general Thomas Deliever.

Un llamativo resplandor que cruzaba la atmósfera llamó la atención del capitán Van der Haüssen y alzó la vista. Una sonrisa de satisfacción cubrió su rostro.

—Lo ha conseguido. Escapa, ¿no deberíamos evitarlo? —preguntó el sargento Wuterich, observando la estela luminosa que dejaba la nave en el cielo.

—Sargento, la *Explorer 1* es en verdad un *Spitfire UK 3000* tan rápido como nuestra *Águila Negra* o más; al menos tiene dos cañones de 3.000 megatones y cuatro ametralladoras de pistones láser... y una piloto que se llama Selene —apuntó Eva.

—La nuestra dispone de dos cañones de 6.000 y seis ametralladoras —expuso el sargento, sonriendo malicioso—. Y yo soy su piloto.

—Esa mujer derribó, en las Guerras de La Unión, a 103 de nuestras naves de combate. ¿Piensa que he perdido la cabeza? Sargento, confío mucho en su habilidad. Pero, ¿en serio desea que nuestra nave se convierta en la 104? —aseguró Eva, acercándose jocosa.

—¿Qué opina, capitán? —preguntó el sargento Wuterich.

—Debo acercarme a la *Mamba Negra* e informar al Alto Mando de este desastre, a ver qué les digo. Por lo menos, con nuestro silencio, hemos evitado una carnicería civil en Pangea. El comandante Kevin me está esperando, supongo que ahora seguiremos el plan original e invadiremos los objetivos militares. Eso espero, aún tenemos la copia de los códigos del *Senator*.

—No ha contestado a mi pregunta —insistió el sargento.

—La guerra será mucho más interesante con ella —contestó el capitán.

—Eso me temo —replicó el sargento.

—Será mejor que nadie se entere de que tuvimos la oportunidad de acabar con la Loba Roja y la dejamos libre —aseguró Sanpedro.

—Te salvó la vida, estábamos en deuda —se justificó el capitán.

—Lo sé, me salvó la vida —afirmó Sanpedro.

—Es una fiera. Lástima que se equivocara de bando —remugó el sargento.

—Me gusta esa mujer —comentó Eva, con cierta devoción.

—Sí, a mí también —murmuró Van der Haüssen.

—Anímese, capitán, seguro que volvemos a cruzarnos con ella —le dijo Sanpedro, propinándole una fuerte palmada en la espalda—. Aunque no sé si será bueno o malo...

En la *Explorer 1*, alcanzado el espacio exterior, Selene observó cómo aquel planeta y su nebulosa rosácea quedaban atrás. Puso la mano en el cristal de la escotilla, recordó con tristeza al comandante Marvin y se lamentó por todas las pérdidas humanas. Luego observó sus

pantallas de radar y localización, no se divisaba ningún rastro de los transbordadores que habían podido huir de la tragedia del *Senator*. ¿Lo habrán conseguido?, se preguntó en silencio.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sheila.

—En busca de los supervivientes del *Senator*, irán de camino a la Línea Sigfrido.

—¿Sí? ¿Les alcanzaremos pronto?

—Quizás tardemos un poquito, pero espero que sí.

Sheila sonrió y observó al frente, tratando de vislumbrar alguna novedad. Selene la miró contenta y, como rescatado de un olvido, de un maravilloso sueño, añoró al capitán rebelde, aquel dulce beso que no sabía si debía olvidar o repetir. Con una sonrisa maliciosa clavó su vista de nuevo en Zafiro.

—Sí, volveremos a vernos... —murmuró.

Pasadas unas horas de calma, comprobó los víveres de que disponían para la travesía. Para su sorpresa, en uno de los compartimentos de armas descubrió numerosos saquillos de oro apilados y bajó la cabeza.

—La absurda codicia nos ha traído hasta este trágico punto. Es la moraleja de la leyenda de Perpintres que nadie quiere aprender... Maldito oro —murmuró. Y se volvió para observar a la pequeña Sheila, que la seguía a todas partes, como no queriendo quedarse sola.

—¿Y si no los alcanzamos? —preguntó la pequeña.

—Pues en cuanto llegemos la rutas interestelares, pondremos rumbo a Pangea. No te preocupes. Aunque no tenemos energía para llegar hasta allí, podremos acercarnos bastante. Activaremos la señal de socorro. Seguro que alguien responde... Los transbordadores no pueden estar muy lejos, nosotras somos mucho más rápidas. Si no, siempre nos quedarán las cápsulas de salvamento...

FIN 2013



